
BELLAS & MAFIOSOS LIBRO SIETE
LUCA
EVA WINNERS

LUCA

BELLAS & MAFIOSOS LIBRO SIETE

EVA WINNERS

DERECHOS DE AUTOR

Derechos reservados © 2022 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Modelo: Toby.

Fotógrafa: Michelle Lancaster

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks Productions, LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e

Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q

Instagram: http://Instagram.com/evawinners

BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners

Twitter: http://Twitter.com/@Evawinners

TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

LISTA DE REPRODUCCIÓN

https://open.spotify.com/playlist/5parvWeLaeYVxBfqhH5H0U?si=9qQfLXGBT5uR_j37CrCawg

ÍNDICE

Colección Bellas & Mafiosos

Prólogo
1. Luca
2. Margaret
3. Luca
4. Margaret
5. Luca
6. Margaret
7. Luca
8. Margaret
9. Luca
10. Margaret
11. Luca
12. Margaret
13. Luca
14. Margaret
15. Margaret
16. Luca
17. Margaret
18. Margaret
19. Luca
20. Margaret
21. Luca
22. Margaret
23. Margaret
24. Luca
25. Margaret
26. Margaret
27. Margaret
28. Margaret
29. Luca
30. Margaret
31. Luca
32. Margaret
33. Margaret
34. Luca
35. Margaret
36. Margaret
37. Luca
38. Margaret
39. Luca
40. Margaret
41. Luca

42. Margaret
43. Luca
44. Luca
45. Luca
46. Margaret
47. Luca
48. Margaret
49. Margaret
50. Luca
51. Margaret
52. Luca
53. Margaret
54. Luca
55. Margaret
56. Luca

Epílogo

Agradecimientos

A mis hijas, mi marido, mi familia, mis amigos y mis lectores.
¡Gracias!
No podría ser capaz de hacer esto sin ustedes.

COLECCIÓN BELLAS & MAFIOSOS

Hemos llegado al final de esta serie. Es agridulce, pero no dejo de recordarme que no es el final.

Mientras lo estás leyendo, se vislumbran otros mundos y personajes que llegarán a ti en 2023.

Espero que ames a Luca y Margaret. Casi se quedan sin libro (¡cómo se burlaron de mí!).

Ten en cuenta que la línea temporal es paralela a las historias anteriores de la serie, por lo que, si no has leído esos libros, puede haber algunos spoilers.

¡Disfruta!

PRÓLOGO

LUCA

Mis ojos la encontraron inmediatamente.

Hubo un excitante momento en que mis latidos se detuvieron. Me *confundió*. Era la única mujer que despertaba esa reacción. Ese *dolor* en mi corazón.

Margaret Callahan era una fuerza a tener en cuenta. Con aquellos rizos salvajes de color azabache que caían en cascada por su espalda como una espesa cortina. Esos rizos obstinados enmarcaban su rostro y esa piel de marfil suplicaba por ser besada.

Maldición, tenía que recomponerme cuando estuviera cerca de esa mujer.

Ella tenía que ser mi lección de vida.

Mi humildad. Mi tentación. Mi tortura.

Acabaría siendo mi muerte. Desde el momento en que la vi por primera vez, no había podido olvidarla. No estaba seguro de si aquella noche en *Temptation*, el club de Cassio en New York, fue el pistolazo de salida de mi propia tentación o de mi propia perdición. Irónicamente, también llevaba un disfraz esa noche. Uno de *Black Widow* que abrazaba sus curvas y hacía babear a los hombres. Deberían haber matado al director de eventos de Cassio cuando se le ocurrió esa idea: una fiesta de *Halloween* en agosto.

Estaba bastante seguro de que ese disfraz había sido confeccionado para mi propia ruina.

Dios, ¿por qué ella?

Me pregunté lo mismo desde el momento en que la vi. Las mujeres se arrojaban a mis pies. Me rogaban que le diera una oportunidad a las relaciones. Prometieron que no me exigirían nada, porque sabían que sería inútil intentarlo.

Sin embargo, Margaret Callahan era distinta.

Me rechazó de plano antes de que tuviera tiempo de formular una maldita frase. No una, sino dos veces. Como un cachorro persiguiendo un hueso, volví por una tercera. Tal vez era mi karma por nunca haber dormido con una mujer dos veces.

Mis ojos recorrieron su pequeña figura. No era el único que se quedaba boquiabierto. Bastantes hombres la miraban con hambre en los ojos.

Llevaba un vestido rojo vino muy elaborado, con un escote corazón pronunciado. Demasiado bajo para mi cordura. El corpiño de satén negro se ceñía a su cintura en forma de corsé. Pero de la cintura para abajo, se acampanaba en un elaborado diseño con múltiples capas de tul.

La máscara que llevaba ocultaba bien su rostro. Estaba hecha de encaje, a medida. Un lado de su cara estaba completamente cubierto a excepción de su boca. La otra mitad de la cara dejaba ver su hermosa mandíbula. Nadie la habría reconocido. Pero *yo* no era cualquiera. La reconocería en cualquier parte. Su olor. Su sonrisa. Sus ojos.

Estaba demasiado lejos para ver su color, aunque sabía que eran del azul cristalino más profundo del mar Caribe. De esos que podrían romperte el corazón con solo mirarlos.

Los susurros llenaban el aire. Los hombres descendían sobre ella como buitres. Sin embargo, apenas les dedicaba una mirada. Margaret era coqueta, pero le gustaba un tipo en específico de hombre con ciertas características. Yo no cumplía con ninguna de ellas. Parecía ir por hombres de tipo corporativo. De corte pulcro.

Para su pesar, eso no me impediría conquistarla.

Era la única mujer que me haría romper mi regla sobre dormir con la misma mujer dos veces.

Deambulando por el salón de baile, sus ojos se desviaban de izquierda a derecha. Arriba y abajo. El candelabro hacía brillar su gargantilla y atraía las miradas de todos. Recorrió la sala lentamente; el camarero que pasaba con una bandeja se detuvo para ofrecerle una copa de *champagne.*

Le ofreció una sonrisa distraída, bebió un trago y continuó. Hasta que sus ojos se posaron en mí.

Sus pasos vacilaron y se quedó quieta.

No podía haberme reconocido. Llevaba una máscara dorada y negra del *Fantasma de la Ópera* y tenía la mitad de la cara completamente cubierta, dejando al descubierto los labios y la parte izquierda de la cara y la mandíbula.

Una media sonrisa apareció en mis labios. Era como si nos hubiéramos coordinado.

Reanudó la marcha, despacio, pero en mi dirección. No me moví. Mantuve mis ojos fijos en ella, y esperé.

Si algo había aprendido de Margaret Callahan es que le encantaba cazar. Así que tal vez la dejaría perseguirme para variar.

Sería beneficioso si mi polla cooperara.

Como si fuera un maldito adolescente, el corazón me retumbaba en el pecho con más fuerza a cada paso que daba. Hasta que se paró frente a mí.

—Hola. —Mierda, su voz estaba hecha para el sexo telefónico: sensual, sugerente, con un toque de diversión.

Jesucristo, si pudiera encontrar una maldita cosa, solo una, que me disgustara, tal vez superaría esta fascinación por ella.

—¿Quieres tener sexo?

¡Años! Años persiguiéndola y obsesionado con la belleza de cabello negro, no obstante, todo lo que necesité fue un baile de máscaras para tenerla en mi cama.

—Vamos rápido... —Hice una pausa, cortándome en seco—. ¿No es así? —Las dos últimas veces que la vi, le puse un apodo. *Bella.* Era tan hermosa que era imposible no darse cuenta.

Sus ojos brillaban con picardía, y había sido esa chispa la que había captado mi atención la primera vez que nos cruzamos. Esa mujer habría sido una rebelde irlandesa si hubiera tenido la oportunidad.

—Podemos hablar un rato, si quieres —expresó con indiferencia—. Ya sabes, si necesitas entrar en calor. Aunque no quiero perder el tiempo si no te interesa el sexo.

¡Jesucristo!

¿Estaba decidida a meterse en problemas? Cassio quería tenderle una trampa para poder casarse con su prima, pero la muchacha tenía sus propios planes.

Tomé su mano entre las mías y la arrastré fuera del salón de baile y escaleras arriba hasta que estuvimos en la última planta. Había reservado la *suite* del *penthouse* de ese hotel para la trampa. Aunque, no se suponía que fuera conmigo. Mi hermano, Cassio, quería que encontrara a su

antiguo novio. *Sí*, a la mierda. Nunca tuve intenciones de encontrar a nadie para seducirla.

Tenía mi propio plan. Mi hermano estaba loco si pensaba que dejaría que alguien tuviera a esta mujer.

Una vez dentro de la *suite*, cerré la puerta tras nosotros y mantuve mi mirada fija en ella. No sabía qué esperar de esa noche. De acuerdo, quizá tenía una idea, pero me molestaba que tuviera un plan propio. Cogerse a otro hombre. Cualquiera.

—Desvístete —ordené, con voz ronca.

—¿Qué...?

Tomé su barbilla entre mis dedos e hice que me mirara. Maldición, esos ojos azules. Eran mi vicio.

—Quieres que te folle —gruñí—. Entonces hagámoslo.

Sus ojos se abrieron de par en par detrás de la máscara.

—¿En serio?

—Desvístete, seductora.

Su mano se posó sobre su pecho, con la respiración entrecortada.

Le temblaban los dedos al tirar del cordón del corpiño. Sus movimientos eran lentos, con sus ojos fijos en mí. Una vez desabrochados los cordones, se bajó la blusa y sus preciosos pechos quedaron al descubierto.

No llevaba sujetador. ¡Maldita sea!

Su pecho se agitaba con respiraciones estremecedoras, tentándome aún más. Dejó caer el vestido y quedó como un charco a sus pies, dejándola sin nada más que unos zapatos de tacón rojo cereza y bragas de seda.

Mi polla se tensó, endureciéndose al verla. Por Dios. Era como una Madonna en uno de esos cuadros que a mi abuelo le gustaba coleccionar.

—Tu turno. —Exhaló. Arqueé una ceja ante su petición. Era otra de las cosas que me encantaban de esa mujer. Era tan exigente. Enloquecedora. Mi mente se quedó en blanco. Se quedó así al ver su cuerpo desnudo. Era preciosa. Desde su agraciado cuello, sus generosos pechos, sus suaves caderas hasta sus tonificadas piernas.

Me quité la chaqueta y me desabroché la camisa negra, sin dejar de mirarla. Su piel estaba sonrojada. Aquella pálida piel irlandesa estaba manchada de rubor por todas partes.

Su mirada se centró en mí cuando me deshice de la camisa. Siguieron los zapatos y los calcetines, y luego los pantalones. Se quitó las bragas, mirándome.

—Las máscaras se quedan puestas —advirtió mientras me despojaba del bóxer.

—No te quites los tacones —exigí, con la voz ronca.

Como no contestó, busqué sus ojos y los encontré fijos en mi miembro.

—¿Qué es eso? —preguntó, pasándose la lengua por el labio inferior.

Rodeé mi polla con la mano y lo acaricié una vez. Abrió la boca, entrecerró los ojos y se ruborizó.

—¿Esto? —repliqué, pasando el pulgar sobre el *piercing* Príncipe Alberto—. Es un *piercing*.

Respiraba con dificultad y casi esperaba que saliera corriendo o se desmayara.

—Eres enorme —susurró—. ¿Por qué tienes un *piercing* también?

Extendió la mano y, al instante, mi polla reaccionó, ansiosa por su contacto. Pero entonces, como si recordara que no debía, la bajó junto a su cuerpo. No se me escapó cómo se frotaba los muslos, la prueba de su excitación manchando el interior de ellos.

—Se siente bien contra tu clítoris, y cuando estoy dentro de ti, contra tu punto G. —Me froté el miembro, haciendo que el *piercing* se moviera.

—Dios mío. —Tragó saliva—. ¿Hablas en serio?

Asentí, el semen ya dejaba un rastro brilloso en la punta de mi longitud. Si decidía que esto no era para ella, me moriría. Mi polla palpitó y ejercí más presión con mi puño, agarrando mi erección desde la punta hasta la base.

—¿Estás lista para probarlo? —desafié.

Se mordió el labio, sin moverse. Esperé. Tenía que ser consensuado. Tenía que desearlo tanto como yo.

—Sí —respondió finalmente.

Gracias, maldición.

La tomé de la mano y la llevé a la cama. En cuanto la parte trasera de sus rodillas tocaron el colchón, me rodeó el cuello con las manos y me besó. Nuestras bocas se unieron y un escalofrío me recorrió la espalda.

¡Demonios!

Sabía bien. A fresas. Mi lengua se deslizó entre sus labios y me adueñé de su boca, besándola con fuerza. Su mano recorrió mi pecho y bajó hasta que sus delicados dedos rodearon mi dura polla.

Ambos caímos hacia atrás, rebotando sobre el colchón, hundiéndolo bajo nuestro peso.

Con mi cuerpo encima del suyo, froté mi miembro contra sus pliegues húmedos y su espalda se arqueó.

—¡Dios!, puedo sentir el metal frío —soltó en un jadeo.

Empujé dentro de ella con fuerza y la penetré hasta el fondo. Se le escapó un grito ahogado y su cuerpo sufrió un espasmo.

—¡Joder! —siseé. Estaba apretada como un puño y su centro palpitaba alrededor de mi cuerpo. Me abrazó por completo, estirándose alrededor de mi erección. Se sentía como el paraíso. Como el infierno.

Sabía que la necesitaría el resto de mi vida.

Me retiré casi por completo, dejando solo la punta dentro, antes de volver a penetrar su apretado coño. Su cuerpo tembló, la piel se le erizó y gimió.

—*Dios mío.* —Sus jadeos eran maldita música para mis oídos.

Moví las caderas y mi miembro se deslizó dentro y fuera de su centro, manchado con sus jugos. Bajó los ojos para ver cómo mi polla desaparecía en su sexo, y pensé que le encantaba la visión. Al estar sobre ella, mi pubis chocaba contra su clítoris.

Los ruidos que hizo me hicieron casi explotar allí mismo.

—Tu coño me está tomando muy bien —elogié.

Sus párpados se cerraron.

—Sí —gimió. Sus dedos me arañaron la espalda mientras la penetraba una y otra vez. Cada embestida era más fuerte y profunda que la anterior. El sonido húmedo de nuestros cuerpos, piel contra piel, nuestros gemidos y gruñidos llenaban la habitación y rebotaban en las paredes.

—¡Dios! ¡Por favor! —gritó.

Me la cogí. Rápido. Con fuerza. Bombeándola furiosamente.

Sus piernas, aún con los tacones puestos, me rodeaban la cintura, sus dedos en mi espalda, mi cuerpo contra el suyo mientras la penetraba. Su coño se apretaba a mi alrededor. Sus gemidos y sus palabras me incitaron a seguir. Su humedad, caliente y pegajosa, goteaba sobre nuestros cuerpos.

Con un gruñido, la penetré con fuerza. Sin piedad. La punta de mi miembro y el *piercing* rozaban su vientre. Se estremeció y tembló. Un torrente de humedad y sus paredes se apretaron

alrededor de mi longitud. Un gemido tras otro brotaba de sus labios, mientras alcanzaba el orgasmo.

Me corrí con más fuerza que nunca, mi semilla se derramó dentro de ella. El corazón me latía con fuerza en los oídos. Me estremecí cuando mi propio orgasmo me sacudió. Y juré que vi un relámpago detrás de mis párpados.

Salí y jadeó, casi dolorosamente.

La bruma de placer se disipó lentamente y mis ojos bajaron hasta donde nuestros cuerpos estaban unidos hacía apenas unos segundos.

La visión de mi semilla y... la sangre untada por toda mi polla y el interior de sus muslos…

¿Margaret Callahan era virgen? ¡Qué carajo!

UNO

LUCA

Dos años atrás

Acabábamos de interceptar y rescatar un cargamento de mujeres que mi padre había ayudado a introducir clandestinamente en el país. Él, junto con el padre de Raphael Santos, estaba metido en el tráfico de personas. Cuando se ve una mierda así, el único mecanismo de supervivencia es el humor. Al menos para mí, lo era.

Era una alternativa mejor que estar deprimido, como si tuviera tiempo para esas tonterías sensibles, o ser un gruñón. Mi hermano era demasiado serio. Luciano estaba demasiado enfadado desde que su mujer desapareció. Nico había estado vengando a su hermana y culpándose por haberle fallado. Alexei había estado lidiando con las consecuencias de una vida jodida. Probablemente era el que peor lo había pasado de todos nosotros, y eso era mucho decir.

Y yo, había estado intentando expiar mi primer pecado. Por supuesto, había cometido muchos más desde entonces, pero ese todavía me carcomía. Aún me mantenía despierto por la noche. La chica de cabello negro y ojos azul océano había perseguido mis sueños desde entonces.

Mis ojos recorrieron a las jóvenes acurrucadas juntas, con terror y miedo en sus miradas. Se me revolvió el estómago, sin embargo, no me inquietó tanto como el terror que había visto en los ojos de aquella niña hacía tantos años atrás.

Tal vez era el hecho de que fue mi primer asesinato, aunque estaba bastante seguro de que era porque fui el que había provocado esa mirada.

Sacudiéndome esos pensamientos y devolviendo el pasado a un rincón oscuro, donde pertenecía, me centré en las mujeres que tenía adelante. Podríamos salvarlas. Podíamos darles una vida mejor y más segura. La cuestión era dónde.

Las víctimas no querían volver a sus casas. Querían esconderse aquí, en Estados Unidos. Así que repasamos varias opciones, hasta que Nico ofreció una mejor opción.

—Quizá podamos asignar el doble de mujeres en cada habitación durante una semana hasta que podamos ampliar el edificio —murmuró Nico pensativo mientras empezaba a teclear enérgicamente en su teléfono. Gia, el ama de llaves de Nico, fue víctima de la trata. La rescató y, con la ayuda de Nico, estaba dirigiendo un refugio para otras mujeres que habían pasado por lo mismo.

—Sé que eres bueno —me burlé de él. Nico tenía empresas de construcción legítimas, pero montar un edificio nuevo en una semana era una exageración. Incluso para él—. ¿Pero una

expansión en una semana? No eres tan bueno.

Nico arqueó una ceja, con cara de suficiencia.

—Desafío aceptado —contestó inexpresivo—. ¿Qué apostamos?

—¿No eres lo suficientemente rico? —resoplé.

—No estoy hablando de dinero —replicó

—Entonces, ¿qué quieres? —pregunté.

—Un favor —respondió Nico sin pensarlo—. Cualquier favor, en cualquier momento de mi vida, cuando lo quiera.

—No lo hagas —advirtió Luciano, compartiendo una mirada divertida con Cassio. Estos viejos desgraciados creían conocerme tan bien—. Vas a perder.

—Ya perdió —declaró Alexei. *Maravilloso,* ni siquiera el frío psicópata creía en mí.

—Trato hecho —acepté.

Cuando nos dimos la mano, Nico sonrió como un tiburón. Lo haría perder esa apuesta.

Sonó un teléfono y todos echamos un vistazo a los nuestros. Era el de Nico; le habían contestado.

—De acuerdo, Gia las acogerá —anunció Morrelli—. Haré que mi equipo de construcción trabaje en la ampliación del edificio, pero hasta entonces, Gia dijo que puede alojarlas.

—Excelente —refunfuñé. Caramba, hasta su ama de llaves era demasiado eficiente—. Ahora, vamos a celebrarlo. ¿Vamos a tu club en la ciudad, Cassio?

—¿Temptation? —Nico inquirió—. ¿No hay una fiesta de *Halloween* o algo así?

—¿En puto agosto? —gruñó Luciano. Era exactamente lo que pensaba. Odiaba las fiestas de disfraces. Era un maldito circo.

Cassio se limitó a encogerse de hombros.

—El director de eventos está haciendo una mierda metiendo todos los días festivos del año en este mes. La semana que viene es la fiesta de Navidad.

Luciano y Nico no tardaron en llamar imbécil al director de eventos, poniendo los ojos en blanco. No podía estar más de acuerdo, no obstante, era el club de Cassio. No me gustaba mucho ser dueño de clubes. Prefería refinerías de petróleo, empresas tecnológicas y mierdas así.

—Nada de Temptation para mí. —El tono frío de Alexei interrumpió los nombres creativos de Luciano para el director de eventos de Cassio como si estuviera recorriendo el alfabeto.

—Sí, Temptation también es demasiado suave para mí —comenté—. Pero cuando Cassio se niega a abrir algo más fuerte, hay que conformarse con Temptation.

Con rostro inexpresivo, Alexei me mostró una seña obscena con la mano.

—Ve a abrir tu propio club de sexo duro —replicó Cassio—. Bastardo pervertido.

Sonreí. No me gustaban las cosas pervertidas, no es que no quisiera probarlas alguna vez. Pero no era algo que necesitara.

—Podría —dije—. Y lo llamaría Cassio.

—Y podría darte una paliza —bromeó Cassio.

Como si alguna vez pudiera. Mi hermano mayor deliraba a veces.

Dejándolos atrás, me subí a mi Bugatti y conduje hasta Temptation, sin saber que allí me esperaría exactamente eso, una tentación.



Entré al club, saludando con la mano a Alan, el portero de Cassio.

—Hola, Alan —lo saludé—. ¿Ocupado esta noche?

—Todas las noches de este mes —se quejó. Hasta su propio portero odiaba la idea de las celebraciones en agosto.

Una joven se acercó a mi lado.

—Gracias por esperar.

Ladeé una ceja y la miré de reojo. Me sonrió, sus ojos brillaban como dos zafiros azules con profundidades de azul océano. Los mismos azules que los de la chica que rondaba mis sueños.

—Sigue caminando —murmuró. ¿Me estaba utilizando para entrar en el club? Estuve a punto de reírme. Las mujeres solían repasarme más de una vez y esta apenas me dirigió la vista, ya que estaba con la mirada atenta observando a Alan.

Mis ojos la recorrieron. El mismo tono de cabello negro. Los mismos ojos azules. Era mayor, más alta, con un cuerpo de infarto, enfundada en un traje de *Black Widow* que abrazaba sus curvas. Era ella. Estaba seguro.

Margaret Callahan.

Le hice una señal a Alan con la cabeza para que la dejara pasar. Apenas pusimos un pie dentro del club, desapareció sin darme las gracias.

Pero aún no habíamos terminado, si por mí fuera. Me dirigí tras ella, escudriñando el oscuro pasillo en busca de la pequeña belleza de cabello negro vestida con un ajustado traje de *Black Widow*.

Joder, ya la había perdido entre la multitud.

Me dirigí a la pista de baile y mis ojos recorrieron la multitud de cuerpos disfrazados. La mayoría bailaba, o lo intentaba, mientras la música sonaba por los altavoces y la pista vibraba con el bajo.

Fue entonces cuando la vi. Estaba bailando con una chica pelirroja vestida de *Wonder Woman,* las dos riendo y moviéndose una contra la otra.

Ignorando a *Wonder Woman* porque *Black Widow* siempre fue mi favorita, las observé y esperé una oportunidad. Por lo general, las mujeres nunca bailaban juntas durante mucho tiempo. En cuanto hubiera algo de espacio entre ellas, pensaba adentrarme.

Mientras miraba a la mujer que se movía sensualmente en la pista de baile, mis recuerdos me llevaron a la primera vez que la vi.

Del dormitorio llegaban gemidos y quejidos, los gruñidos de mi padre cada vez más fuertes.

Odiaba esa mierda. ¿Quién espera que un niño de doce años haga guardia mientras su padre se folla a alguien?

Cassio estaba en su primer año de universidad, dejándome solo con nuestro padre. Lo odiaba, pero sabía que, si metía la pata, me daría una paliza.

Así que me quedé de pie y esperé, ignorando los chirridos de la cama y las voces que venían del dormitorio. Mis ojos recorrieron el gran pasillo, y la puerta de una de las habitaciones quedó abierta de par en par. Me acerqué lentamente, manteniendo mis pasos silenciosos como me habían enseñado, y me asomé al interior.

Era la habitación de una niña. Con mucho, mucho rosa.

Había osos, muñecas, bailarinas y más osos de peluche.

Cualquiera que fuese la niña que ocupaba esa habitación, tenía una seria obsesión con los osos.

Antes de que pudiera poner un pie en la recámara, oí un suave alboroto en el piso de abajo. Susurros. El color rosa y los osos olvidados, saqué la pistola de la parte trasera de mis

pantalones.

La mano me tembló un poco, pero me armé de valor al instante. No podía mostrar debilidad. Padre no lo aprobaría, y si lo veía, haría que me arrepintiera.

Agarrando el frío metal, di un paso hacia las escaleras. Luego otro. Hasta que estuve casi en la cima, mirando hacia abajo.

Fue entonces cuando los vi. Un hombre y una niña.

Subió las escaleras, con su propia pistola en la mano, y la niña con el cabello del color de la noche más oscura se quedó observándolo fijamente. Sus ojos parpadearon sobre él y nuestras miradas se conectaron.

Se me hinchó el pecho. Una ola me golpeó. Fue casi... pacífico. Como tumbarse al sol en el jardín de Nonno. O nadando en Sicilia.

—¿Qué haces aquí, muchacho?

Olvidado el paraíso, me encontré con la mirada del hombre y mi corazón se aceleró. Tenía que ser el padre de la niña. Tenía los mismos ojos azules, aunque no eran tan hermosos como los de ella.

—¡Hijo de puta! —siseó el hombre mientras mi corazón latía con fuerza contra mi pecho. Era doloroso—. Eres el hijo de Benito.

Parpadeé. La expresión asesina de su cara me golpeó erróneamente. Padre dijo que todos nos querían muertos. Cassio dijo que pensara antes de reaccionar.

Era demasiado tarde. Bang. Bang. Bang.

Al instante, el rojo manchó su pecho. Cayó por las escaleras y sentí como si todo mi mundo diera un vuelco, como si estuviera cayendo junto a él.

Una sonora carcajada rompió el recuerdo y volvió a traer mi enfoque al mundo presente.

Parpadeé e inspiré profundamente. Margaret Callahan bailaba, los mismos ojos azules que me habían perseguido durante años me miraron brevemente antes de alejarse.

La oportunidad vino de una fuente poco probable. De mi hermano. Cassio, que rara vez bajaba a la pista de baile, coqueteó con la pelirroja *Wonder Woman*. Estaba tan atónito de verlo bailar que perdí mi maldita oportunidad. Un desgraciado se había abalanzado sobre Margaret y estaba bailando como si un *striptease* fuera la cosa más natural. Como si fuera un maldito *chippendale*.

La niebla roja empañó mi visión.

El tipo se movió rápido. Sus labios estaban sobre mi *Black Widow*, sus manos recorrían su trasero, tocándola por todas partes. Su boca se movía contra el lóbulo de su oreja y, por el bonito rubor de sus mejillas, no le estaba contando un cuento para dormir. Al menos no del tipo que te leería tu madre.

Fue entonces cuando decidí que mataría al tipo.

Había cometido muchos pecados y asesinatos a sangre fría en mi vida. Todos los hombres, menos mi primer asesinato, lo merecían. Esta sería la primera vez que mataba a alguien por celos.

Demonios, mi repertorio estaba creciendo.

Apreté tanto los dientes que me dolía la mandíbula mientras los miraba juntos. Necesité todo mi control, que no era muy grande la mayoría de las veces, para no irrumpir entre ellos y romperle la cara al idiota en el proceso.

En cuanto vi su maldita mano intentando meterse en sus pantalones, perdí la cabeza. Hice

una señal al portero. Sabía lo que eso significaba. *Llévenlo al sótano.*

Margaret miró con los ojos muy abiertos cuando se lo llevaban a rastras, se encogió de hombros y siguió bailando. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

Tenía la sensación de que no había muchas cosas que escandalizaran a mi mujer.

Me quedé helado.

¿Mi mujer? No, no podía ser. Acababa de conocerla.

DOS

MARGARET

Bailando y moviendo mi cuerpo sensualmente, consciente de los ojos de los hombres sobre mí, me aseguré de darles un espectáculo. Era más fácil controlar mi cuerpo y la reacción de los hombres que intentar algo más profundo. Ellos siempre pensaban que sabían lo que conseguirían conmigo, pero no era así. Dios, ni yo misma lo sabía.

Algo siempre me retuvo. Algo de mi pasado que no podía comprender del todo. Parecía que toda mi existencia giraba en torno a un sueño vago que volvía una y otra vez. La única imagen clara en todo ese sueño eran los ojos muertos de mi padre y un charco de sangre a su alrededor, tragándoselo entero. Sé que estuve allí cuando lo asesinaron, no obstante, nunca pude enterarme de todos los detalles. No estaba segura de querer saberlo, para ser honesta.

Sin embargo, esta noche había algo diferente. Se me erizó el vello de la nuca y sentí un ligero temblor que me recorrió el cuerpo. No era exactamente desagradable, pero tampoco me gustaba.

«Es porque Áine está bailando con un hombre», seguía diciéndome para mis adentros.

Pero el razonamiento no tenía sentido. No era exactamente una mujer sutil y tímida. Sí, tenía mis propios problemas, sin embargo, que los hombres me miraran nunca fue uno de ellos.

Azul, amarillo, morado, rojo. Las luces parpadeaban y proyectaban un arcoíris de colores sobre mi traje negro y elástico de *Black Widow*. Una canción obscena sonaba por los altavoces mientras los cuerpos bailaban en la pista, moviendo las caderas y rozando los labios.

Unas manos se posaron en mis caderas y le seguí el juego. El desconocido susurró cosas que quería hacerle a mi coño. No sentí nada. Nada. *Nada*. Y su boca estaba demasiado cerca de mi oreja, respirando en ella como si un maldito huracán estuviera ocurriendo en mi cerebro.

Podía actuar como una seductora y ligar, pero eso no significaba que tendría sexo.

Apareció un portero y se llevó al tipo a rastras. Lo miré, me encogí de hombros y seguí bailando.

Una gota de sudor rodó por mi espalda. El balanceo de mis caderas, el deslizamiento de mis manos por el cabello. Me moví más despacio mientras mis ojos recorrían sutilmente la pista de baile, sin que mi cuerpo detuviera sus movimientos.

Ojos oscuros. Expresión más oscura.

Mis movimientos vacilaron y nuestras miradas chocaron. El hombre estaba de pie al fondo de la pista de baile. Una mujer a su lado, con los ojos desorbitados y los labios en movimiento.

Sin embargo, toda su atención estaba en mí.

Incluso bajo las tenues luces de la discoteca, pude ver que era alto. Algo me resultaba familiar en él, pero no podía recordarlo.

Dejando atrás a la mujer, sin dedicarle una sola mirada, se dirigió hacia mí con pasos largos y

decididos.

Me quedé allí de pie, como una presa que se preparaba para ser cazada, observándolo fijamente y atrayendo su mirada.

Voluntariamente.

Mis pezones se tensaron. La sangre de mis venas se encendió de deseo. Un dolor palpitante pulsó entre mis muslos.

Era incluso más alto de lo que pensé en un principio. Incliné el cuello para sostenerle la mirada cuando se detuvo frente a mí.

Nos observamos fijamente, con una tensión densa y sofocante que llenaba el aire. Sus anchos hombros me impedían ver al resto del club, dejándome aparentemente a solas con él. Su presencia me recorría el cuerpo y la inquietud subía hasta ahogarme.

Un recuerdo empujó mis sienes, luchando por salir.

Excepto que no podía pensar con él en mi espacio.

Di un paso atrás. Dio un paso adelante.

—Has crecido —dijo suavemente—. *Bella.*

Parpadeé y volví a parpadear. Lo dijo como si me conociera. Inhalé lentamente. Lo solté. Luego repetí.

—No te conozco. —Tragué saliva.

No se movió. Ninguna emoción cruzó su rostro, pero algo oscuro se movió a través de sus ojos que no eran tan oscuros como pensé inicialmente. Había toques de avellana en ellos. O las luces del club me estaban jugando una mala pasada.

Tragué saliva y traté de mantener la voz firme con mis siguientes palabras.

—¿Puedes por favor retroceder de una maldita vez?

Levantó los labios. No se movió, ni un centímetro.

—¿Tienes miedo, *mia bella*? —Su dedo se acercó a mi cuello, barriendo suavemente mi pulso ensordecedor. Contuve la respiración mientras masajeaba la vena, como si me dijera que podía acabar con mi vida cortándola.

Un recuerdo me golpeó, haciendo que me flaquearan las rodillas. Era como estar al borde del océano, luchando contra olas huracanadas. Habría caído de rodillas si él no se hubiera apresurado a agarrarme por la cintura.

—Benito King —solté con voz ronca, temblando internamente. Pero me negué a mostrarlo.

Esas dos palabras desprendían una ira real y volátil, y era tan aterrador. Había demonios en sus ojos, y si no me largaba de aquí, uno de ellos me consumiría.

—Es mi padre, no soy yo —me corrigió.

Por supuesto, lo sabía. Era demasiado joven para ser él.

—Ve afuera, Margaret —ordenó Da en voz baja—. Y escóndete.

El corazón me latía deprisa, haciéndome daño en el pecho. También dijo algo más, aunque no pude entenderlo. Observé a Da en lo alto de las escaleras. Un segundo estaba quieto y al siguiente caía por las escaleras, con manchas de sangre que se arrastraban hasta el fondo, donde aterrizó.

La voz de mamá resonó, pero no podía verla. Había un nombre que sonaba por toda la casa. Benito.

Parpadeé y volví a parpadear. El recuerdo parecía incoherente.

Un hombre malvado estaba de pie sobre el cuerpo de Da. Ojos oscuros. Sonrisa cruel.

No conocía a Benito. No en ese entonces.

Se pronunciaron más palabras. Me quedé mirando, parpadeando con fuerza y con la vista borrosa. No quería perder a Da. Tenía que vigilarlo todo el tiempo que pudiera. No obstante, él quería que huyera. Me giré para huir y ya era demasiado tarde.

—¿Hacia dónde corres, pequeña? —Ronroneó, levantándome en el aire. Mis dedos arañaron su muñeca. Jadeé mientras me sostenía, con los pies colgando del suelo.

Una navaja fría presionó mi garganta.

—Mamma. —Me atraganté, con cada sílaba doliéndome en la garganta. Ella no se movió.

Mi cuerpo se sacudió.

Tragué saliva, manteniendo a raya mi acelerado corazón. Los recuerdos eran borrosos y confusos, pero estaban ahí. Sabía que era un recuerdo. Pero ¿cómo había podido olvidarlo?

—¿Cassio King? —pregunté, luchando contra el recuerdo.

Sacudió la cabeza.

—Luca.

El nombre me produjo un temblor. La fuerza de su presencia me recorrió la espalda. Su colonia invadió mis pulmones. Todo en él hacía que algo oscuro y hormigueante se filtrara por mis poros.

—Diría "Encantada de conocerte", pero mi *Da* me enseñó a nunca mentir. —Agitada conmigo misma y odiando a cualquier vástago de Benito King, golpeé mi pie con agitación—. Ahora apártate de mi camino, o te arrepentirás del día en que naciste.

Soltó una risita seca y sus labios se curvaron en una sonrisa sardónica.

—Demasiado tarde para eso, *mia bella.*

—Deja de llamarme así —siseé—. Tú... tú... —No encontraba la palabra adecuada para describirlo.

—Baila conmigo —exigió, con la mano aún alrededor de mi cintura, atrayéndome más hacia él.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, mi cuerpo se movió siguiendo sus órdenes. Lentamente. Sensualmente. *Sexy*.

Sentí su cuerpo duro contra el mío y cada nervio de mí se estremeció y hormigueó a la expectativa. No me gustaba. No, me quedé corta. Lo odiaba.

Inclinó la cabeza, su boca contra mi oreja.

—Vas a ser mía, *mia bella.* No lo sabía hasta ahora, pero eres mi objetivo final.

Su aliento caliente me recorrió la espalda. Sus palabras provocaron inquietantes temblores en todos los nervios de mi cuerpo.

Lo empujé y me tambaleé hacia atrás, luego me recompuse rápidamente.

A pesar del ajetreo que me recorría las venas y me zumbaba en los oídos, por fin percibí la letra de la canción que oía en el club.

Por los altavoces sonaba *You're just a fuckboy*. Todo el mundo sabía que Luca King era un *playboy* notorio. Era un maestro de las aventuras de una noche. De hecho, se rumoreaba que era su regla. Nunca dormir con la misma mujer dos veces.

—Conozco tu reputación, Luca King —reviré, mirándolo con odio—. Eres un mujeriego que ninguna mujer decente querría.

Luego me giré sobre mis talones, le mostré el dedo medio por encima del hombro y no volví la vista atrás.

TRES

LUCA

Dos años después

Las Vegas fue acogedora, como siempre.

Habían pasado dos años desde que me crucé por primera vez con Margaret en Temptation.

Desde entonces, nos habíamos encontrado de vez en cuando. Nunca accidentalmente. La mayoría de las veces, actuaba como si ni siquiera me conociera. No podía alejarme. Necesitaba ver esos ojos azules cristalinos y ahogarme en ellos.

La había vigilado todo el tiempo.

Me convencí de que era para asegurarme de que estaba bien y a salvo. Era una maldita mierda. Era para alimentar mi obsesión. La chica no me soportaba. Cada vez que me veía, sus labios se curvaban en una mueca de desdén y me fulminaba con la mirada. Parecerme a mi padre no me ayudaba.

Unas cuantas veces incluso me llamó acosador. Me lo tomé como un cumplido.

Así que la mayoría de las veces la vigilaba desde las sombras. No podía permitir que pidiera ayuda a su tío y a sus hermanos.

Cassio me cortaría las pelotas si arruinara sus posibilidades en su emparejamiento. Por supuesto, el que quería no era exactamente el que tenía actualmente.

A Cassio se le metió en la cabeza que necesitaba casarse. El plan se puso en marcha, pero la parte más candente fue que planeaba utilizar a mi mujer, su actual prometida, para poder conseguir a la mujer que realmente quería. Mi maldita mujer. Así que mientras Cassio maquinaba cómo utilizar a Margaret como señuelo para conseguir a Áine Evans como novia, yo hacía mis propios planes.

Pero estaba loco si creía que me quedaría sentado mirando cómo le tendía una trampa a Margaret con un imbécil.

Si el plan de Cassio salía adelante, nos convertiríamos en familia, ya que Áine era prima de Margaret. Y, joder, no vería a mi mujer con otro hombre en cada fiesta, cumpleaños y reunión.

¡No, que se vayan la mierda!

Cassio hizo que el antiguo novio de Margaret apareciera en Las Vegas. Luego me dejó toda la logística a mí. Me aseguré de que el desgraciado estuviera enterrado a dos metros bajo tierra.

Como mi hermano era impreciso con los detalles, lo dejé todo a mi imaginación.

Tomaría el papel de su seductor.

Margaret y Áine se dirigían a Las Vegas para la despedida de soltera de Margaret. Típico de ella, ya había empezado a organizar fiestas salvajes. Incluso una visita al espectáculo de *Chippendales*. Dios, si mi plan funcionaba, tendría que controlarla. No habría más hombres para esa mujer más que yo, así que más le valía acostumbrarse.

No fue difícil enviarle una invitación exclusiva y personal a su buzón de correo electrónico como bienvenida de la élite de Las Vegas. Solo tuve que conseguir la ayuda del sanguinario Emory DiLustro y pagar unos honorarios de unos cuantos millones, pero Margaret valdría cada centavo.

Así que se le envió la invitación a este evento exclusivo y Margaret mordió el anzuelo.

Ahora, solo tenía que llevarla a la cama. Conmigo.

—¿Listo, hermano? —preguntó Cassio.

No tenía ni maldita idea de lo preparado que estaba. Había sido paciente durante demasiado tiempo y la paciencia nunca fue mi virtud. Cassio era el paciente de los dos. Ocultaba todas sus emociones y actuaba como si el mundo se acabara cada puto día. Tenía que ser su maldita vejez. Había casi seis años de diferencia entre nosotros dos. Yo tenía treinta y cuatro y Cassio era... bueno, un viejo.

Esa tenía que ser la razón por la que él era más relajado, lo que hacía que todo este plan fuera un maldito dolor de cabeza. Sin embargo, tenía que ser inteligente y jugar bien mis cartas.

Porque jugué para ganar.

—¡Que empiece el juego! —animé.

Había tres hombres con trajes negros, las pistolas guardadas y auriculares. Prefería menos séquito, pero a Cassio le gustaba ser prevenido.

Abandonamos la *suite* del *penthouse* y nos dirigimos al club nocturno que había unos pisos más abajo. Una vez en el club, nos dirigimos a la *suite* VIP privada. Las luces de Las Vegas, la Ciudad del Pecado, parpadeaban a través de las ventanas, pero era inmune a todo ello.

Lo único que podía llamar mi atención era la mujer que deseaba.

Una mesera nos esperaba en la *suite* VIP, mirándonos.

—¿Les sirvo una copa?

Prácticamente ronroneó las palabras. Ignorándola, observé la pista de baile como un halcón.

—*Whiskey* —respondió mi hermano.

Al mismo tiempo vi a Margaret, que entraba en el club pavoneándose como si fuera la dueña del local. Llevaba un vestido demasiado corto que no dejaba mucho a la imaginación. La pequeña cosa brillante se movía con su cuerpo, atrayendo todas las miradas.

Se echó el cabello hacia atrás, sabiendo perfectamente que la mayoría de los hombres del club babeaban observándola.

Levanté la comisura de los labios. Joder, me encantaba su confianza. Incluso su descaro. Su larga melena azabache se balanceaba mientras se movía y sus caderas se mecían al compás de la música.

Maldición, y ese *culo*. Nada me gustaría más que morderlo y dejarle una marca.

Consciente de que la mesera me miraba, me di cuenta de que estaba esperando mi pedido.

—*Bourbon* —pronuncié.

Áine se inclinó hacia Margaret, le susurró algo al oído y ambas compartieron una sonrisa. Aquellas dos eran muy unidas. Era sorprendente, ya que sus personalidades no se parecían en nada. Intercambiaron unas palabras más y se unieron a sus amigas en la pista de baile. Todos los hombres las miraban mientras bailaban, reían y bebían.

No pasaría mucho tiempo y sería mía.

CUATRO

MARGARET



Estudié la invitación. Un baile de máscaras.

Áine estaba fuera y esta invitación era solo para uno. Tenía que ser una señal de que debía ir y hacerlo. Siempre había estado en mi lista de deseos y aún no había ido a ninguno.

Además, todo esto del matrimonio concertado con Cassio King me irritaba. Aún no había conocido a mi futuro esposo. Aunque su hermano ciertamente estaba en todas partes.

Casi me dio un infarto cuando vi a Luca en los ascensores. Al principio no me fijé en él. El hombre con tatuajes en el cuello fue el primero que vi. No era mi tipo, pero estaba guapo. Y luego estaba Luca King.

El hijo de puta estaba en Las Vegas.

¿Quizás me estaba vigilando por orden de su hermano mayor?

Solté una risita. Que se jodan los dos.

Si Cassio King quería conocerme o ver lo que estaba haciendo, debería dejar de ser un gallina y hacerlo él mismo. Sorprendentemente, Luca se comportó como si tampoco me hubiera reconocido.

«Quizá tenía miedo de que volviera a dispararle», pensé. Desde luego, no había compartido ese pequeño dato con su hermano mayor; de lo contrario, sería la última mujer del planeta con la que Cassio King haría un contrato matrimonial.

No es que el matrimonio concertado me molestara en sí. Lo que no me gustaba era con quién estaba acordado. Debería matarlos a ambos y terminar con esto. Pero, qué le íbamos a hacer. Y luego estaba todo el asunto de la virginidad. Cassio King, ni ningún miembro de la familia King, merecía que me guardara para él.

Benito King causó la muerte de mi padre y sus hijos eran culpables por defecto. Por supuesto, también lo era mi madre, aunque no podía soportar ver a mis hermanos heridos. Especialmente a los gemelos. Los destruiría.

Así que mantuve la boca cerrada.

Sin embargo, me negué a dar nada más de lo que me obligaban a dar a cualquier miembro King. Así que tenía que tener relaciones sexuales y encargarme de esa molesta tarjeta V. No importaba quién lo hiciera. Cualquiera sería mejor que Cassio King.

Estudié mi reflejo en el espejo. Mi vestido con falda rojo vino tenía un escote corazón muy pronunciado. No dejaba nada al azar. Esa noche seduciría a alguien, aunque fuera lo último que hiciera en esta tierra. El corpiño de satén era negro y se ceñía a mi cintura en forma de corsé. La verdad, no tenía ni maldita idea de cómo respiraban las mujeres con esta mierda.

Pero no importaba. Me veía fabulosa. Sobre todo, de la cintura para abajo. El vestido tenía un elaborado diseño con múltiples capas de tul. La máscara que llevaba me ocultaba bien. Era una máscara de encaje hecha a medida, que cubría solo un lado de mi cara y dejaba mi boca completamente abierta.

«Necesitaré mis labios esta noche», pensé, creyéndome tan inteligente.

Con la última mirada a mi reflejo, salí de la habitación del hotel. Me vino bien que Áine no estuviera por ninguna parte. Había tomado el ascensor, riéndome de lo difícil que sería subir las escaleras con aquel precioso vestido. Mi prima me habría hecho subir por las escaleras. Tenía una maldita fobia a los elevadores.

Una vez fuera del hotel, me pavoneé hacía el conductor.

—¿Baile de máscaras? —inquirí y asintió en silencio.

¿Qué tan conveniente era que la fiesta también proporcionara un conductor?

Tardamos menos de diez minutos en llegar a nuestro destino. Para mi sorpresa, más que un club parecía una residencia. Un hotel residencia de lujo, tal vez.

Respiré hondo e intenté calmar mi agitado corazón. Esto era imprudente. Peligroso. Probablemente estúpido.

Y sí, aun así, lo haría.

El conductor abrió la puerta y le di las gracias, recogí la tela de mi falda entre los dedos y salí de la limusina.

—Bienvenida. —Una mujer vestida de conejita *playboy* me saludó.

Mis ojos recorrieron su atuendo. Jesucristo, me fui con el tema del renacimiento. ¿Tal vez debería haber elegido el tema de las putas? Eso seguramente me habría conseguido sexo. Con todas estas capas de ropa, podía ser que no tuviera ninguna oportunidad al lado de mujeres vestidas tan *sexy* como esa mujer.

¡Maldición!

Entré en el gran salón de baile iluminado y mis pasos vacilaron. El aire se llenó de murmullos. Tal vez era el zumbido de mi cerebro. O la pizca de cordura que me advertía de que estaba siendo estúpida. No lo sabía.

Los hombres ya se abalanzaban sobre mí y un suspiro de alivio me abandonó. Quizá me veía lo bastante bien como para tener sexo. Hice una mueca de dolor ante la idea, pero la ignoré rápidamente.

Deambulando por el salón de baile, dejé que mis ojos se perdieran entre los hombres. Si me acostaba con un desconocido, tendría que ser alguien que me pareciera atractivo. E insistiría en que no nos quitáramos las máscaras. Era más seguro mantener nuestras identidades ocultas. Recorrí la habitación lentamente. Un mesero pasó junto a mí con una bandeja y se detuvo para ofrecerme una copa de *champagne.*

Estaba muerta de sed. Ofreciéndole una sonrisa distraída, agarré la bebida y luego me la tomé de un trago, mientras mis ojos seguían buscando una víctima. Líquido para llenarme de valor, como solía decirse.

Hasta que lo vi. Una máscara dorada y negra del *Fantasma de la ópera,* que le cubría media cara y me miraba fijamente.

Mis pasos vacilaron y me quedé inmóvil.

Siempre me gustó *El fantasma de la ópera*. Una trágica historia de amor. Comprobado. Un hombre loco y un poco acosador. Comprobado. Un hombre tan loco como para quemar todo el teatro. Comprobado.

De acuerdo, sería el indicado para mí esta noche.

Reanudé la marcha, despacio, en su dirección. No se movió, pero me observó. Algo en la forma en que me analizaba hizo que mi cuerpo se estremeciera. Me veía fijamente con ojos demasiado oscuros para leerlos, mirando cómo me le acercaba y, de algún modo, tuve la sensación de que estaba en su dominio.

Me puse delante de él.

—Hola. —Mierda, esperaba que hubiera sido lo suficientemente seductor. No lo fue. Tenía que mejorar mi juego—. ¿Quieres tener sexo? —¿Qué demonios? ¿De verdad acabo de preguntar eso?

Sus ojos se abrieron de par en par y luego se volvieron oscuros y turbios. Seductores.

«Espera», me recordé. «*Estaba actuando a ser la seductora»*.

—Vamos rápido... —Hizo una pausa y esperé mientras el calor florecía en mi estómago, bajando más y más, en una ola que me hizo apretar los muslos. Dios mío, ¿era esto normal? —. ¿No es así?

Oh, me gustaba. Jugando duro para conseguirlo y todo eso. Nunca pude resistir la tentación de una persecución.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Podemos hablar un rato, si quieres —comenté con indiferencia—. Ya sabes, si necesitas entrar en calor. Pero no quiero perder el tiempo si no te interesa tener sexo.

La franqueza pareció funcionar, porque tomó mi mano entre las suyas y me arrastró fuera del salón de baile como un hombre ansioso. ¡Santo cielo!, estaba actuando como una puta a pesar de que no me había vestido para el papel, no obstante, estaba tan ansiosa como él. Miré hacia abajo, donde me agarraba la mano con firmeza y fuerza. Y esas manos... demonios, tenía unas manos *sexys*.

Mierda, tal vez me metieron una versión femenina de viagra en ese *champagne* porque de repente me sentía muy cachonda. Como si necesitara a este tipo dentro de mí. Ahora mismo.

Nos encontramos en un dormitorio de lujo, la puerta se cerró de golpe tras nosotros. Sentía su mirada en mi piel, dejando un rastro de fuego a su paso.

—¡Desvístete! —ordenó, con la voz ronca.

—¿Qué...?

Me agarró la barbilla entre los dedos y me hizo mirarlo.

—Quieres que te folle —señaló en tono ronco—. Entonces hagámoslo.

Dios, mi corazón tronaba tan salvajemente que pensé que me desmayaría.

—¿En serio? —Respiré.

—Desvístete, seductora.

¡Dios mío! Este tipo haría realidad todos mis sueños.



Si hubiera sabido lo bien que se siente un orgasmo, me habría subido a la causa antes. Aunque algo me decía que era por este tipo.

Mi cuerpo aún temblaba por las secuelas del placer más intenso que jamás había sentido, cuando sus siguientes palabras casi me mandan en una espiral.

—¿Quieres que te coma el coño? —No podría haber asentido con más ganas si hubiera querido—. Bien, entonces abre tus bonitas piernas para que pueda comerte ese precioso coño.

Con el pulso palpitante y los muslos temblorosos, obedecí y lo vi degustar mi cuerpo con su boca. Su pulgar recorrió mi camino feliz y mi estómago se tensó al instante.

Jesucristo, todo mi cuerpo ardía. Sus ojos, llenos de deseo devorador, encendieron la lujuria en mi sangre y se negaron a soltarme.

Me miró como si fuera la mujer más hermosa que hubiera visto jamás. Como si fuera todo lo que había soñado.

Jadeé en el momento en que su lengua se coló entre mis piernas, lamiendo mi humedad.

—Oh, mi...

Gimió en voz baja, haciéndome vibrar. El calor estalló, extendiéndose hasta los dedos de mis pies. Lamió mi sexo, desde la entrada hasta el clítoris, como si su vida dependiera de ello.

Tuve que luchar contra el placer inmediato que amenazaba con desatarse en mí. Me pasó una mano áspera por las piernas, tirando de mis dos muslos por encima de sus hombros.

Mis dedos se enredaron en su espesa cabellera, agarrando un puñado y aferrándome con todas mis fuerzas.

En cuanto introdujo su lengua dentro, se acabó el juego para mí. Mi cuerpo se estremeció mientras metía y sacaba la lengua. *Dentro y fuera.*

Mis ojos se pusieron en blanco y mi columna se arqueó sobre las sábanas desordenadas.

Como si lo hubiéramos hecho un millón de veces, empecé a mover las caderas al ritmo de su lengua, rozándome contra ella. Me chupó el clítoris, luego lo mordió y, de repente, la presión explotó.

Me corrí tan fuerte que me zumbaron los oídos, ahogándome de la forma más saciante posible.

Murmuró palabras, pero no pude escuchar ni una.

¿Era posible desmayarse de tanto placer?



Me desperté con el dulce dolor tirando de mis músculos y un brazo desplomado sobre mí.

Las imágenes pornográficas de la noche anterior se agolparon en mi mente y, de repente, mi centro se apretó, necesitando más de aquel desconocido. Dios mío, esto tenía que ser lo que se sentía el ser cogida plenamente.

Era mejor que cualquier cosa que hubiera imaginado. ¡Jesucristo!

Me llevé la mano a la cara y suspiré aliviada. Aún tenía la máscara puesta. Gracias a Dios, aunque me sorprendió teniendo en cuenta lo salvajes que nos habíamos vuelto. Después de la primera vez, y una vez superado el *shock* inicial de descubrir que era virgen, fue implacable a la hora de cogerme. No hizo ningún comentario sobre mi virginidad. Me limpió y luego me compensó aún más. No es que tuviera que hacerlo, porque mi primera vez fue increíble.

Y nunca me arrepentiría de un solo momento mientras viviera. Ni un minuto. Podría estar a punto de casarme con otra persona, pero los recuerdos de la noche anterior estarían conmigo para siempre.

Eché un vistazo por encima del hombro, casi esperando que no llevara la máscara puesta. Un pequeño destello de decepción me invadió, pero me reprendí rápidamente.

Fue una noche sin ataduras de sexo salvaje, nada más.

Aun así, eso no me impidió estudiar su cuerpo. Mierda, estaba bueno. Su cuerpo era la fantasía de toda mujer. Una obra maestra. Se me hizo agua la boca viendo sus músculos esculpidos y ese pecho marcado con tinta: un tatuaje de una rosa enrollada alrededor de un corazón.

Mejor sacaba mi trasero del lugar antes de ir por otra ronda con ese dios del sexo. Para ser

una exvirgen, sin duda me había convertido en una zorra codiciosa.

Con cuidado de no despertarlo, salí de la cama y me agaché para agarrar mi vestido cuando un condón desechado me llamó la atención.

¡Maldición!

Incluso desde aquí podía ver que estaba destrozado. *Completamente* destrozado.

¡Dios mío!

Mirando hacia la cama, murmuré una oración.

Podría salirme con la mía en muchas cosas, sin embargo, quedar embarazada de un desconocido no sería una de ellas.

CINCO

LUCA

Presente

La cena de compromiso de Cassio fue un maldito aburrimiento. Lo había pasado mejor en una fiesta de cumpleaños infantil que en esta mierda. Áine y Cassio discutían, sin embargo, lo ignoraba todo y solo intervenía de vez en cuando. A veces para ayudar, a veces para molestar, porque yo podía ser un imbécil, incluso en el mejor de los días.

Por desgracia, sabía que ninguno de los hombres invitados aportaría emoción a la velada. Si no fuera mi hermano, y no lo quisiera, me la saltaría. Pero Cassio había hecho mucho por mí a lo largo de los años.

Así que tendría que lidiar con irlandeses y no irlandeses aburridos. Lo mejor de la maldita noche fue Chad Stewart y ni siquiera le dispararon. El idiota del fiscal del estado. El desgraciado era el exnovio de Áine y amigo de Marco, el imbécil de mi medio hermano. Lo atrapó engañándola en Las Vegas, así que por supuesto, era historia. Pero ese no fue su peor crimen. Si conociera a mi hermano, y tuviera que apostar, Chad Stewart no viviría una vida larga y feliz.

Honestamente, me sorprendió que Cassio lo dejara vivir.

Mis ojos recorrieron la habitación con desinterés mientras buscaba a cierta mujer de cabello negro. Dios, casi me morí cuando lloró antes. Las únicas dos mujeres cuyas lágrimas me afectaron fueron las de mi madre y Margaret. No recordaba mucho a mi madre, pero sí cada uno de los encuentros con Margaret.

Aún la recordaba como aquella niña asustada. Sus ojos azules llenos de terror miraban a su padre sangrando en el suelo. Su dolor era el mío. Su miedo era el mío.

Cada vez que la veía, algo en mi pecho se retorcía. Doloroso. Esperanzado. O tal vez era desesperanza. La había perdido mucho antes de tener la oportunidad de tenerla. Había sido un cobarde. Apreté el gatillo.

Si lo hubiera sabido...

El corazón me pesaba en el pecho. El odio a mí mismo me quemaba, lo que me sorprendió. No sabía que era capaz de tener ese sentimiento, pero ahí estaba. Ese palpitar incesante cuando pensaba en ella era preocupante.

Sacudí la cabeza.

Tal vez era hora de un examen físico. Podría ser un signo temprano de un ataque al corazón. No había estado exactamente cuidando mi dieta últimamente porque todo en lo que podía pensar era en comerle el coño a Margaret. Joder, su coñito era la única cosa en mi mente desde aquella

noche en Las Vegas en marzo.

Casi dos meses de tortura.

Si era sincero conmigo mismo, habían sido años de tortura. Una niña me robó el corazón mucho antes de que me diera cuenta de lo que realmente era.

Y aquí estábamos. Estaba tan cerca, pero tan lejos. El mismo odio acechaba en sus ojos. ¿Recordaba la noche en que murió su padre? ¿Por qué más me odiaría?

Fue el único agravio que cometí contra ella. Desde entonces, he intentado rectificarlo todo. Realmente lo hice. Luché contra mi padre. Intenté ser un mejor hombre.

Por el rabillo del ojo, vislumbré un vestido rosa claro. Durante una fracción de segundo, nuestros ojos se cruzaron. Le sostuve la mirada hasta que apartó la vista. Cuando me vio, me recorrió una cálida sensación por la espalda.

Entrecerró los ojos antes de romper nuestra mirada y alejarse con la cabeza en alto. Mis ojos se quedaron clavados en ella, como siempre, y la vi escabullirse hacia la terraza.

Me excusé y me dirigí hacia ella. Me percibió antes de que hablara. Si no otra cosa, tenía buena intuición.

—¿Qué quieres? —espetó, sin girarse para mirarme.

—Quería asegurarme de que estás bien —contesté con un tono uniforme.

Mi hermano la tiró bajo el autobús antes. Su objetivo era mostrarla como arruinada y fácil, quedar embarazada fue un bono extra, para que hiciera que Callahan saldara una deuda dándole a Áine.

Todavía me dolían los dientes de intentar mantener la compostura. Estaba embarazada. El desgraciado ni siquiera me avisó. Me quedé estupefacto al oír la noticia de que Margaret Callahan estaba embarazada. ¡De *mi* hijo!

La verdad era que no me gustaba cómo Cassio la había utilizado como señuelo. Por supuesto, me habría gustado aún menos si se hubiera casado con Margaret en lugar de con Áine. No obstante, si le decía eso a esta mujer, huiría de mí. Al menos ahora, me toleraba un poco.

Mierda, las cosas se habían salido de nuestras manos. Sin embargo, no sentía ni una pizca de arrepentimiento sobre el condón destrozado.

«Voy a ser padre. Voy a ser padre. Voy a ser padre».

Las palabras se repetían en mi mente, haciendo que mi corazón se hinchara. Estaba feliz por ello. Ataría a mí a la mujer por la que me obsesioné durante años. Juré por Dios que sería un buen padre. Nada como Benito. Nunca dejaría que nada le pasara a mi familia y a mi mujer. Desde luego no sería quien llevara a mi esposa al suicidio, como Benito había hecho con mi madre. No destruiría a mis hijos como Benito intentó hacernos a nosotros.

Margaret se dio la vuelta lentamente, apoyando los codos en la alta barandilla de mármol. Sus ojos subieron desde mis zapatos hasta que nuestros ojos se cruzaron, una suave mueca curvó sus labios. Llena de juicio y enfado.

—¿Y qué harás si no estoy bien? —reviró, con un tono lleno de sarcasmo.

Metí las manos en los bolsillos del traje, me apoyé en el marco de la puerta y la observé. Tenía la misma expresión que la primera vez que nos vimos.

—Haré que te sientas mejor —contesté inexpresivo. También hablaba en serio. Era mi hijo el que llevaba en su vientre. *Nuestro hijo*. Y maldición si dejaría que algo le molestara a esta mujer. El problema era cómo decirle que se había acostado con alguien a quien odiaba.

Se rio entre dientes.

—El hijo bastardo de Benito King solo podría hacerme sentir peor —replicó—. Nunca caería tan bajo y dejaría que me tocaras, Luca King. —*Ouch.* De acuerdo, podría haberme ido sin

escuchar una sinceridad tan brutal—. No te tocaría ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

Sus palabras cortaron profundo. Y lo peor. No estaba equivocada. Era un hijo bastardo.

—¿Así que eso es lo único que tienes contra mí? —inquirí despreocupadamente. Tal vez por fin me diría que me recordaba de aquel maldito día.

—Te pareces demasiado a tu padre —siseó—. Te comportas como él también.

Otra daga en mi pecho.

Pasó junto a mí con una mirada desdeñosa y, justo cuando estaba a punto de entrar en el salón de baile lleno de gente, me miró por encima del hombro.

—Métetelo en tu cabezota italiana de una vez por todas, Luca King. No. Eres. Mi. Tipo.

—Quizá tampoco seas mi tipo —agregué, manteniendo una expresión aburrida—. Y menos con el aumento de peso que estás a punto de tener.

Era una maldita mentira. Solo contribuiría a su atractivo. Demonios, esta no era la manera de atraerla. No a menos que quisiera que me golpeara en la cara.

Entrecerró los ojos y sus labios se afinaron antes de hacerme un gesto con el dedo medio.

Me recordó a la noche en que la vi por primera vez en Temptation.

SEIS

MARGARET



Luca King.

¿Por qué siempre tenía que encontrármelo? De acuerdo, era la fiesta de compromiso de su hermano, que casi era la mía, pero aun así. Cada vez que me daba la vuelta, estaba cerca, mirándome. Me volvía loca. ¿De verdad tenía que seguirme hasta aquí?

El maldito *playboy* de New York. Casanova.

Había visto más bragas de mujeres que la mayoría de los hombres en diez vidas. El desgraciado era un maldito idiota y un cretino.

Nunca dejaría que me tocara.

No obstante, era más que eso. Me recordaba a *él*. Benito King. Odiaba cómo su imagen me oprimía el corazón y me traía recuerdos de la traición de aquellos que deberían haber sido los más cercanos a mí. Hasta el día de hoy, aún recordaba cómo sentía el frío metal apretado contra mi garganta.

Áine se burlaba de mí y de mi odio hacia los cuchillos. No fue hasta aquella noche en Temptation cuando algunos de mis borrosos recuerdos sobre la noche en que murió mi padre fueron apareciendo poco a poco.

Incluso ahora podía oír su risa resonando en mis oídos cuando me alejé de él aquella noche dos años atrás. Sus palabras de despedida a mi espalda fueron que me cazaría hasta que estuviera dentro de mí.

Excepto que cada vez que veía a Luca, veía a su padre. Sangre. Los ojos muertos de mi padre. El terror en su mirada. El dolor que siguió.

Irónicamente, fue Luca King quien me hizo recordar la traición de mi madre. Se mantuvo al margen y dejó que su amante matara a mi padre. Iba a dejar que Benito me matara también. Excepto que, por alguna razón, sobreviví.

Con razón odiaba ver a Luca. Solo me traía malos recuerdos cada vez. El terror que me helaba los huesos. El odio a los cuchillos siempre estuvo ahí, pero ahora entendía por qué prefería tratar con pistolas.

—¿Qué? —exclamó Luca mientras se alisaba ausentemente la corbata con una mano y sus ojos se posaban en mis labios—. ¿Ningún otro ataque, *mia bella*?

Las palabras eran profundas y suaves. Sus ojos se clavaron en mí y mi corazón palpitó tan rápido que temí que me diera un infarto. Mis mejillas se calentaron de fastidio. Con él. Conmigo misma.

Con esos malditos ojos preciosos.

—¿Ves?, sabía que podías ser dulce —expresó con convicción, ladeando la ceja de esa

manera arrogante—. Apuesto a que eres muy dulce después del orgasmo.

El calor invadió cada centímetro de mi cuerpo. Un ligero escalofrío recorrió mi espalda y mis muslos se apretaron.

De repente, el recuerdo de Las Vegas me vino de golpe y las palabras similares que recibí de mi desconocido. El papá de mi bebé.

—Solo tuve que follarte para sacar tu lado dulce. —Retumbó la voz profunda y áspera del desconocido mientras besaba su mandíbula y después sus labios—. Debería haberte encontrado mucho antes.

El recuerdo me sonrojó. Fue mi única noche salvaje y libre. Superó mis expectativas con creces. Lo único que lamentaba era no haberle preguntado su nombre. Pero tampoco pensé que quedaría embarazada. Usamos protección, aunque ese maldito condón que yacía destrozado. Fue mi perdición.

Pensé que estaría encadenada a Cassio King.

Y aquí estaba, hablando con su hermano loco. Parecía estar en todas partes, todo el maldito tiempo.

Los ojos de Luca seguían clavados en mí, arrastrándome como una marea contra la que no podía luchar. Una marea que me tragaría entera. Si se lo permitía, me haría naufragar, me estrellaría contra la orilla rocosa y me dejaría ahogarme.

Igual que su padre había hecho con el mío.

Sin embargo, no se lo permitiría. “Nunca confíes en un King” era lo que mis hermanos siempre decían, y tenía que estar de acuerdo. No le había contado a nadie lo que recordaba después de aquella noche en Temptation. O de mi sospecha de que Cassio solo me utilizaba para llegar a Áine.

Los hermanos King eran tan crueles y conspiradores como su padre.

Si tan solo no encontrara los estúpidos ojos de Luca tan fascinantes. La mayor parte del tiempo vestía un traje a la medida. Alto, de hombros anchos, cabello negro azabache y piel dorada, era popular entre las mujeres. Pero eran sus labios y sus ojos los que sellaban el trato. No podía soportar la intensidad con la que me estudiaba.

Como si viera más de mí que nadie. Cada vez que lo veía, me estudiaba, probablemente catalogando todos mis defectos.

Esos ojos me afectaban cada maldita vez. A diferencia de los de Cassio, Luca tenía un toque de avellana en sus ojos cuando estabas cerca de él. Había algo salvaje en ellos que me inquietaba. Me perturbaba.

Lo odiaba, demonios.

Por lo tanto, me mantuve alejada de él. La familia King era el enemigo.

Así que lo dejé atrás sin otra mirada.

Era una reina, pasando a cosas más grandes y mejores.

SIETE

LUCA

Tres meses después

Margaret estaba embarazada de casi cinco meses. Su tío y su madre no paraban de buscar candidatos para mi mujer.

Deberían dejar de alinearle hombres para que se casara.

¿No se habían dado cuenta de que, tras la muerte del segundo prometido, no habría boda? ¿A cuántos malditos hombres tenía que matar para que entendieran el mensaje?

Fue mi homenaje a la fiesta de *Halloween* en Temptation. Mi primer rechazo de una mujer disfrazada de *Black Widow*. Por supuesto, era una broma privada, y nunca fue mi intención que otros en el bajo mundo se refirieran a ella como viuda negra.

Estaba considerando seriamente eliminar a cada persona que pronunciara esas palabras. Quizás empezando por su madre, ya que a esa zorra le gustaba chismear.

Un gemido me devolvió al problema que tenía entre manos. Otro prometido.

Este era un desgraciado grande. Pensé que era alto, pero este tipo era un puto gigante. Y tuve que cargar su gran trasero desde mi garaje, hasta el sótano. De todas las malditas veces que se dañaba el ascensor en mi edificio, tenía que ser ese día. Maldita vida en la ciudad. Sería más fácil si estuviera en Sicilia.

Enojado con el elevador y con el mundo, hice sufrir aún más al depredador idiota y rastrero. Empecé cortándole las orejas.

Los gritos de dolor rebotaban contra las paredes. Era bastante molesto. Este era más cobarde que el último prometido. Y no tenía paciencia para el imbécil llorón.

La familia Callahan debería haber hecho un mejor trabajo encontrando hombres adecuados para Margaret. Tenían que estar desesperados por casarla. No es que fuera a cambiar nada, pero si encontraran alguno decente, solo les rompería las piernas y los mandaría al hospital. Este tipo era un tramposo, un miembro de bajo rango de la mafia irlandesa de Boston. A quien le gustaba descargar su ira con los miembros más débiles de su familia. Golpeando a su hermana. A su hermano pequeño. Incluso a su madre. Que no tuviera antecedentes penales no lo convertía en un buen partido. Ese desgraciado nunca se acercaría a mi bebé.

—¡Por favor, por favor, perdóname! —gritó—. Haré lo que quieras.

Joder, era patético. A menudo asumía el papel de ejecutor de mi abuelo, pero tenía que admitir que ningún hombre había llorado tanto como ese. Estaba demasiado ocupado cagándose en los pantalones, suplicando por su vida, y dándome un fuerte dolor de cabeza.

—Si pensabas que ibas a vivir en el mismo planeta que mi hija —gruñí—. Te mereces otra cosa.

Se me enanchó el pecho al recordar el día de la última sonografía. En el momento en que vi a mi pequeña en la pantalla, supe que destrozaría este mundo para mantenerla a salvo. Mi obsesión se multiplicó por diez. Y sabía que Margaret sería una buena madre. Le leía libros a nuestra bebé mientras estaba sentada en su mecedora. Le cantaba. Masajeaba su barriga y leía artículos sobre bebés saludables durante horas en Internet.

Sí, la aceché. La observé a través de cámaras de vigilancia. Puse micrófonos en su casa. Tal vez era moralmente cuestionable, sin embargo, lo hice para mantenerlas a salvo. Me daba paz. Todos hacíamos cosas malas por la gente que amamos. ¿Verdad?

Enfadado por mi inseguridad en hacer lo correcto, transferí esa furia a este hombre.

Agarré mi cuchillo favorito de la funda que llevaba en el tobillo.

—Voy a clavarte este cuchillo en el pecho y luego te abriré —informé con calma.

Sacudió la cabeza, apenas capaz de moverla. Estaba tumbado de espaldas contra la mesa de acero, con la cabeza, el torso y las piernas sujetos con tres cinturones, como si estuviera listo para una operación. En cierto modo, era irónicamente apropiado teniendo en cuenta lo que le esperaba.

—O quizá debería empezar por tus ojos —declaré pensativo, como si lo estuviera considerando seriamente.

Se encogió de horror, rogándome en silencio que no lo hiciera.

Este desgraciado daba risa.

Y pensó que tocaría a mi mujer y a mi hija con sus sucias manos.

—No, no, no —suplicó mientras los mocos le corrían por la nariz y la cara. El tipo era un desastre.

El tono de sus gritos aumentaba con cada centímetro que la hoja se acercaba a su ojo. Tenía el pelo enmarañado y grasiento pegado a su frente. Me revolvía el estómago pensar en él cerca de mi mujer.

De acuerdo, de acuerdo. Técnicamente, aún no era mía, pero lo sería.

Le estaba dando espacio hasta que estuviera lista.

Dios, esperaba que fuera pronto. Mis pelotas se estaban poniendo rápidamente de color morado azulado y amenazaban con caerse de tanto masturbarme.

Antes de que mi navaja pudiera tocar su globo ocular, cerró los párpados como si eso fuera a protegerlos, pero dejé que la punta del cuchillo lo rozara, sacando sangre.

—Es una zona muy sensible —narré, con la ira burbujeando bajo mi piel—. Solo un pequeño corte y sangra como una perra.

—¿Qué te he hecho? —Casi me río. *¡Casi!*

Siguió llorando y dándome un maldito dolor de cabeza. Debería estar leyendo mi último libro sobre partos naturales y buscando lugares para clases de Lamaze, no lidiando con esta mierda.

—Bueno, primero, te atreviste a hablar con mi mujer —comenté—. Segundo, pensaste que podías casarte con ella. Y tercero, eres un pervertido.

—P-por favor. —Me miró fijamente con ojos brillantes, con la cara manchada de sangre y sudor—. No me casaré con ella. Lo prometo. —Me miró como un cachorrito que suplicaba por un hueso—. Por favor, no me mates. Te-ten-go dinero —balbuceó, con la boca llena de saliva—. Libérame.

Asentí, sonriendo como un loco.

—Claro, te dejaré ir.

Luego, con un rápido movimiento, le corté la garganta y vi cómo gorgoteaba su propia sangre, ahogándose en ella.

Tardó quince segundos en asfixiarse. Quince segundos para que la esperanza desapareciera de sus ojos.

—Y así es como se termina con alguien que se cree digno de mi mujer —repliqué sin expresión.

El rostro pálido de Margaret, como niña y como mujer adulta, pasó por mi mente.

«Si lo supiera», me lo advirtió mi conciencia. *«Si lo supiera, me odiaría más. Más que a mi padre. Más que a nada en este mundo»*.

«Cállate».

A veces la conciencia era una mierda. Y era algo que no necesitaba en ese momento.

Mis manos se cerraron en apretados puños y mis nudillos se volvieron blancos.

Las clases de Lamaze tendrían que esperar. Sería una larga noche para deshacerse del cuerpo.

OCHO

MARGARET



—Otro que muerde el polvo —murmuré, frotándome la barriga cada vez más grande y sin mirar nada en particular. Estaba demasiado ensimismada como para ver algo. Estaba embarazada de seis meses y las cosas no iban tan bien.

Los rumores empezaron tras la muerte de mi segundo prometido. La gente del bajo mundo había empezado a llamarme viuda negra. Imbéciles. Nunca estuvimos casados, así que la lógica no tenía sentido.

Embarazada. Soltera. Ni idea de quién era el padre mi bebé.

Esas eran las únicas cualidades que me adornaban últimamente. Por supuesto, nadie excepto Áine sabía que no tenía ni idea de quién era el padre. Nunca se lo admitiría a nadie. Ni siquiera a mis hermanos. Y especialmente a mi madre.

—¿Por qué estás tan tranquila? —Mi madre estaba a punto de perder la cabeza. No solo le había fallado a la familia, sino que me había quedado embarazada para que todo el bajo mundo tuviera pruebas de la vergüenza de nuestra familia.

No me importaba mi madre, pero amaba a mis hermanos. Incluso al tío Jack.

—Esta bebé bastarda es una vergüenza. Una maldita vergüenza —siseó mamá, con los dedos agarrando un rosario. Siempre llevaba un rosario, como si fuera una maldita santa.

«Eso estaba muy lejos de la realidad», me reí en silencio.

Bajé los ojos, mi palma recorrió mi panza mientras le susurraba en silencio a mi niña que no era una vergüenza. Sería una princesa. Fuerte y hermosa.

—¡Margaret! —gritó mamá—. ¿Me estás escuchando?

Parecía a punto de desplomarse de la vergüenza. Volví a reírme. Comparada con ella, yo era candidata a la santidad.

El odio se deslizó a través de mí, lanzándole una mirada. Sus labios se curvaron en una mueca. Esa mueca... la recordaba de antes. Incluso después de todo este tiempo, la pesadilla de aquel día era borrosa, pero las pequeñas cosas siempre desencadenaban un nuevo recuerdo.

No podía respirar.

La mano me rodeó el cuello. Agité los brazos y las piernas, desesperada por despistar a Benito y que me entrara aire en los pulmones.

Los mocos me corrían por la nariz. Las lágrimas me nublaban la vista. Muriendo... Moriría junto a Da.

Apreté los ojos, intentando escapar de las imágenes que se agolpaban en mi cerebro.

Los ojos muertos de mi padre. La sonrisa viciosa de Benito. La fea y retorcida mueca de madre.

Se me oprimió el pecho y mi vista se llenó de puntos negros.

«Respira», susurró mi mente. *«Respira, Margaret»*.

Tuve arcadas sin previo aviso y vomité por toda la alfombra del salón. Tuve arcadas una y otra vez, mis rodillas golpearon el suelo. El vómito me rodeaba, el hedor de la traición y de nuestra jodida familia apestaba en el aire.

Deshonré a nuestra familia. Le fallé al jefe de la familia Callahan, mi tío. Que se jodan todos.

Aiden entró en la habitación justo cuando volví a vomitar, expulsando los últimos restos de mi estómago. Corrió hacia mí y se hincó en el suelo a mi lado.

—¿Qué demonios has hecho? —siseó, con una clara acusación en su voz. Me sujetó el cabello mientras miraba a nuestra madre.

—Nada —respondió a la defensiva—. Estábamos hablando de su matrimonio.

La miró con suspicacia, pero como no negué ni confirmé, volvió a centrar su atención en mí. Alcanzó un vaso de agua y me lo entregó. Me lo bebí de un largo trago, mientras la mano de mi hermano me frotaba la espalda.

—Ya lo solucionaremos —murmuró, mirándome con preocupación—. Te pondrás mejor. —Me pasó una mano suavemente por el cabello, recordándome a otro momento. Fue Aiden quien me encontró en el charco de sangre junto a *Da*. Olvidó un libro y pidió a un amigo que lo llevara de vuelta.

Mientras su amigo nos llevaba al hospital, fueron las palabras de Aiden las que me reconfortaron.

—Te pondrás mejor. Por mí. Por esos gemelos idiotas. Quédate con nosotros.

Me senté sobre los talones y me limpié la boca con el dorso de mi mano. De repente, el cansancio tiró de mí. El embarazo ya era bastante duro, pero vomitar me agotaba por completo.

—Estoy bien —musité a Aiden, ignorando a nuestra madre.

Era demasiado tonta y egocéntrica para ver que Cassio King siempre quiso a Áine. A mí no. Estaba más claro que el agua.

Por supuesto, nunca lo expresé porque no tenía pruebas, pero apostaría todo el dinero que actualmente no tengo a que fui una distracción.

Mi madre bloqueó indefinidamente todas mis cuentas. Así que no solo estaba embarazada, sino también arruinada. Podría decirle algo a Aiden, pero las cosas ya estaban tensas.

Tenía que luchar mis propias batallas. Especialmente con esa bruja.

¡Qué maldita mierda!

Se me apretó el corazón y las lágrimas me quemaron el fondo de los ojos. Estas hormonas

eran asesinas. Todo me hacía llorar. Las buenas noticias. Las malas noticias. Ninguna noticia.

—Margaret, ¿estás escuchando? —repitió, chillando fuerte, como una maldita bruja. Un dolor de cabeza se formó lentamente detrás de mis párpados.

Me encogí de hombros.

—No, dejé de escuchar en la parte donde dijiste que el novio está muerto.

—Hay que acabar con toda esta mierda del matrimonio —gruñó Aiden, mirando a nuestra madre.

—Callahan lo exige —le espetó, un poco demasiado alegre—. ¿Qué? ¿Crees que tiene elección? —Se rio—. No tuve elección y ella tampoco. Será arrastrada a la iglesia, aunque tenga que arrastrarla yo misma.

Ignorándola, me moví, preparándome para levantarme.

—Déjame limpiar esto —dije, con voz ronca.

—No te preocupes por eso —me cortó, luego me ayudó a ponerme de pie—. Yo me encargo.

—Pero...

—Déjamelo a mí, Margaret. —Me pasó la mano suavemente por mi cabello, pero la ira rugía en sus ojos. Llamas eléctricas azules—. Ve a tu habitación y descansa un poco.

Por primera vez en años, escuché sin discutir.

Debería haber sabido que alarmaría a mi hermano mayor.

NUEVE

LUCA



Margaret estaba profundamente dormida, la ventana abierta, dejando entrar la brisa.

La cortina se movía de un lado a otro. El resplandor de la luna proyectaba sombras sobre su rostro y me dolía el pecho al verla.

Era tan hermosa. Incluso cuando fruncía el ceño. Pero así, con expresión serena y los labios ligeramente entreabiertos, las pestañas oscuras apoyadas en sus pálidas mejillas, era impresionante.

Dormía de lado, mirando hacia la ventana. Un muslo suave estaba fuera de las mantas y su barriga de embarazada sobresalía. Me entraban ganas de tocarla. Leí *Qué esperar cuando se está esperando* de principio a fin y sabía que alrededor del sexto mes sentiría que el bebé se movía.

Demonios, esto había sido un desastre.

Cassio la jodió cuando la usó para poner a Jack Callahan en el lugar que quería para poder llevarse a Áine. Y yo, bueno, me la cogí. Quería atraparla para que fuera mía.

Sin embargo, no me soportaba y todo el plan de alguna manera salió mal.

La seguridad en casa de su madre era tan pésima como hace veintitrés años. Pero su madre lo hacía a propósito para que sus amantes entraran y salieran a hurtadillas sin que nadie se diera cuenta.

Ninguno de los Callahan sabía que tenía seguridad propia además de la suya. Traspasar sus barreras fue pan comido. Sus hermanos pasaban más tiempo en sus casas en la ciudad; de lo contrario, se habrían dado cuenta de que aquí había dos sistemas de vigilancia.

Pero su pérdida era mi ganancia.

Después de nuestro primer encuentro en Temptation, intenté olvidarla, mas no podía quitármela de la cabeza. Luché para convencerme de no mirarla. De dejarla en paz. Ya había tomado mucho de ella.

La bestia que llevaba dentro se negó. Necesitaba saber más sobre ella y sobre la mujer en que se había convertido. Así que empecé a investigar su vida y a desenterrar todo lo que podía encontrar.

Por supuesto, su pequeña actividad con Áine nunca surgió. No hasta que atraparon a su prima con las manos en la masa.

Mi perdición fue esa noche en Las Vegas. En el momento en que la toqué, se acabó el juego para mí.

La admiré durante demasiado tiempo, probablemente provocando al destino. El problema fue que era demasiado hermosa como para apartar la mirada. Todo en ella me atraía. Su risa libre. Sus ojos del color de zafiros oscuros. Su cabello era mi debilidad. Negro como la noche, sedoso,

y sabía que olía a océano. Fuera cual fuera el champú que usaba, quería comprar la empresa.

Era tan tentadora.

Ningún sermón funcionaría cuando se tratara de ella.

Después de todo, tuvimos años de juegos preliminares y conversaciones. Incluso me disparó durante nuestro segundo encuentro. Ese día decidí que me casaría con ella. De alguna manera. De algún modo.

—Me habrás echado de menos, Callahan —pronuncié con una amplia sonrisa en la cara. Estaba a punto de salir de Temptation, pero verla me hizo flaquear. Había estado acechando a la belleza morena, sin embargo, no había vuelto desde nuestro primer encuentro.

Su mirada me dijo que no estaba tan contenta de verme.

Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo. Llevaba un vestido azul oscuro que realzaba el azul de sus ojos. Como si necesitaran realce. Era lo primero que la gente notaba en Margaret Callahan. Esos grandes ojos azules que te arrastraban a las profundidades del océano y te tragaban entero.

—¿Dónde está tu secuaz? —pregunté. Áine y ella solían ser inseparables.

—No es asunto tuyo —espetó con sorna.

—Ah, nena. No seas así. —Insté, mientras le acariciaba el labio inferior con el dedo. La verdad era que me sorprendió que me dejara tocarla—. Bonito vestido —halagué. La prenda era más que bonita. Se ceñía a sus curvas, dejando entrever a la mujer que había debajo.

—Me alegra saber que te gusta —replicó secamente—. Me aseguraré de quemarlo en cuanto llegue a casa.

La diversión me llenaba. Le encantaba provocarme. Y aún más, le encantaba bromear conmigo.

Me incliné más, sobresaliendo por encima de ella. No vaciló en ningún momento, con la mirada clavada en mí. Lo único que delataba su estado era el subir y bajar de su pecho y sus labios entreabiertos.

—¿Son estas conversaciones tu forma de juego previo? —pregunté—. Ambos sabemos a dónde nos lleva esto.

Se burló.

—No te hagas ilusiones, Luca King. Prefiero saltar a un pantano lleno de caimanes que encontrarme en tus brazos.

—Sigue mintiéndote, nena. —Mis ojos se clavaron en su boca roja y carnosa. Tenía los labios más tentadores. Jugosos. Llenos. Su labio inferior era ligeramente más grande que el superior—. Ambos sabemos que quieres que te amarre de manos y piernas, dejándote bien abierta para que me dé un festín. —Estaba tan cerca del lóbulo de su oreja que se lo mordisqueé suavemente—. Te comería el coño como si fuera mi última comida en la tierra. No obstante, serías tú gritando mi nombre lo que sería mi perdición.

Su respiración se entrecortó, pero mantenía una expresión impasible, negándose a mostrar cómo le habían afectado mis palabras.

Dio un paso atrás y enarcó una ceja. Todavía podía olerla y sentir su aliento llenando el espacio entre nosotros. Había demasiado espacio; la necesitaba más cerca. Tomé su muñeca y sentí sus frágiles huesos.

Algo se estremeció dentro de mi pecho ante la idea de que algo o alguien le hiciera daño, incluyéndome.

—Si me dejaras, nena. —Ronroneé, acortando la distancia y rozando con mi boca sus suaves mejillas. Sentí un escalofrío recorrer su cuerpo. Por un momento, pensé que cedería a la atracción que crepitaba entre nosotros. Se apretó contra mí y toda la sangre de mi cerebro se dirigió a mi entrepierna. Le pasé el pulgar por sus labios—. Desde el primer momento en que me crucé contigo, supe que eras mía. Mía para follar. Mía para dominar, y mía para poseerte.

Sonrió con dulzura, pero lo que eché de menos fue su mirada. Separó los labios y lo tomé como una invitación a besarla, mi lengua rozando la suya. Húmeda. Caliente. Como ella.

Su mano me apretó el pecho. Un pequeño gemido llenó el aire.

Estaba tan perdido en ella que no me di cuenta de su movimiento.

Echó la cabeza hacia atrás y la golpeó contra mi nariz. Mi agarre de su muñeca se aflojó y, antes de que me moviera siquiera, sacó la pistola de mi funda.

—Hijo de puta —siseó. Me empujó, dejando el espacio suficiente entre nosotros para levantar mi propia arma y apuntarme a la pierna—. No vuelvas a tocarme sin mi permiso.

Apretó el gatillo con una expresión de suficiencia en el rostro. La bala me atravesó el muslo y caí de rodillas con una retahíla de maldiciones en los labios mientras miraba atónito lo que había hecho.

Esta mujer era una salvaje. Una loca. Maldición, me gustaba aún más.

Se inclinó hacia mí, me besó en la mejilla y me dejó con una sonrisa en la cara. También se quedó con mi pistola favorita.

Ignoré a la gente y los murmullos de asombro.

—¡Voy a casarme contigo, Margaret Callahan! —exclamé tras ella. Me hizo una seña obscena por encima del hombro—. De algún modo, de alguna manera —murmuré para mis adentros.

Cassio me encontró justo cuando Margaret desaparecía de mi vista. Le conté la historia de mi pistola defectuosa que se disparó sola.

No se lo creyó, pero lo dejó pasar.

La mujer era realmente una salvaje. Mi verdadera *alma gemela*. Pero lo que me cautivó aún más fue su dulzura después de entregárseme. Siempre me pregunté cuán dulce sería después de un orgasmo. Si hubiera sabido lo adictiva que podía ser, quizá me lo habría pensado dos veces.

De acuerdo, me estaba mintiendo a mí mismo. No habría dudado en llevármela.

Era mía. Siempre había sido mía.

Dejé que mi mente vagara de vuelta a aquella noche en Las Vegas. Había estado viviendo de esa pequeña muestra que tuve esa noche. Un toque y todas mis reglas de una noche se fueron por la maldita ventana. Quería una regla de por vida con ella.

Dios, esa noche fue la mejor de mi vida. La forma en que me miraba, consumiéndome sin siquiera intentarlo.

Sus ojos brillaban incluso detrás de la máscara. Esos azules profundos del océano me atraían. Era una sirena llamando a un marinero solitario. Pero sabía que solo su voz y sus labios funcionarían conmigo.

Reclamé su boca mientras su coño se apretaba alrededor de mi polla y sus dulces ruidos de "mmmm" bastaron para que se me pusiera dura de nuevo. Mi lengua se deslizó en su interior, reclamándola con fuerza y rapidez, como mi miembro lo hizo en su apretado centro.

Había algo básico, fundamentalmente animal, en saber que fui su primero. Decidí entonces, mientras me derramaba dentro de ella con un violento estremecimiento y mirándola fijamente a los ojos, que sería el último.

Estaba obsesionado antes de cogérmela. Ahora me sentía como una fiera cuando sus labios se curvaron en una sonrisa suave y deslumbrante y me recorrió la espalda con sus manos.

—Deberías haberme dicho que eras virgen —la regañé suavemente—. Habría sido más delicado.

Me clavó las uñas en el cabello de la nuca y sentí un escalofrío.

—Ha sido perfecto —murmuró suavemente mientras me pasaba un dedo por el cuello—, Fuiste perfecto.

Haría que esta mujer me deseara, me necesitara, me anhelara.

Aunque fuera lo último que hiciera.

Hasta esa noche, nunca había visto el lado dulce de Margaret Callahan. Incluso cuando mi padre la estranguló, luchó como una fiera. Demonios, el recuerdo de ese día enviaba puro terror a la médula de mis huesos.

La paliza que me dio mi progenitor por apuñalarlo para protegerla valió la pena, porque estaba aquí. Viva.

Me incliné sobre su cuerpo dormido y rocé sus suaves mejillas con el pulgar. Siempre que estaba cerca, me resultaba más fácil respirar. Me hacía sentir vivo por primera vez en años.

Maldición, era *dominado* por la madre de mi hija.

DIEZ

MARGARET

Una cena familiar con el tío Jack.

Lo último que quería era participar en este espectáculo de mierda. No tenía ganas de visitar a mi tío, ni de ver a mi prima y a su nuevo marido. No porque no los amara. Sino porque no quería enfrentarme a su juicio. La madre de Áine me miraba con desprecio, como si fuera una puta.

No tenía sentido corregirla. Siempre había sido imprudente. Todo el mundo lo había confundido siempre con una falda fácil.

Dejando a un lado los pensamientos sobre mi tía esnob, y aún más importante, quería planear mi salida. Cuanto más lo pensaba, más segura estaba de mi decisión. Me negaba a criar a mi hija bajo el mismo techo que mi madre.

Pero a menos que compartiera mis recuerdos con mis hermanos y mi tío, estaba aquí para quedarse. Sinceramente, estaría dispuesta a delatarla en este momento. Excepto que no tenía pruebas ni testigos.

Sería mi palabra contra la suya. Y mamá nunca había hecho nada malo, mientras que yo, en cambio, había cometido muchas imprudencias.

El coche aminoró la marcha al atravesar la verja de hierro forjado y siguió hasta la mansión de tres plantas.

Mis entrañas se tensaron, preparándose para la batalla. De acuerdo, una ligera exageración, pero mi afán por el dramatismo se intensificaba casi a diario. De nuevo, hormonas.

Al salir del vehículo y darle las gracias al conductor, hice una mueca y eché un vistazo a la elaborada mansión. Esperaba que los hermanos King no estuvieran presentes, pero era demasiado esperar. Cassio estaba tan enamorado de Áine que estaba segura de que la admiraba mientras estaba sentada en el retrete.

Suspiré. Dios, también me estaba volviendo más mala con estas hormonas.

Tanta tensión no podía ser buena para la bebé. Me froté el vientre, susurrando suaves promesas mientras subía las escaleras. Tenía la intención de cumplirlas. *Da* siempre cumplía sus promesas. Pensaba hacer lo mismo.

El hogar era regiamente blanco, acogedor, y disimulaba la sangre del bajo mundo que toda organización criminal albergaba. Asesinatos, mentiras, engaños, infidelidades.

La casa del tío estaba decorada elegante, ocultándolo todo. O como si se estuviera celebrando una boda y no una simple reunión familiar. Los adornos eran dorados, verdes y rojos, los colores del escudo familiar.

El tío Jack fue el primero en saludarme, esperando al pie de la escalera de los elaborados vestíbulos.

—¿Es Navidad en otoño o quizá se está celebrando otra boda? —pregunté secamente.

Se rio, como si yo acabara de soltar el chiste más gracioso de la historia.

—Esperaba la tuya —comentó, y luego me besó en la mejilla—. Margaret, estás radiante. —Sonrió. Me costó mucho no poner los ojos en blanco. En lugar de eso, di un paso atrás—. La bebé crece rápida y furiosa, ¿eh?

—Sí.

Mis ojos bordearon el vestíbulo. Esperaba desaparecer antes de que apareciera su esposa.

Tío soltó un fuerte suspiro, probablemente sabiendo exactamente lo que estaba haciendo.

—Escucha, mi niña. Sé que tú y tu tía no se llevan bien últimamente.

Me burlé.

—Ese es el eufemismo del siglo.

—Margaret.

Una voz vino de detrás de nosotros y me tensé. Hablando del diablo. La madre de Áine se casó con el primer ministro del Reino Unido. En una de sus visitas a EE.UU. se metió con el tío Jack y *boom*. El resultado fue Áine.

—Veo que aún no te has casado. —Inhalé con inquietud. Dios, no soportaba a esa mujer. Tal vez mi mala relación con mi madre se estaba contagiando a todas las demás madres. Realmente esperaba que no fuera el caso con mi propia hija.

Una extraña opresión en el pecho fue inexplicable.

—Me alegro de que hayas venido a celebrar el quinto mes de aniversario de Áine.

Mis labios se afinaron, manteniendo las palabras cortantes detrás de mis labios.

Me giré lentamente y me encontré con su mirada. *Aversión*. Incluso después de todos estos meses, me lo echaba en cara. El hecho de que Áine tuviera que intervenir para ocupar el lugar en el acuerdo de boda con Cassio King. A pesar de que los dos no podían quitarse las manos de encima.

—¿Ha decidido tu madre quién será el próximo en casarse contigo, ya que los primeros no funcionaron muy bien? —indagó despreocupadamente, con los ojos recorriendo a los invitados. Dios, la odiaba. Realmente la odiaba.

Esta mujer era incluso más molesta que mi propia madre. Bueno, eso podría ser una exageración.

—Imagínate, en nuestros tiempos, la gente sigue insistiendo en que una mujer esté casada antes de tener un bebé. —La voz familiar y molesta vino de detrás de mí. La agitación me invadió. No necesitaba que Luca King me defendiera—. Qué positivamente aburrido —añadió.

Qué positivamente aburrido. ¿De verdad acaba de decir eso? Quizá le gustaba *Downton Abbey*. *O Bridgerton*, reí disimuladamente.

—Hola, *mia bella*. —La voz de Luca era casi un ronroneo.

Me ardía la nuca, pero conté hasta cinco antes de girarme lentamente para encontrarme con sus ojos oscuros con un toque de avellana. Su mirada se aferró a mí y se mantuvo firme.

Su traje estaba inmaculado, como siempre. Líneas suaves. Hombros anchos. Expresión oscura. Y esa sonrisa constante curvando sus labios. La conciencia cosquilleaba en el fondo de mi mente, sosteniendo esa mirada avellana que hablaba de oscuridad.

El destello de avellana tras la máscara.

Manos ásperas. Sábanas enredadas. Cuerpos sudorosos.
Sus gruñidos. Mis gemidos.

Me sonrojé de verdad, Luca se lo tomó con interés. Su mirada se desvió hacia arriba y atrapó la mía. Era invasiva. Quemaba, como mirar fijamente un fuego en la oscuridad de la noche.

Algo en mi pecho se movió, luego crepitó y chispeó.

O tal vez estaba en mi vientre.

«Sí, definitivamente en mi barriga. Indigestión», me dije, frotándome el vientre. *«La acidez era normal en las mujeres embarazadas»*.

—Margaret es demasiado imprudente para criar a una niña sola —razonó mi tía.

El desprecio latía por mis venas. A mi familia. A esta situación. A la familia King. A Luca King.

Era irracional y absurdo, pero no podía evitarlo.

—Y eres demasiado engreída para ver lo que tienes delante —dije con calma, aunque quería gritarle las palabras. La ira burbujeaba en mi interior como un volcán, extendiendo fuego y calor en mi pecho, necesitando entrar en erupción, abrumando todos los demás sentidos.

Sacudiendo la cabeza, los dejé allí parados. *Deja ir tu ira.* Inspira. Exhala.

Atravesé el vestíbulo y me adentré en la sala de estar. Hubo un tiempo que esto era casi como un segundo hogar. Incluso antes del asesinato de mi padre, mis hermanos y yo pasábamos más tiempo aquí que en nuestra casa.

Y después de la muerte de mi padre, estábamos aquí todo el tiempo. Llegué a pensar en tío como mi padre, más que mi madre. Esta vivienda era mi hogar.

Sin embargo, ahora parecía un campo de batalla.

—Maggie. —La voz de Áine recorrió la habitación. Quitándose la mano del agarre de Cassio, corrió hacia mí—. Ha pasado una eternidad. ¿Puedo tocar a mi sobrinita?

Una larga pausa, luego asentí.

Había sido la única, aparte de mis hermanos y yo, que había sentido las patadas de la bebé. Había suficiente gente para querer a mi niña. Sin embargo, nada convencería a mi tío ni a mi madre para que me dejaran hacerlo sola.

Su palma cubrió mi creciente panza. Una patada suave. Luego otra.

—Dios mío —soltó efusivamente—. Es una pateadora, ¿eh?

Sentí que mis labios se curvaban en una sonrisa. La bebé era lo único que me hacía sonreír.

—Probablemente también sea hermosa, como su madre. —La voz de Luca vino de detrás de mí y un gemido se deslizó por mis labios—. Tal vez un pequeño demonio en sus ojos como su padre.

Una espesa tensión impregnó el aire. Asfixiante y ensordecedora.

Deja que Luca, sin tacto, mencione a un padre. El nombre que todo miembro de la familia Callahan quería. Incluyéndome. Sería bueno tener esa pequeña información para mi niña cuando estuviera lista.

En cambio, todo lo que tenía era una pista. Un *piercing* Príncipe Alberto. No era exactamente evidencia. Pero ¿cómo podía enfrentarme a mi princesita con solo ese dato para su paternidad?

No podía.

—¿Has pensado en un nombre? —Áine intentó romper el silencio.

Sacudí la cabeza. Había buscado nombres en libros y páginas de Google. Ninguno de los nombres me decía nada.

—Tendrá un nombre irlandés, fuerte, por supuesto —intervino tío—. Como la abuela o la bisabuela.

Me acobardé. No es que odiara los nombres irlandeses, pero quería un nombre especial y único para mi niña. No se me escapaba que no hiciera referencia a mi madre. No era como si no tuviera un nombre hermoso. Aunque estaba manchado por sus acciones. *Maeve* sería para siempre un nombre difícil para mí.

—Los nombres italianos son bastante bellos —comentó Luca.

¡Dios, cómo lo detestaba!

—No necesito tu opinión —reviré en voz baja, fulminándolo con la mirada—. Así que, por favor, por el amor de Dios, métete en tus asuntos.

Un músculo en su mandíbula se tensó.

—Hormonal, ¿verdad? —respondió con tono sombrío.

Me tensé y me invadió la ira. Este tipo actuaba como si fuera la maldita perfección. Un regalo de Dios para las mujeres, cuando era todo lo que una mujer no necesitaba. Al menos, una mujer cuerda pensaría eso.

—¿No tienes alguna mujer con la que meterte? —espeté—. Después de todo, es tu único objetivo en la vida. ¿No es así?

Se metió las manos en los bolsillos y me miró desde los pies calzados con bailarinas rosa hasta las piernas desnudas, pasando por el vestido blanco que me llegaba a las rodillas. Era una expresión clínica, casi aburrida.

Aun así, el contacto de su mirada me quemó y cuando me encontré con sus ojos mi corazón se calmó. Había algo oscuro y caliente detrás de ellos.

Algo que me resultaba familiar y que no podía identificar.

—He estado allí. Ya lo he hecho —afirmó—. He terminado con eso. Ahora busco esposa.

Entrecerré los ojos. ¿Por qué iba a pensar que me importaban sus planes de mierda?

—Luca, ¿estás diciendo que tus días de *playboy* han terminado? —se burló Áine—. ¿Escuchaste eso, Maggie?

—Sí —comenté sarcásticamente—. Es un *sueño* hecho realidad.

Áine me observó con curiosidad, con las cejas fruncidas.

—He oído que estás en el mercado por un marido. —Cassio agregó inexpresivo—. Tal vez deberías mostrar más entusiasmo.

Si las miradas mataran, Cassio King estaría muerto. En ese mismo instante. *Hijo de puta.*

—¿Por qué? —objeté con ironía—. Nada asociado con Benito King conseguirá nunca ningún entusiasmo de mi parte. Y ustedes son recordatorios para el mundo de Benito King. —La expresión de Cassio se ensombreció—. ¿Qué ocurre? —Agité las pestañas con inocencia—. ¿Fue algo que dije?

—Maggie —reprendió Áine en voz baja.

—¿Cómo va tu estatus de viuda negra? —Luca soltó—. ¿Sigues rastreando? Hombres cayendo a tus pies. *Literalmente*. Es tan apropiado para el disfraz que llevabas hace tiempo. ¿Recuerdas?

Se refería a la noche en que Áine y yo nos colamos en Temptation, el club propiedad de Cassio. La primera vez que Luca y yo nos cruzamos. Lo peor que me había pasado jamás.

—Cállate, maldito desgraciado —siseé.

Sonrió.

—Al menos, si aceptara casarme contigo, no me desplomaría ni dejaría que nadie acabara conmigo antes de la noche de bodas.

Mi mano voló por el aire y estaba a punto de entrar en contacto con su cara cuando me agarró la muñeca.

—Ah, *mia bella*, pensé que eras más lista que dejarte llevar por las emociones.

La ira me encendió las mejillas. Intenté quitar la muñeca, pero su agarre era firme. La animosidad se deslizó por mis venas y llenó el aire.

—Te desprecio. —Respiré—. Prefiero tocar a una serpiente que a ti, Luca King —siseé, acalorada—. No me acuesto con desgraciados que no saben cuándo cerrar la maldita boca o que se han cogido a toda la población femenina de la Costa Este.

La mirada de Luca se entrecerró con desagrado.

—¿Preferirías que me cogiera a alguien en el oeste? —replicó—. ¿En Las Vegas quizás?

Se me paró el corazón. ¿Por qué diría eso? Nadie sabía lo que había pasado en Las Vegas excepto Áine, y nunca lo compartiría con nadie. Nadie de mi familia sabía cuándo o dónde había sido mi aventura.

—Me importa una mierda lo que hagas, Luca King —reviré entre dientes, arrancando mi muñeca de su agarre—. Mientras esté fuera de mi vista. —Dios, no podía soportarlo. Su sonrisa. Su persistencia. Su buen aspecto. Su colonia—. Y, por favor, mantén la distancia. No puedo tenerte respirando demasiado cerca de mí e infectando a mi hija.

Cassio gruñó y pareció a punto de maldecirme. De acuerdo, eso fue un *poco* grosero. Y mezquino. Excepto que cada vez que Luca me miraba como si me conociera, quería demostrarle que no era así.

Mi odio era fuerte, amargo. Una chispa y se encendería a través de esta habitación, consumiendo a todos.

—Te odio a muerte —espeté.

Apretó los dientes. Su mandíbula se tensó. Su mirada, poco impresionada por mis palabras, me estudió. Recorrió cada centímetro de mí, analizando las curvas de mi cuerpo, y luego volvió a mi cara. Sus ojos se oscurecieron y brillaron con algo inconfundiblemente pecaminoso.

Me sacudí un escalofrío. Lo notó, su mirada se volvió más cálida y pesada. Este hombre veía demasiado. Quería demasiado.

Por suerte, mis hermanos entraron en ese momento, como tres gánsteres irlandeses de *Peaky Blinders*, atrayendo la atención de todos hacia ellos.

Aiden percibió la tensión, su mirada se clavó en los hermanos King.

—*Ah*, ahí está mi hermanita —saludó Aiden, lanzando una mirada apática a su tía y pasando a su lado sin reconocerla. Todavía estaba enfadado con ella y una cosa que ninguno de los Callahan hacía fácilmente era perdonar y olvidar.

Mis hermanos me sonrieron y me abrazaron. Me sentí como un *hot dog* entre tres grandes cuerpos.

—¿Por qué no esperaste? —Kyran regañó en voz baja.

—Podríamos haber venido todos juntos —refunfuñó Aiden en voz baja—. No me gusta que estés sola entre los lobos.

Mis ojos parpadearon y captaron la desconfiada mirada de los hermanos King sobre mí. Nico Morrelli y su mujer acababan de llegar, pero no nos quitaban la vista a mis hermanos ni a mí.

—Puedo encargarme de ellos —murmuré en voz baja, conmovida por la protección de mis hermanos.

—Lo sé, pero me encanta llevar a mi sobrina —comentó Kyran—. Tiene que acostumbrarse a mi impresionante conducción.

Eso era otra cosa de mis hermanos gemelos. Corrían con sus coches y a veces aplicaban sus

habilidades a la conducción cotidiana. Estaba acostumbrada, pero muchos no. La mayoría se mareaba en el vehículo o se aterrorizaba. Yo no. A mí me encantaba. Aunque desde que había quedado embarazada, tenía mis reservas sobre ser temeraria.

—Sabes que amas nuestra manera de conducir —añadió Tyran, empujando con el hombro a su hermano gemelo—. Deja de ser pegajoso y déjame abrazarla en paz.

Puse los ojos en blanco cuando Aiden apartó a ambos del camino y presionó su boca contra mi frente.

—¿Cómo te sientes?

—Aiden, acabas de verme esta mañana.

—Están siendo unos hermanos mayores sobreprotectores. —Bianca Morrelli se tambaleó hacia nosotros, con la barriga el doble de grande que la mía. Estaba embarazada de gemelos. Como si tener gemelas no fuera suficientemente malo—. Créeme, sé lo molestos que son.

Miró a sus propios hermanos, Cassio y Luca King. Aquel árbol genealógico era complicadísimo.

—No somos molestos —soltó Luca, mirándola cariñosamente. Esa faceta de los hermanos King era nueva para mí, y me costaba confiar en ella. Meses atrás nos habíamos enterado de que los hermanos King tenían una hermana, pero aún no terminaba de acostumbrarme a la novedad —. Estamos cuidándote. Ya sabes, por si tenemos que matar a tu marido.

La sonrisa traviesa de Luca me tomó desprevenida. Era desarmante, y algo vacilante parpadeó en mi estómago. Lo aparté de inmediato.

—El día que consigas matarme, Luca King, será el día en que se congele el infierno —declaró Nico secamente, con la mano rodeando la creciente cintura de su mujer—. Mis chicas y mis chicos te van a patear el trasero si me tocas una sola cana.

Siguió una ronda de risas.

—Creo que las chicas lo están envejeciendo rápidamente —comentó Bianca tímidamente—. Intentaron abrir su caja fuerte.

—Buenas chicas —elogiaron Cassio y Luca al mismo tiempo—. Si consiguen entrar en la caja fuerte de Morrelli, podrán robarle a cualquiera.

—Las recompensaré. —Sonrió Luca—. El doble del dinero que saquen de la caja fuerte.

Bianca gimió. Áine y yo compartimos una mirada divertida.

—Enseñarles a robar no es de buenos padres —reprendió mi tía.

—Es curioso que te fijes en eso teniendo en cuenta que la mayoría de los presentes son asesinos —comenté secamente.

—Margaret Callahan... —Empezó, pero fue interrumpida rápidamente.

—Ni se te ocurra empezar —gruñó Aiden en voz baja. La amenaza en su voz y en su mirada era clara. Ya estaba harto.

—Cállense todos —ordenó fuertemente tío, callándonos. Tenía la mandíbula apretada y una tormenta se formaba en sus ojos—. Esto ha durado demasiado.

Aiden bebió un trago, una sombra de algo oscuro pasó bajo los océanos helados de su mirada.

Las miradas de los gemelos habían pasado de la diversión al acero mientras soltaban un gruñido bajo.

—Díselo a tu mujer —reviró Tyran—. Ha estado encima de mi hermana durante meses. Así que mira a tu maldita izquierda y encárgate de esa mierda.

Me ardían los ojos. Mis hermanos me hacían sentir tan orgullosa y su amor me llenaba el corazón de calor. Jesucristo, lo último que necesitaba ahora era empezar a llorar.

La tensión palpable robaba el oxígeno de la habitación. Mis hermanos no se echaban atrás. Nunca lo hicieron. E incluso si me equivocaba, me apoyarían. Cassio y Luca observaron con interés, sin embargo, no intervinieron.

Áine parecía un poco molesta.

—Odio decirlo, pero es hora de que lo dejes ir, mamá. —Rompió finalmente el silencio—. Te dije que todo salió para mejor.

—No, lo que Margaret hizo estuvo mal y pagaste el precio. —Dios, mi tía podía ser tan perra.

No obstante, ya había tenido suficiente. No toleraría esta mierda. Ni contra mí ni contra mi hija. Cuadré los hombros y clavé los ojos en Cassio.

—Ella era el objetivo final desde el principio —declaré finalmente. No había acusación en mi voz. Ni amargura. Solo una afirmación.

Me negué a retroceder, con los ojos entrecerrados en el esposo de mi prima. No parecía molesto.

—¿No lo fue? —exigí saber.

—Lo fue —respondió, con voz fría. No había disculpa en su tono ni en su mirada oscura. No es que lo esperara, ni que lo quisiera.

Volviendo mi atención hacia mi tía, la fulminé con la mirada.

—Ahí tienes, tía —pronuncié victoriosa—. No importa lo que haya hecho, no puedes echarme en cara esta mierda. Si no puedes aceptarlo, me voy de aquí. No necesito esto.

Suspiró, pero prácticamente podía oír los dientes de mi tío rechinando bajo su mandíbula apretada.

—No, no te irás. Eres mi sobrina. Somos una familia. Resolveremos esto y seguiremos adelante.

Sonreí ante sus palabras.

—¿Resolver qué? —demandé saber—. Por lo que sé, es tu esposa la que parece que no puede dejarlo ir. No quería que su hija formara parte de este bajo mundo. Auque no le importó coger con los hombres que hay en él. —Mi tío gruñó y su expresión se ensombreció, pero estaba demasiado irritada para ser precavida—. Y seguro que no le importó acercarse a la mafia cuando fue conveniente para ella.

La cara de mi tía se puso roja, la mujer habitualmente elegante teñida por la furia.

—¿Cómo te atreves...?

Di un paso adelante, poniéndome justo en su cara.

—Deja de actuar como si fueras mejor —espeté—. Te casaste con esta mierda. Mira a tu marido. Dirige la maldita mafia, no el parlamento.

Sí, sabía que estaba fuera de lugar. Estaba siendo una perra. Pero a la mierda, ya había tenido suficiente.

Tío negó con la cabeza.

—Margaret, en primer lugar, no le hablarás así a mi esposa. —Tío estaba furioso, sin embargo, su rabia no se comparaba con la mía. Podía sentir los ojos de todos moviéndose de un lado a otro, conteniendo la respiración. Mis hermanos estaban a mi espalda, como un escudo listo para proteger—. En segundo lugar, mi esposa se disculpará por el mal rato que te ha hecho pasar.

La expresión de la cara de mi tía decía que prefería morir antes que disculparse. Y de repente, me harté de todo y de todos.

—¿Sabes qué? —bramé, con la furia hirviendo en mis venas. No importaba lo que hiciera o intentara, nada sería lo bastante bueno. En la mente de mi tía, destruí sus sueños para Áine—. No

te molestes. Porque he terminado con esta familia. He terminado contigo. Fuiste tú y tu querida esposa quienes hicieron el maldito arreglo de la boda sin hablar conmigo. ¿Me quejé? No. A pesar de que la familia King asesinó... —Me corté en seco. Casi se me escapó—. Se aprovechan de inocentes. Los matan. —Luego entrecerré los ojos hacia mi tía—. Pero una maldita cosa no salió como su majestad lo quería, y nunca escucharé el final de eso.

—Margaret, no... —Mi tío intentó apaciguar la situación, sin embargo, ya había pasado tanto que no había mucho que pudiera decir o hacer.

—Ahorra saliva, tío —lo interrumpí—. Me voy.

—Maggie, por favor, no —suplicó Áine y la culpa se hinchó en mi pecho.

Pero no podía quedarme, ni siquiera por ella. Al parecer, mis hermanos tenían la misma opinión porque me siguieron de cerca.

Me acerqué a mi prima y le di un beso en la mejilla. Se sintió como una despedida.

—Hablaremos la semana que viene —musité en voz baja. Aunque eso podría no ser cierto.

Porque ya me había decidido.

Desaparecería.

ONCE

LUCA

Salí de la mansión Callahan apenas cinco minutos detrás de Margaret.

El motivo de mi visita se había marchado, así que no tenía sentido quedarme. Bajé las escaleras y mis pasos se detuvieron.

—Hijo de puta —murmuré.

Mi puto auto estaba en medio del césped de Callahan. En llamas.

—Mi maldito coche favorito —refunfuñé mientras me acercaba al flameante infierno. Había restos de lápiz labial rojo en el parabrisas. Las llamas parpadeaban a su alrededor, consumiendo el vehículo.

¿ES HORA DE OTRA BALA?

Sacudí la cabeza. Desde luego, sabía cómo empujar mis límites. Me encogí de hombros y planeé mi venganza. No podía tomar represalias. Estaba embarazada con mi hija. Pero eso no significaba que no pudiera darle una lección a mi mujer a través de sus hermanos, ya que claramente la ayudaban. Y ella los quería mucho.

Unos celos oscuros e indeseados se deslizaron por mis venas.

Sabías que las cosas iban mal cuando sentías celos de sus hermanos.

Encontré a sus hermanos, solo a los gemelos, en The Eastside, el *pub* irlandés que pertenecía a Liam Brennan. Los muy desgraciados tuvieron suerte de no estar en su propio bar porque le habría prendido fuego al establecimiento.

De cualquier manera, no necesitaba empezar una mierda con Liam Brennan. Así que esperé. Y esperé. Apoyado en mi coche *no* favorito, me dediqué a mis asuntos mientras veía a los borrachos salir a trompicones del bar.

No tuve que esperar mucho para ver a los gemelos, una pequeña rubia *sexy* apretujada entre ellos, deseosa de que se la cogieran meticulosamente.

Hoy no, cariño.

—Hola, chicos —los saludé, con mi arma apuntando discretamente a Tyran. O tal vez era Kyran. Me daba igual. Esos dos preferirían morir antes que permitir que le pasara algo al otro. Dirigiendo una mirada a la rubia, que ya jadeaba como si estuviera en celo, añadí—: cariño, vete. —Como no se movió, gruñí—. Ahora mismo, carajo.

Eso la puso en marcha. Miró por encima del hombro.

—Llámame.

¡Idiota!

Los hermanos gemelos de Margaret eran peores que yo cuando se trataba de putear. Ella apenas había probado una pequeña porción de una noche conmigo.

Las mandíbulas de los gemelos se movieron casi al unísono, pero ninguno de los dos dijo una palabra. En sus ojos estaba escrito por qué estaba aquí. Esos ojos azules que me recordaban a la mujer que quería. Y eso me enojó aún más.

—¿Tu vehículo o el mío? —pregunté arrastrando las palabras.

Tyran se encogió de hombros.

—Pensé que tu coche era una hoguera la última vez que lo vi.

Un ardor recorrió mis venas. Así que lo golpeé. Con fuerza.

¿Por qué demonios esperar?

Kyran intentó atacar, pero lo apunté con mi pistola.

—Yo que tú no lo haría. Voy a darles una lección, sin embargo, no dudaré en matarlos si es necesario.

Era una mentira descarada, pero no necesitaban saberlo. Además, tenía un pecado que pesaba sobre mí. La muerte del padre de Margaret.

Kyran levantó las manos, y su mirada seguía clavada en mí y en su hermano. Un movimiento en falso y no dudaría en acabar conmigo.

Así que también lo golpeé. Fuerte.

Su cuerpo se desplomó contra el pavimento mientras perdía el conocimiento. Así estaba más seguro.

—¡Maldito bastardo! —siseó Tyran.

—No te preocupes, imbécil. También te llegará la hora.

Apretó los dientes, aunque no dijo ni una palabra más. Llevaba una expresión sombríamente entretenida mientras me estudiaba en busca de mis puntos débiles. No tenía muchos. Bueno, a excepción de su hermana. Ese era un dato importante y *nadie* necesitaba saberlo.

—¿De quién fue la idea de quemar mi auto? —exigí.

La puerta de la discoteca se abrió y con ella la música a todo volumen recorrió nuestro camino.

—Mía —gruñó.

No fue suya en absoluto. Los gemelos podían ser imprudentes, pero no tan locos. Además, sabían que podía empezar una guerra por ello. No es que lo hiciera. Quería a Margaret protegida, no en medio de un baño de sangre.

—¿Seguro?

—Sí.

Me llenaba el pecho la satisfacción de saber que protegería a su hermana a toda costa.

Así que, en vez de darle más golpes, me volví hacia la fila de coches.

—¿Cuál es el tuyo?

Tardó un segundo de más en contestar.

—Aston Martin.

Sonreí.

—*Ahh*, ¿un fan de James Bond? —No respondió. Disparé a todos sus neumáticos y luego puse una bala en su parabrisas—. Considérate afortunado. La próxima vez será tu cerebro.

Cuando me casara con Margaret, las cenas familiares serían entretenidas.

Ya lo podía ver.

DOCE

MARGARET

Miré por la ventana, el océano Atlántico se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El agua estaba agitada, el huracán en altamar se parecía al estado de mi alma. Era la primera semana de septiembre y el segundo huracán del mes ya estaba en marcha. Uno tras otro.

Mientras el tío Jack prefería quedarse en la ciudad, mi casa familiar estaba en Long Island. Mi madre odiaba visitar al tío. A menudo incluso se negaba a ir a la ciudad. Tal vez en ese entonces temía encontrarse con tío. O tal vez con Benito, su amante secreto.

Me gustaría mucho saber qué demonios pasó allí. Rebuscar entre las cosas de mi madre no me dio ninguna respuesta. Leer su diario aún menos. Había abreviaturas y afirmaciones sin sentido en todos sus diarios.

En cualquier caso, nada de eso importaba ya. Pronto lo dejaría todo atrás, de un modo u otro.

Me quedé quieta junto a la ventana, mirando al cielo burlándose de mí con la libertad que estaba tan cerca y a la vez tan lejos. El sol se ponía en el horizonte, creando un manto sombrío. Tan apropiado ya que había sombras en mi vida que prácticamente podía sentir acechando a mi alrededor.

Sintiendo que me observaban, me acurruqué en la esquina de la ventana, detrás de las persianas, dejando que mi mirada vagara por la arboleda de la esquina de la propiedad. El lado que normalmente ignoraba, porque el océano era más tentador.

Fue entonces cuando vi una sombra. Ladeó la cabeza, volvió la cara y me miró fijamente. Levantó ligeramente la barbilla, pero la luz de la luna no era lo bastante brillante. Mantenía la oscuridad sobre sus rasgos.

Sin embargo, de alguna manera, su mirada me atravesó de todos modos. Se sintió como pequeñas agujas afiladas rozándome la piel. Un destello de dientes, su boca estirándose en una sonrisa malvada y satisfecha. Se me cortó la respiración y mis pulmones se llenaron del calor de un infierno.

Contuve la respiración y, antes de que pudiera pensar qué hacer, se dio la vuelta y se alejó. Lentamente. Con determinación.

Las misteriosas muertes de mis prometidos tenían algo que ver conmigo. Estaba segura de que era de alguna manera era el objetivo final. Excepto que ni siquiera podía entender por qué. Después del lío con Cassio, que sentí que en el gran esquema de las cosas ni siquiera era mi culpa, acepté mi destino. Me casaría con un irlandés decente que me ayudaría a criar a mi hija.

No podía decidir si me alegraba o no de tener una niña. A los hombres les iba mucho mejor que a las mujeres en este mundo. Especialmente en el bajo mundo. Por otro lado, me encantaba

la idea de tener una niña. La protegería y la mantendría alejada de la mafia. Estaba destinada a algo mejor. Lo garantizaría sin importar lo que me costara.

Esta vida nunca me había molestado. No hasta que me dijeron con quién casarme. Debería poder decidir a quién unir mi vida o incluso si quería un marido. Si me salía con la mía, mi hija nunca tendría que pasar por lo mismo que yo. ¿Cuántas veces debería una persona ser tratada como una mercancía antes de que fuera suficiente? Empezando con Cassio y terminando con el último imbécil. Al menos Cassio estaba vivo, los últimos cuatro murieron en circunstancias misteriosas.

No era un buen augurio para mi reputación.

Un fuerte suspiro me abandonó. La exigencia de mi tío de que me casara y de cortarme el acceso a todos mis fondos hasta que fuera una mujer casada era una maldita pesadilla. No era culpa mía que esos malditos hombres cayeran muertos como moscas. No tenía nada que ver. Era como si *me* acusara de haberlos matado.

Tenía que irme de aquí.

Si al menos pudiera conseguir algo de ese dinero, podría irme y empezar de cero en algún sitio.

—¿Qué estás tramando, Maggie?

Me giré al oír la voz de mi hermano. Aiden era el mayor de mis tres hermanos. También, mi favorito. Por supuesto, nunca se lo admitiría a nadie. Amaba a mis tres hermanos. Tyran y Kyran, al ser los gemelos, la mayoría de las veces tenían lo suyo y lo compartían todo. A veces juraba que incluso compartían novia.

Aunque no tenía pruebas, estaba bastante segura de que mis sospechas eran ciertas. Una vez, cuando se los dije, se encogieron de hombros, se miraron y se marcharon. Si eso no era una confirmación, no sabía qué lo era.

—Nada —respondí.

Entrecerró los ojos, azules como los míos. Esperó, pero cuando me negué a dar más detalles, sacudió la cabeza.

—¿Tengo que decirte que te conozco mejor de lo que te conoces? —refunfuñó.

Puse los ojos en blanco.

—¿Necesito decirte que no eres mi padre?

Un dolor sordo me atravesó el pecho. *Da.* Mi padre. Sus palabras resonaron en mis oídos. *Siempre sabré lo que piensas, mo chailin milis. Y siempre sabrás que te amo.*

Siempre me llamaba *mi dulce niña* y eso siempre me hacía sonreír.

—No soy *Da* —aceptó Aiden—. Pero puedes contarme cualquier cosa.

Cualquier cosa. Todo. Nada.

Excepto que no podía decirle *esto*. El recuerdo inconexo de la muerte de *Da* y la traición de madre. No podía recordar cómo llegué al hospital. Ni siquiera recordaba cómo llegamos a casa después de que *Da* me recogió de la escuela. Entonces, ¿cómo podrían creerme cuando les diga que mamá tuvo que ver con la muerte de papá?

—Sobre la bebé, Maggie...

Dejé escapar un suspiro y lo detuve.

—Aiden, si vas a volver a preguntarme el nombre del padre de la bebé, no te molestes.

Se metió las manos en los bolsillos de los *jeans* y se apoyó en la pared. El movimiento me recordó a alguien, aunque no pude recordar quién. No es que importara.

—No iba a preguntar por el padre de la bebé —rebatió con calma—. Pero sé cuándo estás tramando algo. Y lo estás haciendo ahora.

La idea me rondaba la cabeza desde hacía tiempo, sin embargo, no sabía cómo llevarla a cabo. Así que, técnicamente, no tramaba nada. No todavía.

—Sé que eres diez años mayor que yo, Aiden —comenté en su lugar. Era mejor que mentirle —. Pero eso no te hace más inteligente —continué con una sonrisa de satisfacción esperando desviar su atención de mí y de mis pensamientos.

Se burló, se apartó de la pared y caminó hacia mí. Era alto, medía un metro ochenta, y se alzaba sobre mí con una expresión ilegible. Excepto que conocía a Aiden como a la palma de mi mano. Mientras que para los extraños era una amenaza, para mí no era más que un hermano sobreprotector.

Me sacó al balcón a pesar del fuerte viento que soplaba desde el océano. Una vez junto a la barandilla, se volvió hacia mí.

—Vas a huir, ¿verdad? —Me invadió la culpa. Parecía que mi hermano me conocía mucho mejor de lo que creía. Confiaba en él con mi vida, pero con esto, no estaba tan segura. Así que dudé.

Aiden siempre me cubría las espaldas, pero también me quería cerca. Se preocupaba por dejarme desplegar mis alas. Y sí, se enfrentó al tío y a su mujer en mi defensa.

Cuando se trataba del negocio de la mafia y de hacer alianzas, Aiden seguía los decretos de tío. Era la razón por la que había asumido más y más responsabilidades. Pronto se haría cargo de la organización criminal de tío.

Sintiendo mi dilema, levantó la mano y me pasó un dedo por la nariz. Como cuando era pequeña y algo me molestaba.

—Maggie, estoy de tu lado. Pase lo que pase.

—No puedo lidiar con otro prometido —confesé con voz ronca.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

El último destello de vacilación se atenuó y ya nada pudo contener mis palabras.

—No puedo hacer esto —resoplé—. No sé por qué estos hombres siguen muriendo, ya no puedo aceptar otro. He llegado a mi límite.

Nací en este bajo mundo, pero no quería morir en él. Y quienquiera que estuviese matando a estos hombres... mi sexto sentido me advertía que era la razón. Algunos días casi podía sentir su mirada atravesándome desde las sombras. Como antes.

¿Quién era ese desconocido?

—Hablaré con tío —prometió—. Lo haré entrar en razón. Acabar con el desfile de prospectos.

Suspiré.

—Quiero salir. Fuera de este mundo. Fuera de cualquier futuro matrimonio arreglado. Solo fuera. Por mi bebé y por mí.

Su mirada azul centelleó de comprensión y se pasó la mano por el cabello oscuro como el carbón. Nuestra coloración era tan idéntica que era imposible confundir nuestras relaciones. No obstante, en cuanto al carácter, los dos éramos muy diferentes. Era impulsiva y salvaje. Aiden no. Me metía en problemas con bastante frecuencia mientras crecía y alguien siempre tenía que rescatarme. Aiden se metía en líos, aunque siempre salía de ellos solo.

—Así que quieres huir —afirmó con calma. Debería haberme alertado y no lo hizo. En este momento, no tenía nada que perder. Sin ayuda, no podría salir de esta prisión—. Pero necesitas dinero.

El viento se había levantado y me revolvía el cabello. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. No

estaba segura si era por la idea de estar completamente sola o por el viento.

—Sí. —No había razón para andarse con rodeos.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —aseguré. No me molesté en decirle que estar sola me aterrorizaba. Crecer en nuestra familia irlandesa significaba estar siempre rodeado de alguien. Padres. Hermanos. Primos. Tíos. Tías. Nunca había un momento aburrido. Si querías estar solo, te encerrabas en el baño.

—Es un gran paso —señaló, rascándose la mandíbula como si estuviera repasando todos los puntos que debería saber.

—Estoy consciente de eso —comenté secamente—. Sin embargo, no puedo hacer otra fiesta de compromiso. Otra ronda de felicitaciones mientras me llaman viuda negra en voz baja.

—Si me das sus nombres, podría matarlos fácilmente —sugirió con una sonrisa despreocupada. Tan típico de alguien de la mafia soltar eso.

—Bueno, tendrías que matar a un buen número de nuestra propia familia —respondí con ironía—. Ni siquiera me gusta la idea de casarme con alguien porque estoy embarazada.

Mi mano se acercó a mi vientre y lo froté cariñosamente. Sentir a la bebé moverse dentro de mi estómago era una sensación indescriptible. Hasta ahora me he enamorado de mi hija dos veces. El día que vi su puntito en la sonografía y el día que la sentí moverse dentro de mí. Desde entonces, haría cualquier cosa, y digo cualquier cosa, por ella.

Robar. Engañar. Matar. *Cualquier cosa.*

—¿Por qué no puedo tener a la bebé sola? —musité, hablando para mí.

—Porque nuestra familia está muy chapada a la antigua —afirmó Aiden con naturalidad.

—Apuesto a que, si dejas embarazada a una chica, harán lo que digas.

No se molestó en corregirme. Ambos sabíamos que harían lo que Aiden dijera o decidiera. Aprendieron pronto que una forma segura de perder a sus hijos era imponerles su voluntad. Mamá no podía disciplinar ni controlar a los chicos, así que acabé recibiendo una dosis doble de todas sus medidas disciplinarias.

La vida simplemente apestaba a veces.

—¿Puedes ayudarme? —inquirí roncamente, mirándolo a los ojos.

Si las circunstancias fueran diferentes, ocultaría mi desesperación. Pero tenía que hacerlo. Era por mi niña. Para que pudiera saborear la libertad y una vida feliz. No una atada por la mafia irlandesa.

—Demonios —refunfuñó—. Voy a estar en problemas si alguna vez esto sale a la luz.

La esperanza se encendió en mi pecho.

—No pasará —aseguré rápidamente—. Nadie lo sabrá nunca. No se lo diré a nadie. Ni siquiera a Áine.

Aiden se encogió de hombros.

—Sinceramente, me importa una mierda que el mundo lo sepa. Los pondré a todos en su sitio. Idiotas. —Mis labios se curvaron ante su respuesta. Así era mi hermano. Dispuesto a cualquier desafío—. Tengo curiosidad, ¿cómo es que Áine no te ayudó?

Tragué saliva. Mis hermanos y ella serían lo más difícil de dejar atrás. También el dinero, pero sobre todo a ellos.

—No me atrevía a pedírselo —admití en voz baja—. Me ayudaría, pero no quería que le escondiera un secreto a Cassio y al tío Jack.

Un soplo sardónico lo abandonó.

—Bueno, fue el tío Jack quien te puso en ese aprieto. Y Cassio King te jodió. Así que te debe

una grande.

Eso no venía al caso. No me quedaría en el pasado. No me llevaría a ninguna parte. Tenía que pensar en el futuro.

—¿Estaría el padre de la bebé dispuesto a ir contigo? —Aiden preguntó en voz baja—. Odio que estés sola.

Las lágrimas ardían en el fondo de mis ojos. Se me formó un nudo en la garganta que amenazaba con hacerme sollozar. El embarazo me había vuelto tan emocional que me estaba poniendo de nervios. No importaban los de los demás.

De repente, Aiden me atrajo hacia su pecho y las lágrimas ganaron. Mi cuerpo se estremeció con los sollozos, y el consuelo de mi hermano solo me hizo llorar más fuerte. No tenía ningún maldito sentido. Aún no había perdido a mi familia, no obstante, lloraba por la pérdida. Hermanos. Primos. Incluso a mi madre por todas sus formas de ser tan dura.

—Superaremos esto —murmuró en mi cabello—. Primero acabaremos con esta fila de hombres para que te cases. Tómatelo como unas vacaciones hasta que superemos toda esta mierda. Un día, nos sentaremos todos junto al fuego, compartiremos historias de nuestras aventuras y la tuya podría ser la más grande de todas.

Por encima de nosotros, el cielo tronó de repente, los primeros signos de una inminente tormenta.

Fue el primer presagio de lo malo que estaba por venir.

TRECE

LUCA



Vi a Margaret entrar en el edificio de su ginecólogo, con la boca envuelta en la pajita de su batido de frutas. Los había estado bebiendo como si fueran a pasar de moda.

Una vez que estuvo dentro, también entré en el edificio. Utilicé la escalera reservada a los empleados del edificio. Ventajas de comprar el negocio del mejor obstetra del país.

Su familia quería que la tratara su médico de cabecera, pero de repente se volvió "no disponible", cortesía de mi soborno. Conseguí a la Dra. Calabro, que era una de las mejores. Quien también estaba en mi nómina.

Me mantuvo al día de los progresos de Margaret y de la bebé. También me permitió estar presente en todas sus visitas. Sin que ella lo supiera.

Ocupé mi sitio habitual en la habitación detrás de la que verían a Margaret. Justo cuando ocupaba mi lugar, se abrió la puerta y vi a través de la ventana cómo Margaret entró en la sala. Lo único que me separaba de ella era el cristal unidireccional que me permitía observar la cita.

—Usted debe de ser la doctora más rápida o mejor organizada de este planeta —observó Margaret—. Todavía no he levantado ni una revista cuando vengo a mis citas.

Mis labios se curvaron. No sabía que estaba recibiendo un trato preferencial. Los médicos pensaron que cuanto antes la vieran y saliera por la puerta, antes se librarían de mí.

—Nos enorgullecemos de nuestra eficiencia —mintió la Dra. Calabro con una sonrisa en la cara. La mujer no me soportaba, pero Margaret le caía bien. Caí en desgracia cuando la obligué a consultar a Margaret a su cita en lugar de apresurarse a hacer la cesárea de urgencia que debía practicar.

—Ya conoces el procedimiento —dijo la Dra. Calabro, sonriendo mientras se ponía un par de guantes de látex.

Margaret empezó a quitarse la ropa para ponerse la bata de papel desechable. Debería apartar la mirada. Era lo menos que le debía, pero no lo hice. En lugar de eso, admiré cada centímetro de su cuerpo más redondo y suave. Era hermosa.

Su piel era suave, del color del marfil. Se quitó las bragas de seda y se las bajó por las piernas. Su cabello de ébano le caía por la espalda mientras se inclinaba, con aquellas piernas tonificadas tentándome.

¡Jesucristo!

Toda la sangre se dirigió a la ingle. Mi corazón galopó en mi pecho y casi empecé a jadear, con mi miembro medio duro. El deseo de tocarla era como una droga que se instalaba en mis venas.

Una obsesión que nunca sería capaz de superar.

Ansiaba pasarle los dedos por su cabellera mientras rodeaba mi polla con los labios y me miraba con sus hermosos ojos.

Se puso la bata y sus ojos se desviaron hacia la ventana. Como si pudiera sentir mis ojos sobre ella.

No podía evitar preguntarme cómo serían las cosas si dejara de luchar contra mí. De odiarme. Si me dejara formar parte de su vida. Quería frotarle la espalda, alimentar sus antojos y sentir a nuestra hija moverse dentro de su vientre. Vendríamos juntos a cada cita, soñando con el futuro de nuestra bebé.

En cambio, me lo estaba perdiendo todo.

Para mi consternación, parecía haberse resignado a tener a nuestra bebé sola. La testaruda se negaba a pedirle ayuda a alguien.

Se sentó en la camilla y se recostó. Vi cómo la doctora le auscultaba el corazón y le tomaba la presión arterial. Luego utilizó el instrumento para escuchar los latidos de la bebé y ver cómo se movía.

Mi niña apareció en la pantalla en blanco y negro y mi corazón se apretó. Pero era ese sonido silbante del corazón de la bebé lo que me atrapaba cada maldita vez. Era la mejor música del planeta. Me aseguré de que la Dra. Calabro grabara siempre esas sesiones, para poder dárselas a mi niña algún día.

Vi cómo Margaret movía el cuello y sus ojos azul marino se empañaban. Se secó rápidamente los ojos con el dorso de su mano.

—¿Te encuentras bien? —le cuestionó la Dra. Calabro. Normalmente Margaret mantenía sus emociones bajo control, enterradas en algún lugar profundo donde nadie pudiera verlas. Suponía que solo sus hermanos veían su lado más tierno.

¡Joder!

Ansiaba verlo. Como aquella noche en Las Vegas. Un momento fugaz. Esa pequeña ternura me mostró más que todas sus duras palabras lo mucho que se escondía.

—¿Puedo tocarlo? —pidió, con los ojos clavados en mi piercing. Deseé que se quitara la máscara. Quería verle toda la cara. Quería que me ***viera****. Esta noche fue aún más explosiva de lo que había imaginado.*

Y había imaginado mucho.

Bajó por mi cuerpo, sin apartar los ojos de mi polla. Mi miembro se tensó, listo para otra ronda con ella. Acababa de limpiarla y luego a mí de su sangre virgen. «Dios mío, era virgen».

«Mía». Esas eran las palabras que se repetían en mi cerebro.

«Mía. Mía. Mía».

Posesión obsesiva no se acercaba a describir lo que sentía por esta mujer.

—No hay nada que me gustaría más —gruñí.

Su suave mano acarició mi longitud rígida y me quedé sin aliento. Sabía que tendría que tenerla otra vez, pero primero dejé que estudiara mi piercing.

—¿Te dolió cuando te lo hiciste?

—Un poco. —Controlarme para no montarla ahora mismo me dolía más, pero no creía que apreciara esas palabras.

Luego me dio un susto de muerte cuando se inclinó sobre mí y me pasó la lengua por lo largo, deteniéndose en el piercing. Su lengua lo rodeó y perdí mi frágil control. Mis caderas se

agitaron, empujando en su cálida boca.

Gimió y enredé mis dedos en su melena para poder mirarla mientras movía la cabeza arriba y abajo.

—Tus ojos —pronuncié—. Mírame cuando me chupes la polla.

Obedeció inmediatamente. Fue la única vez que esta mujer me obedeció. Por supuesto, no sabía que era yo.

—Joder. —La sensación de su boca caliente alrededor de mi miembro hizo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo. Acababa de follármela y casi me volvía a correr, esta vez en su boca en ese mismo instante—. Si me pongo muy brusco, dame un golpecito en el muslo.

Margaret zumbó y me miró con los ojos llorosos por mi tamaño.

Cristo Santo.

Nunca había maldecido en italiano, pero con ella, mi cerebro dejaba de funcionar.

Empezó a lamer y chupar, despacio al principio, pero luego tomó un ritmo que la hizo mover la cabeza arriba y abajo. Aunque era virgen cuando empezamos, estaba claro que su boca no lo había sido. ¡Demonios! Sabía cómo complacerme.

Mis dedos agarraron su cabello y mi otra mano se dirigió a su nuca.

—Eso es —gruñí—. Chupa esa polla.

Gimió, y la vibración de su garganta recorrió mi espalda. Empecé a empujar con las caderas, cada vez más rápido y más fuerte. Los únicos sonidos en la habitación eran mi respiración entrecortada, piel chocando contra piel y las arcadas procedentes de su garganta.

Sus uñas se clavaron en mis muslos, pero nunca me dio un golpecito.

Salí de ella y la puse boca arriba. Se le escapó un chillido de sorpresa cuando la penetré de golpe en su apretado coño.

—¡Ohhhh! —gimió. Maldición, estaba empapada.

Era mi maná. Mi cielo. Mi salvación.

La cogí con fuerza. Temía romperla, pero cada vez que aflojaba, gruñía y sus uñas se clavaban en mis hombros.

—¡Más! —suplicó, con sus ojos vidriosos de placer mirándome. Agradecí que su máscara no me lo ocultara.

Empujé más rápido y más profundo, sintiéndola derrumbarse a mi alrededor con gemidos hasta que también me desplomé en el orgasmo más poderoso que jamás había sentido. Me desgarró con tal intensidad que temí que ambos desapareciéramos.

Al oír la voz de Margaret, los recuerdos se desvanecieron y quedaron las consecuencias.

—Sí, estoy bien —le aseguró Margaret. Sus palabras me devolvieron al presente—. Solo... —Tragó saliva, su delicado cuello se movió ligeramente—. Nunca pensé mucho en tener hijos. Y ahora, es indescriptible, y no tengo a nadie con quien compartirlo.

Si me dejara ayudarla. Si me quisiera tanto como yo a ella. Lo compartiría todo. Lo bueno, lo malo... todo.

—Lo compartes conmigo —comentó la doctora con dulzura. La Dra. Calabro encontró su corazón blando en algún lugar de su bata blanca. O tal vez porque sabía que estaba aquí mirando, esperaba caerme en gracia. Sabía que ahora era el dueño del consultorio porque su padre la había cagado—. La bebé está sana. Estás sana. A veces tenemos que contar pequeñas bendiciones para saber que somos los afortunados.

—Tienes razón —acordó Margaret—. Estas hormonas del embarazo son asesinas. —Se

atragantó con fingido humor—. Por cierto, ¿hay alguna posibilidad de que me repongan las vitaminas prenatales?

La Dra. Calabro frunció el ceño.

—¿No te di una caja la semana pasada?

Margaret bajó los ojos, de repente muy interesada en estudiar sus uñas.

—Podría perderme nuestra próxima cita, así que quería asegurarme de tener suficiente.

La doctora frunció el ceño.

—¿Algo que deba saber?

—No. Solo por precaución.

No lo era. Mis chicas estaban huyendo.

CATORCE

MARGARET

La culpa se abatió sobre mí.

Tío no quería oír hablar de la posibilidad de dejarme soltera. Ya estaba preparando el siguiente prospecto. Aiden estaba arriesgando mucho al ayudarme.

Mi hermano lo había organizado todo. Me consiguió dinero suficiente para un año. Me buscó un hotel donde alojarme antes de que me fuera a una casita de campo en una zona remota del norte de Italia donde los únicos habitantes parecían ser ancianos, olivos y cabras.

Sí, *cabras*.

Aiden conducía su motocicleta como un loco, luchando contra el tráfico de Long Island. Conducir una moto estando embarazada no era la mejor decisión, pero era la única forma de asegurarnos de llegar a tiempo al aeropuerto. No podíamos arriesgarnos con el equipaje, así que lo único que llevaba era una mochila grande Vera Bradley con lo necesario para ponerme en marcha y cincuenta mil dólares guardados seguramente en uno de los bolsillos interiores. La cremallera que Aiden había puesto tenía incluso un candado para que no hubiera accidentes.

—Siempre he querido visitar Italia —bromeé, hablando por el micrófono del casco.

Aiden rio entre dientes.

—Es el último lugar donde alguien te buscará.

—Estoy deseando conocer a las cabras —solté.

El tráfico estaba de nuestra parte. En menos de una hora, paramos frente al aeropuerto JFK. Una vez allí, Aiden estacionó su moto y me ayudó a bajar. Con mi creciente bulto, el equilibrio se estaba convirtiendo rápidamente en un problema.

Todo el aeropuerto y las calles de alrededor bullían de vida.

Siempre que había viajado en el pasado había sido en avión privado. Esta vez, tendría que tomar un vuelo comercial. *Mi primer* vuelo comercial, y lo haría sola.

Bueno, no sola. Me froté la barriga. Mi bebé también lo experimentaría. Gracias a Dios, seguía dentro de mí. A salvo y protegida de este mundo de locos. Pero temía de la soledad.

Resoplé.

—¿Crees que estoy siendo una cobarde?

—No. —No había ni una pizca de duda en la voz de Aiden—. Solo quiero que seas feliz—. Me rodeó con sus brazos y enterré la cara en su pecho—. Esto no es un adiós, hermanita.

Me entregó mi pasaporte.

—Es falso —dijo en voz baja—. En cuanto aterrices en Europa, deshazte de él. Luego usa este. —Me entregó otro pasaporte—. Si alguna vez necesitas salir de la Unión Europea.

Agarré rápidamente el pasaporte de repuesto, abrí la mochila, luego el bolsillo interior con el

dinero y lo metí dentro.

Nos apresuramos a entrar en la zona de salidas y nos dirigimos directamente al mostrador. Utilizando la tarjeta de débito precargada que me proporcionó Aiden, compré un *ticket* de ida y vuelta a Roma, aunque sin intención de volver jamás. Cuando Aiden me lanzó una mirada curiosa, me encogí de hombros.

—Es más barato.

Nerviosa, deslicé el pasaporte por el mostrador. Me temblaba la mano, pero rápidamente la bajé y dejé que me colgara del cuerpo. La mujer escaneó el pasaporte y mi corazón estuvo a punto de estallar cuando oí el pitido.

—¡Listo! —anunció, luego miró por encima del hombro y dio una orden en italiano. Me quedé inmóvil, paralizada, incapaz de procesar sus palabras.

—Eficacia en estado puro. Gracias —dijo Aiden con una amplia sonrisa. La mujer se sonrojó.

—El placer es mío. —Bajó el tono y, de repente, se puso en modo seductor.

La mano de Aiden me rodeó el brazo y tiró de mí hacia seguridad.

—¿Qué fue eso? —musitó en voz baja.

Parpadeé confundida.

—*Umm,* creo que estaba coqueteando contigo.

—Eso no —refunfuñó exasperado—. Tú poniéndote nerviosa. No puedes estar haciendo eso.

Me lamí los labios. De repente me sentí sedienta y paranoica.

—Pensé que el pasaporte no funcionaría —susurré—. Me entró el pánico.

—Funcionará —declaró Aiden con convicción.

Los nervios me hicieron un nudo en el estómago. Me temblaban las manos. Se me aceleró el corazón. Esperaba que toda esta excitación no perjudicara a la bebé.

—¡Vitaminas prenatales! —exclamé—. Olvidé mis vitaminas prenatales.

Mi memoria era horrible desde que quedé embarazada. No recordaba lo que había hecho o dejado de hacer últimamente. La mirada que me echó Aiden decía que cuestionaba mi cordura.

—¿Qué? —protesté, sonriendo tímidamente—. Hay que ocuparse de la bebé.

—¿No son realmente importantes solo en el primer trimestre?

Negué con la cabeza.

—No, mientras dure el embarazo.

—Pídeselas a un médico cuando llegues allá —razonó Aiden—. ¿A menos que quieras volver y quedarte?

A pesar de todo su apoyo, su tono era esperanzador.

—Las obtendré allá —solté rápidamente. Quedarme no era una opción. Pasar por otro compromiso y otro prometido muerto destruiría los restos de mi reputación—. Esto es todo, ¿eh?

Aiden tiró de mí hacia sus brazos, apretándome con fuerza.

—Si quieres volver, iré a buscarte —prometió—. Cuando quieras. Donde sea.

—De acuerdo. —Mi voz se apagó contra su pecho.

—Prométeme que me llamarás si tienes problemas o me necesitas —exigió. Como no hice ningún comentario, se apartó y me acarició la cara—. Prométemelo, hermana.

—Te lo prometo. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Si tengo problemas y no puedo resolverlos, te llamaré. —Asintió, algo satisfecho. Pero seguía sin soltarme. Esto era tan difícil para él como para mí—. Probablemente sea mejor que pase por seguridad —continué en voz baja, temerosa de derrumbarme y empezar a llorar.

Nunca había imaginado la vida sin mis hermanos. Sin mi familia. La familia Callahan era

grande y ruidosa, pero era mía. Sentía que pertenecía. Hasta que dejó de serlo.

Todo porque quedé embarazada.

Y, sin embargo, no pude encontrar en mí arrepentimiento.

Aquella noche en Las Vegas fui a aquella fiesta de disfraces con un único propósito. Perder mi virginidad. La gente me creía salvaje y promiscua. Era ambas cosas, pero no hasta el punto que suponían. La parte anticuada de mí quería compartir esa primera experiencia con alguien a quien amara.

Pues bien, esa elección me fue arrebatada.

—Muchas gracias. —Volví a rodearlo con mis brazos—. Te quiero mucho. A todos. —Me aparté, con las lágrimas que amenazaban con derramarse. Me pasé una mano por los ojos—. Adiós, Aiden.

Con una última mirada, me di la vuelta y me apresuré hacia seguridad. Tenía que irme. No podía tener otro muerto en mis manos. Podía y debía ofrecer una vida mejor a mi hija. No la muerte y las sombras que parecían perseguirme a cualquier lugar que fuera.

Cuando pasé el control de seguridad, eché otro vistazo por encima del hombro. Aiden seguía allí de pie, mirándome con expresión triste. Sabía que era la mejor opción para mí y para mi hija, aunque no le agradara.

Levanté la mano y me despedí. Incluso sonreí, aunque sentía el corazón oprimido y la garganta apretada.

QUINCE

MARGARET



El vuelo comercial a Italia fue un desastre. Me tocó el peor asiento. El que estaba junto al baño, sentada entre dos hombres que parecían formar parte de una pandilla.

La ironía era cómica. Excepto que *no* lo era.

Abandoné mi asiento una vez y me aseguré de llevar mi bolso. No confiaba de que los dos hombres no registraran mis cosas. Apenas pude dormir durante las ocho horas de vuelo. Me dormí un puñado de veces, el resto fue imposible. El constante movimiento de hombres a ambos lados me hacía despertarme.

Cuando bajé del avión y pasé el control de inmigración, me metí en el cuarto de baño mientras soñaba con encontrar un hotel. Estaba impaciente por dormir toda la noche. Se convirtió en lo más importante para mí desde que quedé embarazada. Dormir y comer. Sin eso, me convertía en un monstruo furioso.

Me metí en el primer cubículo y me encerré en el de minusválidos, no quería rebuscar en mi montón de dinero en medio del aeropuerto. Llevé la mano al bolsillo lateral con el candado que me había instalado Aiden y me quedé helada.

Estaba vacío.

Sin dinero. Sin pasaporte de repuesto.

Abrí el cambiador de bebés y coloqué allí mi bolso, luego empecé a rebuscar en él.

—No, no, no. —El pánico se apoderó de mí. Esto no podía estar pasando. Escudriñé en todo el contenido de mi bolso—. ¡Dios mío! —grité en voz baja—. Por favor, no.

—*¿Stai bene?* —Alguien preguntó. No tenía ni una maldita idea de lo que significaba. Nunca me molesté en aprender italiano. Ni ningún otro idioma. Solo hablaba inglés e irlandés. En mi mundo, parecía suficiente.

Ignorando la interrogante, seguí rebuscando en la bolsa, esperando contra todo pronóstico que tal vez el dinero y el pasaporte de repuesto estuvieran en el fondo.

Un golpe en la puerta.

—¿Qué? —solté.

Una pausa.

—¿Estás bien?

Mierda. Apenas aterricé y ya estaba gritándole a la gente. Tragué saliva. Esto no era bueno. Perdí todo el dinero, excepto unos cuantos miles que había en mi cartera. Los dos tipos que se sentaron conmigo tuvieron que habérselo llevado cuando me quedé dormida.

Maldición, ¿por qué me había dormido?

—Sí —repliqué. Demonios, no, no estaba bien. Me robaron cincuenta mil. ¡Oh, Dios mío!

¿Cómo pude ser tan estúpida? Mi sexto sentido me estaba avisando, pero lo ignoré. En toda mi vida, nunca había dejado que nadie jugara conmigo solo por ser mujer. Salía de fiesta salvajemente, no obstante, siempre había gente a mi alrededor que se aseguraba de que estuviera a salvo.

Ahora no tenía a nadie. *A nadie*. Y me robaron a ciegas.

La mujer detrás de la puerta suspiró como si no creyera que estuviera bien, pero no dijo nada más. Oí sus suaves pasos alejarse, dejándome sola en mi desesperación.

Me quedé mirando mi compartimento secreto vacío y lentamente, como una marea en luna llena, la ira burbujeó y subió.



Era de noche cuando llegué a la oscura calle, con las viejas casas de piedra cerrándome el paso por tres lados. Definitivamente, esta no era la Roma anunciada en los folletos turísticos.

Llevaba la sudadera puesta, ocultando un poco mi barriga, y la capucha cubriéndome la cabeza.

Caminé por la calle empedrada hasta que encontré el número de la casa que me habían facilitado como dirección de los hombres. Tuve que engatusar a la mujer de la recepción de ITA Airways y convencerla de que mi novio me había dejado en el aeropuerto después de aterrizar porque habíamos discutido. Incluso me froté la barriga mientras una lágrima se abría paso por mi mejilla, diciéndole que sospechaba que me engañaba y me arrastró a la tierra del amor para engañarme con una mujer que conoció en Internet.

La mujer suspiró y soltó unas palabras en italiano, probablemente maldiciones. Pero acabó dándome la dirección, y así fue como me encontré aquí. Exhalé un suspiro de frustración. Dar una lección a un imbécil mientras estaba embarazada de seis meses no era precisamente algo que me interesara que figurara en mi currículum.

Sin embargo, aquí estábamos.

En silencio, me dirigí hacia la casa. Mirando a mi alrededor, no veía ni un alma. Nunca había pensado que eso fuera posible en Roma. Subí las escaleras de piedra, con cuidado de no pisar las agrietadas. O desequilibradas.

Una vez en el rellano del segundo piso, me tomé un momento para aliviar la tensión de mis hombros. Saqué las tijeras que había comprado antes. Mi primera compra en la tierra del amor y eran unas tijeras. Para poder amenazar a los imbéciles que me robaron.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

Si este era un indicio de mi futuro aquí, necesitaba encontrar otro país de la Unión Europea para vivir.

Además, a Áine le haría gracia. Me negaba a luchar con un cuchillo y, aquí estaba, agarrando algo parecido a uno como si mi vida dependiera de ello. En cierto modo, así era.

Puse la mano en el pomo, lo giré y la puerta se abrió. Entré en el destartalado apartamento y dejé caer mi bolso Vera Bradley sobre el suelo de baldosas. Las viejas tuberías sonaron y se abrió la ducha. Me quejé por dentro. Tendría que darle una lección al idiota ladrón mientras estaba desnudo. Este día se estaba poniendo cada vez *mejor*.

«Esto podría funcionar», pensé en silencio. Sería difícil matar a dos hombres al mismo tiempo en mi estado. La cocina estaba vacía. La sala estaba vacía. El dormitorio estaba vacío.

—De acuerdo, entonces solo un tipo —me susurré mientras la ducha seguía corriendo.

Me abrí paso por el pequeño apartamento hasta llegar al cuarto de baño con la puerta

entreabierta. Mis ojos recorrieron el pequeño baño europeo. El espacio justo para una persona. Definitivamente no para dos, y una de ellas bien entrada en el segundo trimestre.

Me apoyé en la puerta y esperé. Primero me diría dónde estaba el dinero y luego lo mataría. Estaba cansada, hambrienta y de muy mal humor. Escogió a la mujer equivocada para robar.

Mientras esperaba a que terminara la que tuvo que ser la ducha más larga, soñaba despierta con una cama caliente y cómoda y servicio de habitación al menos por una noche, antes de tomar el *ferry* a Sicilia. No podía arriesgarme a que mi familia me encontrara y me arrastrara de vuelta para casarme con alguien. Nada del norte de Italia para mí. Sicilia sonaba mejor y más cálida.

El sonido del agua se cortó y me puse tensa, preparada y esperando a que apartara la cortina de la ducha. Mi mano agarró las tijeras justo cuando pasó con una toalla alrededor de la cintura.

Apenas salió cuando me notó.

—Hola. ¿Te acuerdas de mí? —pronuncié tranquilamente. Debería saber que nunca hay que meterse con una embarazada. Y menos con una embarazada irlandesa.

—¿Qué demonios haces aquí? —gritó, con los ojos muy abiertos y mirando a mi alrededor.

—Tienes algo mío y quiero que me lo devuelvas —siseé en voz baja. Espeluznante.

Palideció, aferrándose la toalla alrededor de su cintura ligeramente obesa como si su vida dependiera de ello. Lancé las tijeras al aire y las agarré por el mango. Me sentí satisfecha con la revelación de que seguía siendo buena en esto. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Creías que te ibas a aprovechar de una joven embarazada que viajaba sola, ¿no? —me burlé, manteniendo la voz uniforme y baja—. Dame el dinero y el pasaporte y consideraré no matarte.

Tomando mi tamaño y condición como mi debilidad, su mano voló por el aire. Pero fui más rápida. Lo esquivé, abrí la tijera para usarla como navaja y le corté el antebrazo derecho en vertical hasta la muñeca.

Su grito me taladró los oídos. Cayó de rodillas y se le soltó la toalla. Se me revolvió el estómago y pensé que gritaría. No había visto a un hombre desnudo desde aquella noche en Las Vegas, pero así no era como quería que acabara mi sequía.

—No tengo tu dinero. —Lloró.

Esta vez le rebané el otro antebrazo. Me observó con una frenética incredulidad.

Goteo. Goteo. Goteo.

Su sangre goteaba sobre la vieja baldosa, tiñéndola de carmesí.

—Bueno, entonces tenemos un problema —comenté con una sonrisa sombría—. Alguien tiene que pagarme. —Despreocupadamente dejé que mis ojos vagaran alrededor, fingiendo buscar a alguien que pagara esa deuda—. Pero aquí no hay nadie —continué—. Así que supongo que tendré que matarte.

La última frase desencadenó un ataque de pánico en el tipo. Pude verlo en sus pupilas dilatadas. Apestaba a miedo. Aunque la desesperación era más fuerte que su miedo. Se tiró al suelo y buscó un cajón cercano que ya estaba abierto. Sus dedos rodearon la pistola, no obstante, le di una fuerte patada que se la arrancó de las manos y la hizo volar por los aires. La tomé. Se abalanzó sobre mí, intentando derribarme al suelo, y apreté el gatillo, apuntándole al estómago. Un grito espeluznante retumbó en el aire.

—¡Demonios! —bramé—. Vas a decirle a toda la maldita ciudad que estoy aquí. Voy a rebanarte la garganta y acabar con esto.

Arrojé el arma fuera de su alcance para después introducir la tijera en la herida, atravesándola, y luego la retorcí dentro de su carne.

—Espera, espera —suplicó—. Tengo tu pasaporte y diez mil. Debajo de mi cama.

Resoplé.

—¿Diez mil? De cincuenta. ¿Qué pasó con los otros cuarenta?

La sangre goteaba a su alrededor. Sus gemidos y el terror en sus ojos me dijeron todo lo que tenía que saber.

Decía la verdad. Estaba jodida.

Pero también lo estaba este desgraciado.

Así que, en un movimiento rápido, le corté la garganta.

Salí tranquilamente del apartamento y llamé a un taxi para que me llevara a un hotel a las afueras de la ciudad. Tomé la habitación más barata y, una vez dentro, me duché y salí a comprar un teléfono móvil local. Una hora más tarde, estaba de vuelta en la habitación. Usé mi viejo teléfono para escribir un mensaje rápido.

Yo: Llegué a salvo. Todo bien.

Hice clic en enviar. No quería que Aiden se preocupara. Y evitaría que los gemelos me buscaran. Llené la bañera de agua, dejé caer mi iPhone en ella y lo dejé en remojo. Mañana estaría destruido e imposible de rastrear.

Suspirando pesadamente, me metí entre las sábanas, cerré los ojos y dejé que los sueños me llevaran.

DIECISÉIS

LUCA

El reloj marcó.

Tictac. Tictac.

Era ruidoso, los segundos se convertían en minutos, luego en horas y por último en días.

Tenía que admitirlo. La huida de Margaret me sorprendió. Por supuesto, fui capaz de encontrar su itinerario doce horas después de su desaparición. Inmediatamente asigné a hombres y mujeres para vigilarla desde el momento en que bajara del avión.

De ahí mi inesperada visita a Italia.

Esbocé una media sonrisa al leer el reporte sobre su caza de un hombre que se atrevió a robarle. Sin duda le enseñó una lección.

Mi hija estaría en buenas manos con su madre. Sin embargo, siempre sería una sombra vigilándolas.

Me dirigiría a Sicilia, tan pronto como matara al segundo cabrón que se atrevió a robarle a mi mujer.

Mi coche entró en un almacén a las afueras de Roma. Pedí ayuda local, es decir, los hombres de *Nonno*. Encontramos al desgraciado y ahora estaba “sano y salvo” en el maletero de este auto.

Cuando el vehículo se detuvo, abrí la puerta y salí. Guido, uno de los hombres de confianza de *Nonno*, abrió el maletero y sacó al tipo que parecía haber pasado por un tornado. Ropa arrugada y sucia. Cabello despeinado. Ojeras.

Sus ojos se desviaron hacia mí, mirándome fijamente.

—¿Sabes quién soy? —siseó.

—Un don nadie —repliqué lentamente—. Pero le robaste a alguien, así que vayamos al grano. ¿No?

Sus ojos se movieron entre mis hombres y yo.

—Marchetti no se alegrará de oír esto —gruñó.

Ladeé una ceja, aparentemente imperturbable, pero una alerta me recorrió. ¿Por qué trabajaba este imbécil para Marchetti?

Le di una rápida patada en las costillas.

—No sabía que Marchetti había bajado sus estándares y ahora le robaba a embarazadas —añadí fríamente.

Jadeó, curvándose en una bola. Si esta era la calidad de los hombres de los que se había rodeado Marchetti, me sorprendía que siguiera vivo.

—No es una mujer cualquiera. —Jadeó—. Marchetti la quiere muerta.

Intercambié miradas con los hombres. Margaret no podría haber hecho algo que llamara la atención de uno de los hombres más peligrosos del mundo. ¿Podría?

Guido lo agarró del brazo y lo puso en pie.

—Explícate —ordené.

Una cosa que aprendí de *Nonno* fue que nunca necesitabas la atención de Marchetti sobre ti. La cuestión era qué tendría que haber pasado para que Marchetti se interesara en Margaret.

—Violó el acuerdo —espetó.

Un mal presentimiento se agolpó en la boca de mi estómago. Los fantasmas del pasado me estaban alcanzando. Pero sabía que acabarían por hacerlo, ¿no?

—¿Qué. Acuerdo? —gruñí.

—Marchetti no deberá pisar Irlanda y ningún Callahan podrá pisar Italia.

Lo agarré del cabello y levanté su cara para que se encontrara con la mía. La verdad estaba escrita en su rostro. En sus ojos. ¡Joder!

¿No podía haber nada fácil?



Las puertas de hierro se abrieron, dejando ver un largo camino bordeado de árboles y un palacio de mármol blanco al final.

Uno pensaría que aquí vivía un rey, pero no, solo era uno de los hombres más poderosos del mundo.

Intocable.

Así lo llamaba mi padre desde que tuve uso de razón.

La gran propiedad se alzaba tras hectáreas y hectáreas de terreno, que Marchetti también poseía, en las afueras de Roma. Prefería quedarse aquí la mayor parte del tiempo, aunque tenía una casa igual de extravagante en la ciudad. Y en muchos otros lugares del mundo.

—Así que encontraste a tu *donna*. —*Mi mujer*. Sí, eso sonaba correcto. Margaret Callahan era mía. Si tan solo dejara de contradecirme a cada maldito momento.

Me giré hacia *Nonno*, que estaba sentado a mi lado en el coche.

—Sí, es la elegida —admití sin un ápice de duda. Había sido la elegida desde que era aquella niña de cinco años por la que estaba dispuesto a luchar contra mi padre y morir por ella.

Los ojos de *Nonno* se desviaron hacia la gran finca y luego volvieron a mí.

—Me alegra oírlo, *Nipote* —respondió. Podía llamarnos nietos a Cassio y a mí, pero en realidad éramos sus hijos. Los que nunca tuvo. Y nos crio como tales—. Llevo mucho tiempo esperando a que Cassio y tú se establezcan.

Era verdad. Llevaba años diciendo que se negaba a dejar esta tierra hasta que Cassio y yo formáramos nuestras propias familias. Se preocupaba demasiado por nosotros. Incluso con las familias que habíamos formado con nuestros amigos, quería vernos asentados. Luciano fue el primero de los hombres en casarse, pero también incitó a que *Nonno* nos recordara más a menudo que ya era hora de que nosotros también nos estableciéramos.

—¿Para cuándo la boda de mi nieto menor? —exigió saber, golpeando su bastón contra el suelo del vehículo. Luego se apoyó en él y se aclaró la garganta—. Necesito verte casado, hijo mío, para poder descansar por fin. Tu mamá y tu *Nonna* me están esperando.

Se me oprimió el pecho. No me gustaba pensar en la muerte de *Nonno*. Había sido el único padre que Cassio y yo habíamos conocido. Nuestro progenitor no era más que un desgraciado cruel. No se le podía considerar otra cosa. Podía ser que no le cortara las venas a nuestra madre,

pero la empujó a ello.

—No me quiere —confesé. Un sentimiento sardónico tiró de mi pecho. Era la primera vez que pronunciaba esas palabras en voz alta—. Todavía —añadí.

Fracasar no era una opción. Ella y nuestra hija por nacer eran la razón por la que estaba aquí, listo para hacer un trato con Marchetti. Haría cualquier cosa para salvar su vida. La vida de nuestra hija.

El auto se detuvo. Una última mirada compartida y el asentimiento de *Nonno*.

En cuanto *Nonno* y yo salimos del coche, cuatro hombres vinieron detrás de nosotros y dos se pusieron delante. Guido cubría las espaldas de *Nonno*. No necesitaba guardaespaldas, aunque en ese momento deseaba tener refuerzos.

Nos acompañaron a través del gran vestíbulo de mármol hasta el despacho donde Marchetti, de cuarenta y cinco años, se recostaba en su silla, gobernando su reino. No había mucha gente que hubiera visto de cerca a Enrico Marchetti. Probablemente mejor para la población femenina, porque incluso sus raras fotografías en el periódico hacían enloquecer a las mujeres.

Por supuesto, no se comparaba conmigo.

—*Signore* DiMauro —saludó primero a *Nonno*.

—Enrico, gracias por recibirme y a mi *nipote*. —Mi abuelo se cansaba más rápido estos días, así que lo ayudé a sentarse en la primera silla vacía.

—Por supuesto. Tú y mi padre eran muy unidos —contestó Enrico—. *¿Caffè? ¿Cappuccino?*

Era lo único que no echaba de menos de Italia. La única cosa. Su constante necesidad de beber un maldito café.

Los ojos de *Nonno* recorrieron la habitación, los recuerdos prácticamente bailando en sus ojos.

—Recuerdo días en los que tu padre y yo pasábamos muchas horas en este despacho —comentó *Nonno*.

Los labios de Enrico apenas se movieron.

—También recuerdo aquellos días.

Nonno se rio.

—Querías meterte de lleno en el negocio, pero tu padre quería darte tiempo para quemar algo de energía.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco.

—Vayamos directamente al grano —interrumpí sus reminiscencias—. Estamos aquí para hablar de Margaret Callahan.

Enrico me miró con dureza. *Nonno* no estaba tan lejos.

—Vivir en América te ha vuelto demasiado imprudente —expresó secamente Enrico.

Me recliné en la silla de su despacho.

—Bueno, cuando es cuestión de vida o muerte, me gusta acelerar las cosas y dejar el café para otro momento.

Enrico se pasó un pulgar por la mandíbula.

—Te ruego que me lo digas. ¿Cuál es la urgencia entonces?

—Tienes una orden de muerte contra Margaret Callahan —afirmé fríamente.

Su ceja se arqueó. Si había un hombre que rivalizaba con mi arrogancia, era este.

—¿Y cómo es que te concierne? —contestó secamente.

—Me voy a casar con ella. —«*Solo que ella aún no lo sabe*». Pero él no necesitaba saber eso.

—De todas las mujeres de este mundo, te conformas con la sobrina de Callahan —observó con ironía—. ¿Por qué no me sorprende?

Porque era un desgraciado astuto, aunque no necesitaba más incentivos. Su ego podría explotar.

—¿Por qué tus hombres la atacaron? —pregunté en su lugar.

Su mandíbula se tensó.

—Esos no eran mis hombres —aclaró sombríamente—. Recibí una alerta de que un miembro de la familia Callahan intentaría entrar a Italia. —Apreté los dientes. Este desgraciado tenía a los Callahan en el radar. Probablemente desde que mi padre preparó el asesinato del padre de Margaret para que cayera sobre Marchetti—. Las instrucciones eran vigilar de cerca. Fueron demasiado lejos.

—¿Así que no la quieres muerta? —*Nonno* indagó.

Un soplo sardónico lo abandonó.

—No mataría a una mujer, pero una promesa es una promesa. No miembros de la familia Callahan en este país. —Su expresión se oscureció—. Mataron a mi hermano gemelo.

Eso era cierto. Pero lo mataron en venganza por algo que la familia Marchetti no hizo.

—No será una Callahan por mucho tiempo —aseguré, manteniendo la compostura. Tuve que contenerme para no dispararle. Su respuesta era demasiado contradictoria. Era mejor prevenir que lamentar. Dispara ahora, pregunta después. Excepto que este tipo era demasiado poderoso para meterte con él.

—¿Por qué viaja la chica con un pasaporte falso? —inquirió en su lugar, observándome atentamente. El tipo podía olfatear una mentira a kilómetros de distancia.

—Rechazó la línea de prospectos matrimoniales de su familia. —Mi voz era oscura. La sola idea de que se casara con otra persona me hacía enrojecer.

—Así que se negó a casarse, ¿pero se casará contigo? —curioseó—. ¿O es que los últimos cuatro hombres con los que estaba preparada para casarse murieron de circunstancias misteriosas lo que tiene a Margaret Callahan asustada?

Me encogí de hombros.

—Nadie más que Margaret Callahan y yo criaremos a nuestra hija.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—¿Tu hija? —Se echó hacia atrás en la silla—. Así que la dejaste embarazada, ¿eh?

Apreté tanto los dientes que me crujieron los huesos de la mandíbula.

—Tal vez una propuesta —interrumpió *Nonno*—. Una oferta de paz. Una alianza entre nosotros.

—Por lo que sé, *signore* DiMauro, su familia y la nuestra ya tienen una alianza —señaló Enrico.

Sabía dónde iba esto antes de que *Nonno* pronunciara las siguientes palabras.

—Pero esto incluiría la línea de sangre Callahan también. Una alianza matrimonial. Entre la hija de Luca y tu hijo.

Esta era la parte que no me gustaba. Darle mi hija a cualquier imbécil. ¿No se daba cuenta *Nonno* que mi niña sería una monja? De acuerdo, quizá eso era un poco exagerado, pero desde luego no quería que mi hija se relacionara con la familia más despiadada de Italia.

Además, cada mujer que se casó con el jefe de la familia Marchetti en las últimas generaciones fue asesinada. Incluyendo a la esposa de Enrico.

Definitivamente, ese no era el mejor camino para mi niña.

—Quiero tu palabra de que mi mujer y su familia están a salvo en Italia —insistí.

Me observó, el silencio se extendió.

—*Concordato.* —*De acuerdo*—. Pero solo se extiende a sus hermanos. Si su tío pone un pie

aquí, será hombre muerto.

Una hora más tarde, *Nonno* y yo estábamos en el coche, dejando la propiedad Marchetti.

—Gracias, *Nonno*.

—*Prima la famiglia. —Primero la familia.* Sabía lo que estaba en juego aquí. Si Marchetti se enteraba de que fui quien mató a Callahan, el padre de Margaret, y que fui junto con mi padre a tenderle una trampa a Enrico, estaríamos en la guillotina. Cada año que manteníamos el secreto y nos negábamos a confesar, nos convertíamos en culpables. Le costó a Enrico su hermano gemelo.

No podíamos volver atrás y cambiar el curso de lo ocurrido. Así que tuvimos que irnos con los secretos y las consecuencias.

Lo principal por ahora era que Margaret estaría a salvo en Italia.

Ahora solo quedaba un obstáculo. Convencer a la terca belleza irlandesa de que era su mejor opción.

DIECISIETE

MARGARET

Dos semanas después, recorrí la ciudad de Palermo, en Sicilia.

Sola.

Sin trabajo. Mis fondos disminuían rápidamente. A la par que la desesperación que crecía rápidamente.

Había caminado sin rumbo por las calles. El cielo se oscurecía y las calles estaban tranquilas. Era lo contrario del constante bullicio de la ciudad.

Seguí caminando por las calles centenarias. Las callejuelas empedradas me condujeron hasta la playa, donde me agaché y giré mi atención al papel agarrado entre los dedos.

Por un momento, me detuve y consideré la posibilidad de volver a la pequeña habitación que había alquilado encima de la taberna de Paolo, pero luego decidí no hacerlo. Necesitaba más aire fresco. Estar sentada en aquella habitación me volvería loca.

Paolo y su mujer tenían una pequeña taberna local. Y era muy popular. Cada noche, viejas canciones tradicionales flotaban en el aire mientras el olor de la cocina local y el sonido de las palabras en italiano viajaban por el aire hasta mi habitación. Todavía no me había sentado en la taberna para ninguna de mis comidas. Me dedicaba principalmente a buscar en los anuncios del periódico oportunidades de trabajo.

Pero con esos siempre era lo mismo. ¿Hablas el idioma? ¿A quién conoces? ¿Qué sabes hacer?

Me encontré en la pequeña playa y luché por bajar hasta sentarme sobre mi trasero. La arena aún estaba caliente por el sol.

Desarrugando el papel, me quedé mirando otra solicitud. Ya podía leerla incluso en italiano. Siempre las mismas preguntas. Experiencia previa. Dónde, cuándo, cuánto tiempo. No obstante, la pregunta más importante parecían ser tus referencias. Parecía tratarse de a quién conoces aquí.

Bueno, no conocía a nadie.

La brisa marina me refrescó la piel de la cara. El aroma a sal flotaba en el aire y se filtraba en mis pulmones. La arena blanca se extendía a lo largo de kilómetros. Era una ciudad preciosa. Una isla preciosa.

Podría verme criando a mi hija aquí si pudiera encontrar un trabajo.

Quería ganar mi propio dinero, no depender de mis hermanos ni de mi familia. Además, nadie sabía dónde estaba. Mi hermano creía que estaba en el norte de Italia. En cambio, opté por el sur de Italia. Me gustaría mantenerlo así.

Mis ojos recorrieron las letras impresas de la solicitud mientras me frotaba la creciente barriga.

—¿Por qué no pueden preguntarme si sé pelear? —refunfuñé en voz baja con los ojos en mi estómago, como si estuviera hablando con mi hija—. ¿Defenderme? ¿Matar? Eso debería ser más importante, ¿no crees?

Las olas chocaban contra la orilla. El sol estaba en lo alto del cielo. Esperé una respuesta. En su lugar, una suave risita sonó detrás de mí.

—Creo que sí. —Concordó una voz detrás de mí.

Miré por encima del hombro y vi a un hombre mayor detrás de mí. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha que le ocultaba un poco los ojos y un traje antiguo con tirantes. Como en *El Padrino*.

—¿Puedes pelear? —preguntó en un inglés entrecortado, con una sonrisa en los labios. El tono de su piel era aceitunado a pesar de su avanzada edad. Sus ojos eran penetrantes y me miraban. Fue entonces cuando me di cuenta de que había dos hombres detrás.

Sus guardias, me di cuenta. Ambos llevaban pistolas colgadas del hombro. Uno de ellos rebuscó en el bolsillo un paquete de cigarrillos y encendió uno.

El viejo seguía mirándome, esperando una respuesta.

Me froté la barriga.

—Quizá alguna vez, pero no ahora —contesté—. No es bueno para la bebé.

Fue a bajarse, pero antes de que pudiera moverme, uno de sus guardias lo ayudó, luego asintió respetuosamente y se alejó.

—¿Es usted el presidente aquí? —inquirí bromeando.

Su risa llenó el aire. Me hizo sonreír, a pesar de la mierda que había soportado en las dos últimas semanas. Me pregunté si ese sonido viajaría a través de los mares y haría sonreír a otra alma.

—No, no un presidente —respondió, mirándome a los ojos. Tenía unos ojos marrones oscuros llenos de conocimiento y dolor. Este hombre sabía de pérdidas. No sabía cómo me di cuenta, pero apostaría mi vida a que sí. Su mirada se desvió hacia el papel que tenía en las manos y luego hacia mí—. ¿Buscas trabajo?

Suspiré.

—Sí.

—¿De dónde eres?

—Los Estados Unidos.

—¿No hay trabajo en casa?

Mis ojos bajaron hasta mi estómago.

—No para mí —confesé.

Levantó el rostro hacia el cielo, con expresión pensativa.

—Quizá pueda ayudarte, Margaret —pronunció mi nombre lentamente. Giré la cabeza hacia él, mirándolo con desconfianza. Antes de que pudiera preguntarle cómo sabía mi nombre, continuó—: Sé todo lo que pasa en mi isla, *bella ragazza*.

Arrugué las cejas.

Luca King fue el único hombre que me llamó *Bella* antes.

—¿Cuál es su nombre? —curioseé con suspicacia.

—Pascale DiMauro.

El nombre me sonaba vagamente. Busqué en mi memoria. La mafia irlandesa se mantenía alejada de la organización criminal italiana, pero habría jurado que DiMauro era una de las familias que dirigían la mafia siciliana.

Sacudí la cabeza. Seguramente no podía ser la misma familia DiMauro.

Debí de pronunciar las palabras en voz alta porque asintió.
—Es exactamente la misma familia.
Bueno, mierda.

DIECIOCHO

MARGARET

Era un mundo pequeño.

Ni en un millón de años habría pensado que me encontraría cara a cara con el abuelo de Luca King. Las historias de las familias de la mafia siciliana eran notorias, aunque no sabía mucho de Pascale DiMauro.

Y aquí estaba.

—No te preocupes, *Bella* —aseguró sonriendo—. No tienes nada que temer.

—Famosas últimas palabras —musité. Lo siguiente que supe es que me encontraría en alguna zanja oscura, a un lado de la carretera. Siguió observándome, haciéndome sentir más incómoda por momentos, hasta que no pude contener mis palabras—. Odio todo lo que tenga que ver con Benito King.

Jesucristo, tal vez mi objetivo era que me mataran.

—Yo también.

Mis cejas se fruncieron ante esa respuesta.

—Pero su hija y él...

El dolor que cruzó su expresión me hizo hacer una pausa.

—Mi hija era una buena mujer. Muy delicada. Demasiado delicada para este mundo. Pero esperaba que encontrara un hombre digno que la cuidara. Benito era un bastardo de corazón frío y quería una mujer de corazón frío. Benito King asesinó la parte vital de mi hija incluso antes de que ella se quitara la vida.

El dolor de su voz me oprimió el corazón y, sin pensarlo, le tomé su mano arrugada y se la apreté suavemente.

—Lo siento mucho —expresé con voz ronca, sintiendo compasión por aquel anciano. Ya no era el jefe de la mafia DiMauro. Era un padre afligido—. Sé cuánto duele perder a los que amamos.

Lo sabía de primera mano. Debió de leerlo en mis ojos porque asintió.

—Mi hija amaba a sus hijos más que a nada en el mundo —prosiguió—. Si se los hubiera llevado y traído aquí, habría ido a la guerra por ella. Sin embargo, no lo hizo. Me rompió el corazón oír la noticia. A mis nietos también les dolió. Fueron abandonados a la crueldad de su padre.

Fue esa parte con la que batallaba. Cuando miraba a Cassio y Luca King, no veía hijos afligidos. No veía nada más que a su padre.

Como si me hubiera leído el pensamiento, continuó:

—Mis nietos son míos. —Se golpeó el pecho, su fuerza frágil. En otro tiempo debió de ser

una fuerza a tener en cuenta—. Son DiMauro. Puede que se apelliden King, pero la sangre que llevan en las venas es DiMauro. Son hijos de su madre.

Quizá Pascale DiMauro tenía razón. Tal vez estaba demasiado absorta en las similitudes físicas de los hermanos King para ver las otras diferencias con su padre.

—¿Nunca te preocupó que se volvieran como él? —indagué con voz tentativa—. ¿Como Benito?

El Sr. DiMauro negó apasionadamente con la cabeza.

—*Mai* —respondió con firme convicción—. *Jamás.* Tienen a mi hija dentro. Luca más que Cassio. Mi pequeño Luca tiene un corazón blando debajo de todo ese encanto. —Me burlé suavemente, pero no lo corregí—. Lo tiene, Margaret. Luca fue el que más sufrió de la crueldad de su padre. Su padre intentó sacárselo a golpes, pero fracasó. ¿Sabes por qué? —cuestionó, y negué con la cabeza. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle por qué me contaba todo aquello—. Porque es testarudo como su madre. Fue su obstinado orgullo lo que le impidió pedirme ayuda.

Luca y Cassio King tenían sus propios fantasmas y cruces que cargar. Acababa de conocer a este hombre, pero le creí. Por alguna razón, le creí.

Durante los diez minutos siguientes permanecimos sentados en silencio, observando el hermoso azul del mar que brillaba con la luz del sol y chocaba suavemente contra la costa.

Rompió el silencio.

—¿Así que quieres un trabajo, Margaret Callahan?

Incliné la cabeza hacia él, observando las arrugas de su rostro.

—¿Qué quieres a cambio? —agregué con sospecha.

Se rio entre dientes.

—Tu seguridad, *bella mia.*

Lo estudié. Me recordaba un poco a *Da*. Mi padre podía ser despiadado, pero también era protector y justo. El mejor padre que cualquiera podría desear.

—Estaré agradecida por cualquier cosa —respondí con una sonrisa—. Cualquier cosa decente —añadí rápidamente.

—Entonces ayúdame a ponerme en pie, *Bella*, y vamos a buscarte un trabajo decente —replicó divertido.



Tardamos un rato en volver a la taberna.

Los dos caminábamos despacio y tambaleándonos, por diferentes motivos, pero conseguimos volver.

Una vez que entramos en el establecimiento, quedó claro que Pascale era muy conocido. Lo saludaban con respeto y, a diferencia de lo que siempre había visto en las películas, a la gente le caía realmente bien. Como si fuera su protector.

De las paredes colgaban cuadros de la antigua Sicilia. Las mesas redondas estaban cubiertas con manteles de cuadros blancos y negros. El sonido de viejas canciones italianas flotaba en el aire, junto con el aroma de la buena cocina italiana de antaño.

Enseguida me rugió el estómago y gemí. A este paso, sería tan grande como una casa cuando llegara el momento de dar a luz.

—Esta bebé tiene que ser italiana —refunfuñé en voz baja—. Siempre quiere comer.

El Sr. DiMauro se rio entre dientes.

—Eso no es tan malo —reflexionó—. Nosotros, los italianos, podemos comer y beber.

Sonreí, mirándolo divertida.

—Los irlandeses sí que sabemos beber.

—*Signore* DiMauro —saludó el dueño de la taberna.

—*Buon giorno,* Paolo—. Los ojos del Sr. DiMauro se volvieron hacia mí—. Esta es la señorita Margaret, mi nueva amiga. ¿Podemos tener una mesa, *per favore? —Por favor*. El hombre era encantador y usaba modales.

A Paolo se le iluminaron los ojos e inmediatamente nos condujo a su mejor mesa.

Nos sentó, hablando en un italiano apresurado mientras chasqueaba los dedos a una camarera para que se diera prisa en traernos las bebidas.

Apareció con dos copas y vino. Miré mi enorme barriga, que obviamente gritaba embarazo, y luego a ella.

—*Umm,* ¿quizás jugo para mí? O solo agua, por favor —pedí dedicándole una sonrisa de disculpa.

La mujer me miró sin comprender y el señor DiMauro debió de repetirlo en italiano, porque giró sobre sus talones y fue a buscar una bebida sin alcohol. Al menos, eso esperaba.

—Siéntate, Paolo —indicó el Sr. DiMauro—. Tengo una propuesta para ti.

Diez minutos después, tenía trabajo y me habían alquilado la habitación. Indefinidamente.

DIECINUEVE

LUCA



Volví a sentarme en la silla del despacho de *Nonno*.

Las hileras de limoneros y naranjos se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El aroma de los cítricos, el aire fresco que venía de las montañas de atrás y el mar de delante. Normalmente me sentía en paz aquí, pero desde que aquella irlandesa testaruda de cabello de ébano se había marchado de Estados Unidos, con mi pequeña bebé en su vientre, tuve que controlar las ganas de secuestrarla y encerrarla.

Excepto que, después de años de observar a Margaret, sabía que eso la empujaría en la dirección opuesta a donde la necesitaba. Y francamente, quería que estuviera dispuesta. Quería que me eligiera. Como aquella noche en Las Vegas. Además, algo sobre forzarla y verla infeliz me retorcía por dentro.

Maldita mujer.

Nunca había tenido este problema con las mujeres hasta ella. No sabía cómo manejarlo, para ser honesto.

Tal vez necesitaba cortejarla. Seducirla. Hacer todas las cosas románticas idiotas que los hombres solían hacer para entrar en los pantalones de una mujer. Excepto que, como que echamos todo ese escenario por la borda por el hecho de que ya la había dejado embarazada. Y ella ni siquiera sabía que era el padre. Ninguna cantidad de romance iba a evitar que tratara de matarme cuando descubriera ese pequeño hecho. Quería que nuestra hija naciera y fuera feliz con los dos allí, lo que significaba que tenía que encontrar la manera de no ser su víctima de asesinato.

De una forma u otra, Margaret y nuestra hija serían mías.

Nonno siempre decía que sin una mujer con la que compartir tu felicidad y tus penas, todos los sacrificios serían en vano. Tuvo a *Nonna*. *Mamma* no tenía eso, aunque lo anhelaba. Creció a su alrededor. Probablemente por eso le encantaba ver películas de Disney.

Era lo único que recordaba de ella: eso y sus ojos vacíos y oscuros mientras el agua roja se tragaba su cuerpo. Cassio hablaba mucho de ella. También *Nonno*. Mantenía vivo su recuerdo en mi mente, pero de algún modo nunca pude quitarme la sensación de que me había abandonado.

Dejó este mundo suicidándose. Cassio y yo no fuimos suficientes para mantenerla con nosotros. Mi hermano mayor culpó a padre. También lo culpé, pero el sentimiento de abandono permaneció.

Recordé el día en que me atreví a apuñalar a mi progenitor. Cuando Cassio se enteró de lo que había hecho y de la paliza que me habían dado, vino enseguida a casa para asegurarse de que

estaba bien.

Acurrucado en un rincón de mi habitación, temblaba de ansiedad y dolor. Las lágrimas me quemaban el fondo de los ojos, pero las contuve. Tenía que hacerlo. Si padre las veía, me daría otra paliza.

Una sombra oscura se acercó y mis ojos se dispararon hacia la puerta.

—Cassio —gemí, agarrándome el costado.

Incluso me dolía hablar. Sus ojos me recorrieron, volviéndose más oscuros de lo que jamás los había visto.

Corrió hacia mí y se arrodilló.

—¡Demonios! —murmuró—. Te ves como una mierda.

—Pero mejor que tú —refuté con voz ronca.

Me temblaban las manos por la fuerza del dolor.

Cassio frunció el ceño.

—No sé si deliras o estás drogado, pero soy más guapo que tú.

Se me escapó una carcajada ahogada que me provocó más dolor agudo y tosí, con la sangre resbalándome por la barbilla.

Sus dedos me presionaron las costillas y me estremecí.

—Maldita sea, tienes las costillas rotas. ¿Qué pasó para que papá te golpeara hasta casi matarte?

Tosí más sangre.

—Lo apuñalé —admití. Los ojos de Cassio se llenaron de rabia incrédula—. Estaba haciéndole daño a una niña —añadí.

—Luca, no puedes reaccionar —me aconsejó—. Tienes que pensar antes de hacer algo. Hasta que seas lo bastante mayor y fuerte para que padre no pueda hacerte daño.

—¿Como hirió a mamá? —pregunté.

—Sí. —Lo miré, con las náuseas creciendo en mi vientre—. Le había quitado la fuerza y el espíritu a golpes. Si te quedas aquí, te hará lo mismo.

No sabía adónde quería que fuera. No importaba dónde me escondiera en esta ciudad, mi padre me encontraría.

Se sentó en silencio a mi lado, examinando mis heridas y cubriéndolas con las vendas que el cocinero de mi padre me había podido colar.

—Te llevaré conmigo —concluyó—. He conocido a unos amigos en la universidad. Me ayudarán a llevarte con Nonno.

Nonno siempre decía que tenía el espíritu y la terquedad de *Mamma*. Estaba convencido de que en el fondo era tan dulce como mamá. Se equivocaba. Estaba tan podrido como mi padre.

La voz de *Nonno* llegaba desde la terraza. El clima aquí seguía siendo hermoso en octubre, las grandes puertas francesas abiertas de par en par daban al jardín favorito de *Nonno*. Sí, era principios de octubre, pero sabía que seguiría así durante un tiempo.

—¿Tienes un plan para tu mujer? —*Nonno* preguntó, mirándome.

—No será feliz —repliqué—. Ella no me quiere. —Me estremecí. Sonaba a autocompasión, maldita sea.

La falta de que me quisieran parecía ser un tema recurrente en mí. Mi padre no me quería.

Madre no vivió por mí. Y qué apropiado que Margaret no me quisiera.

—Entonces haz que te quiera —declaró *Nonno* como si eso lo resolviera todo—. Eres un rey. Un descendiente de los DiMauro y como tal necesitas una reina a tu lado. ¿Es Margaret Callahan esa reina?

Ciertamente lo era, y mucho más. Era exactamente el tipo de reina que un hombre necesitaba a su lado. Del tipo que sería despiadada y protectora de los que amaba. De nuestra hija.

—Lo es, *Nonno* —contesté.

Su lealtad a sus hermanos y familia rivalizaba con la de *Nonno*. No era de extrañar que cayera rendido a sus encantos. Le consiguió un trabajo en la taberna local y la visitaba todos los días, a pesar de que el dueño se quejaba de que era la peor camarera que había tenido nunca. Sin embargo, él nunca desobedecería a mi *Nonno*, así que seguía teniendo trabajo.

Nonno sonrió, un gesto de satisfacción y complicidad.

—Entonces será tu esposa.

Hice un gesto con la mano y me levanté.

—Siéntate, *Nonno*.

—Chico, puedo estar de pie todo el día —protestó.

—Lo sé —acepté—. Pero hazme feliz y siéntate conmigo.

Ayudándolo a llegar al amplio sofá, nos sentamos los dos y estiré las piernas.

—Será una buena madre para tu hija —comentó. Asentí con la cabeza. No me sorprendió que lo supiera. El viejo lo sabía todo.

El silencio llenó el espacio entre nosotros. A *Nonno* le pesaban los ojos. Estaba cansado. Llevaba años afirmando que se negaba a morir antes de ver a sus dos nietos asentados. Le creía. Pero estaba cansado. Quería reunirse con *Nonna* y *Mamma* en el más allá, o dondequiera que fuéramos después.

—¿Te portarás bien con ella, nieto? —exigió saber.

—Lo haré.

Que Dios me ayudara, pero nunca sería Benito. De una forma u otra, encontraríamos un terreno común y criaríamos a nuestra hija juntos.

Realmente irónico.

Había tenido muchas mujeres. *Del tipo equivocado*, decía siempre *Nonno*. Siempre me reía. Nunca consideré el matrimonio para mí. Los niños aún menos.

Hasta que se convirtió en lo único en lo que podía pensar. Se acabó el juego en el momento en que la tuve. Jaque mate y toda esa mierda.

Pero solo con Margaret. Era su fuerza lo que me atraía. Su lealtad. Y su maldito ingenio.

—¿Cuál es tu plan? —*Nonno* indagó.

—Primero voy a convertirme en su amigo —pronuncié—. Antes de robarle el corazón.

Margaret Callahan me arruinó aquella noche en Las Vegas. Pude haberle quitado la virginidad, no obstante, ella me había quitado mucho más.

Me había robado el corazón. O quizá fue aquella niña de hace tantos años la que lo robó. La niña a la que mi padre casi mata. Fue la primera persona por la que fui en contra de él.

Ahora, iba a cortejarla por su corazón. Y perder no era una opción.

VEINTE

MARGARET

Me quedé mirando el techo blanco de mi pequeña habitación encima de la taberna.

Habían pasado semanas desde que llegué a Sicilia. Semanas desde que hablé con mis hermanos. O con mi prima. Echaba de menos a mi familia. Era la primera vez desde que nací que estaba realmente sola.

Algunas mañanas me despertaba y pensaba que aún estaba en casa. Incluso me encontré añorándolo. No por mi madre. Ni por los estúpidos arreglos que ella y mi tío intentaban hacer. Anhelaba hablar con gente que sabía que se preocupaba por mí y que me preocupaba por ellos.

Una hora más y tendría que bajar. Era malísima en mi trabajo. Día tras día había esperado a que el dueño me despidiera. No lo había hecho y sospechaba que tenía algo que ver con el dulce anciano que dirigía la mafia siciliana.

Tan típico. Escapé del mundo de la mafia irlandesa de New York solo para meterme en el corazón de la mafia siciliana. El hombre más improbable me había tendido una mano. Esperaba que esa mano no terminara golpeándome en la cabeza.

No había hecho amigos aquí. El *signore* DiMauro era el único hombre dispuesto a hablar conmigo en este lugar. Las mujeres me evitaban. Los niños también.

Mis ojos se desviaron hacia el teléfono que tenía en la mesita de noche. No era como si alguien fuera a llamarme. Nadie conocía ese número. Pero mis dedos prácticamente ansiaban marcar el número de uno de mis hermanos.

—No podemos llamarlos, Luna —murmuré en voz baja, frotándome la barriga. Llevaba un mes repasando una lista de nombres intentando decidirme por el que más me gustaba. Ahora mismo iba por el vigésimo tercer nombre—. Querrán venir a salvarnos. Entonces tendré que casarme con alguien. Aunque probablemente estará muerto antes de que pisemos una iglesia.

Una suave patada y sonreí. Mi pequeña me entendía. Había sido lo único que me había hecho seguir adelante. Mantenerme cuerda.

Tenía que ponerme las pilas. Me quedaban menos de dos meses para tener a la bebé y no estaba preparada. Solo tenía pañales. El dinero que pude recuperar de la escoria que me robó, hacía tiempo que había desaparecido.

Diez mil deberían haberme durado más. Compré ropa de maternidad, fui a ver a un ginecólogo y compré vitaminas prenatales, y pagué mi habitación. Así de fácil me gasté diez mil.

Debería haber administrado mejor el dinero. Por desgracia, controlar mis gastos nunca fue algo de lo que tuviera que preocuparme, así que lo gastaba sin razón. Y demasiado rápido. Eso me hizo darme cuenta de lo mimada que era mientras crecía. Nunca deseé ni necesité nada.

—Bueno, darle vueltas a todo eso no nos hará ningún bien. ¿Verdad, Bella? —musité,

frotándome la barriga y levantándome de la cama. Jesucristo, me había confundido con los nombres. Tenía que dar en el clavo. Esperaba que un nombre me llamara la atención y supiera enseguida que era el correcto.

—No, Bella no —refunfuñé, y mis pensamientos se desviaron inmediatamente hacia Luca King.

Sacudí la cabeza y me dirigí al baño. Me di una ducha rápida, me vestí y bajé lentamente las escaleras.

—*¡Ah, donna mia!* —exclamó exasperado el dueño. Juraba que el viejo se encogía cada vez que me veía. Probablemente escondió toda su vajilla buena.

«Si es que le quedaba alguna», pensé irónicamente.

De fondo sonaba música italiana antigua. La taberna olía a vino casero. Qué asco. Y el parloteo de la gente en italiano me tenía la cabeza zumbando. Captaba una de cada diez palabras.

—Hola, Paolo —lo saludé, forzando una sonrisa. No estaba precisamente encantada con este trabajo, pero era el único que me darían en la isla.

Gracias al señor DiMauro por recomendarme.

Así que aquí estaba, actuando como una civilizada y temperamental mesera irlandesa. *Literalmente*. Una maldita mesera en una taberna que parecía de la Primera Guerra Mundial.

Paolo murmuró algunas palabras en italiano, puso los ojos en blanco y me entregó un delantal.

—Ve a limpiar mesas. —Su marcado acento hacía que la palabra sonara como *mesau*—. No tocar. —El delantal empujado en mis manos, hizo hincapié—. Cualquier cosa.

Sacudí la cabeza. Dios, había caído. De matar hombres y luchar contra el tráfico de personas a esto. *¡A esto!* Que me dijeran que no tocara nada. Era como volver a ser una niña de dos años.

Poniéndome el delantal, que apenas me cubría la barriga, agarré un trapo y empecé a limpiar mesas. Una, luego la otra. Perdida en mis pensamientos, pasé a la siguiente mesa cuando mi trasero chocó contra la mesa ocupada y la sacudió de sus delgadas patas.

Con horror observé cómo los platos se estrellaban contra el suelo de baldosas rústicas, toda la escena sucediendo en cámara lenta.

Una retahíla de palabras temperamentales salió de los labios de Paolo. Sus manos se agitaron arriba y abajo, y tuve la certeza de que me estaba despidiendo. Tal vez deseando que me fuera de esta isla.

¡Pronto! Aprendí esa palabra bastante rápido. Significaba rápido. Paolo y todos sus invitados siempre querían todo *pronto*.

—Ah, maldición —resoplé, mi mano inmediatamente en mi vientre frotándolo suavemente —. La hemos jodido, Alice.

Paolo seguía maldiciéndome hasta la saciedad, probablemente, pero hice caso omiso, sujetándome la espalda y preparándome para bajar.

—¿Alice? —Una voz divertida y profunda vino de mi lado izquierdo. Una voz familiar. Entonces una mano me rodeó el antebrazo—. Ni se te ocurra bajarte a limpiar eso.

No podía ser. Mi mente finalmente se había ido. Estaba imaginando cosas. Mi cerebro había encontrado un rincón retorcido donde me esperaba un hombre que me desagradaba.

Lentamente, moví la cabeza para encontrarme con nada menos que Luca King de pie a mi lado. Parpadeé y volví a parpadear.

Gemí.

—De todas las personas en el mundo... ¿Por qué tú?

Su boca se torció en esa sonrisa tan conocida. La que podría vivir sin volver a ver por el resto

de mis días.

La vergüenza me calentó las mejillas, pero me negué a mostrarla.

—Me alegro de verte aquí, Margaret Callahan —expresó, con los ojos brillantes de diversión. No parecía sorprendido de verme. Su mirada se cruzó con la mía, brillando con algo cálido y peligrosamente tentador.

«Mi soledad está trabajando en mi contra», me dije.

—No me agrada para nada verte aquí, Luca King —respondí, agotada, y eso que mi turno apenas había empezado. La espalda me mataba y una sensación en lo más profundo de mi pecho me oprimía el corazón.

Paolo ya se acercaba a nosotros, hablando en un italiano apresurado. Luca no pareció inmutarse y replicó en tono duro, lo que provocó otra retahíla de palabras apresuradas en italiano por parte de Paolo. Mis ojos miraban a mi jefe y a Luca. No hacía falta ser traductor para saber que Luca se saldría con la suya.

Estaba en la forma segura en que se comportaba, pero aún más en la forma en que observaba a Paolo. Como si este trabajara para él. Luca dijo algo en un tono bajo y final, y la sorpresa parpadeó en la mirada de Paolo que parpadeó hacia mí.

—*Va bene* —aceptó Paolo tal y como sospeché.

Un escueto asentimiento y Luca lo despidió, dándole la espalda.

—Ven a sentarte conmigo, Margaret —pidió suavemente. Me tomó de la mano y me empujó suavemente hacia delante—. Por favor.

La vacilación se deslizó por mi espalda. Luca nunca fue amable. Algo pasaba. Sin embargo, dejé que me llevara a la mesa y, en cuanto me senté en el asiento, suspiré.

Luca se sentó a mi lado, sus ojos clavándose en mí.

—¿Qué, Luca? —solté. Dios, mi turno acababa de empezar y los pies me estaban matando.

—No deberías hacer trabajo físico en tu estado —reprendió.

Rodé los hombros y di un suspiro de fastidio.

—Te das cuenta de que las mujeres han estado haciendo trabajo físico esperando a sus maridos durante siglos, ¿verdad? Esto no es diferente.

No le gustó mi respuesta, aunque no me contradijo. Tal vez era inteligente después de todo.

—¿Qué haces aquí? —interrogué.

Se encogió de hombros y se reclinó en su asiento.

—Visitando a mi abuelo.

—¿Lo visitas seguido?

—No lo suficiente.

Pascale DiMauro apareció en nuestra mesa, con su atuendo habitual. Un sombrero de ala ancha y el anticuado traje de tirantes. A pesar de su frágil estado, se mantenía erguido y orgulloso, con la mirada afilada.

—Margaret, veo que has conocido a mi *nipote* —me saludó con una sonrisa de suficiencia que me recordó mucho al hombre sentado a mi lado. *Nieto*. Luca King era el nieto de Pascale DiMauro y, por la única mirada que Luca le dirigió a su abuelo, me di cuenta de que se preocupaba mucho por él.

Penelope DiMauro era la amante de Benito King e hija del jefe de la mafia siciliana, Pascale DiMauro. El rumor en la calle era que Benito tenía los ojos puestos en ella y en Italia cuando la sedujo. Así que tal vez estos hombres experimentaron la tragedia causada por Benito King al igual que yo.

—Lo hice. Luca y yo nos conocemos desde hace mucho —siseé en voz baja—. De alguna

manera, no me sorprende verlo aquí. Parece que siempre está en todas partes. Mi sombra constante. —Sacudí la cabeza ligeramente molesta—. Si al menos hubieras estado allí cuando quedé embarazada, quizá no estaría en este aprieto.

Algo parpadeó en la mirada de Luca. Oscuro. Posesivo. Inquietante.

Las mariposas revoloteaban en mi estómago. Cosas raras crepitaban en mi pecho y echaban chispas, como fuegos artificiales en el cuatro de julio. Aparté los ojos de Luca y los puse en una zona de seguridad. El jefe de la mafia siciliana.

—¿Puedo unírmeles, jóvenes? —inquirió Pascale.

Inmediatamente asentí con la cabeza.

—Sí, sí. Por supuesto, Sr. DiMauro. —No era como si le diría al jefe de la mafia siciliana que se largara. Chasqueó la lengua.

—No, no, no. Llámame *Nonno*.

¿Eh? Miré a Luca y luego a su abuelo. Ambos parecían terriblemente engreídos, sonriendo como dos niños dispuestos a causar problemas.

Luca se levantó y ayudó a bajar a su abuelo a la silla.

Sonrió, agarró mi mano y la apretó.

—¿Sigues siendo feliz en Sicilia? —Asentí—. ¿Y cómo va tu trabajo? ¿Algún percance nuevo desde la última vez que te vi? —continuó.

Volví la vista hacia Paolo, que nos observaba desde su puesto detrás de la barra.

—Cada día en esta taberna es una desgracia —murmuré en voz baja.

Pascale se rio.

—¿Fue Paolo demasiado duro contigo?

Sonreí tímidamente.

—No. Me temo que soy una mesera horrible.

Luca nos observaba, estudiándome como si quisiera entenderme, mientras Pascale hacía un gesto desdeñoso con la mano, con los ojos brillantes de diversión. Nos habíamos conocido en las últimas semanas. Venía a la taberna de Paolo y hablaba conmigo a menudo.

—Eres perfecta —agregó Pascale—. Pero mejor matando gente. ¿No? —Estallé en carcajadas.

Por supuesto, recordaría lo que dije la primera vez que nos vimos.

VEINTIUNO

LUCA



Había cambiado.

No tenía nada que ver con el estado de su embarazo.

Había pasado un mes desde que salió de Estados Unidos, pero los cambios eran evidentes. Al menos para mí.

Había en ella una humildad silenciosa que antes no existía.

Margaret y *Nonno* hablaban de una playa cercana.

—¿Has encontrado un buen chico siciliano, Margaret? —preguntó *Nonno*. El viejo era astuto. Por eso no me importaba aceptar su ayuda. Hacía de abuelo afligido y daba paso a mi plan de ataque.

Margaret soltó una risita incómoda.

—Me temo que no —respondió.

—¿Has buscado? —*Nonno* era decidido cuando quería información.

Puso los ojos en blanco, sus azules brillaban como zafiros bajo el sol.

—Paolo me ha tenido ocupada. —Bajó los ojos hasta su vientre y se frotó la barriga—. Y esta pequeña quiere que duerma horas extra.

El abuelo sonrió.

—*Ah*, sí. Recuerdo aquellos días. Mi esposa siempre tenía hambre y sueño cuando estaba embarazada. Especialmente con Penelope.

Los ojos de Margaret parpadearon hacia él, pensativa.

—Penelope —murmuró en voz baja. Sus ojos me miraron—. Tu madre.

Nonno asintió.

—Sí, la madre de Luca y Cassio.

La palma de Margaret frotó su vientre. Arriba y abajo. Arriba y abajo.

—Penelope —musitó suavemente, como si estuviera saboreando el nombre en sus labios. Bajó los ojos a su estómago—. ¿Qué piensas, Poppy? —Esperó un poco, como si esperara una respuesta. Diablos, tal vez esperaba dos patadas para el sí y una para el no. Entonces, como si recordara que no estaba sola, se encontró con la mirada de mi abuelo.

—Es un nombre muy bonito.

Una sombra pasó por la cara de mi abuelo.

—Mi esposa lo eligió. Significa *una que es sabia* y nuestra Penelope lo era. Excepto cuando...

Se interrumpió y supe exactamente lo que quiso decir. Mi mamá era sabia hasta el día en que

se involucró con Benito King. La había destrozado. Destruyó su dulce corazón hasta que sintió que su única salida era el suicidio.

A *Nonno* casi lo mató saber que su única hija había acabado con su propia vida. Fue su terquedad y determinación las que hicieron que su legado, el legado de nuestra madre, siguiera adelante.

Margaret debió de notar el dolor de *Nonno*. Extendió la mano y le dio una palmadita suave. *Nonno* la cubrió con su frágil mano.

—Quiero unírmeles —confesó en voz baja—. Mi mujer y mi hija. —Los ojos de *Nonno* se posaron en los míos—. Pero este me lo impide.

Los ojos azules cristalinos de Margaret se dirigieron hacia mí y luego volvieron a *Nonno*.

—¿Qué quieres decir?

—Me niego a morir antes de que se case mi último nieto. —Levantó la cara hacia el techo, como si esperara ver el cielo. Estaba interpretando bien su papel. Aunque decía la verdad. El dolor de perder a *Nonna* y luego a mi madre lo afectó mucho. A menudo decía que siguió adelante para asegurarse de que Cassio y yo llegáramos a la edad adulta, casados y con nuestras propias familias.

Los ojos de Margaret brillaron y le apretó la mano.

—Estoy segura de que Luca encontrará a alguien. —Giró la cara hacia mí—. ¿Verdad?

No lo confirmé. Ni lo negué.

—Ah, mi *nipote* quiere un cuento de hadas —declaró *Nonno*.

Margaret se rio y me miró con curiosidad.

—¿De verdad? —inquirió burlonamente—. No te tomaba por un tipo romántico.

Siguió el silencio. Mi abuelo retorció el bastón contra el suelo.

—Luca era joven cuando perdió a su madre —comentó *Nonno* suavemente—. Sin embargo, recuerda a mi Penelope. Recuerda el dolor de perderla. Recuerda sus cuentos de *fiabe*. —Cuentos de hadas—. Mis nietos pueden llevar el apellido King, pero son míos. Mi sangre.

Miré el vestido de Margaret. Estaba preciosa. Como una diosa romana embarazada. El color de la prenda era azul claro, casi del mismo tono que sus ojos. El azul era su color, aunque rara vez lo llevaba.

Nonno cambió de tema a uno más neutro. Durante la siguiente media hora, Margaret y él hablaron de consejos de jardinería, del mejor tipo de tierra y del sol perfecto. Hacía tiempo que no veía a *Nonno* tan feliz y sonriente. Cassio y Áine se casaron en el ayuntamiento y, aunque abuelo se alegró por ellos, se sintió robado por no haber estado presente para verlo. Celebraron una boda en Sicilia por el bien de él, pero no fue lo mismo y Margaret no asistió a esa.

Mis ojos recorrieron la taberna mientras *Nonno* y Margaret hablaban.

Nonno se levantó y sus hombres se acercaron, pegándosele.

—Volveré a verte, hermosa Margaret. —Se despidió *Nonno*. Ambos lo vimos salir lentamente de la taberna, y entonces Margaret volvió a centrar su atención en mí.

—Es un encanto —dijo—. Nunca tuve un abuelo, pero siempre me lo imaginé así. —Luego ladeó la cabeza y añadió—: Menos ser el jefe de la mafia.

—No me lo eches en cara —repliqué. Me levanté y le tendí la mano—. ¿Caminarías conmigo, por favor?

—Estoy trabajando —respondió, aunque no había fuerza detrás de las palabras, solo resignación.

—Seguro que puedo convencer a Paolo de que te dé tiempo para dar un paseo —agregué jovialmente.

—Tan galante —bromeó—. ¿Cuál es la razón? ¿O es que Sicilia saca lo mejor de ti?

Sonreí.

—Tengo que mantener a *Nonno* feliz.

La verdad era que me sentía más a gusto aquí, en casa de *Nonno*, que en cualquier otro lugar del mundo. Era mi lugar seguro desde que éramos niños y, de algún modo, esa sensación se mantenía. La verdad era que *Nonno* siempre fue nuestro hogar. No nuestro padre.

Margaret puso su pequeña mano en la mía y la ayudé a levantarse antes de que saliéramos de la taberna justo cuando el coche de *Nonno* se alejaba. Casi podía imaginarme su sonrisa de satisfacción tras los cristales tintados del vehículo.

Si este plan funcionaba, probablemente se llevaría todo el mérito. No importaba que fuera mi idea.

El sonido de las olas contra la orilla recorría el aire. El sol brillaba y calentaba mi piel. Las temperaturas en el aire de octubre aún eran suaves aquí. Algunos ancianos incluso se atrevían a bañarse.

La observé. Estaba resplandeciente. Su espesa melena color carbón le caía por la espalda, volando con el viento. Tenía los ojos fijos en el suelo, vigilando sus pasos. Las calles adoquinadas y los senderos eran estéticamente bonitos, pero un peligro para caminar. Sobre todo, para las mujeres.

Caminamos en silencio, con su mano aún en la mía. Me sorprendió que no la retirara. Me sentía bien sosteniéndola. Su toque calmó algo en lo más profundo de mi alma.

Me dio un codazo con el brazo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

«Porque eres hermosa. Porque me gusta verte. Porque hay algo en ti que calma los demonios que llevo dentro».

Sin embargo, ninguna de esas palabras salieron.

—Francamente, estoy esperando a que me arranques la cabeza —bromeé. Era una verdad a medias. Sus ojos se dirigieron hacia mí. Se hizo el silencio entre nosotros por un momento mientras nos mirábamos, pero entonces desvió la mirada. Un rubor subió por su cuello y coloreó sus mejillas—. Sigues queriendo arrancarme la cabeza, ¿verdad?

Un soplo sardónico la abandonó.

—Ha sido... —Su suave voz se entrecortó, buscando una palabra, pero luego suspiró cansada —. Ha sido solitario —admitió, manteniendo la mirada perdida—. Yo… —Se aclaró la garganta antes de continuar—: Echo de menos a mis hermanos. Hablar con alguien. Con cualquiera. Mi italiano es pésimo y hay poca gente capaz de comunicarse conmigo aquí.

—Si me hubieras llamado, habría volado para hablar contigo. —Su risa ronca me encendió el cuerpo. Pensó que estaba bromeando, no obstante, lo decía en serio. Habría dejado todo y a todos. Fue la razón por la que me enfrenté a mi padre por primera vez a los doce años.

Casi mata a una inocente niña de cinco años de edad. Algo en el terror de sus ojos me atravesó el alma y no podía dejar que le hiciera daño. Así que lo ataqué. Lo apuñalé por la espalda. Si hubiera apuntado mejor y lo hubiera matado allí mismo...

—Hablar contigo habría sido un alivio. —Las palabras brotaron de sus labios y luego, como si se diera cuenta de cómo había sonado, añadió rápidamente—: Tu abuelo ha sido maravilloso. Algunos días me ha hecho compañía. Sin embargo, es uno de los jefes de la mafia siciliana y no es precisamente material de amigo. Así están las cosas.

Caminamos codo con codo hacia la playa. El silencio, una vez más, llenó el aire. Casi podía oír el repiqueteo de su corazón. Se apartó un mechón de cabello detrás de su oreja. Soltó un

suspiro exasperado, se miró los pies y se detuvo.

Sin mediar palabra, le ofrecí mi brazo y metió la mano en él, luego me sujetó mientras se quitaba los zapatos.

—Permíteme. —Ofrecí, agarrándole los zapatos y dejándolos colgar de mis dedos.

Reanudamos la marcha, con los pies descalzos sobre el adoquinado. Sus caderas se balanceaban a cada paso, tentándome.

—*Halloween* es este mes —comenté de la nada.

Su suave risita resonó en el aire.

—Eso es algo extraño en que pensar.

El viento soplaba y su vestido ondeaba alrededor de su cuerpo, resaltando su vientre. Era nuestra bebé creciendo dentro.

Ni en un millón de años me hubiera imaginado siendo padre. Teniendo en cuenta nuestra historia familiar, pensé que era mejor acabar con la línea King. Pero entonces Bianca llegó a nuestras vidas. Me dio esperanzas de normalidad. Mis sobrinas y su felicidad fueron la confirmación de que era factible.

Y ahora tenía la oportunidad de tener mi propia familia. Lo quería, maldición. De ninguna manera renunciaría a ella. Lucharía por *ella*. Lucharía por *nosotros*. Sin embargo, tendría que tener cuidado porque Margaret era una mujer testaruda, y odiaba a los King.

Excepto que ahora había mucho más en juego. Nuestra hija. Su futuro.

Quería darle a mi hija una vida feliz. Del tipo que *Nonno* nos dio a Cassio y a mí. Así que la arrastraría a mi trampa y resolveríamos el resto. Tendríamos toda la vida para hacerlo.

—En una fiesta de *Halloween* fue donde me encontré contigo por primera vez —comenté—. Ibas disfrazada de *Black Widow*. —Apenas se puso rígida, pero me di cuenta—. Es solo un disfraz, Margaret.

Me miró y ladeó la cabeza.

—Pareces diferente —expresó pensativa—. Al menos aquí.

Un soplo sardónico me abandonó.

—Normalmente *soy* diferente aquí —admití—. Mi abuelo nos dio a Cassio y a mí cierta sensación de seguridad cuando éramos niños. Es el único lugar donde sabíamos que estábamos a salvo, así que supongo que se nos quedó grabado. Siempre que estoy aquí, me siento como en casa.

Siguió un silencio confortable.

—También estás diferente —comenté. Ladeó la cabeza, con las cejas fruncidas.

—Supongo que tienes razón —replicó—. Me he sentido sola. —Un suave suspiro salió de sus labios y empezó a frotarse la barriga de nuevo—. Además, necesito amigos aquí. Tengo una hija en la que pensar y no quiero que crezca sola.

—¿Has pensado en un nombre para ella? —curioseé. Negó con la cabeza, aunque sabía que le había gustado el nombre de mi madre cuando *Nonno* lo mencionó—. Esta isla es un buen lugar para formar una familia —comenté—. Cuando era niño, las visitas de verano a la casa de *Nonno* eran mis favoritas.

—*Hmmm.* —No sabía qué quería decir con eso, pero la dejé procesar las palabras. Margaret nunca se contuvo—. ¿Por qué no te mudas aquí entonces? En vez de vivir en New York o donde sea que vivas.

Jesucristo, ni siquiera sabía dónde vivía y *yo* sabía cómo le gustaba comer su cereal.

—En realidad quiero hacer eso —respondí, dirigiendo la conversación exactamente hacia donde quería—. Pero *Nonno* tendría mujeres haciendo cola todo el día y la noche hasta que

eligiera una y me casara con ella.

Margaret se detuvo y se giró hacia mí, luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Se rio tanto que acabó sujetándose el vientre. Se rio tanto que me preocupaba que se le cayera la bebé aquí y en ese momento.

—Pobrecito —musitó, secándose los ojos con el dorso de la mano—. Dios mío, hacía tiempo que no me reía tanto. Gracias.

—Me alegro de poder servirte de entretenimiento —declaré secamente.

Seguía sonriendo cuando reanudó la marcha, esta vez sin tomarme de la mano. En lugar de eso, se frotó distraídamente el vientre con su palma. Tenía tantas ganas de tocarle la panza, de sentir a mi hija moverse, que me temblaban las manos.

Sacudí la cabeza. Tenía que mantener la calma, atraparla en mi plan, y entonces sería mía. Seríamos una familia.

—En realidad, tal vez... —Me quedé a medio camino, fingiendo que lo estaba pensando cuando sabía exactamente lo que quería. Dejé la frase sin terminar, esperando.

—¿En realidad qué? —inquirió con curiosidad.

Me tapé la boca, ocultando mi sonrisa de suficiencia. Tenía que hacerlo bien para que aceptara.

—Estaba pensando que quizá tú y yo podamos ayudarnos mutuamente. —Sus pasos vacilaron de nuevo y se dio la vuelta, sus ojos azules se clavaron en los míos.

Demonios, me ofrecería de voluntario para ahogarme mirando sus azules. Eran profundos como los océanos bajo el sol brillante. Compartía el color de sus ojos con su prima, Áine, pero no sentía nada cuando miraba a su prima a los ojos.

Con Margaret, lo sentía todo.

Fue lo que me tomó desprevenido la primera vez que nos vimos. Y la segunda. La tercera vez que nos cruzamos, estaba acabado. Suyo. Aunque no me di cuenta del tiempo que me llevaría llevarla a este punto.

—¿Luca? —La voz de Margaret me hizo volver.

Me pasé la mano por el cabello. Con razón estaba obsesionado con esa mujer.

—Sí.

—¿Qué decías? —Sus labios se curvaron en una suave sonrisa—. ¿Que nos ayudáramos mutuamente? —insistió.

Jesucristo.

Tenía que recordarme mi plan. Tenía que ponerme las pilas.

—Sabes que tu familia no se rendirá hasta que te cases, ¿verdad? —Empecé. No necesitó responder. Por la expresión de su rostro me di cuenta de que lo sabía—. Te han estado buscando. Por suerte, en todos los sitios equivocados. Pero, ¿y si...? —Maldición, si decía que no, no sabía qué hacer a continuación. Realmente no quería obligarla a casarse conmigo—. ¿Y si engañamos a todos?

La curiosidad brilló en sus ojos.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

—¿Y si nos casamos? —sugerí.

Sus ojos se abrieron de par en par con incredulidad, pasaron segundos. Luego soltó una carcajada incrédula.

—¿Por qué iba a casarme *contigo*? ¡Ni siquiera somos amigos! Si recuerdas, ¡incluso te disparé una vez!

—Sería un matrimonio falso, aunque nadie lo sabría. Evitaría que *Nonno* me acosara con

mujeres. Y detendría a tu familia de alinear prospectos para ti.

Una suave risita salió de sus labios.

—A menos que te hayas perdido esta pequeña parte, Luca. Mis prospectos suelen acabar muertos. Puede que no me gustes, pero no quiero ser responsable de tu prematuro fallecimiento. —Esa afirmación me hizo estremecer—. No creo que a tu *Nonno* le haga mucha gracia, y odiaría que te perdiera.

Al menos no había veneno en su tono. Sus sentimientos al respecto parecían estar cambiando. Menos mal. En cuanto a la mortalidad de sus anteriores prometidos, bueno, tuve algo que ver, así que era poco probable que me cortara el cuello a mí mismo en un futuro cercano. Sin embargo, eso sería probablemente lo incorrecto de admitir en ese momento.

—No si nos casamos antes de salir de Sicilia —propuse—. Nadie sabría más que tú, yo y *Nonno* que nos vamos a casar. Para cuando alguien más lo supiera, sería demasiado tarde.

Me miró como si estuviera loco. De acuerdo, ahora que había dicho las palabras en voz alta podía ser que no sonara tan brillante, pero joder, la necesitaba a mi lado. Antes de que algún otro desgraciado intentara arrebatármela. Era un milagro que algún idiota no hubiera intentado jugar ya al *caballero de brillante armadura.*

No es que él llegara a vivir lo suficiente para interpretar el papel.

Margaret Callahan era la maldita fantasía de todo hombre hecha realidad. Su hermoso cabello era lo suficientemente largo como para envolverlo alrededor de mi puño. Dos veces. Créeme, lo había hecho. Esta mujer tenía una lengua afilada y un ingenio rápido y mordaz, pero en la cama era suave y complaciente. Y su expresión mientras me la cogí... me quemaba la piel y me llegaba directamente a la polla.

Era tan dulce y deseosa. Lo único que lamenté fue no haber podido verle toda la cara mientras me la follaba aquella noche en Las Vegas. Verla rendirse a mí completamente, sabiendo que era yo. Ese era mi maldito sueño.

—¿Irías tan lejos por tu abuelo? —preguntó en voz baja, con tono serio. Asentí con la cabeza —. ¿Y si también acabas muerto? —Para ella era una preocupación válida, aunque sabía que no lo era—. Tu abuelo, aunque es un anciano dulce, no perdonaría la muerte de su nieto. Y no necesito más problemas en mi puerta.

—Tú y yo le hablaremos juntos de los hombres que han muerto en el pasado —expliqué—. Supongo que los encontrará culpables porque no pudieron defenderse. Solo los fuertes sobreviven en nuestro mundo, Margaret. —Parpadeó ante mi extraña explicación, pero sabía que las palabras eran ciertas—. Saldríamos ganando los dos —añadí.

Bajó los ojos hacia su vientre de embarazada.

—¿Qué pasa con mi bebé?

—Te ayudaré a criarla —aseguré—. Dale mi apellido. Las mantendré a salvo.

Arrugó las cejas.

—No obstante, es falso. Y no te ofendas, pero nunca querría que mi hija llevara ese apellido.

Me encogí de hombros.

—Nadie más sabrá que es falso. Podría cambiarme el apellido. De cualquier forma, tu familia no te obligará a nada una vez que estés casada conmigo.

Parecía que aún le costaba aceptar la idea, mas no podía rendirme. La necesitaba de acuerdo. Antes de que pudiera decir nada más, algo parpadeó en sus ojos y me maldije.

—No lo sé —señaló con voz insegura—. ¿Por qué harías algo así? —preguntó con suspicacia.

—Te ayudaré y me ayudarás —repetí—. Es un acuerdo mutuamente beneficioso. Será un

honor criar juntos a nuestra hija.

—¿Nuestra?

—Si te casas conmigo, las dos serán mi responsabilidad y estarán bajo mi protección —afirmé. Era lo correcto. ¿No es cierto?

Demonios, no había un capítulo sobre esto en *Qué esperar cuando se está esperando*. Maldición, hundiría la editorial si me costaran mi mujer y mi hija.

—Parece un paso de locos —musitó Margaret. Contuve un suspiro de alivio. Dios mío, esto era estresante, y ni siquiera estaba matando a nadie.

—¿Eres feliz? ¿Sobre la bebé? —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera pensármelo dos veces. Por suerte, a ella no le importó. La Margaret Callahan embarazada era muy diferente de la Margaret que conocí aquella noche hace tantos años en Temptation.

—Sí —respondió con una sonrisa soñadora y mi pecho se calentó—. Supongo que un chico en el bajo mundo sería más fácil, sin embargo, puedo mantenerla a salvo.

—Podemos. —Carraspeé, con un nudo en la garganta—. Si me dejaras ayudarte, podríamos ayudarnos mutuamente.

El silencio se prolongó y prácticamente pude ver las ruedas girando en su mente. Tendría que andarme con cuidado con ella.

—¿No sabrá tu abuelo que es una idiotez teniendo en cuenta que estoy más que embarazada? —cuestionó.

Lo haría, excepto que sabía que la bebé era mía.

—No lo hará. Le diré que tú y la bebé son mías.

Y ambas lo serían. Mientras mi corazón siguiera latiendo.

VEINTIDÓS

MARGARET

Ser suya.

¿Por qué sonaba como una idea deliciosamente mala?

Podría ser arriesgado. Para mi hija y para mí. Después de todo, había escuchado y visto de lo que era capaz su padre. Había alimentado el odio por ese hombre y su familia durante demasiado tiempo. Aunque *Nonno* me había mostrado un lado diferente de Luca y su hermano.

Luego estaba su apellido. Mi padre se revolcaría en su tumba si adoptara ese apellido.

Pero quizás había llegado el momento de dejar a un lado mi odio y hacer lo mejor para mi bebé.

Siempre había querido un matrimonio cálido y real. Mi felices para siempre, como en las películas de Disney. El matrimonio de mis padres fue frío. No estaba segura de si *Da* amaba a mi madre, pero sabía que ella no lo amaba. A la única que quería era a sí misma.

¿Podría vivir el resto de mi vida en un matrimonio sin amor?

Estaba en el último trimestre de mi embarazo. Nadie cuerdo me querría tan pesada y embarazada. Excepto este hombre. Nuestros caminos se habían cruzado durante años. Tal vez podríamos ayudarnos mutuamente. Me quitaría a mi familia de encima, y él haría feliz a *Nonno*. Luca solo quería traer paz a su abuelo. Realmente podía apreciar el sentimiento, y me hizo verlo bajo una luz completamente diferente.

La imagen de un mujeriego y del hombre que me recordaba a su padre se atenuó lentamente. No había desaparecido, pero la comparación no era tan nítida.

Enderezando los hombros, lo miré de frente.

—No habrá sexo —declaré. Mi voz era firme, no obstante, algo dentro de mí temblaba—. Si me pones una mano encima, estarás muerto por la mañana. —Sus labios se curvaron en una hermosa sonrisa, haciendo que mi corazón se desbocara—. Tampoco infidelidades. —Hice una pausa, dándole tiempo para comentar algo. Cualquier cosa. Me di cuenta de que el último término era ridículo. Sobre todo, porque acababa de decir que nada de sexo.

Ladeé una ceja, esperando. No me falló.

—Sin infidelidades —aceptó—. Sin embargo, tendremos que trabajar en nuestra relación. No soy un santo.

—De acuerdo, pero tendremos que ir muy despacio. Puede que tardemos años. —Cielos, era como si estuviera tratando de convencerlo de que *no* se casara conmigo—. Si esos términos te parecen bien, entonces acepto tu oferta.

Tardó un momento largo en contestar.

—Trato hecho. —Entonces me mostró su brillante sonrisa—. No te follaré hasta que me lo

supliques.

Mis mejillas se calentaron, pero me negué a mostrar la forma en que sus palabras me impactaron. Luca tenía un don para las palabras.

Así que me burlé.

—Eso nunca sucederá.

Debería haber sabido que me haría comerme esas palabras.



Llegamos al lugar que solía visitar y ambos tomamos asiento en el cercano muro de piedra que separaba la carretera de la playa.

—¿Me has estado acosando? —curioseé medio en broma. No había forma de que me trajera aquí accidentalmente.

—*Nonno* dijo que es tu lugar favorito —señaló, aunque no negó que me había estado acosando.

—Pero no tenía por qué decírtelo porque me has estado acosando —declaré. Su expresión permaneció impasible—. ¿Cuánto tiempo llevas en esta isla exactamente?

—Unas semanas más o menos —respondió vagamente.

Eso debería haberme alarmado, pero ya hacía tiempo que lo había superado. Solo quería un poco de paz. Suspiré.

—Como quieras. Tenlo a tu manera —murmuré, frotándome la barriga,

Me miró de reojo, su mirada se llenó de un rastro de seca diversión.

—Estás mucho más relajada que antes.

Inhalé profundamente y exhalé lentamente.

—Supongo que es el embarazo. Estoy hormonal, emocional, pero menos tensa. No es bueno para la bebé estar nerviosa todo el tiempo.

—Me gusta esta faceta tuya —halagó.

La conmoción y el calor estallaron en mi pecho. Mi lado hormonal y emocional estaba ganando. En realidad, ya no me importaba.

—O quizás estoy contenta de poder hablar con alguien sin la barrera del idioma —repliqué secamente—. Tal vez extrañaba mi casa y tú eres lo más cercano a eso en este momento.

No pareció inmutarse.

—Tomaré lo que me ofrezcas.

—No parece una mentalidad sana —comenté—. Y nunca has sido de los que se conforman con migajas, Luca King.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—No me había dado cuenta de que habías estado pensando tanto en mí, Margaret Callahan. Resulta que me conoces bien.

Puse los ojos en blanco.

—Fue fácil descubrirte cuando no paraba de tropezarme contigo.

—Así que eras tú quien me acosaba —se burló, dándole la vuelta a todo.

—Ya quisieras —me mofé, volviendo a poner los ojos en blanco. A pesar de su arrogancia, mis labios se curvaron en una sonrisa mientras me frotaba la barriga.

Los ojos de Luca bajaron hasta mi estómago, su expresión se llenó de algo volátil y conflictivo antes de apartar la mirada. Me invadió la incertidumbre. ¿Y si despreciaba a la bebé cuando naciera porque no era suya?

Mis pensamientos paranoicos se evaporaron con sus siguientes palabras.

—¿Puedo tocarte el vientre? —La confusión me invadió mientras buscaba su rostro, pero sus ojos estaban fijos en mi estómago. Algo oscuro como el pecado llenaba su expresión, confundiéndome—. ¿Puedo sentir cómo se mueve?

—*Ummm*... Claro.

Observé estupefacta cómo su mano se movía lentamente, ligeramente temblorosa, hasta que su palma presionó suavemente mi creciente estómago. En cuanto me tocó, la bebé dio una patada. Y otra vez. Fue como si se despertara y empezara a dar volteretas.

—La mantendremos a salvo —aseguró—. Tú y yo.

Sus ojos se alzaron hacia mi cara y nuestras miradas chocaron. De repente, todas las preocupaciones por la seguridad de mi bebé desaparecieron. Podía sentir la intensidad de su protección, ver la promesa en su mirada, y eso me hizo un nudo en la garganta.

Un sentimiento floreció en mi pecho, dejándome en carne viva. Expuesta. De repente me encontraba en territorio desconocido con él. Podía sentir su calor. Oler su colonia cítrica.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Se aclaró la garganta.

—Es activa —soltó, con voz neutra—. Debe ser una niña muy fuerte, como su mamá.

Sonreí.

—Tal vez. O tal vez eres tú el que tiene ese impacto en las mujeres Callahan. Todas queremos patearte el trasero.

Sonrió, aunque no le llegó a sus ojos.

—Supongo que tendré que esforzarme más para agradarles a las dos —replicó, con un toque de tosquedad en su voz.

Una pesada sensación tiró de mi pecho, consumiéndome. Empujé la emoción hacia abajo, ignorándola. Probablemente era indigestión.

Así que me reí y choqué ligeramente mi hombro contra el suyo.

—Más te vale. O si no... —amenacé sin entusiasmo.

—No más taberna. Se acabó trabajar para Paolo —pronunció, poniéndose de pie de un salto y tendiéndome la mano—. Ven y quédate en la villa con nosotros.

Puse mi mano en la suya y sus fuertes dedos rodearon la mía.

—Me convenciste solo con lo de *"se acabó trabajar para Paolo"*—musité, antes de darme cuenta de cómo había sonado.

Sonrió, esa familiar sonrisa de satisfacción de nuevo en sus labios.

—*Ahh*, mis habilidades para cautivar están subiendo de nivel.

—No te engañes —agregué, sonriendo.

No tenía ni idea de cómo habíamos llegado hasta aquí. Todas nuestras discusiones y odios desaparecieron, dejándonos burlándonos el uno del otro en esta playa.

No cabía duda de que el mundo funcionaba de forma misteriosa.

VEINTITRÉS

MARGARET

La villa DiMauro era encantadora.

La valla de piedra rodeaba la propiedad. La gran villa estaba situada en una colina con vistas a la ciudad, el mar a un lado y las montañas al otro. Condujimos ocho kilómetros a través de los campos de la ladera, donde los trabajadores se afanaban en recoger fruta y podar los árboles. A ambos lados del camino había cajas llenas de fruta de todos los colores. Aunque tuve que preguntarme qué fruta maduraba realmente en octubre. Así que busqué: caquis, granadas, higos, manzanas y peras.

Este lugar era increíble.

Giré la cabeza y miré a Luca. Tenía el brazo izquierdo apoyado en la ventanilla del coche mientras conducía con el derecho. Llevaba pantalones blancos y una camiseta negra. Estaba tan relajado que me resultaba difícil conciliarlo con el hombre al que siempre veía con trajes de tres piezas.

—¿Así que tu abuelo dirige la mafia y un negocio de productos de frutas? —pregunté, con un tono ligeramente sarcástico. No pude resistirme, los dos negocios eran tan diferentes.

—Siempre es bueno tener un plan alterno —comentó Luca, ignorando mi sarcasmo.

—¿Qué tipo de fruta es? —inquirí, volviendo a mirar afuera.

—Aceitunas, granada, diferentes tipos de frutos secos —respondió.

Arrugué las cejas.

—¿Por qué huele a limones entonces?

Se rio entre dientes.

—Hay muchos limoneros y naranjos. Producen un aroma cítrico bastante único.

Nos acercamos a otra verja y esta se abrió automáticamente. Al pasar, Luca saludó a la cámara. *«Así que alguien estaba mirando»*, pensé.

Una vez que atravesamos, el gran terreno se abría a una enorme villa en el centro del mismo. Piedra blanca. Contraventanas rojas. Un pequeño sendero que conducía a un jardín y un invernadero.

—Dios, no me extraña que tu *Nonno* sea feliz aquí —murmuré—. Nunca querría irme.

Sonrió.

—Me alegra oír que te gusta.

Le lancé una mirada interrogativa, pero estaba concentrado en estacionar el vehículo, así que volví la vista a la casa. Antes de que mi mano tocara el pomo de la puerta, Luca ya había salido del auto y estaba a punto de abrirla.

«Al menos es un caballero», pensé.

Nonno ya había salido de su casa y se dirigía lentamente hacia nosotros con una gran sonrisa. Llevaba su característico sombrero de ala ancha y su traje de época con tirantes.

Luca se apresuró hacia su abuelo para ayudarlo, sin soltarme nunca la mano, aunque tuvo cuidado de no moverse más rápido de lo que era capaz de manejar. *Nonno* se dio cuenta y sonrió.

—Margaret. —Con una gran sonrisa continuó—: *Benvenuta.* —Bienvenida.

Conocía esa palabra. Paolo siempre recibía a todo el mundo en su taberna. Bueno, a todos menos a mí. A pesar del hecho de que el jefe de la mafia siciliana dio su palabra para que consiguiera un trabajo allí, mis pobres habilidades como mesera borraron cualquier buena gracia concedida.

—*Grazie.* —Mi acento era tan horrible que temí haberlo estropeado, así que rápidamente añadí—: Gracias.

Nonno tomó mis dos manos entre las suyas y las apretó.

—Bienvenida a casa, Margaret. Espero que tengas muchos años felices aquí.

Miré a Luca y enarqué una ceja, sorprendida. Creía que habíamos venido juntos a decírselo a su abuelo y, sin embargo, parecía que su abuelo ya lo sabía.

Nonno se rio como si leyera mis pensamientos.

—Reconozco a un hombre ansioso cuando lo veo.

Estudié a Luca, intentando calibrar su expresión, pero estaba impasible. No me pareció ansioso. Encogiéndome de hombros, decidí no hacer comentarios. Luca tomó el bastón de *Nonno*, luego cada uno agarramos el brazo del anciano y los tres volvimos lentamente a la casa.

—Tomaremos un *caffè* en mi jardín privado —declaró *Nonno*. Luego, como si recordara que estaba embarazada, añadió—: Y jugo para Margaret.

Los tres nos sentamos entre plantas y árboles frutales enanos, con el aroma de los cítricos rodeándome de nuevo.

—Agua está bien —pedí rápidamente.

Nonno agitó la mano como si eso no fuera suficiente, y tuve que morderme el interior de la mejilla para no estallar en carcajadas. Daba órdenes a una mujer con delantal y arrugas en la cara que debía de ser tan vieja como *Nonno*.

—Puedo ayudarla. —Ofrecí, empujándome del brazo de la silla a punto de levantarme cuando las palabras de Luca me detuvieron.

—Sería tu funeral. Nadie entra en la cocina de Pina. Te azotará.

Mis ojos parpadearon hacia la puerta por la que desapareció.

—Pero es como muy anciana —comenté.

—Los sicilianos envejecemos como el buen vino —señaló *Nonno*—. No somos ancianos.

Pude ver de dónde venía la arrogancia y la petulancia de Luca. Lo heredó de su abuelo.

—Ahora, hablemos de la boda —exigió *Nonno*—. Será aquí. En este jardín, el mismo en el que me casé con tu *Nonna*.

Una ligera punzada de culpabilidad me golpeó. Estaba claro que amaba a su mujer y me parecía que manchábamos su memoria al celebrar nuestra boda en el mismo lugar que la suya. Luca y yo no nos amábamos. Dirigí mis ojos a Luca y le lancé una mirada mordaz. Hizo caso omiso.

—Cuanto antes, mejor —coincidió Luca con él.

No pude resistir el pequeño pinchazo.

—¿Tienes miedo de caer como mis últimos cuatro prometidos?

Si pensé que eso sorprendería a *Nonno*, estaba muy equivocada.

Se aclaró la garganta y se reclinó en la silla. Miró fijamente a Luca y murmuró algo en

italiano.

—No —contestó Luca, y luego añadió más palabras en italiano.

—Así que todo esto de hablar en italiano es muy *sexy*, pero quizá podrían cambiar al español —comenté con dulzura—. Quiero saber qué están diciendo. Obviamente me involucra.

Había algo astuto en la mirada que ambos me dirigieron. Jesucristo, la forma en que cruzaban las piernas y sonreían, era la imagen de Luca en su vejez. Un extraño golpe de mi corazón fue la respuesta ante la imagen.

Había algo sobre envejecer con él. Compartir todo lo bueno y lo malo con una persona en la que podías confiar. ¿Podría confiar en Luca?

—No eran lo bastante buenos para ti —explicó finalmente Luca.

Fruncí el ceño.

—Ni siquiera los conocías —indiqué con sorna—. Demonios, apenas yo sabía sus nombres.

Nonno bajó el bastón de golpe.

—Nadie cuida de nuestros hijos excepto nosotros. *Famiglia.* DiMauro *famiglia.*

Tragué saliva. ¿Ya le había mentido Luca a *Nonno* y le había dicho que la bebé que crecía en mi vientre era suya?

Luca me miró con calma, sosteniéndome la mirada mientras pronunciaba las siguientes palabras:

—Esa fue la razón por la que eliminé a esos hombres, *Nonno.* —Mis ojos se abrieron de par en par, sin saber si debía seguirle la corriente, cuestionar su cordura o posiblemente la mía. Tenía que estar engañándolo. ¿No es cierto? Lo hacía para convencer a *Nonno* de que la bebé era suya.

—*Bene.* —Sonrió *Nonno*—. Cualquier hombre que piense que puede meterse con nuestra familia será hombre muerto.

Me invadió la incertidumbre. Crecí en una familia en la que las actividades delictivas formaban parte de la vida cotidiana. Conocía el riesgo que conllevaban. Aunque en ese momento me pregunté si no estaría cambiando la mafia irlandesa por la siciliana.

Claro que sí, idiota.

Entonces, ¿por qué no corría?

La respuesta se sentaba a mi lado. Se sentó, apoyó el brazo detrás de mi silla y separó ligeramente las piernas. Su mirada me calentó el costado de la cara y mi corazón revoloteó torpemente, robándome el aliento.

Mi cuerpo ardía. Mi piel se sonrojó, zumbando con una emoción inexplicable. De repente, los pensamientos sobre novios asesinados dejaron de ser relevantes. Luché contra el impulso de inclinarme y rozar mi cuerpo contra el suyo. De sentir su calor.

—Ahora, hablemos de la boda —declaró *Nonno*.

VEINTICUATRO

LUCA

Ella pertenecía aquí.

Hacía solo unos días que se había mudado a la villa de *Nonno*, y era como si hubiera nacido aquí. Se movía por la casa como si conociera cada rincón. Eso, o mi abuelo le había contado historias de todos los espacios secretos que Cassio y yo habíamos descubierto a lo largo de los años.

Mi abuelo y Margaret se llevaban mejor de lo que hubiera esperado. Estaba convencido de que *Nonno* estaba enamorado de mi mujer. Si no fuera familia, mi abuelo, y a su avanzada edad, tendría que plantearme acabarlo.

Era muy consciente de que mis celos eran irracionales.

Sin embargo, la cura seguía sin estar a mi alcance. Cuando se trataba de esa mujer, todos mis sentimientos se multiplicaban por diez.

Observé a Margaret mientras le leía a *Nonno* con voz suave, a la par que se frotaba la barriga. El cambio en ella era marcado y no porque estuviera embarazada. Estaba dentro de ella. Era como si todos sus demonios y su odio se hubieran quedado en New York.

Aquí era una persona completamente diferente. Tal vez esta era la mujer que estaba destinada a ser todo el tiempo. Lejos de los pecados pasados que nuestros padres cometieron. Lejos de los Callahan. Aunque sabía que echaba de menos a sus hermanos. Mucho. La sorprendí leyendo algunos artículos sobre ellos. Eran viejos, pero se sentaba y miraba las fotos.

Así que decidí tenerlos aquí para nuestra boda. Por ella.

La línea sonó mientras nos conectaba a través del océano con su hermano mayor.

—Hola.

Aiden Callahan sonaba cansado. Y sabía exactamente por qué. Su hermanita no cumplió el plan y, en lugar de ir al norte de Italia, Margaret decidió esconderse en Sicilia. Según los informes de Nico, estaba muy preocupado. Para su desgracia, se enteró del acuerdo entre Marchetti y Callahan demasiado tarde, así que su preocupación aumentó.

Pensó que la había echado a los lobos.

Lo hizo, solo que no del tipo que pensaba.

—Aiden —saludé—. Luca King aquí.

—¿Qué demonios quieres?

Desde el plan de Cassio de cambiar de novia, estaba en la lista de mierda de los hermanos Callahan. Solo por el parentesco con mi hermano. Además, no ayudaba que Margaret me hubiera despreciado. Hasta ese momento.

—Escuché que buscas a tu hermana —solté, reclinándome en la silla y sin dejar de mirar a

Margaret y a *Nonno* en el jardín. Podía verlos desde aquí y, aunque no podía oírlos, percibía cada vez que sus espaldas temblaban de la risa. Maldita sea, si eso no me hacía amarla aún más.

Mi corazón se detuvo. *¿Amor?*

No, no podía ser. Sacudí la cabeza como para confirmar mis pensamientos.

No, amor no. Obsesión, sí. Lujuria, sí. Pero no amor.

—¿Qué te importa? —escupió Aiden. Podía oír la ira y la frustración en su tono. Margaret se parecía tanto a su hermano. Más a Aiden que a los gemelos. Esos dos parecían tener sus propias cosas que nadie más estaba al tanto. Como su maldito *ménage à trois* que parecían adorar.

—Podría ayudar. —O entorpecer, según cómo lo mirara.

Una pausa, un latido demasiado largo.

—Sabes dónde está.

Era una declaración. Aiden no era estúpido. Fue la razón por la que su tío lo eligió para dirigir la mafia Callahan. Lo había estado preparando desde hacía mucho tiempo.

—Lo sé. Y me casaré con ella. —Sin duda había una mejor manera de soltarle la feliz noticia, pero a la mierda. Bien podría saltarme todo el camino.

—Que harás ¿qué? —bramó.

Así que para asegurarme de que lo entendía, repetí las palabras lentamente.

—Me casaré con Margaret.

—¡Malditos King! —reviró—. Siempre acercándose a nuestras mujeres. —De acuerdo, así que no se tomó la noticia tan bien como esperaba—. Si la tocas, Luca, serás hombre muerto. A la mierda la alianza. Que se joda todo. Te haré gritar de agonía.

Ya me quería. Podía sentir todo ese amor viajando a través de la línea y calentando mi corazón. Si supiera que ya había tocado a Margaret. Más que eso. Y ella... maldición, de pensar en aquella noche y en aquellos gemidos de hacía ocho meses, se me había ido toda la sangre a la ingle.

Mal momento.

—Puedes hacerme gritar, pero será después de que me case con tu hermana —pronuncié con calma—. Ahora, puedes calmarte y unírtenos para la boda. Te querrá aquí. O puedes quedarte como un maldito cangrejo al vapor en New York.

La verdad era que estaba demasiado contento para guardarle rencor o rabia. Margaret aceptó casarse conmigo. Por su propia voluntad. Sí, su cláusula era nada de sexo, pero también superaríamos eso. Éramos lo que la gente llamaba un trabajo en progreso.

—¿Como un cangrejo al vapor? —siseó Aiden—. ¿Quién demonios dice mierdas como esa? ¿Y qué quieres decir con que me quiere allí? Haces que suene como si estuviera de acuerdo con casarse contigo cuando la estás obligando. Margaret te desprecia. Prendió fuego a tu coche solo porque la defendiste.

De acuerdo, hablé demasiado pronto. Ahora me estaba enfadando.

—No, no la estoy forzando —gruñí—. Los dos llegamos a un acuerdo.

—Mentira.

—Cree lo que quieras —declaré—. O puedes preguntárselo tú mismo si quieres venir a la boda. Quiero darle una sorpresa.

Eso debió hacerlo reflexionar, pero antes de que se le ocurriera algún plan brillantemente estúpido, añadí:

—Solo tú y tus hermanos. Y todos los preparativos serán hechos para ti. Todo lo que tienes que hacer es darme un sí o un no.

Aiden soltó unas cuantas maldiciones gaélicas.

—Desde que Margaret se fue de New York, me enteré de que hay una regla no escrita entre los Callahan y los Marchetti. No podemos cruzar a su territorio, y él se mantendrá fuera del nuestro. He estado muy preocupado por mi hermana.

Podía oír la angustia en su voz.

—He llegado a un acuerdo con Marchetti —indiqué, sin concretar—. No tocará a Margaret, ni a ti o a tus hermanos. Sin embargo, no se extiende a tu tío.

—Así que quieres que vayamos bajo tu palabra —siseó—. ¿Por qué no traes a mi hermana a casa y te casas con ella aquí?

Sabía lo que eso implicaba. Callahan me la quitaría.

—Me casaré con tu hermana en Sicilia. En mis dominios. Con o sin ti.

—¡Vete a la mierda, idiota! —*«Oh, vendrá»*, pensé con suficiencia. No sería capaz de resistirse a ver a su hermana y para asegurarse de que estaba haciendo esto de buena gana—. Sí, iré.

«Maldición, me encanta tener razón».

—Ten tu pasaporte listo y alguien te recogerá. Volarás en mi avión.

Después de colgar, marqué a Cassio. *Riiing. Riiing.*

Contestó al tercer timbrazo.

—Luca, ¿qué demonios has estado haciendo en Italia durante más de un mes?

No le había contado mi plan. No quería arriesgarme a que Áine se enterara, o seguro que le habría avisado a su prima. Aunque ni siquiera ella sabía dónde estaba Margaret. Pero si Cassio lo hubiera sabido, se lo habría dicho. Así que lo dejé en la oscuridad.

—Me voy a casar —dije con calma—. ¿Crees que podrías traer tu trasero aquí para una boda este sábado?

Parecía que ese era un día para lanzar bombas sobre todo el mundo.

—¿Con quién demonios te vas a casar?

Escuché una débil voz de fondo.

—¿Luca se va a casar?

—Eso parece, aunque sería bueno saber con quién. —La respuesta de Cassio fue una indirecta hacia mí.

—Ya lo descubrirás —repliqué, sonriendo con suficiencia—. Si puedes venir, te prepararé un avión. Todo lo que tienes que hacer es tener tu pasaporte listo.

—¿Está invitada mi esposa? —preguntó secamente.

—Por supuesto. Es de la familia.

Habría sido muy divertido presenciar ese vuelo a través del Atlántico.

VEINTICINCO

MARGARET

La convivencia con Luca y su abuelo resultó muy agradable.

Teníamos una rutina. Por la mañana, Luca se ocupaba de sus asuntos en Estados Unidos mientras *Nonno* y yo dábamos un paseo por el jardín. Luego almorzábamos juntos y, la mayoría de las veces, Luca nos acompañaba.

Discutían los acontecimientos actuales, algunos legales y otros ilegales, luego *Nonno* tomaba una siesta y yo vagaba por la propiedad. A veces Luca iba conmigo.

El sol calentaba mi piel mientras paseaba entre las hileras de árboles llenos de frutas y frutos secos maduros. Llevaba *shorts* elásticos y un *top* rosa holgado con tirantes gruesos. Cuanto más avanzado estaba el embarazo, más calor tenía. Así que esto tenía que ser lo que se sentía pasar por la menopausia.

«Cuántas cosas por la que esperar felizmente», reflexioné irónicamente.

—*Ciao, Bella.* —El aliento caliente contra el lóbulo de mi oreja me hizo sobresaltar, mi cuerpo se sacudió hacia atrás.

Unos fuertes brazos me atraparon antes de que perdiera el equilibrio.

—¿Qué demonios, Luca? ¿Intentas matarme antes de que nos casemos?

Se rio suavemente.

—Si quisiera matarte, te comería el coño y te daría un orgasmo.

Parpadeé y me quedé boquiabierta. Pero luego me recompuse rápidamente.

—Alguien se tiene en gran estima. —Me reí, aunque mi tono no era mordaz. De hecho, sonaba sin aliento.

—Me siento desafiado —pronunció con esa sonrisa de suficiencia que había llegado a conocer tan bien. Pero aquí, también era encantador y relajado. Mis ojos recorrieron su alto cuerpo. Llevaba un pantalón blanco informal y un *polo shirt* verde oliva que hacían juego con sus ojos cuando les daba el sol. Me gustaba así.

Se metió las manos en los bolsillos. Algo me decía que era para no parecer amenazador.

Sacudí la cabeza.

—Si crees que me acostaré contigo aquí en la tierra, estás *pazzo*.

Loco. Aprendí esa palabra y me encantaba pronunciarla. Me salía de la lengua sin esfuerzo.

Me rodeó con el brazo.

—No hay necesidad de poner excusas, *Bella.* —Dios, se estaba burlando de mí otra vez. Ningún otro hombre había llegado a mí como este—. Tengo un *picnic* preparado para nosotros. Relajémonos. Si una manta sobre la tierra funciona para ti, puedo probar mi punto en nuestro lugar de *picnic*.

Estuve a punto de tropezar, pero apreté los labios. Me estaba provocando. Lo sabía.

Lo desconcertante era que estaba tentada. Quería ver con qué contaba mi futuro marido. Quería tocarlo. *Probarlo*.

Como si pudiera leer mis pensamientos, añadió despreocupadamente:

—Será solo para ti. Te como el coño, sin esperar nada a cambio.

Me quedé boquiabierta. ¿Qué hombre en su sano juicio no quería que le devolvieran el favor?

Lo miré de reojo y estudié su expresión. Parecía serio.

«Pero quería saborearlo», suspiré en silencio.

Cuando nos detuvimos en el lugar del *picnic*, me tomó de la mano y me ayudó a sentarme. El olor a frutas y viñedos perfumaba el aire. La suave brisa recorría el campo. Era algo romántico.

Me abofeteé mentalmente. Estaba claro que había perdido la cabeza.

—Está bien si tienes miedo, *mia bella*.

Un gemido exasperado me abandonó.

—De acuerdo, Luca King. —Respiré. Para mi desgracia, me ardían las mejillas y me temblaba la voz—. Vamos a hacerlo. Pero si sigo viva después de este orgasmo supuestamente asesino, me deberás una.

Mi mente era un caos y ni siquiera se me ocurría qué pedir. Las hormonas del embarazo me ponían muy caliente y no tenía a nadie más que a mí misma para satisfacer mis antojos. A estas alturas, estaba tan grande que ya no podía hacer gran cosa, y eso me estaba volviendo loca. ¡Tenía que ser la única razón por la que estaba considerando esto!

Este hombre me convirtió el cerebro en papilla y perdí la capacidad de pensar con inteligencia.

La sonrisa que me dedicó casi me cegó. No era engreída ni presumida. Era el tipo de sonrisa que te dejaba sin aliento.

—Guía el camino —murmuré, con la emoción corriendo por mis venas. Tardamos menos de dos minutos en llegar al lugar del *picnic*. No estaba segura de si era yo, o él, pero nuestros pasos se precipitaron hacia allá con demasiada impaciencia.

Una vez junto a la manta, me empujó suavemente para que me tumbara boca arriba. Me quitó los zapatos, seguidos de mis *shorts*. Luego, sus ásperas palmas recorrieron mis tobillos, subieron por mis piernas y llegaron al interior de mis muslos hasta que su cara estuvo cerca de mi centro. La única barrera entre su boca y mi sexo eran mis finas bragas.

Mientras me besaba el interior del muslo, sus fuertes manos me sujetaban. Un escalofrío me recorrió la espalda y, de repente, temí que tal vez quisiera matarme. *De placer.*

—Si muero por el orgasmo, asegúrate de sacar a mi bebé —solté por alguna estúpida razón.

Su toque era tierno. Su mirada, una de reverencia.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y, en lo más profundo de su mirada, encontré algo que no podía expresar con palabras.

Me bajó la ropa interior por las piernas y las tiró junto a él. Luego acercó su cara a mis labios inferiores, su aliento caliente contra mi núcleo me hizo cosas.

—Puedo oler tu excitación. —Respiró, y entonces la punta de su lengua tocó mis pliegues y mi cabeza cayó hacia atrás. Mis ojos se cerraron y la sensación me invadió por completo—. Pon las manos en tus senos, *Bella.*

Dios, su voz en ese tono bajo era como mi línea sexual personal. O tal vez mis hormonas estaban tan estimuladas que todo me excitaba.

Me acuné los pechos a través de la camisa, que me pesaban y dolían, y me apreté los pezones. Me invadió el placer. Un gemido salió de mis labios. Dios, hacía tanto tiempo que un

hombre no me tocaba.

Luca bajó la cabeza y me lamió, y todo pensamiento se evaporó. Gruñendo, acercó la cara, su barba áspera contra mi suave piel y me lamió la entrada.

—Demonios, estás tan mojada para mí.

¿Estaba mojada para él? ¿O era solo una respuesta corporal normal? Tenía miedo de saber la respuesta.

Empezó a mover los labios y la lengua hasta llegar a mi clítoris. La primera pasada de su lengua hizo que mis caderas se agitaran y eché la cabeza hacia atrás. Era eléctrico, sensual, y tarareó su aprobación. Un hormigueo me recorrió las piernas y no pude más que quedarme tumbada mientras él lo hacía una y otra vez, acariciando y rodeando el clítoris con su lengua.

—Maldición. Maldición. Maldición. —Estaba tan cerca. El hombre era tan bueno en esto. Su dedo se abrió paso en mi sexo, estirándome, y gemí—. ¡Dios mío, Luca! —grité. Mis caderas chocaron contra su cara—. No pares. Se siente tan...

Eso me valió otro dedo y una larga succión de mi clítoris. Se me curvaron los dedos de los pies y pude sentir el orgasmo creciendo en mi vientre. Sentía la fuerza de un huracán, incluso me preocupó si era saludable para la bebé.

—Estoy tan cerca —suspiré, pequeños gemidos saliendo de mis labios—. *Oh, Dios*. Sigue, por favor.

Mis caderas se balanceaban con fuerza contra su cara, mi cuerpo desesperado por liberarse.

Tenía razón. Esto podría matarme, de la mejor manera posible.

Luca seguía lamiéndome el clítoris y metiéndome los dedos en mi centro. Tenía en la punta de la lengua rogarle que me cogiera. Lo necesitaba como el aire que respiraba. Pensar en su musculoso cuerpo penetrándome me lanzó por el borde.

Mis paredes se convulsionaron alrededor de sus dedos, mis extremidades temblaron y los gemidos destrozaron el aire. El orgasmo más intenso de mi vida me inundó, haciendo que mi corazón latiera tan rápido que pensé que me provocaría un infarto.

Luca nunca dejó de lamer la humedad, con los ojos cerrados, saboreándome, como si estuviera disfrutándolo más que yo.

Me dejé caer sobre la manta, inerte. La boca de Luca se suavizó, pero se negó a detenerse. Cada vuelta de su boca me producía un escalofrío. Me quedé mirando su hermoso rostro y algo se movió en mi pecho. Me aterrorizó. Me emocionó.

«Hormonas», susurró mi razón.

Sus párpados se abrieron y nuestras miradas chocaron. El color avellana de sus ojos era más verde que nunca. Me invadió una nueva oleada de deseo y me lamí los labios. Siguió saboreándome mientras me observaba fijamente. No podía apartar la mirada. No quería hacerlo, temía perderme un solo momento del hombre más sexualmente atractivo que jamás había conocido.

Luego se arrastró sobre mí y su boca se acercó a unos centímetros de mis labios. Su barbilla brillaba con mis jugos y sentí la tentación de sacar la lengua para probarme en sus labios.

No lo hice.

—Ha sido cosa de una sola vez —solté con voz ronca.

Los bordes de su boca se curvaron.

—Lo que quieras, *Bella.*

Excepto, que sonaba exactamente lo contrario. Su mirada me decía que habría mucho sexo. Dios, o tal vez mis deseos se reflejaban en ellos. Estaba tan confundida.

—Lo digo en serio, Luca —aseguré.

Se puso en pie.

—Yo también, Margaret. Soy un hombre muy paciente.

Me ayudó suavemente a ponerme en pie, me besó castamente la mejilla con aquella boca sucia y se marchó sin decir una palabra más ni mirar atrás. Me quedé boquiabierta contemplando el significado de aquellas palabras.

Santo Cielo. Necesitaba hacer un mejor trabajo para resistirme.



Una hora más tarde volví a la villa.

Me ardían las mejillas al recordar el incidente de antes. Luca era demasiado fácil de ceder. Además, aquello de *nada de sexo* jugaba en mi contra. Aunque tenía que admitir que no odiaba las manos de Luca sobre mí. De hecho, me encantaban.

En cualquier caso, era mejor no darle demasiada importancia.

Esta noche me tomé mi tiempo para arreglarme. Me duché, me puse máscara de pestañas y mucha loción por todo el cuerpo. Estaba un poco paranoica por las estrías que me iban a salir después del parto. Así que me puse más loción, por si acaso.

Para cenar juntos, elegí un vestido *maxi* amarillo que no ocultaba mi barriga de embarazada, pero aun así me hacía sentir atractiva.

Bajé las escaleras y entré en el comedor, donde *Nonno* y Luca ya estaban sentados a la mesa. Guido también. Era el guardaespaldas, amigo y primo de *Nonno* desde hacía mucho tiempo.

Luca y su abuelo dejaron de hablar inmediatamente, sus ojos se dirigieron hacia mí. *Nonno* vestía como siempre, pero Luca estaba guapo. Demasiado guapo para su propio bien. O para mi bien. Llevaba una camisa de vestir blanca, con los dos primeros botones del cuello desabrochados, dejando al descubierto su piel oscura y los destellos de sus tatuajes.

Mi paso vaciló y, de repente, las imágenes de la noche en Las Vegas se agolparon en mi cerebro. Nunca llegué a estudiar la piel tatuada de mi desconocido. Era demasiado difícil ver a través de la máscara y él mantuvo la habitación a oscuras.

Pero el toque del desconocido... Fue la misma sensación que tuve con Luca cuando me tocó antes.

Me invadió una oleada de deseo y tragué saliva.

Mi orgasmo me estaba jodiendo la cabeza. Tenía que olvidarme de todo eso.

Los ojos de Luca recorrieron mi cuerpo, fijándose en mis tobillos desnudos antes de volver a mi cara. En sus ojos no había ni rastro de la suficiencia a la que me había acostumbrado. Solo una lujuria que me quemaba y me hacía palpitar entre los muslos.

—Siéntate a mi lado —pronunció Luca. Su mirada ardiente me decía que estaba acostumbrado a salirse con la suya. Por una vez, no me importó. Me senté a su lado y su mano se posó en mi muslo, ardiente a través de mi vestido.

Dios mío, ¿qué me estaba pasando? Ni siquiera había nada sexual en su toque.

—*Nonno* sugirió algo, y me gustaría saber tu opinión —comentó Luca, apartando mis pensamientos de todo lo sexual.

Mis ojos recorrieron la mesa con curiosidad. *Nonno* tenía una sonrisa de suficiencia y felicidad. Por extraño que pareciera, Guido parecía un poco desanimado. O tal vez era su mirada agitada.

—*Bene, bene* —*Nonno* agregó con una sonrisa—. Es bueno consultar con tu mujer cuando tomas decisiones tan importantes.

No me molesté en corregirle que aún no estábamos casados. En lugar de eso, volví a mirar a Luca a los ojos. Sentí un ligero calor en las mejillas, pero estaba decidida a no convertirlo en algo sexual.

Seríamos iguales. Compañeros. Aunque si tocaba a otra mujer, estaría muerta antes del amanecer.

La violencia del pensamiento me sorprendió.

—¿Qué te parece casarte con Luca DiMauro en vez de con Luca King? —Su pregunta me hizo abrir los ojos de par en par—. *Nonno* quiere pasarnos el negocio DiMauro. A ti y a mí.

Abrí la boca. No salieron palabras. Así que la cerré y la volví a abrir.

—Con la bebé, no estoy segura de poder hacer mucho —admití en voz baja.

Nonno se rio.

—No hay trabajo asesinando gente para mis chicas. Serás la voz de la razón y el apoyo de Luca. Como mi esposa fue para mí. —Una suave sonrisa curvó mis labios. No odiaba la idea en absoluto. De hecho, me gustaba.

Mis ojos se desviaron hacia Luca.

—¿Cómo te sientes al respecto?

Un soplo sardónico lo abandonó.

—Siempre fui más DiMauro que King. En esta isla siempre fui feliz. No en New York. Y desde luego no con mi padre. *Nonno* es mi familia. Benito nunca lo fue.

Una pizca de amargura se abrió paso desde sus labios hasta mi corazón. Podía imaginar lo duro que fue crecer bajo la crueldad de Benito King.

Me pasé la lengua por el labio inferior.

—La verdad es que no me importa —admití en voz baja.

—¿Estarías bien viviendo en Sicilia en lugar de New York? —indagó Luca—. Eres neoyorquina hasta la médula.

Sonreí.

—He llegado a la conclusión de que me gusta más Europa. Así que no, no me importaría. Mientras la bebé esté a salvo.

Mi mano recorrió suavemente mi vientre, sintiendo las patadas de mi niña. Parecía que también estaba contenta.

—La mantendremos a salvo —prometió Luca—. Para siempre.

VEINTISÉIS

MARGARET

Me miré el vestido en el espejo.

Era precioso. Perteneció a la abuela de Luca, y *Nonno* dijo que esperaba que algún día su Penelope lo usara. Cuando me lo entregó, lo hizo con esperanza en sus ojos y, a pesar de la farsa que Luca y yo estábamos cocinando, no pude negarme.

Era muy importante para él. Y de alguna manera significaba mucho para mí darle a *Nonno* esa cosita tan sencilla. Luca y yo nos íbamos a casar en la misma iglesia que sus abuelos. Luego tendríamos la recepción en casa de *Nonno*. Tal como lo había hecho con su *Nonna*.

Tenía mis manos extendidas sobre mi vientre. El vestido era acampanado desde el corpiño, de talle imperio, con mangas largas, la espalda escotada y una cola que se abría por detrás. La tela era suave y me quedaba perfecto, como si lo hubieran diseñado para mí.

«O quizá Nonna también estaba embarazada cuando se casaron», pensé.

—Luces preciosa. Como debe estarlo nuestra hermana. —La voz profunda de Aiden se escuchó detrás de mí.

Mis ojos captaron el reflejo de mis hermanos y Áine de pie junto a la puerta que separaba esta habitación de la iglesia. Parpadeé. Todavía estaban allí.

—Hermosa. —Los gemelos coincidieron—. Aunque siempre lo ha sido.

Lentamente, me giré, el susurro del vestido de novia siguiendo mi movimiento, para encontrarlos de pie en la puerta.

Mi familia. Mis hermanos siempre lo fueron para mí. Y cuando el tío se casó, Áine se unió a nuestro círculo sin esfuerzo.

No fueron mis padres. Ni siquiera mi tío. Siempre fueron mis hermanos.

Me temblaba el labio inferior. No fue hasta ese momento cuando me di cuenta de lo que me había molestado todo el día. La idea de hacer esto sin las personas que amaba.

Y aquí estaban.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —No podía formar una pregunta.

—No pensaste que te dejaría casarte con Luca King sin verte antes y asegurarme de que esto era por tu propia voluntad.

Se me escapó un suspiro y las lágrimas me quemaron el fondo de los ojos.

—Luca DiMauro —murmuré. Cuando todos me miraron sin comprender, aclaré—: Se ha cambiado el nombre a Luca DiMauro.

Una sonrisa temblorosa se formó en mis labios. En realidad, me encantaba que fuera un DiMauro. Y también le daría a mi bebé su apellido. No estaría relacionada con el hombre que mató a mi padre. Sería una DiMauro. Se sentía como un nuevo comienzo.

—Y sí, lo hago por voluntad propia —declaré.

Áine corrió hacia mí.

—Luca llamó a Cassio. Ese canalla nos dijo que se casaría, pero no con quién. Luego exigió que tuviéramos listos los pasaportes y nos subiéramos a un avión.

Se me hizo un nudo en la garganta y parpadeé con fuerza, manteniendo alejadas aquellas lágrimas traidoras y hormonales. Sus manos me rodearon y me abrazaron.

—Te he echado tanto de menos —admitió—. Y tus hermanos tienen razón. Estás preciosa —halagó con voz suave.

Sonrió, dio un paso atrás y mis tres hermanos me rodearon. Me abrazaron con fuerza.

—No seguiste el plan, hermanita —reprendió Aiden, sin embargo, no había verdadera reprimenda en su voz.

—Incluso nos pidió ayuda para encontrarte —refunfuñó Tyran—. Tuvimos que patearle el trasero y luego empezar la búsqueda. ¿Qué clase de irlandés envía a su hermana a Italia?

—Se suponía que tenía que ir al norte de Italia —se quejó Aiden—. No al corazón donde se encuentran los mafiosos italianos.

Miré a Aiden y los dos sonreímos. Los gemelos se cubrían las espaldas. Aiden y yo cubríamos la nuestra.

—Uno inteligente —respondí—. Y, mi querido hermano, improvisé.

Una expresión sombría pasó por el rostro de mi hermano.

—La verdad es que Italia, en general, no fue una buena elección. Resulta que había una condición en el tratado de paz entre el tío Jack y Enrico Marchetti cuando tío mandó matar al hermano de Marchetti. Tío se olvidó de mencionarlo cuando entré en el rol. Enviarte a Italia no fue tan inteligente. Si ese tipo te hubiera atrapado, te habría matado.

Fruncí el ceño. No había oído hablar de una guerra entre los Marchetti y los Callahan. Si la había, la bebé y yo no podríamos quedarnos en Italia. Tendría que hablarlo con Luca más tarde.

—¿Es seguro estar aquí? —inquirí—. Para todos nosotros.

Aiden asintió.

—Sí, Luca me aseguró que Marchetti le dio la aprobación.

Los chicos dieron un paso atrás y mi hermano mayor se metió la mano en el bolsillo y me entregó una caja. Miré hacia ella y luego a él.

—Para algo viejo —me explicó, abriendo la caja y entregándomela. Era un rosario. Me puse rígida. Tener cualquier cosa de madre para algo viejo era tan atractivo como ofrecerme a un carnicero para que me cortara en rodajas. No, gracias.

—No es de madre —aclaró Tyran.

Me tomó la mano y lo puso en ella.

—Nuestra abuela murió antes de que nacieras, pero era religiosa —expuso Aiden—. Y me dijo que me asegurara de que el primero de nosotros que se casara lo usara como algo viejo.

El hecho de que se lo diera a Aiden y no a mi madre lo decía todo. Según lo que había oído, a la abuela tampoco le agradaba mamá.

—Y tengo algo prestado —añadió Áine, entregándome su velo y una tiara.

Se me escapó un suspiro incrédulo. Me preguntaba por qué *Nonno* solo hablaba del vestido y nunca de un velo. Supuse que tal vez entonces no había.

Me ayudó a ponérmelo y, cuando miré mi reflejo, completó el vestido a la perfección. Como si fueran el uno para el otro.

—Tenemos algo azul para ti —anunciaron los gemelos.

Agarré el ramo de campanillas de la mesita. Entonces se me ocurrió una idea. Enrollé el

rosario alrededor de los tallos y dejé la cruz colgando en la parte delantera y sobre mis dedos.

La mirada traviesa que me dirigieron los gemelos me dijo que eso no sería suficiente.

—¿Sabías que el azul en la boda sirve para alejar el mal de ojo? —Fruncí el ceño. Creía que representaba la pureza, el amor y la fidelidad. Al menos eso fue lo que escuché gritar a la madre de Áine durante su gran día.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Kyran llevaba una gran caja en una mano.

Sacudí la cabeza.

—A menos que sea un chal o algo así, no podré ponérmelo.

Tyran y Kyran compartieron una mirada y abrieron la caja.

—*¡Ta-da!*

Al inclinarme un poco, miré dentro de la caja y encontré unos zapatos de tacón azul claro.

—¿Zapatos? —curioseé tontamente.

—No son unos zapatos cualquiera —afirmó Kyran—. Son Christian Louboutin.

—*Oh.*

La decepción inundó los rostros de los gemelos.

—Te dije que no querría zapatos —refunfuñó Tyran—. A las embarazadas les crecen los pies cuando están preñadas.

—No, no lo hacen —protesté—. Solo se hinchan.

—¿Así que no te gusta esto para algo azul? —inquirió Kyran, con expresión decaída. No obstante, fueron sus ojos los que lo traicionaron. Centelleaban con picardía y manipulación.

Los dos me manipulaban a su antojo, pero hoy no me importaba. Vinieron por mí. Sí, era una boda falsa, aunque nadie lo sabría salvo Luca y yo. Quizás era bueno tener más testigos.

—Ayúdenme a ponérmelos —les pedí a los dos—. Pero me los quitaré cuando me empiecen a doler los pies.

Expresiones victoriosas cruzaron sus ojos en el mismo momento. Malditos manipuladores.

—Por supuesto. —Se apresuró a decir Kyran, al notar que los leía como un libro abierto—. Queremos a nuestra sobrina sana y no arruinada por estos zapatos costosos Christian Louboutin.

Tyran se agachó y me ayudó a quitarme las bailarinas blancas que llevaba y a ponerme un zapato.

—¿Qué saben ustedes de Christian Louboutin? —pregunté incrédula.

Los dos eran asesinos, no compradores de zapatos.

Una fugaz mirada compartida por los gemelos, antes de que Tyran respondiera:

—Una amiga.

No hacía falta decir que tenía que ser una novia. Y esta era la razón por la que siempre pensé que estos dos compartían mujeres. Pero no era como si yo preguntaba y ellos respondieran. Para ser dos demonios traviesos, Tyran y Kyran eran notoriamente privados. Aunque compartían muchas cosas conmigo, su vida sexual siempre estaba fuera de los límites.

Hmmm, ahora que lo pensaba, también lo era la de Aiden. Ninguno de ellos trajo nunca una chica a casa. Y aún no los había visto con novia, aunque oía a otros mencionar que los veían con esta o aquella chica.

—¡Ahora, estás perfecta! —exclamaron mis hermanos.

Aiden me bajó el velo antes de ofrecerme su brazo.

—Lanzamos una moneda al aire —admitió—. Gané.

Hizo trampa, quiso decir, pero no dije nada. Estaba feliz de tenerlos conmigo. Enlacé mi brazo con el suyo y nos dirigimos a la puerta cuando se abrió para encontrar a unas cincuenta personas de pie.

—Saben que algo azul sirve para evitar la infertilidad —comentó Áine en un susurro, con humor en la voz. Miré por encima del hombro y la vi hablando con los gemelos.

—Ustedes...

Sin embargo, antes de que pudiera darme la vuelta y golpearlos con mi ramo, Aiden me instó a seguir adelante.

Todos esperaron. Observaron. Sonrieron.

Olvidados mis hermanos, di un paso adelante y un suave jadeo colectivo llenó el aire.

Mis ojos encontraron al hombre que esperaba al final del altar. La ayuda llegó del lugar menos esperado.

Sus ojos estaban fijos en mí.

Las velas iluminaban el camino, el sol del atardecer resplandecía, brillando a través de la oscuridad. Al parecer, también me volví poética durante el embarazo.

Mi mente susurraba: *«Es falso. Es falso. Es falso»*.

Pero la expresión de Luca era demasiado real. Mariposas trabajaban tiempo extra en mi estómago. Luca caminó hacia nosotros antes de que llegáramos al altar y su *Nonno* soltó una suave risita desde el primer banco.

Quizá solo estaba interpretando su papel. No lo parecía, no obstante, todos éramos buenos actores cuando lo necesitábamos.

Cassio fue el padrino de su hermano. De repente, tenía una dama de honor. Sin embargo, nada de eso importaba excepto *él*.

Luca estrechó la mano de Aiden y entonces mi hermano levantó mi velo y depositó un suave beso en mi mejilla.

—Si te hace llorar, lo mataré y te convertiré en viuda. —Las palabras fueron pronunciadas en un susurro, pero resonaron en la iglesia.

Luca sonrió y le dio una palmada en la espalda. Suspiré, casi derrumbándome de miedo. Al menos Luca se lo tomó a broma. Aunque conociendo a Aiden, hablaba muy en serio.

Entonces Luca me ofreció su mano y la tomé. Siempre mostraba esa confianza y, aunque me molestó cuando nos conocimos, hoy alimentaba la mía. Mis pasos eran firmes y mantenía la cabeza alta mientras acortábamos la distancia que nos separaba del altar, donde nos esperaba el sacerdote.

Nos colocamos uno frente al otro. Pronunciamos nuestros votos. Hicimos nuestras promesas delante de Dios y de los testigos.

La culpa me carcomió en el pecho. *«Esto es falso. Esto es falso. Esto es...»*.

El tercer canto fue olvidado cuando Luca deslizó un anillo en mi dedo. Un aro de diamantes y zafiros azules. Antes de que yo entrara en pánico, me entregó su alianza.

Cuando busqué su rostro, murmuró en voz baja para que solo yo pudiera oírlo:

—El anillo de *Nonno*.

Mis ojos se desviaron hacia *Nonno*, que sonreía en el primer banco. Parecía más feliz que nunca. Su sonrisa era amplia. Sus ojos oscuros brillaban como estrellas en la noche. Luca tenía razón. Esta boda le estaba sentando bien.

Asentí en un silencioso agradecimiento por todo lo que había hecho por mí. No solo hoy, sino desde el momento en que nos conocimos.

Cuando el sacerdote pronunció las últimas palabras, declarándonos marido y mujer, Luca se inclinó, agachó la cabeza y sus labios tocaron los míos, sellando nuestro acuerdo.

Su boca se apretó contra la mía, áspera pero suave. Devoradora y cautivadora. Su sabor a canela y especias me recordaba a algo, sin embargo, mi cerebro estaba demasiado confuso para

recordarlo. En lugar de eso, me empapé de su sabor. Su lengua se enredó con la mía y todos los pensamientos se evaporaron de mi mente. Me limité a sentirlo, dejándolo que me consumiera.

Su mano en mi cintura y su boca en mis labios se sentían como un cubo de hielo derritiéndose sobre mi piel desnuda y acalorada en un caluroso día de verano. No podía decidir si era saludable o no. Olas ásperas bañaban mi piel.

Luca era una droga.

Si no tenía cuidado, se convertiría en mi droga preferida.

VEINTISIETE

MARGARET

Coloridos arreglos florales decoraban todo el patio trasero de la villa de *Nonno*. Los naranjos y limoneros perfumaban el aire. Y los pájaros canturreaban su emoción junto con la suave música de fondo.

Luca y yo nos movíamos en la pista de baile que estaba instalada en el gran patio de la villa de su abuelo, con magníficas vistas al mar y a las montañas.

La gente nos miraba disfrutar de nuestro primer baile como marido y mujer. El ambiente era casi surrealista. Una boda pequeña resultó no ser tan pequeña después de todo. *Nonno* tenía demasiados socios que se sentirían ofendidos si no los hubiera invitado. Así que ahí estábamos, cien invitados, más o menos.

Fue una solución tanto para Luca como para mí. Una especie de matrimonio concertado que ambos aceptamos. Era algo *falso*. ¿Verdad?

Pero si todo esto era falso, ¿por qué parecía tan real? La forma en que Luca me miraba, sus ojos fijos en mí, lo hacía sentir real. Demasiado real.

Nos movíamos al unísono al son de alguna vieja canción italiana. No teníamos una para los dos y la primera canción con la que nos conocimos desde luego no era apropiada. Podía imaginar cómo reaccionaría este público tradicional ante la canción *Fuckboy* como nuestro primer baile. Así lo había llamado la primera vez que nos cruzamos. El momento de la canción fue oportuno y casualmente apropiado entonces.

Sin embargo, no podía estar más equivocada sobre él.

—Esta vista es impresionante —admiré, mientras mis ojos se empapaban del paisaje de ensueño.

Me hizo girar en mis pies antes de tirar de mí hacia atrás, así que volví a su cuerpo. Bailaba muy bien, pero eso ya lo sabía. Lo había visto hacerlo antes con otras mujeres.

—Es la vista más hermosa que he visto alguna vez —afirmó.

Su sonrisa apareció lenta, sus ojos no se apartaban de mí y me observaban con una expresión ilegible.

—Gracias por traer a mis hermanos. —Dios, cuando me miraba así, podía derretirme en un charco y rendirme ante él. Pero no lo haría. Porque esto era *falso*. F.A.L.S. O—. ¿Cómo los convenciste?

Luca se rio.

—Pensaron que te estaba obligando a casarte conmigo. Así que, como una manada de lobos, corrieron a asegurarse de que estuvieras a salvo.

Sacudí la cabeza.

—Deja de burlarte de ellos.

Me dirigió una mirada inocente, conteniendo a duras penas su sonrisa. Dios, podía ser traviesamente guapo cuando quería. Cada vez me costaba más mantenerlo a distancia.

Olvidar que se trataba de un acuerdo mutuamente beneficioso sería un error. Tendría que recordármelo una y otra vez. De alguna manera, Luca King, corrección, DiMauro, se había convertido rápidamente en un hombre que me gustaba, en lugar de un hombre que despreciaba. A decir verdad, creo que nunca lo odié de verdad. En cualquier caso, ya no lo hacía. Quizá las hormonas también tuvieron algo que ver con eso.

Levantó la mano hacia los demás para que se unieran al baile. Los invitados no necesitaron otro empujón. Rápidamente se arremolinaron en la pista de baile.

—Sé que eres muy unida a ellos —respondió Luca—. Quería que tuvieras al menos eso. Siento no haber traído a tu madre.

Sacudí la cabeza.

—Es mejor que no lo hayas hecho. —Asintió en señal de comprensión—. ¿Así que conoces a toda esta gente? —pregunté, cambiando de tema.

No quería aventurarme en el tema de mi madre. Al menos no ese día.

La gente comía, reía y bailaba. Todo el mundo parecía divertirse, a pesar de que nadie me conocía. En general, el día fue casi perfecto. Bailé con *Nonno*, luego con cada uno de mis hermanos. Incluso Cassio me pidió un baile.

Se levantó y me tendió la mano, que acepté a regañadientes. No es que nos odiáramos, pero de algún modo siempre nos alejábamos el uno del otro.

La música corría a través de la brisa y los dos bailábamos dejando mucho espacio entre nosotros. Mi bebé se encargó de que así fuera.

Cassio y su hermano compartían un aspecto físico. Cualquiera con un par de ojos podía darse cuenta. Al parecer, no tenía dos ojos porque aquel día en Las Vegas, delante de los ascensores y durante el trayecto, nunca caí en la cuenta de que estaba mirando a Cassio King. Solo me fijé en Luca. Debió de entorpecer mi capacidad de observación.

Sin embargo, a pesar de su parecido físico, no podían ser más diferentes. Luca era más impulsivo y se ocultaba bajo capas de despreocupación. Al menos eso fue lo que descubrí la semana pasada.

Cassio, en cambio, era frío y manipulador. De los dos, Cassio tenía más probabilidades de convertirse en su padre. Probablemente fue bueno para todos en este mundo que no lo hiciera, porque mi instinto me decía que causaría más estragos de los que jamás podría causar su padre.

—¿No me digas que no tienes nada que decir, hermana? —Me puse ligeramente rígida ante aquel título. Creía que nunca sería capaz de considerarlo como un hermano—. ¿O prefieres que te llame cuñada?

—No me importa —dije rápidamente.

Dejó escapar un suspiro.

—No confías en mí, ¿verdad?

—No te has ganado precisamente mi confianza —repliqué con dureza, y entonces me di cuenta de que no era justo echarle toda la culpa. También cometí mis errores voluntariamente. Si no hubiera actuado imprudentemente en Las Vegas... Bueno, no importaba. Los “hubiera” no cambiarían nada de esto. Por una vez, realmente creí que estaba exactamente donde necesitaba y quería estar.

Bailamos en silencio, sus pasos más lentos por mi bien.

—Tu esposo me está mirando mal —se burló Cassio, ladeando la cabeza en dirección a Luca.

Seguí su mirada y, efectivamente, Luca tenía los ojos entornados hacia su hermano mayor y murmuraba en silencio “Apresúrate”.

Negué con la cabeza, sonriendo, y volví a prestar atención a Cassio.

—¿Cómo te sientes con el cambio de apellido? —inquirí.

Me miró pensativo.

—Triste y feliz. —Arrugué las cejas confundida—. Estoy feliz por Luca. Siempre odió toda nuestra asociación con el apellido King. Era más hijo de nuestra madre que de nuestro padre. —Eso ciertamente iba de acuerdo con la declaración que *Nonno* me dio—. Triste por mí porque soy el único maldito que queda con este jodido apellido.

De acuerdo, eso fue inesperado.

—Bueno, Áine también tiene ese apellido ahora —le recordé suavemente—. Y tus hijos lo tendrán. Quizá puedas cambiarlo para bien.

—Eso espero.

Me estudió y tuve que hacer todo lo posible para no apartar la mirada. Podía ser intimidante. La tinta que marcaba la piel de su cuello y sus manos transmitía la sensación de “no te metas conmigo”. Luca no tenía tinta visible, y tenía que admitir que me gustaba ese aspecto más limpio. Aunque sabía sin lugar a dudas que Luca era cualquier cosa menos un tipo limpio. Tenía un encanto de chico malo que literalmente podía derretirte las bragas.

Podía dar fe de ello. Nuestro pequeño *picnic* fue la cosa más ardiente que había experimentado en mucho tiempo. *Picnic* nunca volvería a tener el mismo significado.

—En cualquier caso, cambiar su apellido a DiMauro es lo correcto. Se hará cargo de Sicilia después de *Nonno* y la gente lo seguirá. Siempre ha sido más feliz aquí. Este es su hogar.

Era toda la confirmación que necesitaba. Sicilia también se sentía como estar en casa. No cabía duda de que la vida actuaba de forma misteriosa.

Nonno interrumpió nuestro baile.

Me tomó de la mano y me paseó presentándome a todo el mundo. A sus primos. Sus parientes lejanos. Y luego a los pocos amigos vivos que quedaban.

—Este es Enrico Ferrara Marchetti. —Presentó. Dos guardaespaldas lo seguían. Torcí el cuello para mirarlo a los ojos y... *vaya*. Simplemente *wow*. Nunca había visto a un hombre maduro tan sensual, pero este hombre lo era. Era guapo, con hombros anchos que llenaban su traje Brioni de tres piezas. La fuerza se desprendía de su cuerpo en oleadas.

Peligroso. Despiadado. Él era importante.

Nadie tenía que decírmelo.

Sus ojos penetrantes se posaron en mí, aquel cabello espeso y oscuro con un toque plateado en las sienes indicaba experiencia. Contribuía al atractivo del hombre. Desde luego, no le quitaba ni un ápice de atractivo.

—Tu padre y yo éramos muy buenos amigos.

Asentí una vez.

Extendió la mano y puse la mía en la suya.

—Señor Marchetti —pronuncié con una sonrisa. A estas alturas, me dolían las mejillas de tanto aguantar la sonrisa—. Gracias por venir.

Luca apareció de la nada, rodeándome con el brazo para colocarse a mi costado.

—Es un honor tenerlo presente —añadió Luca en tono frío.

Mis ojos se movían entre mi nuevo esposo y el señor Marchetti. Parecía importante, pero nunca había escuchado su nombre. Ni durante mi estancia en Italia ni en casa. Sin embargo, apostaría mi vida a que formaba parte del bajo mundo. A pesar de sus modales fáciles, había en

él una crueldad implacable. Estaba en los fantasmas que acechaban en sus ojos.

—No me lo perdería —comentó, acercándose, hasta que se elevó por encima de mí. No era difícil. Rivalizaba con Luca en tamaño. Sus ojos recorrieron mi barriga de embarazada—. Han estado ocupados.

Mis mejillas se sonrojaron. La palma de la mano de Luca se posó suavemente sobre mi vientre.

—Ya sabes lo que dicen —añadió Luca—. No hay mejor momento que el presente para tener un bebé. Y ahora que estamos casados delante de Dios, volvemos a estar en su gracia.

Mantuve la sonrisa congelada en el rostro. Los italianos eran muy religiosos, y no creía que al señor Marchetti le gustara que se burlaran de él.

—Tu *Nonno* me ha dicho que te harás cargo del imperio DiMauro —declaró Marchetti, cambiando casualmente de tema—. Y que ya no eres un King.

La mano de Luca frotó suavemente mi hombro. Arriba y abajo. Arriba y abajo. El movimiento era reconfortante.

—Así es. Mi esposa y yo volveremos a New York. Necesito liquidar algunos negocios allí y conseguir cobertura. Luego volveremos aquí a vivir la mayor parte del año.

—Maravilloso. —Marchetti sonrió, una sonrisa despiadadamente hermosa. Sus ojos volvieron a mí—. Estoy deseando conocer a tu hija y verla crecer.

Su interés por mi hija me desconcertó. Ladeé la cabeza, estudiándolo. No apartó los ojos, con un reto ardiente en su fría mirada llena de determinación.

—Enrico, gracias por dar tu palabra y apoyar mis deseos de ver a mi *nipote* casado por la iglesia. —*Nonno* alivió diplomáticamente la tensión—. Mi Penelope y esposa están felices en el cielo velando por ellos ahora.

—Claro, teniendo en cuenta que casi fue mi madre —reflexionó. Cuando le dirigí una mirada confusa, me explicó—: Mi padre y *Nonno* tuvieron la gran idea de unir a nuestras familias haciendo que mi padre se casara con Penelope. Por desgracia, eso nunca ocurrió.

—Sin embargo, no interrumpió la paz que habíamos mantenido durante décadas —agregó *Nonno*, con su bastón golpeando el suelo—. Ahora cimentaremos nuestra duradera relación.

El Sr. Marchetti asintió y ambos continuaron su conversación en italiano. Al apartar su atención de nosotros, Luca y yo dimos un paso atrás.

—¿Qué fue eso? —murmuré en voz baja, sin dejar de sonreír—. ¿Quién *es*?

—Enrico Marchetti es una figura muy destacada en Europa y en el mundo —detalló Luca, sin explicar realmente nada.

Volvimos a bailar antes de que nos interrumpiera un alboroto, el grito de una niña, en la esquina más alejada del jardín. Los ojos de todos se desviaron hacia la parte trasera, donde parecía haber estallado una pelea.

Una niña se colgó de la espalda de un niño, golpeándolo con los puños.

—¡Déjalo en paz! —chilló, con sus rizos hilados en oro rebotando mientras seguía golpeándolo—. ¡Aléjate de él o... te morderé! —advirtió, con los ojos desesperados puestos en los cuatro chicos.

—Parece que cuatro chicos se han confabulado contra uno, y la chica ha decidido luchar por el que tiene la desventaja —observó divertido Luca.

Lo tomé de la mano.

—Tenemos que ayudar.

Jalándolo, corrimos hacia el creciente público que rodeaba el espectáculo. Cuando nos abrimos paso entre la multitud, la pelea ya había terminado.

La niña era sostenida en el aire por su padre. Al menos supuse que era su padre. La chiquilla pataleó, como si quisiera atacar de nuevo al niño. Tenía el cabello alborotado, enmarcando su cara en forma de corazón, y las manos cerradas en pequeños puños.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. No tendría más de cinco años y miró al niño de doce, amenazándolo.

—¡Si vuelves a tocarlo, Enzo, te arrancaré la cabeza! —reviró.

—*¡Basta!* —gruñó su padre en italiano. *Suficiente*—. O estarás castigada hasta que tengas dieciocho años.

No escuchó la amenaza, sus ojos en el chico que se levantó y se limpió la boca con el dorso de la mano. Mantuvo una mirada cautelosa sobre los chicos que lo atacaron.

—El chico es impresionante —susurró Luca—. Cuatro chicos contra uno, y está menos magullado que los cuatro juntos.

Tenía razón. Mis ojos recorrieron al chico de espesa cabellera negra que reflejaba un matiz azul bajo la luz del sol. El chico era joven, tal vez once años, pero sus pómulos prominentes y sus ojos más oscuros que la noche ya dejaban entrever a un hombre que se convertiría en alguien destinado a romper los corazones de las mujeres.

Lo quisiera o no.

—Atacaron a Amadeo —siseó la niña—. Estaba hablando conmigo y vinieron por detrás y empezaron la pelea.

—Aria Elora Costello, he dicho *basta.* —El rostro de su padre se ensombreció—. ¿Tu hermano te enseñó a hacer eso? ¿A pelear? —Estaba claro, por la forma en que apretó los labios, que no le respondería. El anciano suspiró y la levantó en brazos—. ¿Qué voy a hacer contigo?—suspiró.

—Eso no estuvo bien —murmuró con expresión apenada.

De repente, la multitud se separó y el señor Marchetti se acercó. Sus ojos se fijaron en la situación y luego se volvieron hacia el chico al que la pequeña Aria había mordido y el que había sido atacado.

—Enzo, Amadeo. —Empezó con calma, pero había una nota de advertencia en su tono—. ¿Qué ha pasado aquí?

Las respuestas llegaron todas al mismo tiempo. De niños, mujeres y hombres. Italiano, español y otro idioma que no entendía.

Los únicos que no dijeron nada fueron Aria y Amadeo.

La chica de rizos dorados y ojos azul claro miró fijamente a Amadeo. Entre los dos se cruzaron palabras mudas, su luz chocando con la oscuridad de él.

Y de alguna manera sabía que su oscuridad amaba su inocencia.

VEINTIOCHO

MARGARET

La luna de miel había empezado oficialmente en el momento en que dejamos la recepción y subimos a bordo del lujoso yate. El término yate no encajaba con este barco de tres niveles y una piscina. Los cristales tintados corrían a lo largo de la cubierta, ocultando el interior de cualquier ojo.

—¿Solo nosotros en el barco? —le pregunté a Luca.

—Nosotros y la tripulación.

Uno de los miembros de la tripulación apareció en ese momento, nos saludó y llevó nuestras maletas a la *suite*.

Cuando desapareció de mi vista, miré a Luca.

—Dos dormitorios, ¿verdad?

Tuvimos nuestro pequeño interludio durante el *picnic*, pero no quería precipitarme. Teníamos tiempo y quería tomármelo con calma.

No contestó. Se limitó a tomarme la mano mientras el yate abandonaba lentamente el muelle.

—Déjame mostrarte los alrededores.

Hice una mueca.

—No tengo precisamente el mejor balance en esta etapa de mi embarazo.

—Nunca te dejaría caer. Protejo lo que es mío. —Sus palabras estaban llenas de algo oscuro y pecaminoso, tenía mis entrañas temblando. Este tenía que ser mi castigo por haber quedado embarazada. Mi cuerpo reaccionaba a Luca a mil por hora y bastaba una simple mirada para que mis bragas se empaparan con la evidencia de mi deseo.

El karma era una perra. En mi caso, un tipo de perra con bragas mojadas.

Embarcamos en el lujoso yate que nos esperaba en Sicilia, y tuve que recordarme que debía cerrar la boca porque miraba de izquierda a derecha maravillada. Nunca había visto tanto lujo en mi vida, y no es que me hubiera criado en la pobreza.

La guía alrededor del yate duró una eternidad. Al menos, eso parecía. Había grandes espacios habitables en cada cubierta. Salones y exuberantes camarotes. Una *suite* principal con *jacuzzi* y una ventana acristalada al océano. Y no olvidemos el helipuerto.

—¿De quién es este yate? —inquirí mientras nos colocábamos en la zona del club de playa de la cubierta inferior.

Mis ojos se clavaron en el horizonte, la extensión de mar Jónico azul impresionante, con la brisa salada en nuestras caras.

—Nuestro.

—*Hmmm.*

Cerré los ojos, recordando de pronto la boda y mi curiosidad por Marchetti y su relación con mi familia. La reacción de Luca hacia él me pareció extraña, casi protectora, lo cual era raro, ya que era obvio que los DiMauro y los Marchetti eran cercanos. Sin embargo, necesitaba saber si estar en Sicilia iba a ser peligroso para mi hija y para mí. No podría disfrutar de la luna de miel con eso sobre mi cabeza.

—¿Te encuentras bien? —Luca me tocó la barriga. Por alguna razón, parecía que le encantaba tocarme la panza. Extrañamente, no me molestaba. Mi pecho se agitaba cada vez que la tocaba, y la bebé daba volteretas adicionales.

Parecía que a la pequeña Penelope también le encantaban las caricias de Luca. Me quedé helada. ¿Penelope? Bajé los ojos hasta mi estómago y supe, solo lo supe en el fondo, que ese era el nombre para mi pequeña.

—¿Qué pasa, Margaret?

Levanté los ojos hacia él y mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Penelope —musité—. Creo que es el nombre adecuado. —Algo se reflejó en el rostro de Luca, y me preocupó que tal vez le molestara tener un recuerdo de su madre—. A menos que...

—Me encanta —replicó en tono ronco—. *Nonno* podría llorar cuando se entere.

No pude evitar sonreír.

—Tendremos que decirle que no llore, o cambiaremos de opinión.

Sonrió satisfecho.

—*Nonno* te hará prometer con sangre que el nombre de la bebé será Penelope.

—¿Luca?

—¿Sí?

—Mi hermano dijo que hay una venganza entre los Marchetti y los Callahan. ¿Es eso cierto? —Asintió con la cabeza—. Si ese es el caso, no puedo quedarme aquí y poner a mi bebé en riesgo.

—*Nuestra* bebé.

Suspiré.

—Luca, sabes lo que quiero decir.

—Tú y la bebé son parte de la familia DiMauro. Siempre estarán protegidas. Su seguridad es mi primera prioridad.

Le creí. Dios me ayudara, realmente le creí.



Llevábamos cuarenta y ocho horas flotando en esta mansión sobre el agua.

Luca insistió en que me quedara con la *suite* principal del yate. No quise ni oír hablar de ello, así que cuando llegó la hora de dormir, me escabullí a la primera habitación contigua y me quedé dormida. Por acuerdo tácito, todas mis cosas se quedaron en la *suite* principal.

Me quedé despierta en medio de la gran cama, el sonido de las olas golpeando el costado del barco me tranquilizaba. Sin embargo, no conseguía conciliar el sueño. Las estrellas brillaban como diamantes a través de la ventana, reflejándose en la oscura superficie del mar. Una inquietud que no había sentido en mucho tiempo me subió por la espalda, negándose a dejarme descansar.

Me giré hacia el otro lado y me tapé con la manta. Sentía la piel tensa. El chapoteo constante de las olas me incitaba. Ridiculizaba el hecho de que durmiera sola en mi cama. En mi luna de miel.

Me bajé de la cama enfadada. Miré el reloj y me fijé en la hora. Eran las once de la noche. Quizá Luca seguía despierto y me haría compañía. Descalza, crucé la habitación y salí al pasillo. Apenas di diez pasos y estaba frente a la puerta del dormitorio principal.

Llamé suavemente a la puerta. No hubo respuesta. Puse la mano en el picaporte, empujé y la puerta se abrió de golpe. Fue entonces cuando escuché el sonido constante del agua corriendo. Mis ojos se desviaron hacia el baño. La puerta estaba abierta de par en par y la luz entraba en la habitación.

—¿Luca? —llamé.

No hubo respuesta. Tragué saliva mientras se me aceleraba el pulso y se me cortaba la respiración. No debía hacerlo. Estaba claro que Luca estaba en la ducha. No obstante, mis pies ya se movían por voluntad propia.

«Es tu esposo», susurró mi mente. No pasaba nada si espiaba a mi marido.

—Margaret. —Un gemido torturado. La voz de Luca. Un infierno estalló en mí al oír su voz.

Me acerqué cada vez más a la puerta del baño. Otro gemido suave. Un sonido rítmico de carne acariciando carne. La puerta se abrió y Luca apareció a la vista.

Se me entrecortó la respiración y se me contrajeron las entrañas. Un fuego se encendió en la boca de mi estómago y un dolor palpitante pulsó entre mis muslos.

Me quedé mirando los músculos esculpidos de su espalda, la piel resbaladiza y brillante que me producía una sed que solo él podía saciar. Con una mano apoyada en la pared de la ducha, flexionaba el bíceps. Adelante y atrás. Arriba y abajo. Su cabello oscuro brillaba con las gotas de agua.

Sus movimientos eran espasmódicos y juraría que los sentía en mi interior. Apreté los muslos, ignorando las palpitaciones que me instaban a unírmele.

Mis ojos recorrieron sus anchos hombros, bajaron por su espalda, su estrecho torso y aquel trasero. Jesucristo, estaba mal que un hombre tuviera un culo tan hermoso. Su cuerpo se flexionaba con cada movimiento, su mano agarraba su miembro mientras se empuñaba. Arriba y abajo.

Se movió un poco y contuve la respiración, preocupada por si me atrapaba. Pero nunca me miró, ahora me ofrecía la vista de perfil más magnífica. Sus caderas se movían más rápido y su puño bombeaba con más fuerza. Apostaría mi vida a que mi esposo cogía rápido y duro. Sin piedad, en celo como una bestia.

No había ni una sola cosa que no me gustara.

Otro gruñido. Su cabeza se inclinó hacia atrás, sus ojos se cerraron. Sus gemidos eran ásperos y roncos, seduciéndome. Atrayéndome.

No podía dejar de mirarlo. Tenía la boca seca, el pulso acelerado y la respiración agitada. El corazón me retumbaba bajo las costillas con tanta fuerza que amenazaba con rompérmelas.

—¡Joder, sí! —gimió, flexionando el bíceps. Un suave gemido se deslizó por mis labios al mismo tiempo que raspaba un áspero—. Margaret.

Al escuchar mi nombre, me quedé boquiabierta. Mi cuerpo se encendió como un volcán y mi sexo palpitó con un dolor que sabía que solo él podía saciar.

Se corrió con un sonido gutural, incendiando cada centímetro de mi piel.

Sin hacer ruido, como una cobarde, di un paso atrás. Y otro. Luego volví corriendo a mi dormitorio.

Mientras me metía en la cama, se repetían las imágenes de mi marido masturbándose.

No me di cuenta hasta que me dormí.

Tenía un *piercing* en su pene.



Cuando me desperté, estábamos en Grecia. El agua era azul zafiro y cristalina. Podía ver el fondo desde donde mirara. Luca tenía que atender unos asuntos, así que terminé de desayunar, fui a nadar y luego me puse un vestido holgado.

El tiempo había cooperado desde que salimos de Sicilia, y lo tomé como una buena señal para el futuro.

Me quedé mirando a lo lejos, admirando la vista. Casas encaladas con tejados azules. Molinos de viento. Montañas de fondo. Islas Patroklos. Restos del templo de Poseidón.

—¿Tienes hambre?

Levanté la cabeza y me encontré con los ojos de Luca. Al instante, las imágenes de la noche anterior invadieron mi mente y mis mejillas se encendieron. Dios mío, nunca había visto nada tan *sexy*. Bueno, aparte de mi noche salvaje en Las Vegas.

Sacudí la cabeza y bajé los ojos hacia mi libro, desesperada por ocultar mi vergüenza.

—¿Quieres ir a explorar esta tarde?

Me enderecé y mis ojos buscaron su rostro.

—¿La costa?

Se rio entre dientes.

—Sí, la costa.

—Sí, me encantaría ir a explorar.

—Entonces exploraremos.

Diez minutos más tarde, estaba en la cubierta con un vestido blanco, lista para salir de este yate. Luca se había refrescado y duchado. Parecía un millón de dólares vestido con unos *shorts* blancos y una *polo* de manga corta del color de sus ojos. Las mariposas de mi estómago revolotearon y el deseo por mi esposo se estremeció entre mis muslos, pero lo ignoré.

—¿Lista? —indagó.

Asentí y me tendió la mano. Me ardía la cara por las imágenes de lo que podía hacer esa mano. Mi marido era un espectáculo cuando se masturbaba. Pero mi nombre en sus labios era lo que me había deshecho.

—¿Está todo bien?

Sacudí la cabeza, despejando las imágenes.

—Sí, todo está perfecto.

Sonreí y le agarré la mano. Cualquiera diría que éramos un matrimonio feliz y no dos desconocidos que habían llegado a un acuerdo. Me ayudaba y yo lo ayudaba.

Excepto que parecía más. Mucho más que eso.

El barco nos dejó en la costa y empezamos a explorar. Había viajado mucho con mis padres, sin embargo, nunca había visitado Grecia. Las casas encaladas con contraventanas y tejados azules, las tiendas, la gente... era mucho mejor que cualquier anuncio de viajes o postal. Nos tomamos nuestro tiempo explorando, mirando escaparates, en algunas tiendas entrábamos, en otras simplemente pasábamos de largo.

—¿Te gusta? —preguntó. Señaló un precioso collar de oro de veinticuatro quilates con un colgante de diseño antiguo que solo fabricaba esta tienda local. A cada tienda que íbamos, Luca quería comprarme algo y me resistía. Aunque este me cautivó.

—Es precioso —afirmé—. Pero solo estamos mirando escaparates.

—Nos lo llevamos —le dijo al dueño de la tienda.

—Luca, es demasiado —pronuncié, aunque mis ojos volvían una y otra vez a él. Nunca había

visto nada igual—. Además, ni siquiera me pongo joyas.

Luca hizo caso omiso de mis protestas. Se acercó por detrás, me colocó el collar alrededor del cuello y me besó la nuca mientras lo abrochaba.

—Póntelo para mí. —Mientras susurraba las palabras, su boca recorrió mi piel, su aliento caliente en mi cuello me produjo escalofríos—. Por favor.

Sus labios me abrasaron la piel, mi corazón se aceleró y el deseo se encendió. ¿De verdad era tan fácil perder la cabeza por alguien? Parecía que sí. Todo lo que tenía que hacer era ver a mi esposo masturbándose en la ducha.

—Está bien. —Mi acuerdo fue sin aliento y mi pecho golpeó con una emoción extraña—. Gracias.

De la mano, nos perdimos entre los lugareños. Los jóvenes no nos dedicaban ni una segunda mirada, pero los mayores nos paraban y charlaban con nosotros como si nos conocieran de años. Sinceramente, no recordaba la última vez que la había pasado tan bien.

Durante el resto de la tarde, mis dedos siguieron buscando el collar, comprobando si seguía allí. Y cada vez se me hinchaba el corazón.

Esta fue una caída fácil.

VEINTINUEVE

LUCA

Dos semanas.

Llevábamos dos semanas casados y los dos seguíamos vivos. Era una buena señal. Tal vez teníamos un futuro por delante.

De hecho, si me preguntaban, fueron las mejores semanas de toda mi vida.

Margaret y yo habíamos caído en una rutina. Las cosas iban bien. Pero todo el tiempo, en el fondo de mi mente, un sentimiento persistía. Tal vez era paranoia. O miedo de perderla ahora que por fin la había conseguido.

La verdad era que no quería traer a mi mujer de vuelta a New York. Quería dejarla en Sicilia con *Nonno*, pero ella no lo permitiría. La gente lo encontraría extraño. Yo no era de los que se separaban de lo que era suyo.

Y Margaret DiMauro era mía. *Mía* en todos los sentidos.

Lo había sido desde el momento en que apuñalé a mi padre por ella. Para salvar su vida. Nunca esperé volver a verla. Nunca había estado en mis planes.

Sin embargo, no podría estar más feliz de que se filtrara en Temptation hace tantos años. Cambió todo el curso de mi vida.

Era lo único que valía la pena tener. Ella y nuestra bebé.

Había estado trabajando diligentemente en establecer lo necesario para lavar dinero del negocio que dirigiría en Sicilia. No quería que nada de eso tocara mis negocios legítimos, así que tardé más de lo que me gustaba.

Sin embargo, mi esposa no se quejó.

Se tomó tiempo para reunirse con Áine. Organizaron una salida de compras para que pudiera comprar todo lo que necesitábamos para nuestra pequeña Penelope. Había protestado porque la tarjeta Amex negra era demasiado, pero yo no estaba de acuerdo. Solo lo mejor para mi pequeña.

Lo mejor de mis días eran las cenas con mi esposa.

Prefería quedarse en casa. Cena y película, decía. No sabía cocinar una mierda, así que pedía comida para llevar y, después de comer, me arrastraba al sofá, me ponía los pies encima y ponía una película vieja.

Se perdía en la película. ¿Y yo? Todo lo que sentía y olía era a ella. Esperé a que estuviera lista, a que diera el siguiente paso. No quería presionarla, pero no podía negar la atracción que se estaba gestando entre nosotros.

Cuando entré en el *penthouse*, el olor a carne asada y romero me invadió.

—¡Cariño, estoy en casa! —grité, sonriendo como un tonto—. La cocina sigue en pie y algo huele delicioso.

Mi esposa asomó la cabeza por la puerta de la cocina, con una espátula en la mano.

—Por fin. —Sonrió—. Ven aquí y saca este maldito sartén del horno. No puedo agacharme con esta barriga gigante.

Me reí entre dientes mientras desaparecía en la cocina y yo me movía, siguiéndola.

Cuando entré, exclamó.

—*Ta-da.*

La mesita estaba puesta con una vajilla que no sabía que tenía y dos velas en el centro.

—*Wow*, parece romántico —comenté con una sonrisa—. No tenías que esforzarte tanto para seducirme, esposa. Todo lo que necesito es un beso y soy tuyo.

Agarré una de las papas asadas y me apartó la mano de un golpe.

—Espera hasta la cena —regañó, pero su sonrisa lo arruinó todo.

Por suerte, la papa aún estaba en mi mano, así que me la llevé a la boca. Estaba deliciosa.

—¿Cuándo aprendiste a cocinar?

—¡Programa de cocina! —exclamó—. ¿Sabías que había programas de cocina? Programas de cocina de verdad. Puedes cocinar con ellos.

Me reí entre dientes.

—Lo sabía.

No es que hubiera visto muchos.

—De todos modos, me ayudó a preparar todo esto. Si sacas el asado, podemos probarlo. También pedí comida china por si esto falla.

Le di un beso en la mejilla y me reí entre dientes.

—Huele delicioso, así que creo que comida china no va a ser. Ahora siéntate. De aquí yo me encargo.

—Luca —protestó—. Soy la esposa.

—Y soy el esposo. Esto es una sociedad, y no quiero que le pase nada a mi esposa y a mi hija nonata.

Se puso nerviosa y sus mejillas enrojecieron. Ocurría cada vez que me refería a la bebé como mía. Era mía, pero Margaret aún no lo sabía.

Se sentó y llevé la gran bandeja con el asado, las papas y los guisantes. Empezamos a comer y, o tenía mucha hambre, o mi mujer ya tenía el cocinar bajo control.

—Esto está bueno, esposa —elogié su comida—. Mejor que un restaurante.

—Gracias. —Me dedicó esa sonrisa que tenía el poder de ponerme de rodillas—. ¿Cuál es tu plato favorito? Quizá lo intente después.

Resistí el impulso de levantarla y sentarla en mi regazo. Si la temperamental Margaret era atractiva, la amable Margaret era francamente irresistible.

—Prepara raviolis caseros de *ricotta* y mi corazón será tuyo para siempre —repliqué divertido por su entusiasmo.

Tomó su teléfono y tecleó algo.

Cuando ladeé una ceja, me explicó:

—Se me olvida todo. Estoy tomando nota.

Una vez satisfecha, guardó el teléfono y volvió a centrar su atención en mí.

—¿Qué tal tu día? —agregó mientras cortaba su comida—. ¿Estás avanzando con tus negocios?

Tragué saliva antes de contestar.

—Sí, despacio, pero seguro. ¿Echas de menos Sicilia?

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

—Lo hago. Y a *Nonno*.

Ladeé la cabeza pensando que estaba bromeando, no obstante, parecía seria.

—¿Puedo preguntarle si le interesaría visitarnos un rato? —Ofrecí.

Negó con la cabeza.

—Le gusta mucho estar allí —respondió—. No lo hagas sufrir con este circo metropolitano. Cuando acabemos aquí, volveremos.

—¿Y cómo te fue en tu día? —inquirí—. Además de preparar esta deliciosa comida.

Se encogió de hombros.

—Estuvo bien. Mis hermanos vinieron de visita. —Puso los ojos en blanco, pero su expresión suave lo estropeó—. Tenían que asegurarse de que este lugar era lo suficientemente decente.

Un soplo sardónico me abandonó.

—¿Les pareció adecuado?

—Tyran y Kyran se opusieron a todo —admitió—. Aiden los calló. Dijo que la seguridad es de primera y que el lugar es muy bonito. Además, parece ser el único que reconoce que viviremos en Sicilia. Los gemelos decidieron ignorar todo el asunto. Aiden expresó que no están contentos de tenerme viviendo tan lejos.

—Pueden venir a visitarnos —aseguré. Cuando me miró dudosa, continué—: Ya te dije que Marchetti no te hará daño ni a ti ni a tus hermanos.

—¿Pero le hará daño a tío?

Me encogí de hombros.

—Me temo que la gracia de Marchetti no se extiende a tu tío. Mató a su hermano gemelo y eso seguirá siendo un trago amargo hasta su último aliento.

Suspiró y volvió a comer.

Cuando terminamos, limpiamos juntos la mesa. Enjuagó los platos y yo los metí en el lavavajillas. Como si lo hubiéramos hecho un millón de veces.

—Me sorprende que ayudes con la limpieza —soltó, apoyándose en la encimera y limpiándose las manos, sin dejar de mirarme.

—Mis abuelos hacían equipo en la cocina —confesé mientras cerraba la puerta del lavavajillas—. No importaba que fuera el jefe de la mafia siciliana. En casa, era esposo y padre.

Le rodeé la cintura con un brazo y la llevé al sofá. Era demasiado pronto para acostarse. Sus mejillas se sonrojaron cuando agaché la cabeza.

—Pienso seguir los pasos de *Nonno*.

Agarré el control remoto, me senté en el sofá y ella hizo lo mismo. Luego se quitó los zapatos y levanté sus piernas, colocándolas sobre mi regazo.

Soltó un suspiro en cuanto mis dedos rodearon su tobillo hinchado. Encendí el televisor y se puso por defecto el último canal que había visto. El canal TCM que ponía películas antiguas.

El rostro de Aubrey Hepburn llenaba la pantalla. Reproducía *Roman Holiday*.

—*Ah*, me encanta esta película —admitió, con los ojos puestos en la pantalla.

Me reí entre dientes.

—Lo sé, la has visto unas diez veces desde que nos casamos. —Sonrió, torciendo el tobillo. Estiró las piernas—. ¿Te duele? —indagué.

Sacudió la cabeza.

—Es más bien un inconveniente —murmuró, cerrando los ojos.

Tocarla era una tortura y un placer al mismo tiempo. Si tocar los tobillos hinchados de mi esposa me provocaba una erección, había llegado tan lejos que no tenía ninguna posibilidad de

volver. Pero si esto era lo que estaba dispuesta a ofrecerme por ahora, lo aceptaría.

—Dios, eres bueno con las manos —musitó.

Sus ojos se abrieron de golpe al darse cuenta de cómo sonaban esas palabras.

—Gracias, *Bella*. Me alegra oírlo. —Sonreí con suficiencia—. Sinceramente, estaba bastante decepcionado de que no hubieras venido a verme a mi habitación desde la luna de miel.

Sentí que su cuerpo se ponía rígido, pero no apartó la mirada. No, Margaret. Su mirada se encontró de frente con la mía.

—No sabía que te habías dado cuenta —comentó mientras seguía masajeándole los tobillos.

—Viene con la profesión —expresé—. O estaría muerto muchas veces.

Se rio entre dientes.

—¿Crees que te quiero muerto?

—Bueno, una vez me disparaste —le recordé.

Echando la cabeza hacia atrás, se echó a reír, y no pude evitar una sonrisa.

—No te preocupes, Luca. No quiero perder tus manos, así que no volveré a dispararte.

Incliné la cabeza.

—Es bueno saberlo, esposa. Ahora, dime. ¿Te gustó verme masturbarme?

Las mejillas de Margaret se sonrojaron y pude ver cómo se le erizaban los pezones a través de la fina tela del vestido.

—Fue bastante caliente —admitió, sorprendiéndome. Justo cuando pensaba que no podría—. ¿Sabías que hay clubes de sexo donde puedes ir a ver a la gente tener sexo y esas cosas?

—Sí —repliqué, manteniendo la voz uniforme—. ¿Has estado en uno antes?

Los celos se deslizaban por mis venas como veneno.

—No —suspiró y volvió a centrar su atención en la pantalla. Durante unos minutos, permaneció callada—. ¿Y tú?

—He visitado uno. —Consentí. Se enderezó—. Antes de que te alteres, fue solo de pasada.

—¿Dónde? —exigió saber.

—Hay un club exclusivo aquí en la ciudad —contesté—. Es solo por invitación. The Euphoria Vault.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Dios mío. ¿En serio? Asistir a ese club al menos una vez está en mi lista de deseos. —Era lo último que esperaba que saliera de su boca—. ¿Qué? —preguntó a la defensiva—. ¿Acaso no tienes una lista de deseos?

La estudié.

—Me interesa más saber qué más hay en tu lista de cosas que hacer antes de morir —reflexioné.

Se recostó en el sofá.

—Te lo diré si empiezas a masajearme los tobillos otra vez.

Bajé los ojos y me di cuenta de que mis dedos agarraban su tobillo y ya no lo masajeaban. Reanudé los movimientos circulares, frotando sus pies, sus dedos rojos y brillantes y luego de nuevo los tobillos.

—Estoy esperando —declaré. Me miró con una ceja levantada—. De lo que queda de tu lista de cosas que hacer antes de morir —aclaré.

—Roma estaba en mi lista de deseos —respondió—. Pero ya la he visto. Club de sexo. Aprender a jugar al ajedrez. Ver la aurora boreal. —Respiró hondo y exhaló—. Hay más, pero no puedo recordar en este momento.

Se hizo el silencio. Sus ojos no tardaron en cerrarse y se quedó dormida con *Roman Holiday*

sonando de fondo y mi cerebro trabajando enérgicamente para hacer realidad su lista de deseos.

TREINTA

MARGARET



La risa de papá se apagó.

El vestíbulo parecía ominoso y oscuro. Excepto que por las ventanas entraban rayos de sol. No parecía diferente de lo habitual. Pero sí lo era. Cuando entramos en él.

El presentimiento me oprimía el pecho. El día había empezado tan bien. Da vino a buscarme temprano a la escuela. Dijo que era nuestro momento especial y que comeríamos helado. Pasaríamos el día solos. Él y yo.

A veces Da no parecía feliz en nuestra casa. Siempre parecía feliz en casa del tío Jack, pero mamá odiaba estar allí.

Dejé caer mi mochila al suelo y esperé. Normalmente mis hermanos me abordaban. O mi madre me regañaba.

Sin embargo, nada de eso sucedió hoy. Sin madre. Ni hermanos. Solo una casa tranquila. Pero había un coche extraño afuera. Sabía que Da también lo había notado.

Miré a mi padre.

—¿Dónde están todos, Da? —pregunté.

Tenía las cejas fruncidas y la expresión tensa. Estaba alerta, manteniéndome a su lado.

—Recuerda, amor. Tus hermanos están en el campamento —dijo con voz tranquila. Sin embargo, no coincidía con su expresión. Algo estaba mal—. Estaremos los tres solos. Haremos algo especial.

—Lo olvidé —refunfuñé—. Los voy a extrañar.

Los gemelos y Aiden eran muy listos y Da los envió a un campamento para niños prodigio. Solté un fuerte suspiro. Ojalá hubiera podido ir con ellos. Quería ser inteligente como ellos.

La gran mano de Da se acercó a mi cabeza y me tiró de la coleta.

—Lo sé, pero pronto estarán en casa.

El estallido de cristales nos sobresaltó a los dos.

Mis pasos ya se movían, corrían, cuando los brazos de mi padre me tomaron por la cintura. Sacudió la cabeza y me agarró con fuerza.

—Sal, Margaret —ordenó en voz baja—. Y escóndete.

El corazón me latía deprisa, haciéndome daño en el pecho.

—¿Quién está aquí, Da? —susurré.

Me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta, bruscamente. Y Da nunca fue brusco conmigo, solo con los chicos.

—Escóndete —siseó en voz baja—. Ahora.

Obedeciéndole, corrí hacia la puerta por la que acabábamos de entrar y mis pasos

vacilaron. Tenía miedo por él. ¿Y si necesitaba mi ayuda?

Miré por encima del hombro justo a tiempo para ver cómo Da sacaba una pistola y subía lentamente las escaleras. Sus pasos eran silenciosos y se acercaba sigilosamente. Había visto pistolas toda mi vida, pero nunca había visto a Da empuñar una y mucho menos usarla. Al ver el frío metal se me secó la garganta y se me heló la sangre.

Permaneciendo pegada a mi sitio, observé cómo la sombra de mi padre se alejaba cada vez más de mí. La sangre me rugía en los oídos y el corazón me retumbaba con tanta fuerza que me dolía. Murmuré palabras distorsionadas de una oración que Aiden me había enseñado. Solo llegué al final de la primera estrofa cuando mi padre se detuvo y retrocedió un paso.

—¿Qué dem...? —Todavía podía verlo sujetar la pistola mientras estiraba el brazo. Pero no estaba disparando.

¿Por qué no disparaba si había un tipo malo?

Bang. Bang. Bang.

El cuerpo de mi padre cayó por las escaleras y un grito salió de mis labios. Tum tun. Tu tum. Tu tum. Seguía y seguía, el cuerpo grande y fuerte de padre rodaba por los escalones eternamente cuando en realidad debían de ser solo unos segundos.

Cayó de espaldas, con dos balas en el pecho y una en la garganta.

Me quedé helada mirando la mancha de sangre que florecía en el pecho de Da. La sangre se agolpó rápidamente a su alrededor como un mar rojo.

Jadeó, sus ojos en mí. Horror. Terror. Miedo. Vi cómo el fuerte cuerpo de mi padre luchaba por moverse, cuando unos pasos resonaron en el suelo de mármol. Tum tun. Tu tum. Tu tum.

Todos los sonidos se apagaban bajo el zumbido de mis oídos.

—Corre. —Gorgoteó. Luchó por vivir. Luchó por levantarse, pero su cuerpo era demasiado débil. Entonces su forma cayó hacia atrás y vi cómo la vida se desvanecía de sus ojos.

Me rugió la sangre. Me goteaba líquido por los dedos y al bajar los ojos descubrí que me había clavado las uñas en las palmas con tanta fuerza que sangraba.

Un par de botas negras patearon el cadáver de mi padre.

—Ya era tiempo —se mofó el viejo.

Fue entonces cuando por fin desperté de mi estupor. Me di la vuelta para correr, aunque ya era demasiado tarde. Una mano me rodeó el cuello.

—¿Hacia dónde corres, pequeña? —Ronroneó, levantándome en el aire. Mis dedos arañaron su muñeca. Jadeé mientras me llevaba, con los pies colgando del suelo. El cuerpo de mi padre estaba justo debajo de mí. Quería abrazarlo. Quería salvarlo. Pero ya se había ido.

Goteo. Goteo. Goteo.

Una hoja fría me presionó la garganta.

Pataleé y arañé. Fue entonces cuando vi a mi madre. Tenía la cara manchada de sangre, lágrimas y maquillaje. Estaba en camisón. Era pleno día. ¿Por qué estaba en camisón?

—Mamma. —Me atraganté, con cada sílaba doliéndome en la garganta. No se movió.

Mi visión se oscureció. Perdí el conocimiento. Un fuerte rugido atravesó la bruma de mi cerebro. Mi cuerpo se sacudió.

Cayendo. Cayendo. Cayendo.

Mi cabeza golpeó el duro suelo de mármol y el mundo se oscureció.

Me desperté sobresaltada, con las sábanas sedosas pegadas a mi piel sudorosa. El terror recorrió cada centímetro de mi cuerpo. Recuperando el aliento, me quedé mirando el techo del *penthouse*

de Luca. El sueño siempre volvía en momentos aleatorios. Había algo en él que me faltaba, pero no podía precisar qué.

El recuerdo dolía. La revelación no me sorprendió, pero aun así me dolió. Mi madre no me protegió. No se preocupaba por *Da*. Solo por sí misma.

El *penthouse* estaba cubierto de oscuridad. Igual que mis sueños. La pesadilla que no me gustaba recordar.

Miré el reloj y vi que eran las once de la noche. Estaba tranquilo. Demasiado. Luca solía tener la televisión encendida en la sala o en su dormitorio.

«Por el ruido», dijo.

Un pequeño destello de decepción se encendió en mi pecho. ¿Tenía una noche fuera con otra mujer? No ser infiel era una condición de nuestro acuerdo, pero tal vez se cansó de esperarme. Era ahora cuando me daba cuenta de lo mucho que significaba para mí la fidelidad en nuestro matrimonio.

Por mis venas corría una energía inquieta. Decidida a apagar mi mente, me giré hacia un lado y miré por la gran ventana, con el horizonte de la ciudad parpadeando de luces. Había vivido en New York toda mi vida, pero nunca me había sentido tan bien como en Sicilia.

De repente, eché de menos las noches tranquilas de allí. Echaba de menos las calles oscuras y el sonido lejano de las olas rompiendo contra la costa. Incluso el idioma que no entendía. Era más relajante que el zumbido constante de esta ciudad metropolitana.

Tras una hora dando vueltas en la cama, renuncié a dormir. Luca estaba en mi mente y no encontraría descanso. No hasta que lo sacara de mi mente.

Con un suspiro exasperado, me quité las sábanas de encima y salí de la cama. Agarré el camisón, me lo puse y caminé por los oscuros pasillos hasta la cocina. La luz de la luna se colaba por las ventanas del suelo al techo e iluminaba los armarios grises y blancos. Abrí el refrigerador y tomé el recipiente de leche.

Luca insistió en conseguirme leche orgánica y sin pasteurizar para beber. Mientras la servía en un vaso, mis labios se curvaron en una suave sonrisa al pensar en su consideración. Nunca imaginé que llegaría hasta aquí con el hijo de Benito King.

Cuando me la bebí, lavé el vaso en el fregadero. Cuando me agaché para meter el vaso en el lavavajillas, me di cuenta del tenue resplandor que provenía del dormitorio de Luca desde el pasillo opuesto. Cuando llegamos, insistió en que nuestras habitaciones estuvieran en lados opuestos de su *penthouse*, alegando que a menudo se quedaba despierto hasta altas horas de la noche y no quería despertarme.

No le di importancia. Pero ahora, la duda se deslizaba por mis venas. ¿Y si había insistido en eso para poder tener a otra mujer en su cama y luego escabullirse por la puerta antes de que me despertara?

Un débil gemido resonó en el aire.

Mi cuerpo se puso al rojo vivo y luego se congeló al darme cuenta de lo que podía estar ocurriendo detrás de aquella puerta. La furia me recorrió como un ciclón tropical, desgarrando los tenues hilos que empezaban a formarse entre nosotros.

Parpadeé con fuerza, con un nudo en la garganta.

Era difícil comprender esta reacción. Todos mis muros parecían derrumbarse alrededor de este hombre y eso lo hacía aún más amenazador para mí.

Masoquista, caminé por el pasillo. Mis pasos eran silenciosos, como los de *Da* hace tantos años. La inseguridad hizo que mis pasos vacilaran justo en la puerta de su habitación. El sueño aún estaba fresco en mi mente, debilitando mi determinación.

Me apoyé en el marco de la puerta, el sueño seguía arrastrándome a aquel día. El día en que perdí a mi padre. Me agarré al marco, decidida a alejar los recuerdos, y justo cuando me apoyé en él, la puerta se entreabrió. Lo suficiente para ver la sombra de Luca en medio de su cama de tamaño *king*.

Se me cortó la respiración. Mi esposo estaba en medio de su cama totalmente desnudo. Y solo.

En la mesita de noche, a su lado, había un vaso con hielo y un líquido marrón. *Whiskey*, si tuviera que adivinarlo. Y junto a él había un tubo de lubricante con el tapón abierto.

Mi corazón se agitó. Mis muslos se apretaban de necesidad. Y mi mente susurraba el placer que podría obtener si cediera.

«Después de todo, es tu esposo», susurró el diablo en mi hombro. Santo cielo, este hombre sería mi ruina.

Mis ojos recorrieron su cuerpo fuerte y desnudo. Era hermoso. Una obra maestra. Su piel aceitunada brillaba como el bronce, manchada de tinta. Su torso estaba cubierto de tatuajes. Madonna. Un corazón, un corazón de verdad con una rosa. Una cruz en uno de sus pectorales. Las yemas de mis dedos zumbaban con la necesidad de tocarlo. Dios, daría cualquier cosa ahora mismo por tocarlo.

En su lugar, tuve que conformarme con ver su propia mano fuerte envuelta alrededor de su pene grande y grueso. Sus manos enhebradas de venas masturbaban, arriba y abajo. Se me entreabrió la boca y se me cortó la respiración mientras el corazón me retumbaba en las costillas.

Y el *piercing*.

«*¿Cuántos hombres se hacían eso en el miembro?»,* me pregunté.

Su enorme cuerpo estaba tendido en la cama, con el torso apoyado en las almohadas y los musculosos muslos bien abiertos. Mientras su mano tiraba con fuerza de su longitud hacia arriba y abajo, la otra acariciaba sus testículos.

Tenía un aspecto magnífico mientras se masturbaba. Como un dios erótico. Con la cabeza echada hacia atrás contra las almohadas y el cuello tenso. Poseía una masculinidad ruda. Áspera, pero tan sensual que me hizo estremecer de deseo. Mi propia excitación se filtró en mis sedosas bragas, estropeándolas y goteando por el interior de mis muslos.

Había estado culpando a mis hormonas de mi reacción ante aquel hombre exquisito; aunque si era completamente sincera, me había estado mintiendo. No podía apartar la mirada de él, imaginando que era mi mano sobre su largo miembro. Imaginando que era yo quien lo llevaba al límite. Deseaba poder saborearlo. Verlo de cerca. Quería ver cada centímetro de él, cada tatuaje, cada vena, cada peca.

Cuando siseó, su mirada bajó hasta sus gruesos dedos que subían por su miembro, se me secó la boca. Me olvidé de respirar. No podía recordar cómo tragar y un suave jadeo se deslizó por mis labios.

Sus ojos se dispararon hacia mí. Nuestras miradas chocaron. Mi razón me gritaba que retrocediera, que volviera a mi habitación. Sin embargo, sus ojos me mantuvieron pegada al sitio. Algo ardiente y oscuro ardía en aquella mirada.

Luca DiMauro no tenía nada suave. Cada centímetro era duro. Su alma. Su cuerpo. Su polla. Sin embargo, cuando me miraba, había algo oscuro y tierno detrás de sus ojos. Solo para mí.

No sabía cómo lo sabía, pero lo hacía. En el fondo de mi alma, lo sabía, aunque no pudiera admitirlo.

Se movió en la cama para dejarme ver mejor su miembro. Envolvió su longitud hinchada con la palma de la mano y un gemido vibró por toda la habitación. Suyo. Mío. Nuestro.

La cabeza de su grueso miembro estaba hinchada y morada. No podía ver la punta, pero prácticamente podía saborear su semen. Su pene se agitó bajo mi mirada, escupiendo presemen.

Jesucristo, estuve tentada de buscar una silla y tocarme mientras lo miraba. Esa podría ser la experiencia erótica más excitante desde Las Vegas.

Me llevé la mano al vientre, frotándomelo distraídamente.

—Margaret. —Su voz era ronca. Rasposa. Torturada—. Di la palabra y haré que te corras.

No paraba de masturbarse, mis ojos seguían el movimiento de su mano a lo largo de su cuerpo. Mi piel se tensó. Mi cuerpo ardía. Mi piel se sonrojó. Quería correrme. No obstante, no quería aventurarme en esas aguas peligrosas con él.

No con nuestro acuerdo temporal.

¿Pero tal vez no tenía que negarme el placer mientras me tocaba? Él lo estaba haciendo. Parecía gustarle que lo mirara. Dios, me gustaría que me mirara.

—Margaret —gimió con voz gutural. Todos aquellos músculos tensos se contrajeron y crisparon mientras el placer lo recorría. Trabajó más rápido y con más fuerza, cogiendo dentro de su puño.

—¡Dilo! —exigió con dureza.

Sacudí la cabeza y me pasé la lengua por mis labios. Estaba muerta de sed. Pero ningún líquido calmaría mi sed. Era de algo que solo *él* podía darme.

—Puedo tocarme —solté con obstinación. Mi voz sonaba distante a mis propios oídos, mi cerebro inundado por una neblina de lujuria. Los dos sabíamos que su toque me sentaría mejor, pero me preocupaba cruzar esa línea—. Mientras miras.

Detuvo sus movimientos.

—Dilo otra vez —ordenó roncamente.

Tragué saliva. Aún estaba a tiempo de huir. Sin embargo, el diablo no me dejaría. Quería esto. La excitación. La idea de que me mirara mientras llegaba al orgasmo me estremecía por dentro.

—Puedo tocarme mientras observas —suspiré—. Y puedo mirarte.

Pasó un latido.

—Siéntate allí. —Dictaminó bruscamente, inclinando la barbilla hacia la silla *lounge* del lado opuesto de la habitación—. No puedo confiar en mí mismo si estás a mi alcance.

Mi boca formó una *O* silenciosa.

Con pisadas suaves contra su alfombra de felpa, me dirigí a la silla. Antes de que pudiera sentarme, sus palabras me detuvieron.

—Quítate la bata. —Gruñí. Obedecí sin demora. Entonces llegó su siguiente orden—: Levanta tu camisón del *negligé* y júntalo alrededor de tu cintura.

—¿Por qué? —Respiré—. Es transparente. Puedes ver a través de él.

Lo sabría. Insistió en comprarlo.

—No quiero que nada obstruya mi vista de tu hermoso cuerpo.

Me recorrieron temblores y mis manos se sacudieron ligeramente mientras seguía sus instrucciones.

—Ahora las bragas. Quítatelas.

La vacilación se deslizó a través de mí. Era ridículo. Me había visto en nada más que una toalla de baño. Me frotaba la espalda cuando me dolía. Sin embargo, esto era diferente. De repente, me sentí cohibida por mis muslos más blandos y mi trasero más grande. Por no hablar de mi gran barriga alimentando la vida dentro de mí.

—¡Ahora, Margaret! —rugió, su autocontrol evidente en su voz—. Quiero ver tu hermoso

coño rosado mientras me masturbo.

Bueno, cuando lo decía así. Me quité la ropa interior, dejándola resbalar por las piernas y luego las terminé de retirar de una patada.

Me senté y separé las piernas, con mi sexo a la vista de mi esposo. Un escalofrío me recorrió la espalda. Se sentía prohibido. Tan erótico. Como *Basic Instinct*, pero en estado de gestación.

Su agarre se hizo más fuerte y mi centro se apretó en respuesta.

—Eres tan hermosa —alabó con voz ronca. Un nudo en mi pecho se aflojó y el aire que no sabía que estaba reteniendo salió de mis pulmones—. Tócate, *mia moglie*.

Deslicé la mano entre los muslos para acariciarme el clítoris y cerré los párpados. Se sentía tan bien tocándome sabiendo que me estaba mirando. Mi corazón retumbaba bajo mi caja torácica y el fuego ardía en mis venas.

—Abre los ojos.

Los forcé a abrirse, observándolo a través de mi mirada llena de lujuria. Nuestros ojos se clavaron, mi dedo rozó mi protuberancia, rodeándola de humedad. Se me escapó un fuerte gemido.

—Eso es, sigue haciéndolo —instruyó con voz ronca—. Métete los dedos mientras me masturbo, imaginando tu apretado y caliente coño alrededor de mi miembro.

—Luca. —Su nombre era un susurro jadeante en mis labios mientras me introducía los dedos.

La presión aumentaba, llevándome cada vez más alto. Lo vi apretar su miembro con fuerza, casi violentamente cada vez que pasaba por encima de la punta. Sus ojos estaban hambrientos en mi sexo y los míos lo tomaban todo mientras bombeaba su longitud. Arriba y abajo.

Se me apretaron las entrañas al imaginármelo dentro de mí. Debía de tener pensamientos parecidos, porque sus músculos se contraían y tensaban mientras el placer lo recorría por dentro. Se follaba el puño con movimientos largos y brutales. Seguí su ritmo, introduciendo los dedos en mi interior.

Un siseo escapó a través de sus dientes apretados.

—¿Te estás imaginando mi polla dentro de ti?

—¡Dios mío! —gemí, el pulso palpitante entre mis muslos era insoportable. Me toqué el clítoris cada vez más deprisa, igualando sus brutales caricias. Nada importaba en aquel momento salvo su placer y el mío.

—Voy a estar dentro de ti —murmuró, observándome a través de su mirada entrecerrada—. Algún día.

No podía pensar en una respuesta a través de mi cerebro nublado por la lujuria. Estaba en la niebla y lo único que me importaba era perseguir el orgasmo. Estábamos los dos solos en el lado opuesto de la habitación. Su mirada tocó mi piel y la iluminó con chispas.

Nuestros gemidos y quejidos llenaban el espacio. Nuestra excitación perfumaba el aire. Me preguntaba a qué sabría su semen. Salado o almizclado. O posiblemente dulce. Quería sentirlo dentro de mí. Tenía en la punta de la lengua rogarle, pero contuve las palabras.

Mis ojos bajaron por su cuerpo hasta donde su mano bombeaba su miembro con fuerza. Seguí tocándome el clítoris mientras imaginaba su enorme y grueso miembro dentro de mi sexo. Se masturbaba al compás de mis jadeos. Nuestras excitaciones separadas creaban sonidos húmedos y sucios, pero no coincidían con las sucias imágenes de mi mente.

Mi respiración jadeante. Las suyas entrecortadas.

Respiré agitadamente entre los dientes cuando su cuello se tensó y su ritmo se volvió errático. Podía sentirlo en mi interior como si me estuviera cogiendo. La presión aumentaba cada

vez más.

Entonces mi cuerpo estalló en mil pedazos. Su respiración se volvió agitada. Gritó:

—¡Margaret! —Un segundo antes de alcanzar el clímax, y su esperma brotó a chorros por todo su estómago duro como una roca.

Introduje un dedo en mi interior, con los ojos fijos en la gloriosa visión de ver a Luca llegar al orgasmo. Mi coño palpitaba, mi dedo era un pobre sustituto de lo que sabía que se sentiría su polla.

Sin embargo, este era el mejor orgasmo que había tenido desde Italia.

Seguía ordeñando su pene, sus gruñidos y mis gemidos se mezclaban. Seguía corriéndose, su semen goteaba por su miembro, sus dedos, por sus muslos. Me lamí los labios, deseando poder saborearlo.

Todo lo que tenía que hacer era levantarme y caminar hacia él. Me dejaría. Lo sabía tan bien como sabía mi nombre. Observé cómo aún sujetaba su pene reblandecido y seguía encontrando profundamente erótica la visión de él y toda aquella semilla.

TREINTA Y UNO

LUCA



Mi mirada estaba clavada en el brillante coño rosado de Margaret mientras escuchaba su respiración.

Nunca, maldición, *nunca* había visto una mujer más hermosa. Su vientre hinchado con nuestra hija era el espectáculo más impresionante. A la mierda el Himalaya. A la mierda el desierto del Sahara. O cualquier maravilla del mundo.

Esta era la única visión que me dejaba sin aliento. Y verla sonrojada, tocándose y pensando en mí era lo más parecido a tocarla, así que lo aceptaría.

Sus ojos seguían clavados en mi polla y su piel enrojeció. Necesité todo mi autocontrol para mantener la cordura y proteger mi *piercing* Príncipe Alberto. Era demasiado pronto para revelarle que fue a mí a quien se llevó a la cama en Las Vegas.

Retiró los dedos de su coño.

—No te muevas —ordené y su mano se congeló en el aire.

Me levanté rápidamente de la cama, agarré una toalla y me limpié sin dejar de mirarla y asegurándome de darle la espalda. Luego me subí el pantalón deportivo y me le acerqué.

Tomé su mano y sostuve su mirada oceánica.

—Quiero probar tus dedos.

La conmoción se adueñó de su expresión. Su boca se entreabrió y sus mejillas se ruborizaron. Era una sirena que me tentaba con cada aliento. Mis dedos rodearon su delicada muñeca y me la llevé a la boca. Le chupé los dedos uno a uno, saboreando su excitación.

—Sabes cómo mi mujer —gemí—. Como mi esposa.

Tiró de su mano y dejé que se alejara. Aunque ya lamentaba la pérdida.

Mi infancia fue dura y despiadada bajo el pulgar de mi padre. Pero de repente no podía arrepentirme porque todo me llevó a ella. Era la imagen de la niña de rizos negros como el ébano y ojos azules que desgarraban el alma lo que me hacía seguir adelante.

No fue hasta que me topé con ella en Temptation cuando por fin vi mi propósito tan claro como el agua.

Margaret se acomodó el camisón y bajó los ojos, dejándolos vagar por la habitación como si no pudiera esperar a salir de aquí. O no pudiera soportar mirarme.

—Mírame. —Se negó. No era de extrañar teniendo en cuenta que encontraba una manera de contradecirme en todo momento. Le tomé la barbilla entre los dedos y la obligué a levantar la cara. La imagen suya, de rodillas, mirándome con esos hermosos ojos rompecorazones y mi polla entre sus hermosos labios carnosos, pasó por mi mente.

Envió una nueva oleada de calor a mi entrepierna e hizo que la sangre se me agolpara en los

oídos.

Cristo Santo.

Acababa de masturbarme y derramarme encima como un adolescente y, de repente, estaba listo para otra ronda.

—¿Cuál es el problema? —pregunté, apartando mis impulsos carnales. Ya habría tiempo para eso. Cuando me lo pidiera.

—Nada. —Su respuesta fue suave, contradictoria con su fuego normal. No es que me importara, pero quería a la verdadera ella.

Me puse de rodillas.

—¿Qué pasa?

Algo brilló en sus ojos y se inclinó por las bragas, pero fui más rápido.

—No te agaches con la barriga. —Leí que era malo para ella ejercer cualquier presión sobre su vientre. Dormir boca abajo estaba prohibido. También era malo agacharse al sentarse y empujar el vientre contra las rodillas.

Puso los ojos en blanco y extendió la mano.

—No, creo que me las quedaré. Como recuerdo. —Sonreí. Parpadeó confundida—. He disfrutado esta noche, pero si te niegas a hacerlo otra vez, me conformaré con tus bragas.

Además, parecía inmune a mis encantos. Después de comerle el coño en el campo, sobre la manta de *picnic*, esperaba que me buscara. Que su determinación se debilitara. Pero no, se mantuvo firme. Mi esposa era una mujer testaruda.

—O podemos hacer que nuestras citas en la habitación sean más frecuentes —sugerí. Sus mejillas se tiñeron de carmesí y el rubor se extendió por su cuello. Demonios, me encantaba ponerla nerviosa, así que continué—: Necesitaré tus bragas para envolver mi polla y masturbarme la próxima vez. A menos que quieras ofrecerte de voluntaria.

Suspiró y se levantó.

—Esto no cambia el hecho de que este matrimonio no es real. No nos volvamos locos. Solo estamos satisfaciendo nuestros... impulsos... necesidades... —Se aclaró la garganta—. Algo por el estilo.

Luego me dejó de rodillas, viéndola alejarse con esa lencería blanca transparente de embarazada.

—Esto es real, esposa —murmuré en voz baja, deseando que reconociera esta atracción entre nosotros. Estaba ahí desde el momento en que nos conocimos. Lo sabía. Ella lo sabía, aunque se negaba a admitirlo.

Este matrimonio sería para siempre.

Hasta que la muerte nos separe.

TREINTA Y DOS

MARGARET



Mi pesadilla fue sustituida por otra cosa. Algo más caliente.

Después de escapar de la tentación de mi esposo, volví a la cama con las piernas temblorosas y los muslos apretados por la necesidad.

Me gustaría pensar que me estaba dilatando lentamente para prepararme para el parto, ya que me faltaba poco más de un mes para llegar a término, pero sabía que no era así.

La verdad era que lo deseaba más de lo que nunca había deseado nada. Años de dar vueltas el uno alrededor del otro nos habían llevado hasta aquí. En el mismo *penthouse*. Casados. No en la misma cama... todavía.

Había empezado a pensar que era cuestión de tiempo.

Esa noche, el último pensamiento antes de dormirme fue Luca en la ducha. En la cama. Incluso en la habitación del hotel de Las Vegas. El enmascarado de Las Vegas susurraba palabras roncas mientras entraba y salía de mí, llamándome *mia bella*.

Estaba desnuda delante de él, solo con bragas de seda y zapatos de tacón rojo cereza. Su miembro se movió, llenando la parte delantera de sus pantalones en lo que debían ser dolorosas proporciones.

Jesucristo, tenía que ser enorme.

Mis pezones se tensaron, deseando su toque.

Mi pecho subía y bajaba. Mi suave respiración era el único sonido que llenaba el aire. Aun así, mantuve mis ojos en los suyos, decidida a ver cada centímetro suyo. Solo deseaba que las estúpidas máscaras no me estorbaran.

Me observaba con reverencia. Algo parecido a la posesión pasó por su expresión, pero no podía estar segura.

—Tu turno. —Exhalé, soltando un estremecido suspiro.

Vi cómo se despojaba de la chaqueta y se desabrochaba la camisa negra, sin dejar de mirar su longitud. Mientras se quitaba la camisa y luego los zapatos, los calcetines y los pantalones, empecé a quitarme los tacones para sacarme las bragas.

Estábamos haciendo esto. Y no podía esperar.

—Las máscaras se quedan puestas —murmuré mientras enganchaba sus fuertes dedos para bajarse los bóxers.

—Los tacones se quedan puestos —exigió con voz ronca. Nos miramos a los ojos. Se me

aceleró el pulso. Su voz me hizo ansiar, empapando mis bragas. Asentí y se quitó su ropa interior.

Congelada, me quedé mirando su miembro. Era grande, pero no era eso lo que tenía mi corazón agitándose ampliamente.

—¿Qué es eso? —inquirí, pasándome la lengua por el labio inferior.

Rodeó el pene con la mano y lo acarició una vez. Sentí que el rubor manchaba mis mejillas, aunque no estaba segura de si era la vergüenza o la lujuria.

Por el dolor que palpitaba entre mis muslos, sin duda era lujuria.

—¿Esto? —preguntó, pasando el pulgar por la punta de su miembro—. Es un piercing.

El calor se disparó hasta mi interior y tomé una gran bocanada de aire, tratando de calmar mi reacción.

—Eres enorme —susurré. No estaba segura de ser capaz de manejar algo tan grande en mi primera vez. Masivo y… adornado—. ¿Por qué tienes un piercing también?

Inconscientemente alargué la mano y al instante su dura polla se tensó, deseosa de que lo tocara. Al volver en mí, bajé rápidamente la mano, pero no podía dejar de frotarme los muslos como si estuviera en celo.

Respiró hondo y cerró los ojos como si estuviera oliendo mi excitación. Dios mío, a este paso, llegaría al orgasmo antes de que me tocara.

—Se siente bien contra tu clítoris, y cuando estoy dentro de ti, contra tu punto G. —Sus dedos envolvieron su miembro, tiró hacia arriba y hacia abajo, el piercing se movía.

—¡Dios mío! ¿Hablas en serio?

Asintió con la cabeza, con el presemen brillando ya en la punta.

—¿Estás lista para probarlo? —desafió.

Tuve un último momento de cordura antes de decidirme. Estaba haciendo esto.

—Sí —respondí finalmente.

Me tomó de la mano para llevarme a la cama, pero yo iba a dar el primer paso. Le rodeé el cuello con los brazos en cuanto mis rodillas tocaron el colchón y fundí mi boca con la suya. Dios, qué bien sabía. A whiskey, a pecado y a malas decisiones.

Y aun así me negué a parar. Su mano me rodeó la nuca, sujetándome mientras me besaba. Fuerte. Húmedo. Posesivo. Gemí, arrastrando la mano por su pecho musculoso. Cada vez más abajo. Su calor se filtró en mí y, cuando rodeé su dura polla con mis dedos, sentí un escalofrío.

Todo en este hombre era puro sexo. Una sola caricia suya me hacía sentir más viva que nada que hubiera experimentado antes.

Me empujó hacia atrás y los dos caímos, el colchón rebotando nuestros cuerpos y hundiéndose bajo nuestro peso. Con su cuerpo sobre el mío, frotó su longitud contra mis húmedos pliegues y mi espalda se arqueó al sentirlo.

—Jesucristo, puedo sentir el metal frío. —Jadeé.

Estaba a punto de abalanzarse sobre mí cuando recordé que no tomaba anticonceptivos. Tampoco quería correr el riesgo de contraer ninguna ETS. Estaba decidida, no estúpida.

—Condón. —Respiré—. No olvides el condón.

Con un gruñido, se bajó de la cama, buscó su cartera en los pantalones y sacó uno. Abrió el paquete con los dientes y me lo dio para que se lo colocara. Una vez puesto, le agarré la polla, la puse en mi entrada y respiré tranquilamente.

—De acuerdo, estoy lista —gimoteé, con las manos agarradas a sus hombros.

Sin demora, me penetró de un solo empujón y se encajó profundamente dentro de mí. El dolor era insoportable y me ahogué. Sabía que iba a ser doloroso la primera vez, ¡pero dios

mío!

—Maldición —siseó.

Se retiró casi por completo, dejando solo la punta dentro, antes de volver a penetrarme con un gemido gutural. Una y otra vez, como si estuviera poseído. Su pecho musculoso estaba cubierto de un brillo de sudor que hacía que su tinta pareciera vibrante, pero era incapaz de distinguirla con la máscara puesta y en la oscuridad.

Jadeé, con los muslos temblorosos mientras intentaba adaptarme. Sus dedos me agarraban los muslos, probablemente dejándome marcas, aunque no me importaba. Me sentía bien. El dolor y el placer se mezclaban.

Pensé que había dicho algo, pero estaba demasiado lejos para entender alguna palabra. Lo único que escuché fue la calidez de su voz, que alivió el escozor y me llenó el estómago de calor. Una de sus manos se deslizó entre nosotros, recorriéndome el vientre hasta mi sexo y rozándome el clítoris con los dedos. Gemí. Lo frotó con movimientos circulares, untando los resbaladizos jugos.

Llenaba cada centímetro, y la sensación de tenerlo dentro era tan intensa que temblaba. Mis gemidos y sus gruñidos se mezclaban, produciendo sonidos eróticos.

—¡Dios mío! —gemí cuando el dolor dio paso al placer. Un placer increíble. Un placer estremecedor.

Mientras seguía penetrándome, bajé los ojos y vi cómo su pene desaparecía en mi centro. Encima de mí, su pubis me rozaba el clítoris, provocándome un cosquilleo indescriptible.

—Tu coño me está tomando muy bien —elogió.

Ya no podía mantener los ojos abiertos, la sensación que estaba creando era demasiado intensa.

—Sí —gemí. Mis dedos arañaban su espalda mientras bombeaba dentro de mí como un loco. Cada embestida era más fuerte y profunda que la anterior. El sonido húmedo de nuestros cuerpos, piel contra piel, nuestros gemidos y gruñidos llenaban la habitación y rebotaban en las paredes.

—¡Dios, por favor! —exclamé mientras me acercaba a mi primer orgasmo con un hombre. Dios, mi vibrador nunca se volverá a sentir igual después de esto.

Mis pies, con los tacones aún puestos, rodeaban su cintura, mis dedos en su espalda, anclándolo a mí mientras me empujaba más cerca del orgasmo. La sensación de él estaba en todas partes.

Mi coño se apretó a su alrededor, a punto de explotar. Gemía palabras sin sentido mientras nuestros cuerpos chorreaban sudor. Con un gruñido, me penetró brutalmente por última vez.

Sin piedad.

Sentí como si la punta de su polla y ese maldito piercing llegaran hasta mi vientre y eso fue todo.

Detoné, estremeciéndome y temblando a su alrededor. Una oleada de calor estalló bajo mi piel y me hizo gritar mientras me salían manchas detrás de los ojos y creía que me desmayaría.

Fue como si hubiera abandonado mi cuerpo con la intensidad del orgasmo que me provocó. Gemidos y quejidos brotaban de mis labios sin control mientras mi coño se aferraba a su miembro, palpitando oleada tras oleada.

Se corrió con fuerza, con un gemido. Sus ojos, visibles a través de la máscara, se entornaron en evidente éxtasis.

Abrí los ojos de golpe y me encontré de lado en la cama, con los muslos resbaladizos por mis jugos y los dedos dentro de las bragas, entrando y saliendo de mi sexo empapado. Tenía la otra mano en el pecho, pellizcándome el pezón.

Con horror, me incorporé, apartando las manos de mi cuerpo. El aroma de mi excitación perfumaba el aire. Todavía tenía los ojos llenos de sueño, pero las imágenes de mi mente no podían ser más claras. Los *piercing*s. Los tatuajes.

¿Cómo demonios no lo había visto antes? Debería haberlo reconocido. Dios mío.

—Estúpida, estúpida, estúpida —murmuré mientras saltaba de la cama. De acuerdo, lo de saltar quizá fue una exageración. Me levanté tambaleándome de la cama y salí corriendo por el *penthouse*. Lo encontré en su closet, guapísimo con uno de sus trajes de tres piezas de diseñador.

Maldito sea.

¿Por qué no podía encontrarlo con unos *jeans* anchos y una fea camiseta naranja chillona? Aunque no estaba segura de que eso lo hiciera menos atractivo.

—Buenos días, *mia bella.*

Era todo lo que necesitaba oír para que mi furia subiera de tono.

—Tú—siseé, acercándome y dándole un puñetazo en el pecho—. Tú.

Ladeó una ceja, totalmente imperturbable.

—Sí, soy yo. —Su voz era relajada, la sonrisa de su apuesto rostro me enfadaba aún más.

—Me engañaste. Estoy furiosa contigo.

—¿Por qué? —Sinceramente parecía sorprendido y la inseguridad se abrió paso en mi pecho.

Sacudí la cabeza. Tenía que ser su táctica.

—Fuiste tú en Las Vegas —acusé, empujando mi dedo con más fuerza en su pecho—. No te molestes en negarlo. Lo sé. Los tatuajes. Ese maldito *piercing*. No puedo creer que fuera tan estúpida para no verlo antes.

Las palabras apenas salían de mi boca cuando puso una mano detrás de mi cabeza y la otra en mi cadera. Me rodeó. Su olor ahogó mi furia y alimentó mis hormonas.

¡Malditas hormonas!

Como si pudiera leer mis pensamientos, sus fosas nasales se encendieron mientras me miraba fijamente.

—No eres estúpida y eres mía —gruñó.

—Me engañaste. Me sedujiste —acusé—. Me embarazaste.

—Tienes razón, te engañé. Sin embargo, *tú* fuiste la que viniste directamente a mí y me arrastraste escaleras arriba. Así que técnicamente *tú* me sedujiste.

Me quedé con la boca abierta y lo miré atónita. Quiero decir, tenía un buen punto, pero demonios si alguna vez lo admitiría.

—Deberías habérmelo dicho. Me embarazaste. —Era lo único que me quedaba—. Al menos cuando te enteraste del embarazo, deberías haber dicho algo.

—Y me habrías recibido con los brazos abiertos, ¿verdad? —No se me escapó el sarcasmo en su voz.

—Deberías habérmelo dicho aquella noche en Las Vegas —regañé.

—Participaste voluntariamente, Margaret —comentó secamente.

—El sexo es una cosa, Luca —reviré—. Pero embarazarme y luego no decir una maldita cosa es otra muy distinta.

Sonrió con orgullo.

—No podría estar más feliz de tener una niña contigo.

—Al menos podrías disculparte —solté.

—No. —Antes de que pudiera decir otra cosa, continuó—: Nunca me disculparé por tener un bebé contigo. Es nuestra. Nuestro pasado. Nuestro presente. Nuestro futuro. Y nunca me disculparé por quererte. ¿Quieres la verdad? El día que te encontraste conmigo en Temptation fue el mejor día de mi vida. El día que te encontré de nuevo fue el día que empecé a respirar.

Aquellas palabras hicieron que me diera un vuelco el corazón y me ardieran los ojos. Sonaba tan sincero. Entonces me llegó la última frase.

—¿Qué quieres decir con que me has vuelto a encontrar? —Entrecerré los ojos y lo miré con desconfianza. Era difícil comprender el funcionamiento interno del cerebro de Luca—. Temptation fue la primera vez que nos vimos. Y luego seguiste acechándome.

Algo pasó por su expresión, aunque lo disimuló rápidamente.

—Me refería a otra vez en Las Vegas —explicó. Seguía sin tener sentido para mí—. No me pidas que me arrepienta —protestó con terquedad. Bajé los ojos. No quería ver esa mirada oscura y posesiva en sus ojos. Me di cuenta de que aún llevaba el camisón de anoche. De repente, me sentí aún más desnuda a su lado en su traje de tres piezas—. Penelope y tú son lo mejor que me ha pasado jamás. Así que no, no me arrepiento.

Suspiré. Era difícil enfadarse con él cuando me miraba así, y más cuando hablaba así de nuestra hija nonata. No me extrañaba que insistiera en reclamarla como suya. Porque *era* suya.

—¿Fue a propósito? —pregunté—. ¿Me embarazaste a propósito?

Las arrugas de sus ojos se hicieron más profundas y supe la respuesta antes de que abriera la boca.

—Eres mía desde hace mucho tiempo, *mia bella.* —Su voz era posesiva y sin disculpas. *«Debería fingirlo por lo menos»,* pensé irritada—. Obviamente, no podía controlar si quedabas embarazada o no. Ni si el condón se rompería. Pero me aseguré de aumentar las probabilidades.

Sacudí la cabeza.

—Eso está muy mal —murmuré.

Su pulgar me frotó el cuello de un lado a otro, provocándome un hormigueo que me traicionó. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Siento haberte engañado, pero no me arrepiento a dónde nos ha llevado.

Cerré los ojos. Su respuesta no me sorprendió. Mi rabia ya se había derretido, aunque no estaba dispuesta a dejárselo ver. En lugar de eso, me aferré a mi dignidad y a un fragmento de mi feminismo. Por supuesto, mis hormonas se negaban a cooperar, mas eso era un tema aparte.

Sus labios llegaron a mi oído.

—Perdóname, *mia bella moglie.* Deja que te folle. O al menos, déjame hacerte sentir bien. Me duelen las pelotas por ti.

Jesucristo, eso escaló rápidamente. Las paredes de mi sexo se contrajeron, ávidas de su longitud. Ahora que conectaba a mi esposo con mi misterioso enmascarado, la perra codiciosa quería más de su gran polla.

Di un paso atrás. No podía ceder. Al menos no todavía.

Debió de ver algo en mis ojos y su expresión se ensombreció.

—No te dejaré ir —advirtió, con voz baja y uniforme. La afirmación permaneció en el aire, llenando el espacio entre nosotros. Lo inquietante era que me sentía aliviada. No conocer la identidad del padre de la bebé me molestaba, aunque nunca lo habría admitido—. Penelope y tú son mi familia, y protejo lo que es mío.

No sabía por qué me resultaba tan excitante, pero así era. Tragué con fuerza, intentando ocultar el impacto que sus palabras habían tenido en mí.

—¿Cuántas mujeres has tenido? —indagué, cambiando de tema.

—Demasiadas —concedió. No me sorprendió. Después de todo, todo el mundo conocía su regla. Solo relaciones de una noche. No le llamaban *playboy* por nada—. Serás la última. No he tocado a otra mujer desde Las Vegas. Y no lo haré. Mis votos fueron reales, esposa.

Dios, ¿cómo iba a resistirme a eso?

—Yo tampoco —susurré—. Ni siquiera a esos prometidos. Ni siquiera los besé.

—Lo sé. —La boca de Luca se curvó en una sonrisa malvada—. Porque los maté antes de que tuvieran la oportunidad.

Recordé sus palabras cuando le contamos a *Nonno* lo de nuestro matrimonio y mi pregunta quedó respondida. Hablaba en serio. Debería molestarme. Si hubiera decencia dentro de mí, lo haría. Pero había algo en su actitud protectora que me ponía cachonda.

No obstante, me negué a ceder. Teníamos tiempo. Como él mismo lo dijo, no me dejaría abandonarlo. Además, mi gran barriga no era precisamente atractiva. Aunque, por la forma en que Luca me miraba, no lo pensarías.

Se inclinó para besarme, suavemente, y luego paseó su boca por mi mandíbula.

—Podríamos terminar lo que empezamos anoche. —Dios, era tentador. Me arqueé contra él, como una mujer hambrienta de caricias. Su toque. Sus labios llegaron a mi oreja—. O puedo comerte el coño y darte placer. Quiero sentir cómo te retuerces bajo mi toque. Cómo gritas mi nombre.

—No. —Respiré, mi determinación se derritió rápidamente. Me alejé un paso—. No puedes cogerme después de todos los secretos que me has ocultado. Sería una recompensa, no un castigo.

Frunció el ceño.

—Cuidado con lo que dices. Nuestra hija nonata podría oírlo. —Dios, estaba llevando todo esto a un nuevo nivel.

—Todas las tonterías que me dices mientras me das placer a mí y a ti mismo —murmuré indignada—. No me sermonees, Luca.

Sonrió, una sonrisa infantil que le quitaba por lo menos cinco años de encima. Mi corazón se aceleró y no pude evitar preguntarme qué demonios estaba pasando. Con él. O conmigo. O con mi estúpido corazón.

—Imagínate el placer que te daré cuando te folle —incitó, con un tono seductor en su profunda voz. O puede que fueran mis hormonas. En cualquier caso, los dos sabíamos que era cuestión de tiempo que acabáramos follando.

Santo cielo, este hombre me haría perder la cabeza.

—No. —Exhalé, aunque mi voz no era nada firme—. No —repetí, esta vez con más firmeza.

Sacudió la cabeza y me pasó el pulgar por la barbilla, justo debajo del labio inferior.

—Entonces vístete, mi bella esposa y vamos a conocer a la familia.

Maldita sea, me olvidé por completo de nuestra cita para comer con el tío y su esposa. Por suerte, era en un restaurante, así que solo teníamos que asegurarnos de que el servicio fuera eficiente y rápido.

Mis hermanos también venían. *«Como apoyo moral»*, aseguró Aiden.

—¿Tenemos que hacerlo? —Mi voz era un poco quejumbrosa.

Extendió la mano y me pasó suavemente el pulgar por el labio inferior.

—No pueden casarte —aseveró en voz baja—. Eres mi esposa. Eres intocable. Ahora vamos a mostrarles lo real que soy sobre matarlos si intentan algo.

Se me escapó una risa estrangulada.

—Estás loco.

—Loco por alguien —murmuró, aunque no estaba segura de haberlo oído bien.

Mi corazón se aceleró y creció. Su pesada mirada se cruzó con la mía, los dos ahogados en palabras no dichas y un pasado que por fin nos había alcanzado.

Entonces sus ojos parpadearon con picardía.

—Puede que incluso te deje conducir mi coche. —Antes de que pudiera decir algo, añadió con un guiño—: Si prometes no quemarlo.

Maldito sea. Era tan *sexy*.

Me dedicó esa sonrisa juvenil.

—Prepárate, mi esposa embarazada. Vamos a mostrarles a esos desgraciados la ira que se ganarán si intentan algo contigo y nuestra bebé.

—Pero no mis hermanos —advertí, aunque una estúpida sonrisa jugueteaba en mis labios y mi corazón brillaba.

A pesar de todo lo que acababa de ocurrir, seguía teniendo un presentimiento y no entendía por qué.

No reconocí las señales.



El vehículo de Luca entró suavemente en el lugar reservado.

Fiel a su palabra, me dejó conducir su Mercedes AMG Vision Gran Turismo rojo. Pero me había dado cuenta de que Luca era el peor copiloto. Me decía qué carril tomar, cuándo y a quién adelantar. Me volvía loca. Pero llegamos sanos y salvos.

Gracias a mis nervios fríos. Y mi habilidad de resistirme a matarlo.

Luca salió del auto y caminó hacia mí para abrirme la puerta. Agarré su mano y gruñí mientras me levantaba.

—No te preocupes, tendremos un coche nuevo para la bebé —aseguró—. Nos lo entregarán mañana.

—¿Qué tipo de coche? —curioseé.

—Range Rover para ti. Mercedes G-Benz para mí. —Siempre se las arreglaba para sorprenderme—. Si no te gusta, puedes tener otro. Pero tendremos que comprobar las calificaciones de seguridad. Investigué sobre estos. Y sobre las sillas de bebés para coche. Así que cuando vayas de compras con Áine, no tienes que preocuparte por eso.

Sabía sin la menor duda que sería un buen padre. Algunos hombres lo llevan arraigado. Mi padre lo tenía. Y también mi marido.

—Gracias. —La emoción me oprimió el pecho. No tristeza, pero tampoco exactamente felicidad. No podía precisarlo.

Me levantó el brazo y me dio un beso firme en el interior de la muñeca, donde me latía suavemente el pulso.

—Me perteneces. Te mantendré a ti y a nuestra hija a salvo. Pase lo que pase.

Con mi mano en la suya, dimos dos pasos cuando alguien nos bloqueó el camino. Instintivamente, Luca dio un paso adelante, tapándome.

—No hace falta todo eso conmigo. —Era la voz de mi madre. Me puse rígida al instante. No había ido a visitarla desde mi regreso. No quería sus burlas ni sus críticas.

—Hola, madre —saludé fríamente, dando un paso para situarme junto a Luca—. Creía que odiabas la ciudad.

Y ahí estaba. La misma mueca que siempre tenía cuando me miraba.

—Creía que odiabas a la familia King, pero aquí estás —respondió con veneno—. Casada con uno. Margaret King. Ni siquiera suena bien.

¡Dios, cómo me irritaba! Se comportaba como una perra inmadura. Me tragué lo que realmente quería decir y lo mantuve civilizado.

—En realidad es DiMauro —contesté en su lugar—. Así que no hay necesidad de preocuparse por mí.

Abrió la boca para decir algo, pero Luca la cortó.

—Mis disculpas —expresó. Sonaba cualquier cosa menos arrepentido—. Mi esposa y yo tenemos una cita, así que no es un buen momento para una visita social.

Sin otra palabra, me condujo hacia la entrada del restaurante con los ojos de todos puestos en nosotros.

El anfitrión corrió hacia nosotros.

—Encantado de verlo de nuevo, señor.

—Pablo. —Luca asintió—. Te presento a mi esposa. —Soltó mi mano y coloco la suya en mi espalda baja, su palma presionándola. Era relajante. Tranquilizador.

Mientras caminábamos, siguiendo a Pablo hasta nuestra mesa reservada, Luca agachó la cabeza y rozó con sus labios el lóbulo de mi oreja.

—Estás hermosa. —Mi interior se agitó. No dijo nada cuando salí vestida del dormitorio. Pero sus ojos eran del verde más oscuro que jamás había visto.

Ahora, mientras caminábamos juntos, el vestido de maternidad rosa de gasa y manga larga se balanceaba, rozando su traje de tres piezas. La prenda de vestir acentuaba mi barriga y el escote en *v* resaltaba mis senos. Mi mirada no dejaba de bajar hacia él para asegurarme de que no estaba mostrando más de lo debido.

—Mi trabajo es mirarte los pechos —comentó Luca divertido—. No al revés.

Puse los ojos en blanco, incapaz de encontrar una respuesta ingeniosa.

Era otro efecto secundario del embarazo. Mi cerebro era más lento y mi lengua también.

—¿Quién es el dueño de este lugar? —inquirí en su lugar.

—Nosotros. —Sus ojos recorrieron el lugar—. Lo mantendremos incluso después de mudarnos a Sicilia. Solo los negocios legítimos pasan por aquí.

—*Oh.*

Observé a mi alrededor mientras nos acercábamos a la parte trasera del restaurante. Tenía clase, pero también una atmósfera romántica. Toda una pared era de cristal y daba a la concurrida calle neoyorquina. La pared sur era de ladrillo expuesto y las lámparas de bronce brillaban en ella.

El bar de la esquina me recordó a las películas antiguas. Toda la pared detrás del bar era de ladrillo y tenía armarios con espejos repletos de cientos de botellas brillantes. Los taburetes de enfrente eran de cuero rojo *vintage*, mientras que el suelo era de color blanco y negro.

Pablo se detuvo ante la puerta que se confundía con los espejos. La abrió de un tirón, revelando una habitación grande, pero muy íntima.

En el centro había una mesa con capacidad para veinte comensales y toda la sala olía divinamente.

—Nuestros invitados también llegarán en breve —informó Luca.

La música sonaba suavemente de fondo mientras Luca me acercaba una silla.

—Gracias.

Me sonrió, sus ojos eran de un color más oscuro bajo esta luz.

—Siento lo de tu madre. No sé cómo se enteró de que estaríamos aquí.

—Sí.

—¿Qué creía que conseguiría acorralándote así? —requirió saber.

Una respiración pesada me abandonó.

—Hace tiempo que dejé de preguntarme cuál es el punto de vista o el objetivo de mi madre. Estoy segura de que tiene uno, no obstante, cambia con tanta frecuencia que es agotador seguirle el ritmo.

Me observó pensativo, como si estuviera contemplando algo, pero no dijo nada más al respecto.

Retorcí las manos en mi regazo y miré hacia la puerta.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Luca.

Sacudí la cabeza.

—No, la verdad es que no. No hay mucho que el tío pueda exigir. Estamos legalmente casados y mi tía puede chillar todo lo que quiera sobre la desafortunada boda de Áine con tu hermano.

—Algún día lo superará —reflexionó Luca.

—Uno pensaría que a estas alturas ya lo habría hecho —refunfuñé.

Una chica vestida con un elegante traje de pantalón negro entró en la habitación y detrás de ella estaban mi tío y tía.

—*Ah,* hablando del diablo —murmuré.

Mis tíos entraron, con expresión ligeramente asombrada, mirando de izquierda a derecha.

Fui a levantarme, pero la mano de Luca se posó en mi hombro mientras se levantaba.

—No te esfuerces demasiado, querida.

Tuve que morderme el interior de la mejilla ante su comentario. Esto requeriría menos ejercicio que el sexo con él y eso no le preocupaba. Aunque no protesté.

El tío sonrió ampliamente y se apresuró hacia mí.

—Tiene razón. Dios, chica. Me diste un gran susto. Desapareciendo de esa manera.

Sonreí torpemente.

—No desaparecí. Solo fueron unas largas vacaciones.

Sacudió la cabeza.

—Casi me da un infarto. Tuve que ir a la tumba de tu padre y rezar por perdón.

Luca sonrió con frialdad.

—Tal vez deberías pedir perdón a tu sobrina por intentar forzarla en un matrimonio.

El tío frunció el ceño.

—Tal vez, sin embargo, tener a Margaret soltera con un bebé en nuestro mundo la habría dejado expuesta a ser blanco de ataques. Estaría en peligro. —Tío sonrió—. Y como dice el refrán: bien está lo que bien acaba. Mis dos hijas se casaron con hermanos King. ¿Quién lo hubiera pensado?

Bueno, al menos tío parecía aliviado de que me hubiera casado. Después de manchar nuestro apellido y toda la mierda que lo acompañaba, supuse. No importaba que estuviéramos en el siglo veintiuno.

—No es el escenario ideal —comentó tía.

No tuve tiempo de poner los ojos en blanco porque mis hermanos irrumpieron. Ruidosos. Grandes. Y felices.

Esta vez me levanté y me tambaleé directamente hacia sus brazos.

—Dios, ya ni siquiera podemos abrazarla entre dos —se burló Tyran—. Es más grande que una casa.

Lo pellizqué. Fuerte.

—*Ouch.*

—Debilucho.

Antes de que pudiera replicar, la puerta se abrió y numerosos camareros entraron en la sala con una bandeja tras otra, llenando la mesa con todo tipo de comida.

—Me tomé la libertad de hacer que el chef preparara todo lo del menú. —Su mirada se encontró con la mía y me guiñó un ojo. Dios, podría besarlo ahora mismo. Esto definitivamente acortaría nuestro almuerzo. No habría que debatir qué pedir, ni retrasos en la cocina.

Perfecto.

El almuerzo fue mejor de lo que podía esperar.

Cuando Luca y yo volvimos a nuestro *penthouse,* me quité los zapatos y suspiré aliviada.

—¿Necesitas que te frote los pies? —Ofreció.

Me reí suavemente.

—¿Cómo puede una mujer decir que no a eso?

Respirando hondo, introduje mi mano en la suya.

TREINTA Y TRES

MARGARET

El tiempo era peculiar.

El correo llegó dirigido a mí con las letras doradas a juego en el sobre. Hace solo unos días le confesé a mi esposo mi lista de deseos.

Volví a leer la invitación. Elegantes letras doradas sobre una tarjeta roja mate.

ESTÁ CORDIALMENTE INVITADA A LA SENSAZIONE EROTICA. CÓDIGO DE VESTIMENTA DE ETIQUETA. SE PERMITE UNA PAREJA.

—¿Qué es eso? —Luca apareció detrás de mí, acercándose sigilosamente. El hombre podía moverse tan silenciosamente como un ladrón cuando quería.

Le enseñé la tarjeta y sus cejas se alzaron. Entonces se acercó al sofá y moví inmediatamente las piernas. Se tumbó en el sofá y apoyó los pies en la mesita, luego tiró de mis tobillos y los colocó sobre su regazo.

Habíamos caído en una rutina. Una típica vida de casados. Al menos eso creía. Me sentía cómoda a su lado. Me encantaban sus dedos fuertes y firmes sobre mi piel. Me encantaba hablar con él. A decir verdad, no había mucho que no me gustara de Luca.

—¿Vas a ir? —curioseó, con la mirada fija en el televisor mientras sus dedos recorrían mis tobillos, masajeando la piel. Me mordí el labio inferior—. Si estás preocupada, iré contigo.

Se me escapó un suspiro incrédulo.

—¿No sería raro? —pregunté—. ¿Nosotros dos yendo allí?

Se rio entre dientes.

—Probablemente no más raro que cómo llegamos aquí. —Sus dedos frotaron mi piel, arriba y abajo. La sensación de su piel áspera contra la mía suave, masajeando, tenía mi cuerpo relajado —. Además, ¡a quién le importa lo que piensen los demás! Mientras taches cosas de tu lista de deseos.

Lo observé con desconfianza.

—¿Esto es obra tuya?

Su expresión no era reveladora. Tenía una buena cara de póquer. *Demasiado* buena. Podía ser tan exasperante.

—Luca —gruñí suavemente.

El movimiento circular de sus dedos calmaba y no cesaba.

—Aseguré la invitación —admitió—. Quiero que hagas realidad los puntos de tu lista de

deseos. Podemos ir ahora. O después de que nazca la bebé. Como quieras.

—Dios mío. —Jadeé. Mi marido sí que me escuchaba cuando hablaba. Se me escapó una risa estrangulada—. ¿Estás intentando tacharlos todos?

Sus labios se curvaron.

—Primero necesito arrastrarlos fuera de ti.

Sonreí, empujando suavemente mi pie en su muslo.

—Realmente no sé por qué no me gustabas antes.

Me miró, aunque no había humor en su rostro.

—Yo tampoco —respondió sombríamente, con algo ardiente quemando en sus ojos que hizo que oleadas de fuego recorrieran mis venas.

Luca DiMauro se estaba metiendo en mi piel. Lento pero seguro.



Al día siguiente, caminamos juntos por el vestíbulo del club.

Sosteniendo la invitación entre mis dedos, mi interior zumbaba de excitación y expectación. La alfombra roja era de felpa bajo nuestros pies mientras caminábamos por el pasillo, siguiendo a una morena menuda.

El lugar estaba sorprendentemente tranquilo, el único ruido provenía del susurro de mi vestido de satén azul que Luca insistió en que me pusiera. Cuando me quejé de mi barriga, se encogió de hombros y dijo.

—Me importa una mierda. Que todos vean lo guapa que estás embarazada.

¿Cómo iba a resistirse una mujer a esas palabras?

Le di un codazo a Luca con el hombro.

—Por favor, dime que no has estado aquí con alguien —susurré, señalando con los ojos delante de nosotros.

Sacudió la cabeza y sentí alivio. Empezaba a temer el día en que viera a una de sus ex. Debía de tener una en cada esquina.

Había empezado a pensar en él como mío. Alguien a quien llamar cuando estaba en apuros. Alguien a quien llamar cuando necesitaba un hombro sobre el que llorar. Alguien con quien ver una película.

Jesucristo, casi sonaba como un novio, pero sin el sexo. Mi libido respondió inmediatamente dispuesta a dar un paso más.

¡Maravilloso!

Alfombras rojas y paredes cubiertas de papel tapiz negro nos rodeaban a medida que nos adentrábamos en el edificio. *La Sensazione Erotica*. El nombre del club no dejaba nada a la imaginación.

—Tiene una habitación privada —anunció la chica, con voz ronca. No se me escapó que no dejaba de mirar a Luca. Me costó todo lo que tenía no agarrarle la mano y gritar, *es mío*—. Permite una visión clara de toda la sala y... *los acontecimientos*.

Oh Dios. Estaba tentada a decirle que no éramos *voyeurs*. Solo estaba tachando algo de mi lista de cosas que hacer antes de morir. Pero luego me encogí de hombros. No importaba lo que pensara.

Finalmente se detuvo y abrió la puerta. Una vez que entré, me quedé con la boca abierta.

—Gracias, eso es todo —le dijo Luca a la mujer, y luego me llevó adentro.

La habitación tenía el papel tapiz negro y alfombras rojas, como el resto del lugar. Un gran

ventanal. Un sofá y una pared con un bar completamente surtido.

Era fascinante. Vi cómo una mujer caía de rodillas, con los ojos puestos en sus compañeros. Con las manos detrás de ella, se pasó la lengua por el labio inferior y abrió la boca con una expresión ansiosa en el rostro.

—No lo entiendo —musité.

—¿No entiendes qué? —inquirió. A diferencia de mí, sus ojos estaban fijos en mí. No parecía interesado en todo eso.

Mis ojos parpadearon en su dirección y luego volvieron a la escena que tenía adelante.

—¿Por qué está tan ansiosa por servirle? —Ladeé la cabeza—. Quiero decir, es solo para su beneficio y su placer. Sin embargo, parece suplicarlo.

—¿Cuántas veces has hecho una mamada antes? —La pregunta de Luca salió como un gruñido.

Me encogí de hombros.

—Una o dos veces.

De repente, Luca se incorporó y me tomó la barbilla entre los dedos.

—Nombres.

Parpadeé confundida.

—*¿Eh?*

—Quiero sus nombres —demandó.

Se me escapó una risa estrangulada.

—Estás loco. No te voy a dar sus nombres. —Su mirada quemó un agujero en mí—. ¿Para qué los quieres? —indagué, bajando la voz.

—Para poder matarlos —expresó. Por alguna razón no creí que estuviera bromeando.

—De acuerdo, eso es un poco exagerado. Relájate. Fue en la universidad y, sinceramente, apenas recuerdo sus nombres. Además, eras uno de ellos. Las Vegas, ¿recuerdas? —Luego me señalé el estómago mientras se limitaba a sonreír. Entrecerré los ojos—. Quizá debería pedirte la lista de los nombres de las mujeres con las que has estado para poder matarlas. Sin embargo, eso podría llevar unos cuantos años, ¿no?

Se inclinó hacia atrás, mostrándome una sonrisa.

—Sinceramente, no recuerdo sus nombres, pero si quieres matarlas, puedo ayudarte. Después de todo, quiero que seas feliz.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Esto tiene que ser romanticismo en su estado más puro —pronuncié con sarcasmo.

Ensanchó las rodillas, me puso sobre su regazo y tiró de mí para que me sentara entre sus piernas. Se hundió aún más en el sofá, llevándome con él. Me apoyé en contra de su pecho macizo. Su aliento caliente me rozaba la nuca y su brazo rodeaba mi cintura.

De repente me olvidé del espectáculo y lo único en lo que podía concentrarme era en él. Me tocaba por todas partes.

Su aliento. Su pecho duro. Sus muslos.

Mi centro latía de necesidad y me moví un poco cuando su mano tiró de mí.

—Estate quieta. —Su aliento caliente contra mi oreja me produjo escalofríos.

Así que me moví de nuevo, para rebelarme un poco. Nos habíamos llevado demasiado bien. Me arrepentí de mi rebelión al instante. Su longitud dura me golpeó el trasero y me hizo sentir una necesidad ardiente en las venas. Y un suave gemido escapó de mis labios.

—Mira el espectáculo. —Sus dientes mordisquearon el sensible lóbulo de mi oreja. No se movió ni puso espacio entre nosotros. En todo caso, estaba aún más cerca—. Así podremos

tachar esto de tu lista de deseos.

Mis ojos lo obedecieron de inmediato y volvieron al *show*. La mujer estaba de rodillas y movía la cabeza de un lado a otro. El hombre le agarraba el cabello con los dedos, la miraba con los ojos entrecerrados y le penetraba la boca con fuertes movimientos de caderas. El evidente deseo entre el hombre y la mujer que nos ofrecían el espectáculo hizo que un infierno ardiera en mis venas. Mi respiración se entrecortó. Mi piel se tensó. Incluso desde aquí, podía ver el deseo que resbalaba por los muslos de la mujer.

Ya no podía quedarme tranquila. Volví a moverme, el miembro duro de Luca empujó contra mí y mi cabeza cayó hacia atrás, contra su hombro.

—¿Te excita, esposa? —Sus labios rozaron la curva de mi oreja y me hacía estremecer cada vez que él me llamaba *esposa*. Sorprendentemente, no me desagradaba. De hecho, me encantaba cómo sonaba.

Incliné ligeramente la cabeza para que me acariciara el cuello. Debía de estar loca, pero en aquel momento me daba igual. Su boca en mi piel me quemaba de la forma más deliciosa.

Luca se movió y sus dedos bajaron lentamente por mi creciente barriga. Quizá fuera el embarazo. O tal vez solo era él. Había algo tan erótico cuando me tocaba el vientre.

Debería haberme asustado. Debería haberme repelido, pero no lo hizo. Y la forma en que tarareaba con gutural satisfacción cuando su palma presionaba suavemente el lugar donde mi niña usualmente pataleaba me tenía enloquecida.

Dios mío, estas hormonas serían mi muerte.

—Quieres que te toque. —No era una pregunta. Su aliento me rozó la piel del cuello. Contuve la respiración, esperando más. Debería haber sabido que eso no era suficiente para él—. Suplícame que te toque, esposa, y te correrás más fuerte que nunca.

Me mordí el labio, negándome a ceder.

Su mano se deslizó aún más entre mis piernas y las abrí más, necesitándolo en mi interior. Mi centro ya estaba hinchado y palpitante, necesitado de placer.

Mis manos bajaron hasta presionar contra sus caderas y mis dedos se enroscaron en sus músculos mientras me movía inconscientemente.

Sus dedos rozaron mis bragas.

—Estás mojada —gimió en mi oído—. Puedo oler tu excitación. Tu bonito coño quiere esto, lo necesita. —Un gemido se deslizó entre mis labios. Mi deseo ardía—. Suplícamelo.

Me pesaban los párpados, miraba hacia el espectáculo, pero no lo veía en realidad. Lo único en lo que podía concentrarme era en este hombre, susurrándome al oído. Tentándome.

—Quizá rompí fuente —comenté roncamente, ignorando su petición de suplicar. Nunca suplicaría.

Me lamí los labios, aunque ninguna palabra salió de mi boca. Me dio un beso en los hombros.

Acarició mi centro y luego apretó con más fuerza. Como si fuera el dueño de mi parte más privada.

—Tan terca. —Luego maldijo—. Tan húmedo. ¿Eso es para mí?

«Sí, sí, sí», quería gritar, pero en lugar de eso solo un gemido salió de mis labios. Su mano libre se dirigió a mi pecho y tiró de la parte superior de mi vestido, luego del encaje de mi sujetador hacia abajo. Su mano en mi coño me apretó firmemente contra su propio cuerpo mientras con la otra me pellizcaba el sensible pezón.

Mis piernas se abrieron un poco más y debió de captar la indirecta. Introdujo la mano en mis bragas y me metió dos dedos. Mi espalda se arqueó.

—Jesucristo, estás apretando mis dedos como si fuera mi polla. —Su voz era más profunda. Más gutural de lo que había oído antes.

Empezó a mover los dedos, muy dentro de mí, mientras su palma rozaba mi clítoris. Hacía tanto tiempo que nadie me tocaba. Estaba hipersensible. Encontró mi punto G y lo acarició ligeramente. Mi cuerpo se estremeció y levanté las caderas, gimiendo... su nombre.

Mi cerebro estaba demasiado confuso por el placer que se estaba acumulando dentro de mí. Me avergonzaría más tarde. Ahora, necesitaba una liberación.

Me mordisqueó ligeramente el lóbulo de la oreja.

—Toma lo que necesites, esposa.

Sus caricias dentro y fuera de mi sexo eran implacables. Su pulgar trazaba círculos alrededor de mi clítoris. Hacía que cada célula de mi cuerpo temblara de desesperada necesidad de liberación. Cada embestida me acercaba más al límite.

Desde un rincón lejano de mi mente, podía oír piel chocando contra piel. Sonidos de placer. Gritos. Pero no eran míos. Había perdido interés en la escena que tenía adelante y lo había encontrado en mi esposo.

Luca DiMauro era pecado y tentación. Lo necesitaba ahora mismo.

—Me vas a matar, esposa —murmuró y retiró los dedos. Antes de que pudiera protestar, me arrancó las bragas, el sonido de la rotura llenó el aire y luego me levantó de encima de él. Me senté en el sofá, con el vestido abultado alrededor de mi cintura y las piernas abiertas de par en par.

Antes de que la decepción me invadiera, se arrodilló delante de mí. Mi brillante coño a la vista.

—Déjame tocarte. Déjame probarte. Déjame tenerte. —Sus palabras destrozaron los muros de mi interior con tal facilidad que me aterrorizarían si no estuviera tan metida en esta tierra de lujuria—. Por favor, esposa. Por lo menos déjame darte placer.

Apenas podía respirar. No podía pensar.

—Sí —suspiré—. Pero solo si tú también sientes placer.

Eran todas las palabras que necesitaba porque sus manos me agarraron de las caderas.

—Abre más las piernas. —Su orden era áspera, su voz más grave.

Con una inhalación insegura, obedecí y, en cuanto lo hice, tiró de mí hasta el borde del sofá. Su mirada se posó entre mis muslos.

—Ponte cómoda —gruño—. No quiero que le pase nada a la bebé.

Maldición. Eso era tan caliente y erótico.

Apoyé la espalda en el sofá, hice lo que me decía y su cabeza bajó entre mis piernas. Me estremecí bajo el primer contacto caliente de su lengua. Apenas había empezado y ya estaba cerca del orgasmo. Dio una lenta vuelta desde la entrada hasta mi clítoris y una profunda oleada de placer inundó todos mis sentidos. Hundí los dedos en su espesa cabellera y le acaricié el cuero cabelludo con las uñas desafiladas.

Sus manos me mantenían las piernas bien abiertas mientras se tomaba su tiempo para devorarme. Pasó la lengua por mi clítoris antes de succionar y un profundo gemido vibró en el aire. Debió de gustarle, porque resonó contra mi núcleo y luego introdujo la lengua en mi entrada.

Su mirada ardiente encontró la mía y mientras me comía el coño como si fuera su postre favorito, nuestros ojos se sostuvieron el uno al otro como si estuvieran trabados. Era lo más erótico que había experimentado nunca. Mientras su boca chupaba y lamía mi clítoris, su dedo se deslizaba dentro de mí, entrando y saliendo. Una y otra vez.

El placer se encendió, la mecha ardió en mi torrente sanguíneo. Moví las caderas contra su boca, incapaz de romper la mirada que nos unía. Él emitía profundos ruidos de satisfacción, incitándome a seguir.

—Por favor, Luca —supliqué en un gemido sin aliento—. Necesito...

Mis manos tiraban de su cabello y mis caderas se movían contra él.

Sus dedos se enroscaron dentro de mí mientras seguía lamiéndome sin parar. Me metía los dedos cada vez más fuerte y rápido, aumentando la presión en mi interior. Con sus ojos aún fijos en mí, el placer estalló en mis venas. No había petulancia en su rostro, solo reverencia mientras el lánguido calor se extendía por cada centímetro de mi cuerpo.

Su boca recorrió el interior de mi muslo mientras palpitaba alrededor de sus dedos. Siguió metiéndolos y sacándolos lentamente. Se me escapó un suspiro tembloroso. Mis dedos seguían agarrados a su cabellera, no estaba dispuesta a soltarlo.

Con nuestras respiraciones aún llenando el aire, nuestras miradas chocaron. La suya hambrienta y la mía ansiosa por saciar esa hambre. Se limpió la boca con el dorso de la mano, sin apartar los ojos. Luego se levantó y se sentó a mi lado, estirándose y rodeándome con la mano. El espectáculo continuaba, pero ninguno de los dos le prestaba atención.

Fui a levantarme, pero me retuvo, negando con la cabeza.

—Quiero corresponderte —protesté con voz suave.

—Esto era para ti —afirmó.

Me pregunté cuántas mamadas le habrían hecho a este hombre a lo largo de su vida. Yo lo había hecho un puñado de veces, y la última había sido con él. No se quejó, como habían hecho los anteriores, así que no debería haberme puesto nerviosa al hacérsela. Sin embargo, lo estaba.

O quizá no me quería. Mis ojos se desviaron hacia su entrepierna y encontraron pruebas de su excitación.

—También quiero que te sientas bien —musité suavemente.

Hablaba en serio. Ya pensaría en las consecuencias más tarde, pero él había dado y quería corresponderle. Quería hacerlo sentir tan bien como me hacía sentir.

Poniéndome de pie, tiró de mí hacia abajo.

—A horcajadas sobre mí —demandó.

No necesitaba que me lo repitiera. Me di la vuelta e hice lo que me ordenó, mi vientre era el único espacio entre nosotros.

—*Hmmm* —murmuré arrastrando la mano por su pecho. El material de su camisa de vestir se sentía frío bajo mi palma. No obstante, el tacto de sus duros músculos me sedujo. Desabroché el primer botón, luego el siguiente, y poco a poco dejé entrever la piel tatuada.

El encuentro me vino a la mente cuando lo atrapé masturbándose en la ducha. En nuestra luna de miel.

Sus labios estaban apenas a unos centímetros. Un temblor me recorrió mientras acortaba la distancia. Nuestras respiraciones se mezclaron. Mi boca rozó la suya. Entonces apreté mis labios contra los suyos y lo besé. Perezosamente. Suavemente. Abrió la boca y deslicé la lengua en su interior.

Sabía a *whiskey*, a pecado y a tentación. Como mi esposo. Como *mío*.

Un gemido vibró en lo más profundo de su pecho y su mano se acercó a mi nuca. Me la agarró con fuerza y tomó el control del beso. Me chupó la lengua. Exploró cada rincón de mi boca. El corazón me retumbaba en los oídos y la sangre me corría por las venas.

Nunca quise detenerme para tomar aire. La muerte por un beso sería la forma más deliciosa de morir. Arrastré ligeramente mis dientes sobre su labio inferior.

Me mordió el labio inferior.

—Valdría la pena morir por ti, esposa —gruñó.

Su dura longitud chocó contra mi centro, despertando un monstruo hambriento de sexo dentro de mí.

—Tal vez vas a ser mi muerte, esposo —repliqué.

Algo parecido a conflicto bailó en su expresión, pero desapareció tan rápido como apareció.

Mis ojos bajaron entre nosotros, mi panza de embarazada llenaba el espacio entre nosotros. Él aún llevaba sus pantalones puestos.

—Esto podría ser incómodo con mi vientre de embarazada.

Consideró las palabras y luego nos cambió de sitio, de modo que se tumbó en el sofá y mis rodillas quedaron a horcajadas sobre él mientras me sentaba encima.

Agarré su cinturón y se lo desabroché. El sonido de la cremallera electrificó el ambiente. Antes de que pudiera meter la mano en sus pantalones, su enorme mano rodeó la mía. Desvié la mirada hacia Luca y enarqué las cejas en señal de pregunta.

Con movimientos expertos, se aflojó la corbata y se la quitó de un tirón.

—Véndate los ojos —ordenó con voz ronca.

—Pero quiero verte.

—Con los ojos vendados será mejor. Confía en mí. —Empujó sus caderas hacia arriba, mostrándome de lo que me perdería. Un escalofrío me recorrió, la presión y el calor chispearon mientras aplastaba mi clítoris contra su pelvis.

Era una mujer débil, débil, porque me encontré asintiendo. Con entusiasmo.

Se sentó de medio lado, sacó una venda del cajón de la mesa que había junto al sofá y me la coloco con destreza. Cuando estuvo seguro de que estaba bien puesta, oí el crujido de la ropa. Me agarró las manos y me las puso en su pecho.

—Espera.

Apenas tuve tiempo de procesar las palabras, cuando me agarró por las caderas, las empujó hacia arriba y se metió dentro de mí. Un jadeo agudo me abandonó mientras me arrastraba por su miembro, llenándome hasta la empuñadura.

El tiempo se detuvo.

Mi pulso se detuvo bruscamente y luego reanudó su salvaje latido. La piel me zumbaba y cobraba vida por primera vez desde Las Vegas.

Era grande y estaba tan dentro de mí que dolía. Una sensación deliciosa. Todo parecía intensificarse con la venda en mis ojos. Podía escuchar su respiración agitada, sentir su corazón retumbando contra mis manos.

—¿Necesitamos condones? —Me ahogué.

—Estoy limpio —declaró. Mis palmas recorrieron su pecho—. Siempre uso protección y me hago pruebas con frecuencia. —Hizo una pausa, como si dudara antes de continuar—: Puede que no dure mucho. Fuiste la última mujer con la que follé.

Ya lo había dicho antes, sin embargo, su confesión me sorprendió. El infame *playboy* renunció a todas las mujeres después de mí. No me lo esperaba. No de un *mujeriego* como él.

De alguna manera significaba aún mucho más.

—No he estado con nadie desde que quedé embarazada —susurré mi propia confesión, aunque él ya lo sabía.

—Nunca habrá nadie más para ti —gruñó—. Ni para mí. —Asentí con la cabeza en señal de confirmación—. Ahora móntame, esposa. —Dios, la nota áspera de su voz me produjo un escalofrío. La sensación de tenerlo dentro de mí me llevó al límite—. Un parpadeo de dolor y

paramos. No dañaremos a la bebé. ¿Entendido?

Mi pecho se resquebrajó, dejándolo entrar más profundamente en mi corazón. Centímetro a centímetro se estaba apoderando de mi alma.

Deslicé las manos por su pecho, sintiendo su cálida piel. Deseaba que estuviéramos los dos desnudos, piel contra piel. Pero habría otras ocasiones. Sabía que las habría con tanta certeza como sabía mi nombre.

Agarrándome a sus hombros, empecé a moverme. Lo cabalgué lentamente, subiendo y bajando por su pene, sintiendo cómo su *piercing* me rozaba de formas deliciosas. Sus manos en mis caderas me guiaban arriba y abajo, llevando mi placer cada vez más alto. No podía verle la cara, pero el gemido que sonó en su garganta me lo dijo todo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Lo sentí como si fuera mío. Sus manos me sujetaban con fuerza mientras subía y bajaba por su miembro. Lo cogí despacio y luego aumenté la velocidad cuando sus manos empezaron a moverme más deprisa. Reboté con más fuerza sobre su longitud.

—¿Estás bien? —pronunció entre gruñidos, como si se contuviera.

—¡Más! —exigí.

—¿Está la bebé...?

—Maldición, Luca. La bebé está bien. Por favor, más fuerte. Necesito más.

No podía respirar. Empezó a aumentar la presión mientras me tiraba sobre su miembro hacia arriba y hacia abajo. Sentía cómo me estiraba, tan dentro de mí. Cuando sentí su boca en mi pezón, succionando y luego mordiendo suavemente, un estremecimiento me sacudió mientras el placer estallaba.

—Joder, eres hermosa cuando te corres. —Siguió meciendo mi cuerpo, adelante y atrás, su polla atravesándome durante mi orgasmo. Mis respiraciones salían erráticas y pesadas.

Su cuerpo se tensó y sus manos apretaron mi cintura mientras empujaba sus caderas hacia arriba empalándome.

Dejó escapar un gemido masculino que me erizó la piel. Se derramó dentro de mí, su boca en mi vientre. Su beso empapó mi piel y mi torrente sanguíneo.

Su toque y su sabor se convirtieron en una droga. Peor aún, empecé a ansiar sus palabras y su compañía.

Su longitud seguía dentro de mí y su mano me acariciaba la mejilla.

—Eres mía, Margaret —declaró, puntuando las palabras como si quisiera demostrar algo—. Tú y nuestra bebé. *Mías*.

Tum tun. Tu tum. Tu tum.

—Tuyas —murmuré somnolienta, con el lánguido calor de los orgasmos que me había provocado aun nadando por mis venas.

TREINTA Y CUATRO

LUCA

Las mejillas de mi esposa se tiñeron de rojo durante todo el camino de vuelta a casa.

Era un buen aspecto en ella. Apoyó su cabeza en el reposacabezas, mirándome conducir con una suave sonrisa en sus labios. Nunca había conocido a nadie que pudiera ser tan suave y a la vez tan cortante; dos extremos que dependían de la posición que ocuparas en su vida. Esperaba que eso significara que ambos íbamos en la dirección que haría mejor a nuestra familia. Más fuerte. Para nuestra pequeña y, con suerte, también para algunos niños en el futuro.

Me invadió la paz. Siempre podía respirar mejor cuando sonreía. Su felicidad era lo único que me importaba. Pero cuando me sonreía, mi pecho brillaba. Mi sangre palpitaba de aprobación al tener sus ojos sobre mí, sus manos sobre mí, su aroma en mi espacio.

—¿Qué es lo siguiente en tu lista de cosas que hacer antes de morir? —pregunté—. Me gusta mucho tu lista.

Se rio suavemente.

—¿Qué tal si me cuentas algo de *tu* lista? Esto debería ser cosa de dos. Haces realidad mi deseo y yo el tuyo.

Sonreí.

—Trato hecho. —De acuerdo, quizás acepté demasiado rápido porque sus ojos se entrecerraron sospechosamente—. Duerme en mi cama —añadí rápidamente—. Eso está en mi lista de deseos.

Frunció los labios y sus ojos recorrieron mi cuerpo. Desde el momento en que sentí sus suaves labios sobre los míos, ha sido mi adicción. Podría exigirme que acabara con mi vida y probablemente lo haría. Por ella. Ahora que me había entregado su cuerpo, sabiendo que era yo, no había vuelta atrás.

Margaret se entregó a mí. No había política de devolución aquí.

Asintió y no veía la hora de llegar a casa. El maldito tráfico era lo malo de New York. Mi esposa era mucho más feliz en Sicilia y yo también. Sobre todo, después de aquel encuentro con su madre. Si no la volvíamos a ver, sería perfecto.

Maeve Callahan. La maldita perra de dos caras.

Tenía el mismo aspecto que recordaba. Justo como le gustaban a mi padre. Baratas. Sórdidas. Con pechos grandes y cerebros pequeños.

Sin embargo, aparte de mis sentimientos subjetivos, había algo en su aparición de hoy que me molestaba.

Mi teléfono sonó, interrumpiendo mis pensamientos, y una vez estacionado en mi garaje subterráneo, saqué el móvil y abrí el mensaje. Era de Guido.

Guido: Tu abuelo fue atacado. No hay heridos. No tenemos un sospechoso.

Un gruñido vibró en mi pecho y el rojo empañó mi visión. En Sicilia, mi abuelo era intocable. Nadie debería haber podido acercársele lo suficiente como para atacarlo. ¿Fue Marchetti? No podía ser. Era letal, pero no estúpido, y no arruinaría nuestra larga relación comercial. Ni el hecho de que nuestros hijos algún día unirían a nuestras familias.

—¿Qué pasa? —La voz de Margaret penetró la niebla roja de mi cerebro.

Estaba a punto de no decirle nada cuando las palabras de *Nonno* resonaron en mi oído. Quería que tuviera una confidente. Una compañera. No solo una mujer. *Nonno* tenía eso con mi abuela. Quería eso en mi esposa. Era mucho más que la mujer por la que suspiraba.

—*Nonno* fue atacado. —Dios, incluso decir esas palabras y pensar que estaba en esa posición me tenía echando humo.

Se sentó erguida, con una profunda preocupación en sus ojos.

—¿Está bien? ¿Está herido?

—Está bien. Sin heridas.

—¿Sabe quién lo atacó?

—No saben quién lo hizo. —Maldición, era el peor momento. No quería dejar a Margaret, especialmente ahora que estábamos avanzando en la construcción de nuestra relación. Luego estaba su próxima ecografía. Sería nuestra primera juntos y probablemente una de las últimas, ya que nos acercábamos a término. Cuatro semanas más.

Mierda. Excepto que no podía dejarlo vulnerable y solo allí. Me necesitaba.

—Deberíamos traerlo aquí —sugirió Margaret, con voz firme—. Luego, cuando resolvamos tus asuntos de negocios, volvemos todos, averiguamos quién está detrás del ataque y lo hacemos pagar.

Se las arregló para sorprenderme. Otra vez. Su gran corazón. Su suavidad. Su temple.

Era el paquete perfecto. Mi pareja ideal.

—¿No te importaría? ¿Qué *Nonno* venga aquí? —pregunté para estar seguro—. *Nonno* puede ser bastante molesto cuando deja Sicilia. Se queja de todo y lo compara con su ciudad natal.

Sonrió.

—No me importa. Podemos encontrar todos los defectos de esta ciudad y contar los días que faltan para volver a Sicilia —añadió con una sonrisa.

La agarré por la nuca y la acerqué más a mí, rozando mi boca contra su oreja.

—Cuando lleguemos a casa, voy a cogerte despacio —le murmuré al oído, y me encantó ver cómo un escalofrío recorría su cuerpo y sus pezones se erizaban bajo el precioso vestido—. De todas las formas posibles.

Y lo hice. Hasta que suplicó un respiro y se quedó profundamente dormida.

En mi cama. Exactamente donde pertenecía.

TREINTA Y CINCO

MARGARET



Hacía demasiado calor. Sentía como si mi sábana pesara cien kilos, sosteniéndome.

Suspirando, intenté darme la vuelta, pero algo tiró de mí. Abrí los ojos. No era algo, sino alguien que tiraba de mí. Había un hombre en mi cama. Luché contra la pesada confusión que siempre me invadía cuando despertaba por primera vez y mis ojos se abrieron de golpe.

Un gemido masculino vibró.

—Vuelve a dormirte. —Mi corazón se agitó, acelerándose en mi pecho—. Estás cumpliendo mi lista de deseos.

—Jesucristo. —Exhalé en una combinación de alivio y risa ahogada—. Pensé que había un asesino en mi cama.

Se le escapó una risita.

—No muy lejos de eso.

Su brazo me rodeaba, su cuerpo calentaba el mío y su pecho se apretaba contra mí. Me sentí bien al despertar en su cama. Le pertenecía y él a mí. Mis ojos se desviaron hacia el reloj de la mesita, cuyos dígitos verdes brillaban en la oscuridad.

Seis de la mañana.

Los días de invierno eran un asco. Estaba oscuro demasiado tiempo. Fríos. Y simplemente deprimentes. Echaba de menos Sicilia y su calidez. Cientos de casas de colores en las viejas calles de Palermo. Luca y yo construiríamos nuestra vida allí.

Lejos de mi madre. No quería más encuentros accidentales con ella. No confiaba en ella. Su comentario no se me escapó. Excepto que estaba fuera de su carácter. Usualmente, reservaba eso para cuando estuviéramos solas.

Apartando a mi madre de mis pensamientos, mi mente se desvió hacia las cosas más ardientes y sensuales. Los acontecimientos de la noche anterior se filtraron en mis recuerdos y un temblor me recorrió. Fue sin duda la noche más caliente de mi vida.

New York con Luca, mi marido, no era tan terrible. Aunque me moría de ganas de volver a Sicilia.

—Echo de menos Sicilia —susurré en voz baja—. Casi quiero ir contigo.

La idea de *Nonno* en peligro me aterrorizaba. Llegué a preocuparme mucho por él.

—Yo también —murmuró contra el lóbulo de mi oreja—. Iré a buscarlo y lo traeré aquí. Cuando todo esté arreglado aquí, volveremos y empezaremos nuestra vida allá.

Sonaba perfecto. Nuestra vida. Nuestro comienzo. Nuestra historia realmente comenzó allí,

así que era correcto que viviéramos nuestra vejez allá. Bueno, tal vez nuestra historia realmente comenzó en Temptation, pero la verdad, que era nuestra etapa de guerra. Sicilia fue nuestra etapa de amistad y amor.

—¿Terminarás con todo aquí antes de que nazca la bebé? —pregunté—. Quiero que nazca allí.

—Haría a *Nonno* tan feliz si pasara de esa manera.

Se movió y me acercó más a él. Estaba duro, con su miembro presionando contra mi trasero, y al instante olvidé Sicilia.

Dios, el hombre estaba tan cálido y semidesnudo que la sola presión de su cuerpo contra el mío hizo que los dedos de mis pies se curvaran de placer. Si hubiera sabido que se sentía tan bien acurrucarme con mi esposo, me habría metido en su cama hacía mucho tiempo.

—¿Harías eso? —inquirí, empujando mi trasero. Un rugido sonó en su garganta cuando me moví y me froté contra él—. Dejar atrás a tu hermano, tu negocio y tus amigos. ¿Solo para que la pequeña Penelope pueda nacer en Sicilia?

De acuerdo, quizás estaba probando a ver hasta dónde era capaz de llegar para hacerme feliz, aunque parecía más que dispuesto a acceder. Habíamos recorrido un largo camino en nuestra relación, pero aún necesitaba seguridad. O tal vez quería otra ronda de los acontecimientos de anoche.

Su mano me rodeó la cintura, recorriendo mi vientre, y juré que a la bebé le encantaba sentir su cálida palma. Podía sentirla empujando contra su mano, incluso ver cómo mi vientre se movía con ella.

—Puedo sentir cómo se mueve —comentó con voz ronca contra mi oído.

—Le gusta cuando te siente. —Dios, si solo con eso me ahogaba, sería un desastre cuando llegara la bebé—. Ya puedo decir que será una niña de papi. Pequeña traidora.

Sin embargo, mis palabras no eran mordaces. Incluso después de todos estos años recordaba mi amor por *Da* y todo su cariño. Era una niña de papi hasta la médula. Pero no sería una madre distante e indiferente como la mía.

Nuestra pequeña tendría el amor y la protección de ambos.

—Hablaré bien de ti —bromeó, mordiéndome el lóbulo de la oreja—. Si te portas bien con papi —me gruñó al oído juguetonamente, bajando las manos por mi vientre y entre mis muslos —. Estás lista para mí —gimió satisfecho.

El roce de sus dedos contra mi sensible clítoris me hizo sentir un gran placer. No pude evitar mover el trasero contra su erección. Me agarró de las caderas y pensé que iba a detenerme. Pero no lo hizo. Me apretó más contra él. El calor se extendió y apretó entre mis piernas mientras se movía detrás de mí, sin que nada más que el susurro de las sábanas y el sonido de nuestras respiraciones perturbaran el capullo de nuestra habitación. Me giré en sus brazos y se puso boca arriba para que pudiera volver a sentarme a horcajadas sobre él.

La forma en que me miraba me hacía sentir la mujer más hermosa del mundo. No le importaba que hubiera engordado dieciocho kilos, o que mis senos tuvieran el tamaño de melones y mi barriga fuera tan grande como una sandía.

Subió las manos por mis muslos y me miró con los ojos entrecerrados. Me tocó por todas partes y aun así parecía no ser suficiente. Volvió a hacerlo, y luego llevó las palmas a mi vientre, buscando esa pequeña vida dentro de mí.

La pequeña vida que reclamó y a la que murmuraba suaves palabras. Y no había nada más erótico que eso para mí. Un duro papá oso derritiéndose por la pequeña vida no nacida dentro de mí.

Mi mirada se posó en sus labios y me incliné para besarlo. Me recibió a mitad de camino.

Y me di cuenta de que siempre me encontraba a mitad de camino.



Tres horas más tarde, los dos estábamos duchados y vestidos. Opté por un vestido maxi de maternidad azul que me abrazaba el cuerpo y me marcaba la barriga. Él se puso unos *jeans* que hacían que su trasero se viera tan bien, si es que eso era posible. Apuesto a que los hombres de todo el mundo estaban celosos de aquel tremendo trasero tan bonito, y era todo mío.

—¿Cuarta ronda? —sugirió, atrapándome con las manos en la masa mirándole el trasero.

Su suéter gris de Ralph Lauren acentuaba su piel aceitunada y hacía que sus ojos parecieran más claros. Su deportivo reloj Rolex le daba un aire informal, aunque costoso. Disimulaba bien su crueldad, pero sabía que llevaba una pistola escondida en la espalda. Llevaba mocasines oscuros y un abrigo de lana gris. Había renunciado al abrigo en mi tercer trimestre. Era un horno todo el tiempo.

—Haré que valga la pena —murmuró contra mis labios.

Sacudí la cabeza.

—Entonces necesitaría una siesta.

—Puedes tomar una siesta. Puedo conseguir un chofer que me lleve al aeropuerto.

Negué con la cabeza.

—No. Te despediré como una esposa apropiada.

Debió de gustarle la respuesta porque me dio un beso en la mejilla y dejó el tema. Agarré mi bolso mientras me agarraba con fuerza de la mano y caminábamos hacia el ascensor.

—Asegúrate de volver rápido —declaré mientras entrábamos en el elevador—. ¿Quién va a ver películas conmigo esta noche?

Me dedicó esa sonrisa juvenil y galante.

—Llamé a tus hermanos. Les pedí que te vigilaran hasta que volviera. Les dije que te gusta ver películas viejas, así que dijeron que traerían su propia colección de películas.

Gemí en voz alta.

—Luca —protesté—. ¿Por qué hiciste eso?

—Mi nueva esposa no estará sola.

—Ya no soy una nueva esposa y estoy bien estando sola —agregué riéndome. Desde luego, no necesitaba una niñera en la forma de mis hermanos.

Sus labios se curvaron suavemente.

—Hazlo por mí entonces. Me preocuparé menos.

Eso ya me decía que tenía muchas cosas en la cabeza.

—Bien —suspiré—. Solo esta vez.

Nuestros ojos se encontraron en el reflejo, la suave expresión de su rostro hizo que mis límites se hicieran añicos. De hecho, podrían reducirse a cenizas. Se había incrustado en cada parte de mí.

—Gracias, *mia moglie*. —Dios, me encantaba cuando me llamaba *su esposa*. En español, en inglés, en italiano. En cualquier maldito idioma. Mientras me llamara suya.

Las puertas se abrieron y me guio hacia otra sección del estacionamiento. Me condujo hasta una elegante Range Rover.

—¿Quieres conducir tu coche o el mío? —preguntó—. Es todo nuestro, pero ¿cuál quieres manejar primero?

—Tomemos el tuyo —musité, chocando mi hombro con el suyo—. Así, si lo estrello, el mío sigue intacto.

Echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Una risa verdadera y despreocupada que me llenó el pecho de calor y me llegó a lo más profundo del corazón. Era inquietante. Era frágil. Me abrió la puerta, me ayudó a entrar como el caballero que no era y luego rodeó el vehículo para colocarse a mi lado.

Mis ojos se desviaron hacia el asiento trasero. Como era de esperarse, Luca tenía todo lo mejor. Pero lo inesperado fue la silla de auto para bebé que ya estaba instalada y lista para usar.

—¿Por qué hay un bolso rosa de Gucci ahí detrás? —curioseé.

—Es nuestra bolsa de hospital. —Cuando lo miré sin comprender, continuó—: La bolsa de los pañales. Cosas para mamá y el bebé. Hay otra bolsa en tu auto. No podemos estar lo *suficientemente* preparados.

Mi corazón se hinchó. Su nombre se instaló en un lugar permanente en mi corazón, marcándolo como suyo. Era arriesgado. Probablemente era mucho más seguro ser amigos que se querían profundamente, pero mi corazón se negaba a hacer caso a la advertencia.

—Vámonos —comentó Luca, poniendo las manos detrás de la cabeza y estirando las piernas.

Entrecerré los ojos mientras ponía el coche en marcha.

—No soy tu chofer.

Se rio entre dientes.

—Ahora mismo sí.

Mientras conducíamos desde el Upper East Side, me dirigió todo el camino hasta el aeropuerto.

—Copiloto molesto —refunfuñé al llegar al aeropuerto privado y estacionar su lujoso Mercedes.

Fui a desabrocharme el cinturón, pero me detuvo.

—No salgas. Hace frío y viento.

—De acuerdo.

Me acarició las mejillas y tiró de mí para acercarme.

—Pórtate bien mientras no estoy —musitó, sus labios rozando los míos—. Nada de comportamientos imprudentes.

Actué horrorizada.

—Nunca actúo imprudentemente. —Luego añadí la palabra que aprendí en italiano—. *Marito. —Esposo.*

Sus ojos parpadearon divertidos.

—¿Has estado estudiando italiano?

—No puedo permitir que le hables a nuestra bebé en italiano y no entienda ni una palabra.

Con otro beso, o cinco, por fin se separó de mí y salió del vehículo, y lo vi embarcar en su *jet* privado. Antes de entrar en la cabina, se dio la vuelta, con un aspecto elegante y como un millón de dólares, y entonces me conmocionó bastante.

Me lanzó un beso, seguido de un guiño arrogante. Tan cursi, pero tan dulce.



Mis hermanos irrumpieron en el *penthouse*, dejando caer una bolsa de lona en medio de mi sala.

—Dios mío, díganme que no se mudan —protesté, permaneciendo en mi asiento con los pies apoyados en la mesita de centro.

Los gemelos pusieron los ojos en blanco. Sus chaquetas de cuero estaban empapadas y goteaban sobre la madera. Llevaban su atuendo típico. *Jeans*. Botas de combate. Chaqueta de cuero. Lo único que no podía ver eran sus armas. Siempre llevaban armas encima.

Incliné la barbilla hacia la bolsa.

—¿Qué demonios hay en esa cosa?

—Defensa —respondieron ambos al unísono.

Miré a mi hermano mayor, quien se encogió de hombros y puso los ojos en blanco.

—¿Esperamos una guerra? —indagué.

—Tal vez —contestó Kyran crípticamente.

—Ni siquiera voy a preguntar —murmuré, sacudiendo la cabeza.

Aiden se colocó a mi lado y apoyó las piernas paralelas a las mías, rodeándome con el brazo.

—No te preocupes, hermanita, me quedaré a vigilarte si esos dos idiotas prefieren hacer que los maten.

Tyran le dio un tirón de orejas.

—Sabemos que tienes miedo —se burló Kyran.

—Y sé que eres estúpido —replicó Aiden—. No confundas miedo con inteligencia. —Estaba tenso. Cuando le dirigí una mirada interrogante, se limitó a responder—: Cosas de negocios.

—No podemos dejarlos que... —Kyran comenzó, pero la mirada de Aiden lo cortó.

Puede que los tres fueran cercanos, sin embargo, todos sabían que Aiden algún día tomaría el control de la mafia Callahan como jefe. No podía permitirse reaccionar primero y pensar después. Los gemelos, en cambio, siempre reaccionaban. Perdí la cuenta de las veces que Aiden los sacó de apuros.

—Pongan su trasero en el sofá y cierren la boca —ladró Aiden cuando Tyran abrió la boca con una clara protesta en la cara—. Estamos viendo una película con nuestra hermana.

—Necesita un cachorro con el que acurrucarse —refunfuñó Kyran—. No a nosotros. —Le dirigí una mirada incrédula, pero continuó—: Podría deprimirse. Al menos eso dijo mamá.

De todas las cosas, esa era la más tonta que podía sugerir. Como era de esperarse, vino de mi madre.

—No quiere una mascota —reprendió Aiden—. Es alérgica, maldito imbécil.

—Hay pastillas para eso —objetó Tyran, echándose un chicle a la boca.

—Y está embarazada —refutó Aiden, mirando a nuestros hermanos como si fueran los mayores idiotas del planeta. No lo eran, pero siempre seguían los consejos de nuestra madre. Por desgracia.

Suspiré y agarré el control remoto. Si esos tres empezaban a discutir, la noche sería larga. Los ignoré, su conversación se convirtió en ruido de fondo, y empecé a pasar los canales mientras la tormenta azotaba el exterior. El viento y la lluvia castigaban las ventanas de cristal. Sería difícil dormir sin Luca aquí. Aunque acabábamos de empezar a compartir la cama, ya me había acostumbrado a tenerlo aquí todas las noches.

Mi teléfono descansaba en mi regazo, junto a un bol de palomitas de maíz sin comer. Le envié un mensaje a Luca hace media hora, preocupada por su vuelo. De ahí que no pudiera disfrutar de mi aperitivo favorito mientras veía películas.

Los gemelos se tumbaron en el sofá, sus grandes cuerpos hicieron que me moviera incluso en mi estado.

—Por favor, no pongas tus viejas películas —renegó Tyran—. No puedo soportar esa mierda en mi estado.

Me burlé.

—¿Qué estado es ese? ¿El estado asesino?

Giró la cabeza hacia mí, con los ojos brillantes de diversión.

—Pon una película de acción. Ciencia ficción. De terror. Del viejo oeste. Cualquier cosa menos esas malditas películas viejas en las que cantan y lloran hasta besuquearse. Ni siquiera pueden darnos una escena de sexo decente.

Kyran se levantó de un salto y se acercó a la ventana, mirando fijamente hacia afuera. ¿Qué creía que vería desde aquí arriba?

—¿Qué quieres ver? —pregunté—. Dame un título y la pongo.

—Pon *Avatar* —indicó Tyran—. Tiene un poco de romance.

—¿La de la gente azul? —inquirí incrédula.

—No discrimines a los azules —pronunció Kyran mientras se alejaba de la ventana. Podía ver la inquietud en toda su expresión. Ni siquiera intentó ocultarla.

Cuando mi esposo volviera, lo mataría por enviarme a mis tres hermanos. Esto era lo más alejado de la relajación que se podía conseguir.

—Bien. *Avatar* será —afirmé.

Me desplacé hasta la barra de búsqueda y empecé a deletrear las letras.

—Mamá pidió verte. —Aiden rompió el silencio. Mi dedo se detuvo sobre la última letra—. Dijo que tenía algo que decirte.

Me mofé. Mi madre apenas me prestaba atención, ni siquiera me hablaba.

—Reúnete con ella por solo una hora. —Intentó acordar Kyran. Siempre buscaba llegar a acuerdos. Excepto cuando se trataba de matar a alguien. Entonces se iba al carajo el arreglo, sin importar las consecuencias.

Estudié su rostro. Tenía cinco años más que yo, pero tanto él como Tyran parecían a veces mucho mayores de su edad.

Tyran me arrebató el bol de palomitas y empezó a metérselas en la boca como si estuvieran pasadas de moda.

«A veces, como en ese momento, parecían mucho más jóvenes», pensé.

Los tres lo miramos y sonrió tímidamente.

—¿Quieres un poco? —Me ofreció.

—Ya no —dije, ahogando un bostezo—. ¿Te lavaste las manos antes de comer *mis* palomitas?

—*Germofóbica* —acusó.

—Será mejor que también te conviertas en uno. Antes de que tu sobrina esté aquí. Si no, no te dejaré sostenerla.

Sonrió, con los dientes relucientes.

—*Oh*, nadie me alejará de mi sobrina. Vamos a enseñarle a maldecir y...

Levanté la mano, con la palma hacia él.

—Déjame detenerte justo ahí.

—Se lavará las manos, Maggie. —Saltó Kyran a la defensa de su hermano—. De hecho, tiene una botella de desinfectante de manos siempre con él. Y se abasteció.

—Jesucristo, ¿podrán callarse la maldita boca con lo de los desinfectantes de manos? —comentó Aiden—. Querías ver *Avatar*. Ahora vela, o los mandaré a todos a la cama.

Algunas cosas nunca cambiaban en mi familia.

TREINTA Y SEIS

MARGARET

Era *Halloween*. En cierto modo, era nuestro aniversario desde que nos conocimos en la fiesta de *Halloween* en Temptation. Sí, era agosto, pero eso era irrelevante. No podía esperar a tener a Luca de vuelta para que pudiéramos hacer algo especial juntos.

Llevaba fuera tres largos días.

Había llamado. Mandó mensajes. Volvió a llamar.

Se suponía que estaría en casa en dos horas. Tanto él como *Nonno*. Cassio iba a recogerlos al aeropuerto.

Áine y yo fuimos de compras juntas. Ropa y muebles de bebé era lo primero en nuestra agenda. Apenas habíamos entrado en la primera tienda de bebés cuando soltó la pregunta:

—¿Por qué no me pediste que te ayudara? —La ligera acusación en su voz era difícil de pasar por alto—. Te habría ayudado.

—Aiden me ayudó —expresé despreocupadamente—. No había necesidad de que le guardaras un secreto a tu esposo.

No quería que supiera que me molestaba cómo el tío, su mujer y mi madre se negaban a que me quedara soltera. En lugar de ayudarme, confabularon contra mí, me cortaron todos los fondos y me dieron un ultimátum. No les había importado el bienestar de mi bebé.

—No te agrada Cassio —declaró. No creí que fuera tan obvio.

Me encogí de hombros.

—No lo odio, pero no, no me agrada.

—Hirió tus sentimientos —afirmó, tratando de llegar al fondo del asunto.

Le envié una sonrisa de disculpa. Al igual que su madre, esperaba que fuéramos una familia grande y feliz.

—No son los sentimientos lo que me molesta, Áine. Es el hecho de que me tendió una trampa. —Cuando abrió la boca, probablemente para defenderlo, continué rápidamente—: No me malinterpretes, soy igual de culpable por caer en ese engaño, sin embargo, eso no lo absuelve de sus pecados. No obstante, de alguna manera parece que solo yo pagué por mis errores y pecados mientras él está disfrutando con el amor de su vida.

Siguió el silencio. Pesado y acusador.

—Hablaré con él.

—Dios, no —objeté rápidamente. No necesitaba más drama—. Pero gracias. Como dice el refrán: bien está lo que bien acaba.

Excepto que no estaba segura de que este fuera mi final. No exactamente un final feliz, pero quizás un final algo satisfactorio en el que mi hija estuviera a salvo y protegida.

—¿Así que todo va bien entre Luca y tú? —Curioseó.

—Sí.

Luca y yo. Todavía estaba tratando de entender eso. Me rescató. La ayuda llegó del hombre más improbable. Sin embargo, no estaba segura de lo que éramos. Marido y mujer. Amigos. Amantes.

¿Pero éramos más? Eso parecía.

En lugar de contestarle, agarré un bonito mameluco con la inscripción “Cuidado, chicos, mi mami sabe usar una pistola”.

Áine sonrió.

—Si tan solo supieran —comentó. Una extraña punzada en el bajo vientre me hizo torcer la cara—. ¿Qué? ¿No te gusta?

—Sí —repliqué—. Voy a comprarlo.

Continuamos por la tienda mientras Áine seguía echando más y más cosas en el carrito. La extraña presión en mi vientre bajo aumentaba a cada minuto, aunque la ignoré. Acabábamos de ver a la doctora el día anterior y dijo que todo parecía estar bien. Nos quedaban unas semanas más. Me froté el vientre. Quizá la bebé estaba sentada sobre mi riñón o algo así.

Sesenta minutos después, había comprado ropa suficiente para los seis primeros meses de vida de Penelope. También elegí los muebles de su habitación. Luca dijo que no tenía preferencias en cuanto al color, así que elegí el blanco.

Una vez que dispuse que todo fuera entregado en el *penthouse* de Luca, salimos de la tienda. Nos dirigimos al coche con el conductor que mi esposo me asignó. Nos llevó de vuelta al *penthouse*, luchando contra el tráfico de la ciudad. Mi teléfono zumbó y lo agarré rápidamente, luego sonreí suavemente.

Nonno y Luca estaban en casa. En el *penthouse*. Esperándome.

En cuanto el vehículo entró en el estacionamiento, salí. Llevaba unas cuantas bolsas y Áine se ofreció a ayudarme a subirlas. Cassio también estaría aquí. Así que tomamos el ascensor hasta el último piso. Áine llevaba tres bolsas y yo solo una.

En cuanto entré en el apartamento, me quedé helada. Un dolor agudo me atravesó el vientre. La bolsa cayó al suelo y su contenido se esparció por la madera mientras me agarraba el estómago. Con la otra mano me agarré a la pared.

Algo caliente resbaló por mis piernas y mis ojos bajaron por mi cuerpo. Llevaba un vestido de maternidad de lana, que ahora estaba empapado, al igual que mis zapatos. ¿Acababa de romper fuente?

Áine soltó un grito de sorpresa.

—¿Margaret? ¿Ya... ya viene la bebé?

Me corría sangre hasta los tobillos. No pensé que habría sangre cuando rompía fuente. Nadie dijo nada de sangre.

Estaba demasiado aturdida para pronunciar palabra.

—Maggie, háblame.

—Trae a Luca —pedí en voz baja.

Fue en ese momento que debí saber que me enamoré de Luca. No pregunté por mis hermanos. Pregunté por el hombre que me había puesto en este aprieto.

Empecé a temblar mientras me agarraba el vientre.

—Estás sangrando —susurró Áine, con pánico en su voz.

Se me nubló la vista. Mis piernas empezaron a temblar, apenas me sostenían y las bolsas de Áine cayeron con el ruido sordo mientras me rodeaba la cintura con el brazo y con el otro sacaba

su teléfono. Le temblaban las manos, sin embargo, no podía concentrarme en eso. Solo en ese dolor punzante y agudo en mi abdomen.

El débil timbre de su teléfono llegó a mis oídos. Parecía resonar en algún lugar lejano.

—Algo le pasa a Maggie. —El pánico en su voz era evidente—. Estamos en el *penthouse*.

La llamada terminó. La puerta del despacho de Luca se abrió y los ojos de mi esposo se posaron en mí. Intentó mantener la compostura.

—¿Qué haces en casa? —gruñí por el dolor—. No deberías estar en casa hasta dentro de una hora.

—Eso no importa. —Luca corrió hacia mí—. ¿Ya viene la bebé?

—Creo que sí. —Mis ojos se desviaron hacia *Nonno* detrás de él e intenté sonreír. Probablemente salió pareciendo una mueca dolorosa—. Hola, *Nonno*. Me alegro mucho de que estés aquí. Queríamos tenerla en Sicilia, pero...

Sonrió.

—La pequeña Penelope está lista para conocer el mundo —reflexionó.

Otro dolor agudo me atravesó la columna vertebral y se me borró la sonrisa de la cara.

—¡Necesitamos una ambulancia! —exclamó Áine.

Luca me rodeó la espalda con un brazo mientras mis piernas cedían. Su mirada recorrió mis piernas mojadas. En cuanto vio sangre, el pánico se apoderó de su expresión. Pero mantuvo la calma.

—No entres en pánico —dijo suavemente—. A veces la rotura de fuente viene acompañada de sangre. O tal vez sea el tapón mucoso. He leído que a veces pasa. —Miró a Áine—. Ve por una toalla —exigió.

Mientras se apresuraba a traerla, retorcí la nariz a pesar del dolor.

—¿Dónde has leído eso?

Sonrió.

—Mi libro que todo lo sabe —murmuró mientras me levantaba—. Llevo meses leyendo *Qué esperar cuando se está esperando.*

Se me escapó una risa ahogada.

—No puedo decidir si eso es romántico o simplemente raro.

—Romántico —respondió, y luego dirigió una mirada a su hermano y a Áine, y luego a *Nonno*—. Les comunicaré si necesitamos algo. Avísenle a sus hermanos.

—*Nonno*, ¿estarás bien? —inquirí—. ¿Quieres venir? Aunque no será divertido.

El rostro arrugado de *Nonno* se suavizó y puso su frágil palma en mi mejilla.

—Haré que Cassio me lleve cuando nazca la pequeña Penelope. Este es tu momento y el de Luca. —El nudo en mi garganta creció—. No te preocupes por nada.

Asentí con la cabeza.

Áine trajo la toalla justo cuando Luca me cargaba en brazos. Se la entregó, él murmuró gracias y me llevó al ascensor. Era eficiente en caso de pánico, lo reconocía. Enseguida estábamos en su Mercedes G-Benz. Dejó la toalla en el asiento y me sentó suavemente en el sillón del copiloto.

—Todo estará bien —aseguró mientras me tocaba suavemente la mejilla—. Pronto estaremos en el hospital.

—Lo sé. —Ahora que estaba en casa, sabía que se aseguraría de que estuviéramos bien—. Menos mal que tenemos nuestra bolsa de pañales Gucci rosa en la parte de atrás —bromeé.

Sacudió la cabeza, con la diversión brillando en sus ojos junto con la preocupación que persistía en ellos. Cerró la puerta y se apresuró a ponerse al volante. Aceleró el motor y salió

disparado del estacionamiento subterráneo por las calles de New York.

—Quería que Penelope naciera en Sicilia —musité de la nada, con un dolor sordo instalándose en algún lugar profundo entre mis muslos.

Luca me dirigió una mirada.

—Nuestro próximo bebé lo hará. —Extendió la mano y me acarició la mejilla—. Asegúrate de estar bien. Tú y mi hija son todo lo que me importa.

Había algo cercano a la desesperación en su rostro.

Puse mi mano sobre la suya.

—Las mujeres tienen bebés todos los días —lo consolé—. Estaremos bien. Solo... —Tragué saliva—. Quédate conmigo. ¿De acuerdo?

—Nada ni nadie en el mundo podrían alejarme de aquí.

Nos detuvimos frente a la entrada del hospital. Luca saltó del coche y corrió alrededor del capó para cargarme. Estando en sus brazos, entró en el hospital y las enfermeras corrieron hacia él con una camilla. Una vez en ella, me llevaron a una habitación. Los médicos y las enfermeras se apresuraron a rodearme. Me conectaron a las máquinas, comprobaron mis signos vitales y, antes de que me diera cuenta, me volvieron a llevar en camilla. Luca no se separó de mí, me tomó de la mano y me susurró palabras de consuelo.

Llevábamos horas sin avanzar. Pujando. Llorando. Más pujos. Mi cuello uterino no se dilataba.

—Tenemos que operar. —Esa fue la primera frase que registré y mis ojos se llenaron de pánico.

—¿Luca? —Sacudí la cabeza. El miedo me atenazaba la garganta—. No dejes que le pase nada a nuestra bebé.

Sus ojos se entrecerraron en el médico y las enfermeras.

—Si quieren vivir, se asegurarán de que tú *y* nuestra bebé vivan.

Su voz gruñona vibró por toda la sala y todos se callaron al instante. El único ruido que interrumpía el silencio era el constante *bip, bip, bip* procedente de las máquinas.

—¿Verdad? —preguntó entre dientes. Casi esperaba que sacara una pistola y los amenazara con lo que pasaría si ninguna de las dos lo lograba. No debería estar de acuerdo con eso, pero me hacía sentir más segura.

Una vez que los médicos y las enfermeras se reunieron, todos asintieron con la cabeza en señal de comprensión.

—Parece que el cordón umbilical está enrollado alrededor del cuello de la bebé. Una cesárea garantizará la seguridad tanto de la bebé como de la madre —aseguró el médico.

—¿Dónde está la Dra. Calabro? —me quejé—. Ella podría arreglarlo. —El comentario no tenía sentido. Soné como una idiota. ¿Me detuvo? En absoluto—. Conoce mejor a nuestra bebé. Conoce mejor mis partes privadas.

El médico me miró sin comprender y luego dirigió su atención a Luca, que me agarró la mano y me acarició la piel con el pulgar, tranquilizándome.

—Está fuera de la ciudad, *mia bella* —me informó Luca—. Este doctor sabe lo que está en juego si la jode.

El médico asintió con la cabeza, recordándome a uno de esos muñecos que la gente pega en el tablero del carro.

Al momento siguiente, me llevaron en silla de ruedas por el pasillo hasta el quirófano, sin que Luca soltara mi mano en ningún momento. Solo la soltó el tiempo suficiente para ponerse la bata quirúrgica que le tendieron las enfermeras, y luego mi mano volvió a estar entre las suyas

mientras me preparaban, incluso cuando me pusieron la epidural para insensibilizarme. Luca se negó a separarse de mí mientras me abrían el vientre. Obviamente, la sangre no le molestaba. Había visto mucha.

Su presencia, su mirada firme, el control absoluto y la fuerza que proyectaba era exactamente lo que necesitaba. Siempre se aseguraría de que estuviéramos a salvo. Nada podía salir mal porque Luca no lo permitiría.

Todo el tiempo me tomó de la mano y me susurró palabras suaves. Solo escuchaba su voz, como si fuera mi oración. Me daba fuerzas. Él mantendría a salvo a nuestra bebé.

Cuando el primer grito recorrió el aire, ambos nos sobresaltamos. Nuestras miradas se cruzaron y luego se giró hacia nuestra hija. Tras limpiarla y tomarle las medidas necesarias, la enfermera sostuvo a nuestra bebé, envuelta en una manta de hospital, y nos la presentó.

—Felicidades. —Sonrió—. Tienen una niña sana.

Las emociones se agolparon en mi pecho. Se me hizo un nudo en la garganta y un temblor recorrió mi cuerpo. Los ojos de Luca brillaron y le solté la mano.

—*Halloween* debe ser nuestro amuleto de la suerte, *mia bella* —comentó con voz ronca, sus ojos protectores y vehementes sobre nuestra bebé—. El mejor regalo.

También lo recordaba. Si hubiera visto esta faceta suya la primera noche que nos conocimos. Nos habría ahorrado mucho tiempo.

—Ve, sostén a nuestra hija. —Sus ojos se desviaron hacia mí, reacio a dejarme, pero asentí tranquilizadoramente—. Ve.

Me dio un suave beso en la frente, se enderezó y se dirigió hacia el extremo de la mesa de operaciones. La enfermera le entregó a nuestra hija y, en cuanto la tuvo en sus brazos, su expresión se suavizó. Parecía pequeñita en brazos de Luca y en el fondo sabía que nunca permitiría que le pasara nada. Por la expresión feroz de sus ojos, sabía que la protegería hasta el último aliento.

—Mi pequeña Penelope —murmuró, con una emoción que nunca había oído antes en su voz.

Sabía que nuestra hija estaría a salvo. Los ojos de Luca hablaban de protección, de pura determinación para destruir cualquier cosa o persona que quisiera hacerle daño. Desviando la mirada del personal del hospital, se acercó a mí con nuestra hija y se bajó a la silla junto a mi cabeza para poder enseñarme a nuestra pequeña.

—Conoce nuestro mundo —musitó mientras me daba un beso en la mejilla.

—Es tan hermosa —susurré, con la voz temblorosa. Ni siquiera me importó que los médicos estuvieran ocupados cosiéndome de nuevo.

—Es igual que su mamá —agregó Luca en voz baja—. Romperá los corazones de los chicos. Definitivamente necesitaré más armas.

Le pasó un dedo por la mejilla. Parpadeó, con el cabello ya oscuro cubriéndole la cabeza. Era pequeñita y lo único que deseaba era protegerla. No veía el momento de abrazarla.

—Penelope DiMauro —pronuncié el nombre que le habíamos elegido—. Siempre te querremos y te mantendremos a salvo.

Luca besó la frente de Penelope.

—Y siempre las protegeré a las dos.

Busqué sus ojos, y lágrimas de felicidad rodaron por mis mejillas mientras emociones desbordantes llenaban mis pulmones.

—Para siempre —murmuramos al unísono.

TREINTA Y SIETE

LUCA

El patio trasero de los Vitale era un lugar muy concurrido.

Hacía un clima estupendo. Un día inusualmente cálido para esta época del año.

Mis sobrinas perseguían a Matteo como si fuera el único niño del planeta. Una planeaba su muerte mientras la otra planeaba amarrarlo en matrimonio. Mis sobrinos, de apenas tres meses, dormían profundamente: uno en brazos de mi hermana y el otro sostenido por la madre de Nico.

Bianca tenía el cabello ligeramente alborotado, como si se hubiera dado un revolcón rápido. Inconscientemente pasó los dedos por él, peinándolo. Si Nico y ella no paraban, tendrían todo un equipo de fútbol. Sin embargo, ella parecía feliz. Todos lo parecían.

Y esa era la mejor vista de todas.

Mi mirada se dirigió a mi esposa y a mi hija recién nacida y se me llenó el pecho. Margaret era una madre devota. Le leía a nuestra bebé un libro tras otro, aunque la pequeña Penelope dormía casi todo el tiempo. Verlas y estar con ellas fue el mejor regalo que me podrían haber hecho.

No las merecía y mi fugaz conciencia me advertía de que aún había fantasmas en mi pasado que podían destruirlo todo. Pero los aparté con firmeza, negándome a que nada ni nadie me lo arrebatara.

Mis sobrinas corrieron a mi lado, gritando tras Matteo, quien parecía dispuesto a buscar un rincón y esconderse. Penelope se agitó en los brazos de Margaret, aunque no llegó a despertarse.

—Es tan pequeñita —susurró Áine en voz baja. Suplicó sostenerla en brazos, deseosa de mimar a su primera sobrina. Bueno, en realidad era su prima segunda, pero daba igual.

—Pero fuerte —señalé—. Como su mamá.

Margaret se rio entre dientes.

—No sé nada de eso. Creo que se parece más a su papá.

—De acuerdo, ustedes dos —se burló Áine—. Es tan ruda como los dos.

Margaret y yo compartimos una mirada divertida y luego sonreímos.

—Sí, somos bastante rudos.

Demonios, así tenía que ser el paraíso. Cuando volviéramos a Sicilia, sería aún mejor. *Nonno* charlaba con el padre de Luciano, recordando los viejos tiempos. Satisfecho de que se hubieran ocupado de Margaret, me fui a tomar una cerveza. Habían sido unas semanas muy largas.

Los ataques a los cargamentos de *Nonno* continuaron y se extendieron a algunos de mis tratos. No tenía ningún maldito sentido y ni siquiera Nico era capaz de rastrear la mierda.

—Así que no más Luca King, *¿eh?* —Luciano llegó detrás de mí. Le lancé una mirada—. De

alguna manera, no me sorprende que te apoderes de Sicilia. Siempre ha estado en tu sangre.

Me encogí de hombros. A decir verdad, siempre pensé que sería para Cassio, pero él le dejó claro a *Nonno* que prefería dirigir su imperio aquí.

—¿Tu esposa está de acuerdo? —preguntó Nico.

—Sí —contesté—. De hecho, está deseando volver a Sicilia.

Cassio negó con la cabeza.

—Sigo sin entenderlo. A mí también me encanta, pero para nosotros esa isla significa algo totalmente distinto. Pero es irlandesa y se enamoró de ese país.

Sasha apareció de la nada.

—¿No suelen preferir los irlandeses la hierba verde y las papas?

—¿No suelen preferir los rusos que les pateen el culo? —respondí secamente.

Sasha se encogió de hombros, agarró una botella de vodka y rellenó su vaso.

—No. Eso no es lo mío, amigo.

Puse los ojos en blanco y opté por no contestar.

—Entonces, ¿por qué siempre buscas problemas? —alegó Alexei en mi lugar. Sasha se limitó a sonreír, mostrándole el dedo medio. Su hermano prefirió no reconocerlo.

—Así que, ¿cuándo lo anunciarás al mundo? —indagó Vasili, con su hijo sobre los hombros —. Que te has cambiado el apellido —aclaró.

—Voy a esperar hasta que estemos en Sicilia —repliqué—. Alguien tiene como objetivo mis cargamentos y los de *Nonno*. Prefiero mantenerlo en secreto por el momento.

—¿Necesitas ayuda? —Vasili se ofreció, pero negué con la cabeza.

—Gracias, pero no. Al menos, no todavía.

Matteo corrió hacia su padre, hablando en un italiano apresurado. Luciano se arrodilló y despeinó a su hijo.

—Hijo, tienes que poner a esas chicas en su lugar —sugirió—. Enséñales quién manda.

—No quiero casarme con Hannah —refunfuñó en inglés.

Algunos nos atragantamos. Vasili soltó una risita y Nico se pasó una mano por la cara.

—Habrá un infierno en el horizonte —bromeó Nico.

—Bueno, ¿qué quieres entonces? —le preguntó Sasha, con los ojos llenos de esa picardía que estaba destinada a contagiar a la siguiente generación.

—Solo quiero una mascota, no una niña —respondió Matteo con seriedad y el aire se llenó de risas.

Al ver que Hannah se acercaba, Matteo suspiró y salió corriendo.

—Sabes que eso cambiará pronto —le advertí a Luciano—. Unos años más y exigirá chicas en vez de mascotas.

—Que Dios me ayude —murmuró—. El Karma no será amable conmigo.

Observamos a nuestras mujeres y niños charlar, sus caras sonrientes un agradable cambio de aires cuando Sasha rompió el silencio.

—¿Cuándo dejaste embarazada a tu esposa? —curioseó—. ¿Antes, después o durante su corto compromiso arreglado con Cassio?

Varios gemidos recorrieron el lugar. Principalmente pertenecían a sus hermanos.

—Sasha, ¿no tienes un maldito cuaderno de mierda de cosas que no debes de preguntar?

Sasha sonrió.

—Sí, ¿quieres comprarlo?

—¿Lo sabías? —inquirió Luciano a Cassio con curiosidad.

Mi hermano se encogió de hombros.

—No, pero debería haberlo hecho. Estaba muy concentrado en ella, pero pensé que era porque le disparó y quería vengarse.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Cómo demonios sabes que me disparó?

—Saqué las grabaciones de esa noche en el club —dijo Nico con indiferencia—. Fue bastante divertido de ver.

Le hice una seña obscena.

—Desgraciado, deberías haberme avisado.

Mi cuñado se encogió de hombros.

—Considéralo tu pago por aquella apuesta que perdiste hace tantos años. Ya sabes, cuando no creías que pudiera ampliar y construir un edificio en una semana.

—Como sea —murmuré—. Si quieres malgastar tu favor en eso, adelante.

—¿Fue entonces que decidiste que ella era para ti? —Sasha soltó—. El día que te disparó.

Dios, ese hombre y todas sus preguntas.

—No es asunto tuyo, Sasha. ¿No tienes una mujer propia a la que atormentar?

Se limitó a sonreír, prefiriendo no contestar.

Familia y amigos. Eran un gran dolor en mi trasero.

Pero no podríamos vivir sin ellos.

TREINTA Y OCHO

MARGARET



Día tras día, semana tras semana, respiraba y consumía todo concerniente a Luca DiMauro.

Mi esposo. Mi compañero. Mi confidente.

La vida era buena. De hecho, genial.

Habían pasado cuatro semanas desde que nació la bebé. Estaba tan delirantemente feliz que me aterrorizaba. En ese momento, sentía que lo tenía todo. Un marido estupendo. Una bebé sana y hermosa. Mis hermanos. *Nonno*. Tenía una familia perfecta.

Aunque había 2 pequeñas palabras que hacían girar este mundo, permanecieron sin decir.

Me sentí amada y protegida. Querida. Sin embargo, al igual que las heroínas de esas viejas películas, deseaba esas palabras. Mi corazón esperaba y esperaba, sabiendo muy bien que podría pronunciarlas primero.

—Creí que los gemelos vendrían esta noche —comentó Cassio.

Aiden se encogió de hombros, lanzando una mirada a mi esposo, que sostenía a Penelope. Todos habíamos superado la manipulación de Cassio, aunque eso no significaba que fueran mejores amigos.

—¿Me la vas a prestar alguna vez? —preguntó en su lugar, mirando a Luca—. Soy su tío. Se supone que debo mimarla, no tú.

—Ah, no, no, no, se supone que *Nonno* debe mimar a nuestra pequeña Penelope.

—Todo el mundo sabe que tía Áine y tío Cassio son los mejores mimadores —cuchicheó mi prima. Por mucho que odiara admitirlo, temía que mi hermano tuviera razón y esos dos fueran los peores. Ya habían creado un fondo fiduciario y colmado a Penelope de tantas joyas que rivalizaban con la reina de Inglaterra. Y ni siquiera llevaba un mes en este planeta. Pasarían años antes de que pudiera usar algo de eso. Tenía que hacer todo lo posible para no poner los ojos en blanco cada vez que entraban por la puerta con otro paquete en las manos.

Luca era aún peor. Ya había asignado cuál de sus empresas iría a Penelope. Al parecer, nuestra hija sería una heredera petrolera cuando alcanzara la mayoría de edad. Cuando protesté, me aseguró que hacía lo mismo con sus sobrinas y sobrinos. Desde luego, no fue reconfortante, pero me hizo darme cuenta de que no ganaría aquella batalla.

—*Pfft*, el tío Aiden es el mejor —objetó mi hermano, sonriéndole a la bebé—. Voy a enseñarte a matar gente y...

Una ronda de gemidos desganados llenó el espacio.

Negué con la cabeza. Si Tyran y Kyran estuvieran aquí, sería aún peor. A la pobre Penelope la pasarían como a un saco de papas. Aunque a ella no le importaba. Quería a sus tíos y a la tía

Áine, que pronto le daría una compañera de juegos. Amaba a *Nonno*. Pero a quien más amaba era a su padre.

Era nuestra cena familiar semanal de los jueves en nuestro *penthouse* con mis hermanos. Casualmente, también era Acción de Gracias. Se acercaban las fiestas y, por primera vez en mucho tiempo, las esperaba con verdadera ilusión.

Aparte de la tradicional cena de Acción de Gracias con pavo, relleno, puré de papas, maíz y tartas de calabaza, esta noche había preparado los platos favoritos de *Nonno*. Espaguetis a la boloñesa, la receta de la difunta *Nonna*. Tiramisú. Y, por supuesto, ensalada griega. No sé por qué no italiana, pero *Nonno* insistió en la ensalada griega.

Nonno se había quedado con nosotros, pero después de las fiestas, nos iríamos a Sicilia. Juntos.

—¿Has recibido alguna actualización sobre quién está confiscando tus cargamentos? —preguntó Aiden. Resultaba que los ataques al negocio de *Nonno* no se limitaban a él, sino que ahora se extendían a Luca.

—No —refunfuñó Luca, molesto—. Nico siguió todas las pistas y nada. No parece que tenga nada que ver con la muerte de Benito.

—¿Estás seguro de que no es Marchetti? —Aiden cuestionó—. Puede que guarde rencor. Después de todo, el tío mató a su hermano. Es difícil superar una mierda así. Sé que *yo* no lo haría. Tampoco lo harían mis hermanos.

Cassio y *Nonno* negaron con la cabeza.

—Tendría demasiado que perder. Somos un buen proveedor de mercancías para él y generamos la mayor parte de sus ganancias.

—También estábamos sacando buenas ganancias —refunfuñó Luca—. Ahora estamos sacando dinero de nuestra cartera para pagarle hasta que averigüemos quién nos está robando la mierda.

—¿Por qué no instalan un chip en todos sus cargamentos y así, cuando alguien los robe, pueden rastrearlos? —Todos sus ojos se alzaron hacia mí, reflexionando sobre mis palabras mientras deslizaba galletas en un plato.

—Mierda, es una buena idea —dijo Aiden—. Eso podría hacer que sea más fácil de rastrear, Luca.

—Tengo a la esposa más inteligente. —Sus palabras me hicieron entrar en calor.

—Claro que sí —asentí, sonriendo como una tonta. Entonces recordé que el guardia de *Nonno* no estaba aquí—. ¿Se nos unirá Guido para cenar hoy?

Luca negó con la cabeza.

—No, quería ir a ver a una amiga.

Nonno soltó una risita. Luca y Cassio sonrieron.

—A Guido le encantan las mujeres.

Áine y yo pusimos los ojos en blanco, mientras Aiden le susurraba a Penelope que no dejaría que ningún chico se le acercara. Por dentro, me derretía y suspiraba de la felicidad que sentía.

Fue en ese momento cuando mis otros dos hermanos entraron en la cocina como un huracán. *Pum.*

La felicidad se había ido.

—Jesucristo, no con la bolsa de armas de nuevo —siseé, mirando a los dos con las manos en las caderas—. Quita esa mierda de mi piso. No puedes tener esas tonterías por ahí. Penelope algún día gateará, luego caminará, y podría agarrarla.

—Solo tiene un mes. —Tyran puso los ojos en blanco, levantó la bolsa y la puso encima del

mostrador vacío. No era un lugar mucho mejor.

Aiden agarró una galleta y se la metió en la boca.

—Demonios, esto está bueno.

Sonreí de placer, con la bolsa de armas olvidada.

—Gracias, hermano.

—Ustedes, pongan esa mierda en algún lugar del armario y en el estante más alto —gruñó Luca. Era un buen *papà*—. Si van a seguir cargando con esa mierda, voy a hacer que construyan una caja fuerte extra y tendrán que meterla allí.

—Cielos, son tan paranoicos.

—Me aseguraré de usar esas palabras cuando ustedes sean padres —siseó Luca—. Ahora, volvamos a la sugerencia de mi inteligente esposa.

—¿Qué sugerencia? —inquirieron ambos al mismo tiempo.

—Margaret sugirió que pusiéramos dispositivos de seguimiento en todos nuestros cargamentos —explicó *Nonno*—. Nos permitiría rastrear la mercancía robada hasta el culpable.

Las miradas de los gemelos se dirigieron hacia mí.

—Vaya, no sabía que lo llevabas dentro.

—¡Son unos idiotas! —espeté y golpeé suavemente la mano de Tyran mientras agarraba una galleta—. Después de cenar.

Nonno observó divertido.

—Tendré que ingeniármelas con la tecnología adecuada —reflexionó Luca mientras acunaba a la bebé en brazos. Aiden seguía intentando llevarse a la bebé. Sin éxito—. Que sean imposibles de rastrear. Puede que tarde unas semanas en dar con algo.

—Es una gran idea —aceptó Aiden—. ¿Puedes empezar ahora, y sostengo a mi sobrina mientras lo resuelves?

—Eso podría llevar unos meses —señaló Kyran—. Dudo que DiMauro te permita sacar a esa bebé de este lugar.

Luca puso mala cara.

—Es una suposición correcta —respondió irónicamente, pero acabó pasando a una Penelope dormida a su tío.

Parecía aún más pequeña en brazos de su papi o de su tío.

Sonó el temporizador del horno y fui a sacar la segunda tarta. Mis hermanos, mi marido y *Nonno* siguieron hablando de cómo hacerlo y de otros asuntos. Entré y salí de su conversación.

Pero mientras tanto una suave sonrisa jugaba en mis labios. La sensación en mi pecho era pesada y me consumía, aunque se sentía correcta. Se sentía bien. Habíamos desarrollado una rutina. Me pasaba el día cuidando de mi pequeña Penelope, llevando los trajes de Luca a la lavandería y recogiéndolos, haciendo la cena y esperando a que volviera a casa.

Siempre estaba en casa antes de la cena.

La bebé dormía en su cuna favorita, mientras nosotros repasábamos nuestro día. Apenas podíamos imaginar nuestra vida antes de ella. Por la noche, Luca insistía en cuidarla. Saltaba de la cama al primer chillido, antes incluso de que mi cerebro dormido lo percibiera. Luca le cambiaba el pañal mientras le susurraba suaves palabras en italiano y luego le daba de comer meciéndola de un lado a otro.

Todos nos dirigimos al comedor y tomamos asiento. Mientras recorría con la mirada nuestra mesa de Acción de Gracias, no podía estar más agradecida por nuestra familia.

Los ojos de Luca y los míos se encontraron. Me guiñó un ojo y sus labios se curvaron en una suave sonrisa. Dios, la forma en que me miraba prometía años de felicidad por delante. Esta era

nuestra segunda oportunidad desde que eché a perder la primera cuando le disparé. Me lamenté de ello, aunque tardé algunos años en llegar a la parte del arrepentimiento.

Si había un felices para siempre, esto se sentía peculiarmente cerca.

TREINTA Y NUEVE

LUCA

Nonno salvó a un niño, pero fueron Margaret y nuestra niña quienes salvaron al hombre.

Nunca pensé que fuera posible querer tanto a un ser humano tan pequeño. Sin embargo, mientras mecía a mi hija en la mecedora, rodeado de rosa por todas partes, era lo más parecido al cielo que había sentido nunca.

Era Nochebuena y le di el biberón a Penelope. Tenía cólicos y se despertaba muchas veces por la noche. Siempre me levantaba para calmarla, a veces para darle de comer, y la cargaba en brazos hasta que volvía a dormirse. Me costó mucho convencerla, pero al final Margaret vio la lógica de que lo hiciera. La tenía todo el día. Yo la tenía por la noche.

Los suaves ruidos que hacía mientras le daba el biberón, con los ojos abiertos y confiando en mí, me llenaban el pecho.

—Es Nochebuena, Penelope —susurré con voz suave—. No se mueve ni una criatura, ni siquiera un ratón. Tenemos que darnos prisa y terminar el biberón, eructar y luego irnos a dormir. San Nicolás viene con regalos.

Se oyó una risita desde la puerta y Penelope giró la cabeza hacia el sonido.

Margaret estaba apoyada en el marco de la puerta de la habitación de nuestra hija, vestida con su camisón de seda y ni parecía que hacía poco hubiera tenido un bebé.

Habían pasado casi dos meses desde que dio a luz. Nunca lo admitiría, pero me asustó. Cuando vi que la sangre le corría por las piernas, el pánico ante la posible pérdida de la bebé, y tal vez a ella, casi me desquició. Los médicos me aseguraron que ese tipo de complicaciones no eran tan inusuales, no obstante, mientras abrían a mi esposa, el miedo era como ácido en mi lengua.

Ofrecía una muestra de lo que sería mi vida si alguien me las arrebatara. Nunca dejaría que eso ocurriera.

—Necesitas dormir —la regañé suavemente—. Recuerda, el turno de noche es mío.

Puso los ojos en blanco mientras caminaba descalza por la alfombra de felpa blanca llena de lunares rosas.

—No he podido resistirme a ver cómo están —musitó, rozando suavemente con los dedos los rizos de nuestra hija. Se parecía a su madre, pero tenía mis ojos. Bajó los ojos y sacó la tetera con la lengua. Era su señal de que había terminado. Dejé el biberón sobre la mesa, rodeé con los brazos la esbelta cintura de mi mujer y la subí a mi regazo, mientras mantenía a nuestra bebé apretada contra mi pecho y le daba palmaditas en la espalda para que eructara.

—Es hermosa —afirmé con orgullo—. Igual que su mami.

Las manos de Margaret me rodearon, sus dedos se enroscaron en mis mechones.

—Todos los bebés son hermosos.

—No como mi princesa —protesté bromeando, manteniendo la voz en un susurro.

Los hermosos labios de Margaret se curvaron.

—Es más hermosa porque tiene los ojos de su padre. Y probablemente su temperamento.

—Así es, es perfecta —asentí.

Si supiera lo lejos que llegaría por ellas.

Nonno seguía aquí con nosotros. La amenaza no había disminuido. En realidad, se había ampliado para incluir ataques a sus cargamentos. Así que, para mantenerlos a todos a salvo, había sugerido que nos quedáramos en New York un poco más. Para mi sorpresa, fue mi esposa quien necesitó ser convencida. Tenía ganas de volver a Sicilia.

Cedió cuando *Nonno* aceptó quedarse si Margaret se quedaba. Por su seguridad.

—Mi *Da* era igual, ¿sabes? —susurró Margaret. Cuando la miré confundida, me explicó—: Mis hermanos decían que siempre me cuidaba por la noche y me cantaba para dormir.

La culpa asomó su fea cabeza ante sus palabras. Era el resto de mi secreto, uno que me costaría mi esposa y mi hija. No podía dejar que se enterara.

—No soy muy buen cantante, pero puedo intentarlo —sugerí en voz baja. Mientras tanto, una vocecita en mi cabeza me advertía.

—No, tus historias parecen mantener a Penelope cautivada. —Sus ojos azules se alzaron para encontrarse con los míos, y observé las diferentes emociones que pasaban a través de ellos. Los ojos de mi esposa parecían aún más claros esta noche, con las nubes blancas de nieve y las ráfagas de viento iluminando la noche. Sería una Navidad fría—. ¿Es eso lo que hacía tu madre? ¿Contarte historias?

Siguió un largo silencio y ambos nos centramos en nuestra hija. Los secretos, los fantasmas y la culpa bailaban en círculos a nuestro alrededor, probablemente apostando a ver quién caía primero. Una oración silenciosa susurró en mi mente, con la esperanza de permitir que mi oscuro secreto se fuera a la tumba conmigo. Dios sabía que había hecho todo lo posible por mantener el velo sobre mi pecado, escondiéndolo en un rincón oscuro.

—Sí, me contaba historias. De lo poco que recuerdo. Cassio recuerda más y dijo que al principio sus historias eran felices, pero luego se volvieron oscuras. *La noche antes de Navidad* fue la única que permaneció con ella hasta que murió. Es la única que recuerdo.

—¿Estaba...? ¿Cómo murió? —Margaret preguntó en voz baja.

—Suicidio. —Cassio la encontró y me prohibió localizarla. Fui a buscarla a pesar de todo. Su cuerpo sin vida yacía desplomado en la bañera llena de líquido rojo. El agua y su sangre ahogaban sus penas. Su cabello oscuro estaba empapado, flotando en la superficie roja. *Goteo. Goteo. Goteo*—. Mi padre finalmente la empujó demasiado lejos.

Los dedos de Margaret se apretaron a mi alrededor.

—Lo siento. Era un desgraciado.

—También lo siento. —Pensó que hablaba de mi padre, pero lo decía por el suyo. Era un buen hombre. Puede que fuera un niño cuando le disparé, aunque eso no me dio tregua en mi culpa.

—Después de matar a tu padre, muchos de sus enemigos vinieron por ti. —Su voz era un leve susurro. Tenía razón, el golpe fue malo, pero valió la pena para proteger a mi hermana.

—No te preocupes, no vendrán por ti ni por nuestra bebé. —Moriría antes de dejar que algo les pasara. Estaba así de involucrado. Tan profundo que mis manos temblaban cada vez que pensaba en una vida sin ellas. No había vida sin ellas.

—Luca.

—*Hmmm.*

—Hay algo que nunca te he dicho —confesó en un susurro—. Algo que nunca le he dicho a nadie.

Una sensación en mi pecho se hizo pesada y me pregunté si finalmente saldría la verdad.

—Tu padre mató a mi padre. —*Goteo. Goteo. Goteo*—. No lo recordaba. No hasta que me encontré contigo en Temptation. Me hizo odiarte. Que tu padre me quitara al mío. Que fueras un recordatorio de lo que había perdido.

Goteo. Goteo. Goteo.

No podía dejar que descubriera mi secreto.

Margaret apretó su cara contra mi cuello. Los tres nos abrazamos con fuerza, nuestra bebé dormía plácidamente, ofreciéndome la fuerza que nunca supe que necesitaba.

Las palabras de *La noche antes de Navidad* salieron de mis labios en nada más que un suspiro y mi familia abrazada fuertemente contra mi pecho.

Todo estaba bien en el mundo mientras me mecía con las dos mujeres más importantes en mis brazos.

Cuando acostamos a nuestra hija en la cuna y agarré a mi esposa en brazos para llevarla a nuestra cama, debería haber sabido que nada quedaba enterrado para siempre.

En lugar de eso, me arrodillé, le subí el camisón corto y sedoso, le retiré las bragas y abrí las piernas de mi mujer, su coño reluciente hizo que toda la razón abandonara mi cerebro y corriera hacia mi polla. El aroma de su excitación me llenó los pulmones, haciéndome nadar más que cualquier alcohol o droga. Mi pecho se agitó por la necesidad de saborearla.

Tiré de sus caderas hacia delante, enterrando mi cabeza entre sus muslos, hasta que sus pliegues estuvieran sobre mi cara. Era mi cielo y mi infierno. Era mi paraíso, mi reina.

Lamí su coño y me perdí en su aroma a océano.

—Maldición. —Jadeó, con los dedos enredados en mi cabello. La comí como si fuera un muerto de hambre. La chupé y lamí. Su espalda se arqueó sobre la cama, moviéndose contra mi cara, y me deleité con cada movimiento de sus caderas. Cada gemido. Cada quejido.

La carne de su vulva estaba hinchada y sus jugos fluían a raudales mientras la lamía como si mi vida dependiera de ello. Le metí dos dedos y gimió, meciéndose sobre mi mano.

—Luca. —Mi nombre en sus labios era la música más dulce. Su aroma empapó mi alma, ahogándome en él. Atraje su clítoris entre mis labios y chupé. Tuvo un orgasmo violento y fuerte. Sus dedos se enredaron en mi cabellera y tiraron, su cuerpo se sacudió mientras se corría en mi cara.

Me quedé mirándola, voraz, y mi miembro se puso duro en el pantalón de la pijama. Nuestros ojos se cruzaron, sus mejillas sonrojadas y su mirada entrecerrada.

Se lamió los labios.

—Te necesito dentro de mí.

—Solo han pasado ocho semanas. —Esto sería suficiente. Podría esperar otras semanas. Después de todo, esperé años por ella.

—El médico dijo que seis semanas —suspiró—. Por favor, Luca. —La incertidumbre cruzó sus ojos y sus manos se colocaron en su vientre bajo, sobre la cicatriz—. A menos que...

Le tomé las manos y se las aparté suavemente. Agarré el dobladillo de su camisón y tiré de él por encima de su cabeza. Luego acerqué mis labios a la cicatriz.

—No te escondas de mí, Margaret —murmuré mientras mis labios la rozaban—. Tus cicatrices son hermosas. Tu alma es hermosa. Tu corazón es hermoso. —Mi boca recorrió su vientre hasta llegar a sus hinchados pezones—. Eres hermosa. Nunca te escondas de mí.

Me llevé el pico a la boca y chupé, rozando con los dientes sus sensibles protuberancias. Joder, necesitaba su coño estrangulando mi polla ahora mismo. Mi punta encontró su entrada y un temblor recorrió mi espina dorsal. El calor húmedo me rodeó mientras empujaba dentro.

Los dos jadeábamos juntos, nuestras miradas llenas de lujuria se sostenían mientras entraba dentro de ella.

—Maldición, te sientes tan bien.

—Entonces empieza a cogerme, Luca —siseó, sin paciencia—. Me he puesto la inyección, así que no te preocupes por dejarme embarazada.

Madonna mia. Su boca descarada siempre aparecía en los momentos más peculiares. Pero le di el gusto. Siempre lo haría. Le daría todo. Si me pedía la vida, la obtendría. Si pedía mis pelotas, eran suyas.

Empujé suavemente, provocándola, sin llenarla del todo.

—Dios, Luca. Por favor, más.

—Quiero follarte duro —declaré.

Estaba empapada y sus jugos le resbalaban por los muslos.

—Puedo soportarlo —gimió—. Por favor. Por favor, fóllame.

Me deslicé más profundamente y un escalofrío sacudió su cuerpo mientras la penetraba. Un gemido vibró en mi pecho y perdí el control. La cogí, penetrándola como un animal. Mi mente me advertía que bajara el ritmo, pero estaba fuera de control. La deseaba, la necesitaba y quería penetrarla lo más profundo posible.

—Joder, *mia bella* —gruñí contra su oído—. ¿Te estoy haciendo daño?

—¡Más, Luca! ¡Más!

Mis pelotas se tensaron. Ella satisfacía todas mis necesidades. Todas mis fantasías.

—Mi sucia esposa está tan ansiosa, tomando mi polla —elogié—. Tu coño quiere mi semen, ¿verdad?

Gimió, su centro apretándose alrededor de mi miembro como una abrazadera.

Deslicé los dedos a su alrededor, entre las nalgas, y mi pulgar encontró allí su agujero. Lo rodeé con una suave presión.

—También voy a follar eso —le dije roncamente al oído.

—¡*Oh*, demonios! —Su espalda se arqueó y sus entrañas se estremecieron alrededor de mi longitud.

¡Maldición! Eso le gustaba.

Le metí la punta del pulgar mientras seguía empujando. Su coño se aferró a mí, estrangulándome mientras se convulsionaba alrededor de mi miembro y se sacudía contra mí.

El orgasmo se apoderó de mí, robándome el aliento de mis pulmones mientras mi semen salía disparado dentro de su vagina.

Llegamos al clímax, nuestros cuerpos temblaban juntos y ambos respirábamos con dificultad.

—Dios, el sexo contigo es como morir y volver renovada —admitió somnolienta, y no pude evitar una risa ahogada mientras la acercaba aún más a mí.

—Me lo tomaré como un cumplido.

CUARENTA

MARGARET

La cena de Navidad en casa de mi tío era una tradición.

Una cosa sabía con certeza. Sería mi última cena con mi madre. Aparte de aquel día en que mamá nos emboscó frente al restaurante de Luca, no la había visto todavía. Y ciertamente no la quería cerca de mi hija.

Nunca le dejaría pronunciar a Penelope las palabras que tuve que oír al crecer. Que no valía nada. Que debería haberme ahogado cuando nací. Esas no eran las palabras que una niña debería oír, y menos de su propia madre.

Ignorándola, tomé asiento. Una vez amontonados alrededor de la gran mesa del comedor, la habitación estaba decorada en rojo y dorado con un gran árbol de Navidad que parpadeaba alegremente con sus luces. No encajaba con el ambiente de aquella odiosa mesa de caoba con capacidad para cincuenta comensales.

Definitivamente no había alegría en esta mesa.

Nico Morrelli y su familia estaban aquí. Cassio y Áine estaban aquí. Mis hermanos. *Nonno*. Y luego estaba mi madre, la mujer que no había pisado la casa de tío en décadas. Pero era de la familia, dijo el tío Jack, así que no podía rechazarla.

Me senté en la mesa frente a mi madre mientras me observaba con una mueca de desprecio en sus labios y odio en los ojos. Nunca había entendido por qué me odiaba tanto.

Como si no pudiera soportar mirarme. Sin embargo, insistió en asistir a esta cena a pesar de que nunca venía a casa de tío Jack.

—¿Qué clase de hija no visita a su madre? —cuestionó—. Apuesto a que, si tu padre estuviera aquí, te negarías a salir de mi maldita casa.

Mis ojos se desviaron hacia la pared, donde el reloj marcaba las cinco en punto. Diez minutos después de sentarnos a cenar, literalmente, ya había empezado con su odio.

—Sí, pero no lo está —dije, conteniendo mi temperamento, pero me temblaba la voz—. Y eso te lo tenemos que agradecer a ti. Además, no es tu casa. Es la casa de *Da*. La casa de mi hermano.

La mano de Luca se acercó a mi muslo por debajo de la mesa y apretó suavemente.

—Ahora, Margaret, no puedes culpar a tu madre por ello —interrumpió mi tía, intentando poner paz en la mesa. Dios, ojalá se hubiera callado la boca. Esa mujer se pondría del lado del diablo antes que del mío. No importaba. Ella no importaba—. Por lo que tengo entendido, ese desgraciado de Marchetti mató a tu padre. De cualquier manera, tu padre se ha ido. Si Áine y yo pudimos dejar atrás el pasado con la familia King, tú puedes dejar atrás el pasado con tu madre.

Toda la mesa se puso rígida al oír hablar de Benito. Áine se llevó el jugo a los labios con su

mano ligeramente temblorosa. Si las miradas de Cassio mataran, su madre habría muerto en el acto, y de repente mi cuñado me agradó mucho más.

Mis ojos nunca se apartaron de mamá. No me gustaba su mirada. Era demasiado engreída. Hablaba de retribución.

Fue Guido, el guardia de *Nonno*, quien rompió la tensión e interrumpió mi mirada con la madre del siglo.

—¿Los americanos siempre comen jamón para Navidad? —preguntó.

Los veinte minutos siguientes los pasé discutiendo sobre los platos tradicionales de Estados Unidos frente a los de Italia o Irlanda. Lo apagué todo, intentando ignorar la rabia que me corría por las venas. Había guardado el secreto durante tanto tiempo, pero ahora lo sentía burbujear en mi interior, amenazando con derramarse por mis labios. Mi mente gritaba: *«Has matado a Da tanto como Benito»*, pero si confesaba lo que pasó sabía que le haría daño a mis hermanos. Tyran y Kyran especialmente.

El día de Navidad no era el momento de soltar secretos sangrientos como ese.

Penelope se agitó, su tono hambriento irrumpió en el comedor y me levanté de un salto. Era exactamente el respiro que necesitaba. Lejos de las miradas de mi madre y de los fantasmas que me perseguían.

—Iré a darle de comer.

—Puedo ir contigo. —Se ofreció Luca, pero negué con la cabeza.

—No, quédate a comer. Vuelvo enseguida.

Salí del comedor y me detuve en el pasillo. Normalmente, subía a mi antiguo dormitorio, sin embargo, ni siquiera estaba segura de que fuera correcto vagar por la mansión. Ya no me sentía como en casa.

«Luca se siente como en casa», me di cuenta. «*Luca y Penelope **son** mi hogar*».

Decidí no ir a mi antiguo dormitorio y me dirigí a la biblioteca. Tomé asiento detrás del tabique de dos metros de alto que tenía pintado un tema oriental de Ching Ming, me senté en el pequeño sillón y me acomodé con la pequeña Penelope sobre mi pecho.

Bajé los ojos hacia mi hija y se me calentó el pecho. Felicidad. Era pura felicidad. Luca alimentaba a nuestra bebé con biberones previamente bombeados, pero yo prefería darle pecho. Me hacía sentirme conectada a ella. Lo disfrutaba un poco más.

Su cabello oscuro y rizado le rebotaba en la frente y se lo aparté suavemente mientras se agarraba a mi pezón y empezaba a mamantear. Sus ojos color avellana, que me recordaban a los de su padre, empezaron a caer lentamente mientras succionaba con movimientos rítmicos.

Me quedé mirando la vívida pintura del tabique. Techos de carácter de casas de oración japonesas. Pequeños barcos de pesca. Esos simpáticos paraguas *wagasa*.

Apenas habían transcurrido cinco minutos de alimentar a la bebé cuando se abrió la puerta. Estaba a punto de abrir la boca cuando la voz de mi madre me detuvo.

—¿Acaso el mundo no funciona de maneras misteriosas? —Había una pizca de sarcasmo en la voz de madre—. Tanto tiempo sin verte, Luca King.

Me puse rígida. ¿Por qué estaba Luca con mi madre? Y qué quería decir con eso de que hacía mucho tiempo que no la veía. Luca nunca dio a entender que conocía a mi madre.

—¡Déjate de tonterías, Maeve, y dime lo que quieres! —Un presentimiento me recorrió la espalda—. Ambos sabemos que no eres del tipo filosófico.

El tono de mi esposo era inconfundible. Debería anunciarme. Decirles que estaba aquí y decirle a mi madre que dejara en paz a Luca. Pero algo me contuvo.

—¿Qué? ¿Vigilándome? —El tono esperanzado de mamá era inconfundible—. También he

estado pendiente de ti. —Ronroneó. Me moví ligeramente, asomándome entre los dos paneles del separador—. Te pareces mucho a él. Benito. —Su uña pintada de rojo recorrió su corbata. Se me revolvió el estómago—. Apuesto a que también follas como él.

Luca no la apartó, pero dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos. Siguió la risa aguda de mamá, que hizo que Penelope se sobresaltara y la tranquilicé de inmediato, colocando la palma de la mano sobre su cabecita.

—*Shhh.* —Fue más un movimiento de mis labios y un ligero balanceo de mi cuerpo que un sonido el que hice.

—No volveré a decirlo. —Apretó los dientes Luca—. ¿Qué. Quieres?

—¿Se lo has dicho?

«Decirme qué», quise preguntar, pero mantuve los labios apretados. Quería saber qué estaba pasando. Parecía que Luca me guardaba secretos.

—Su *Da* lo era todo para Margaret —continuó cuando no dijo nada—: Juro que esa niña salió de mí y quería chupar los pechos de su padre, no los míos. Las niñas son inútiles en nuestro mundo, ya sabes. Sus vaginas son mera moneda. Algo para intercambiar. Algo para usar. No tenemos poder excepto a través de los hombres que quieren esos coños. Margaret me robó ese poder en el momento en que nació, y la he odiado desde entonces.

—Tal vez prefirió a su padre antes que a ti porque se dio cuenta de la puta despreciable que eres —siseó Luca sin emoción.

Mamá echó la cabeza hacia atrás y sus rizos oscuros rebotaron. Podría tener cincuenta años, pero se había hecho tanto trabajo que parecía de treinta.

—Sin embargo, no fui yo quien le disparó a su padre.

Tragué saliva, ignorando el temblor que me recorría. No me gustaba pensar en Benito disparándole a *Da*. Las imágenes de él tendido en el charco de su propia sangre, el terror en su mirada.

Sentí un dolor punzante en el pecho y miré a mi hija. Quería asegurarme de que no lo sentía también. Quería evitarle todo el dolor y la crueldad de este mundo. Y el inframundo tenía dolor y sufrimiento en abundancia para repartir.

—Pensé que eso te haría callar. —Se jactó mi madre con una expresión de suficiencia autocomplaciente en su rostro—. Créeme, Luca. Si Margaret se enterara de que fuiste tú quien le disparó a su preciado *Da*, serías historia antes de que pudieras decir *espera*.

¿Qué? Por un momento, mi corazón se olvidó de latir y el mundo dejó de girar.

El *shock* me recorrió, seguido inmediatamente por un dolor que me partió el corazón en dos. Luego en cuatro. Hasta que sentí como si un millón de cuchillos se clavaran en mi pecho, cortándome el suministro de oxígeno.

«Luca mató a Da. Luca mató a Da. Oh, Dios mío, Luca mató a Da».

Le había contado lo que había pasado aquel día, todo lo que recordaba, y permaneció en silencio.

—Era un niño cuando eso sucedió —siseó Luca—. Siguiendo las órdenes de mi padre. Un padre que no dudó en golpear a sus hijos hasta casi matarlos. ¿Cuál es tu maldita excusa, Maeve?

Madre dio dos pasos hacia mi marido, quien permanecía inmóvil, con el rostro inexpresivo. Sin arrepentimiento. Ni pena. Nada.

—Di lo que quieres o acabaré contigo también —amenazó con voz impasible. Pero podía oír el frío tenor que resonaba en el aire. Un escalofrío me recorrió.

¿Quién era este hombre junto al que había dormido todas las noches? ¿Quién era este hombre que sostenía a nuestra bebé y la acunaba para que se durmiera?

Madre cacareó. Como la bruja que era. Una bruja hermosa, aunque fría y mala.

—Si sus hermanos se enteran de lo que le hiciste a su padre, te harán pedazos. —Se golpeó la barbilla con los dedos, pensativa—. No habría forma de salvarte. Margaret siempre será su preciosa hermana, pero esa hija bastarda tuya...

No llegó a terminar su declaración porque la mano de Luca rodeó la garganta de mi madre.

—No es una bastarda —gruñó—. Y cualquiera, quien sea, que intente arrebatármelas —advirtió, con una expresión sombría en el rostro—… acabaré con ellos. Hermano o no hermano. Madre o no madre. Los mataré a todos si le ponen un dedo encima a mi hija o a mi esposa.

Luca tuvo que estar apretando fuerte porque los ojos de mamá se abrieron de par en par y su cara se puso roja. Pero eso no le impidió curvar los labios.

—Pero la cereza del pastel es Marchetti —siseó, negándose a darse por vencida. El corazón me retumbaba en los oídos y traté desesperadamente de calmarlo, temerosa de que se me escapara una sola palabra—. Dejaste que el jefe de una de las mayores organizaciones criminales europeas asumiera la culpa de la muerte de mi marido. —Dios, no estaba segura de a quién odiaba más en ese momento. A Luca o a mi madre—. Así que Callahan mató al hermano de Marchetti para vengar al padre de Margaret. ¿Cómo crees que reaccionará Marchetti cuando descubra que una de las familias que dirigen su principal territorio en su país natal le tendió una trampa?

Hizo una pausa para dramatizar.

La furia de Luca me quemaba la piel y ni siquiera me miraba. Mi madre fue estúpida al ignorar su ira. Sin embargo, *yo* fui estúpida por confiar en él.

—Consideraría tus próximas palabras con cuidado, Maeve —advirtió Luca, con voz tranquila. Demasiado calmada—. Porque podrían ser las últimas.

Algo cambió en el aire, pero mi madre era demasiado idiota para darse cuenta. Siguió con su estúpida bocota.

—No estás preocupado por Marchetti, ¿verdad? —Seguía parloteando, poniéndome los nervios de punta—. Porque ya usaste a Margaret para saldar esa traición. Le vendiste a tu hija.

Él hizo ¿qué?

Mis ojos ardían de rabia y traición. Y lágrimas.

—Prometiste a tu hija para su hijo.

Dios, así era como se sentía el desamor y la traición. Fue demasiado bueno para ser verdad, que era mi segunda oportunidad. Creí que mi felices para siempre parecía ser mi destino. Me dolía el corazón y me mordí el labio para asegurarme de que no se me escapaba ningún sollozo. No podía dejar que me vieran.

Luca debió aflojar el agarre porque mamá inspiró profundamente, pero era demasiado tonta para detenerse ahí.

—Estoy deseando ver qué piensa mi hija del trato que hiciste. —Madre sonrió satisfecha de sí misma, pensando que le había ganado—. ¿Crees que te despreciará más que a mí? —Su mandíbula crujió. Su expresión se volvió asesina—. No te preocupes, guapo. Marchetti se enteró de quién le tendió la trampa. Sabe que tu familia le jugó una mala pasada y decidió vengarse. Tu hija ya no es un pago adecuado. ¿Por qué crees que tus cargamentos han desaparecido? Quiere vida por vida. La *vida* de tu hija quizás. El karma es una perra, ¿no?

Mi cerebro apenas tuvo tiempo de registrar lo que ocurrió a continuación. Luca sacó un cuchillo de su chaqueta. Una puerta se abrió tras él, pero Luca estaba demasiado lejos. Con un rápido movimiento, le cortó el cuello a mi madre. Todo salvo mi corazón se quedó inmóvil. Me quedé mirando por la rendija mientras mi madre se desplomaba en el suelo, rodeada de sangre.

El silencio que siguió fue ominoso. Los ojos muertos de mamá me miraban fijamente, observando a través de la grieta.

Goteo... goteo... goteo.

Un escalofrío me recorrió cuando Luca sacó un pañuelo del bolsillo y limpió su navaja, luego la guardó sin un atisbo de emoción.

—¿Qué demonios, Luca? —El gruñido de Cassio reverberó en las paredes de la biblioteca—. ¿Por qué mataste a la madre de tu esposa?

La respuesta de Luca fue tan fría como su mirada. Me recordó a las noches de invierno de Alaska.

—Me estaba molestando.

En la habitación reinaba un silencio tenso y tuve la sensación de que Cassio intentaba controlar su propio temperamento. Y mientras tanto, yo permanecía congelada, dándole de comer a mi bebé.

Nuestra bebé.

Los gorgoteos de mi madre se desvanecieron lentamente. Extrañamente, su muerte no me afectó tanto como saber que Luca había matado a mi padre. O que usó a nuestra bebé en sus negociaciones con la familia Marchetti.

La traición me atravesó el pecho, una herida fresca y ardiente. No me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que probé la sal en mi lengua. Se me hizo un nudo en la garganta. Me dolía el corazón.

Luca King fue el mayor error de mi vida.

El cambio de apellido no pudo borrar sus pecados.

CUARENTA Y UNO

LUCA



—¿Estás loco? —siseó Cassio, cerrando la puerta tras de sí.

—En realidad, estoy bastante cuerdo. Gracias por preguntar.

Los ojos de Cassio se posaron en el cadáver de mi suegra. Esto tenía que ser la cereza del maldito pastel. Matando a mi suegra. Finalmente tenía a la mujer que amaba. Tenía mi propia familia. Mi pequeña Penelope. Y entonces esta bruja intentó destrozarlo todo.

Cassio rodeó el cuerpo y luego me miró.

—¿Por qué la mataste? —La voz de mi hermano era tranquila, pero no la confundí con calma. Estaba tan enfadado. No es que me importara una mierda—. Y si me dices alguna idiotez sobre que te molestó, te mataré yo mismo porque *tú* me estás molestando.

—Amenazó con contarle a Margaret que maté a su padre —confesé. Demonios, se me oprimía el pecho cada vez que pensaba en Margaret descubriendo ese pequeño detalle de mi pasado. Todo condujo al aprieto en este momento. Y haciendo un trato con Marchetti.

No obstante, era eso o habrían matado a Margaret en su primera semana en Italia. Esos dos hombres en el avión fueron enviados por Marchetti. Ese hombre no perdonaba ni olvidaba. Arreglaba cuentas. Por eso era uno de los hombres más temidos del mundo.

—¡Maldita sea, Luca! —gruñó en voz baja—. Deberías habérselo dicho tú mismo. Explicarle que eras un niño, utilizado por nuestro maldito padre. —Cassio se pasó una mano por el cabello y volvió a fulminarme con la mirada—. Tienes que empezar a pensar antes de actuar.

Tenía razón, por supuesto. Pero joder. La mujer amenazó con acabar con mi familia. Y luego estaba el comentario de Marchetti. Nadie más que *Nonno*, Marchetti y yo sabíamos del trato. Ni siquiera Cassio.

Entonces, ¿cómo demonios lo sabía su madre?

—La zorra se merecía lo que le llegó —aseguré, ocultando mi pánico.

—Tal vez, pero no en casa de Callahan —refunfuñó—. Maldita sea, ¿qué demonios hacemos ahora?

Maeve había cavado su propia puta tumba. No debería haber hablado mierda sobre Margaret y mi hija. Amenazando a mi familia.

—Que parezca un suicidio —sugerí con apatía. Tenía ganas de ir a buscar a Margaret. El pánico ya empezaba a instalarse en mis huesos. Estaba amamantando a Penelope, pero si se enteraba, me dejaría.

—¿En serio? —Cassio dejó escapar un suspiro sardónico—. Vamos a decirles que se cortó la garganta. Es lo mejor que se te ocurre.

De acuerdo, no era exactamente mi mejor idea, pero demonios. La mujer era una perra. Nadie

la echaría de menos. Tenía que encontrar a mi esposa y a mi bebé. Tenía que asegurarme de que estaban bien.

—Esto iniciará una guerra.

Cassio pensó que estaba preocupado por una maldita guerra. Cuando de alguna manera el mundo se enteró de mi trato con Marchetti. Nadie debería haberlo sabido. Por supuesto, no habría casado a mi hija con su hijo. Con ninguno de sus hijos. Pero necesitaba tiempo para pensar cómo salirme de ese maldito trato. Mi último recurso era acabar con toda la familia Marchetti antes de que mi hija cumpliera la mayoría de edad.

—A la mierda la guerra —declaré, encogiéndome de hombros—. Amenazó a mi mujer y a mi hija. Si Callahan la quiere, la tendrá. —Cassio suspiró, agarró el teléfono y llamó a Guido.

Un par de minutos después, sonó un golpe. Me acerqué a la puerta y la abrí ligeramente. Cuando vi a *Nonno* de pie en el pasillo con sus dos guardias y Guido, estaba a punto de tirarme de los cabellos. Sin tiempo que perder, lo hice pasar.

—*Ah, Nipote* —refunfuñó *Nonno*, lanzándome una mirada—. ¿Qué ha pasado? —Sus ojos recorrieron bruscamente la habitación antes de centrarse en mí—. Luca, hijo mío, estás loco —murmuró—. ¿Qué ha hecho para que la mates?

Hice una mueca.

—Amenazó a Margaret y a nuestra bebé —comenté. Todos miramos a la zorra muerta—. Y amenazó con entregar la vida de Margaret a Marchetti a cambio de la de su hermano muerto. —Continuó el silencio, los ojos sin vida de Maeve mirándonos fijamente—. Sabía de mi trato con Marchetti y de arreglar un matrimonio entre nuestras familias.

—¿Qué trato? —Cassio soltó—. ¿Y matrimonio concertado entre quién?

—La pequeña Penelope y el hijo de Marchetti —respondió *Nonno*. Cuando Cassio le lanzó una mirada, *Nonno* hizo un gesto con la mano—. *Madonna mia*, te has vuelto demasiado serio desde que te casaste, Cassio. Los Marchetti son una familia poderosa. La más poderosa de Europa y una de las más importantes del mundo criminal. Y, sin embargo, son intocables por la OTAN, la Interpol, la DEA, el FBI, la CIA. ¿Por qué crees que es eso?

Cassio frunció los labios, contrariado.

—Tampoco nos persigue ninguna de esas agencias —espetó.

Nonno se negó a dejarse disuadir.

—Tienes a la DEA detrás de ti todo el tiempo. La Interpol también. Que no te hayan podido encontrar nada no significa que no te estén vigilando. —Cuando Cassio no dijo nada, *Nonno* continuó—: Marchetti ni siquiera está en su radar, y su mayor producto es el tráfico de personas.

—Ves, eso… —siseó Cassio—. Eso es lo que me molesta.

—Con una alianza matrimonial, podemos acabar con eso —declaró *Nonno*.

No me molesté en corregirle que mi hija nunca llegaría al altar para hacer esa alianza. Solo quería salvar su vida y la de Margaret.

Guido, el guardaespaldas de *Nonno*, se adelantó. Su expresión me pareció extraña, pero lo achaqué a esta noche jodida. A nadie le gustaba ver a una mujer asesinada, aunque esta se lo merecía.

—Puedo deslizarme por la ventana con el cuerpo. —Ofreció Guido—. Y hacer que parezca un accidente.

Los ojos de Cassio se desviaron hacia la chimenea y seguí su mirada. El fuego ardía sin cesar.

—¿Quemarla? —sugirió.

La expresión de Guido se ensombreció.

—Eso apestará y Callahan reconocerá el olor de un cuerpo quemado.

—O envolvemos el cuerpo y Guido se cuela por la ventana —propuse, mientras mis ojos recorrían la habitación y divisaban una gran manta.

Todos nos miramos y asentimos escuetamente.

—Tenemos que explicar su ausencia —añadió Cassio.

—Diremos que la vimos escabullirse por la puerta de enfrente —refunfuñé—. Es técnicamente cierto. No diremos que se escabulló por la puerta, muerta.

Diez minutos después, era como si nada hubiera pasado en la biblioteca.

No había pruebas de asesinato. No había pruebas de traición.

Sin embargo, los secretos se escondieron en los rincones, permaneciendo conmigo.

CUARENTA Y DOS

MARGARET

Mi corazón se congeló y se rompió en mil pedazos mientras esperaba a que se marcharan.

El aire salía de mis pulmones y mis ojos seguían clavados en el lugar donde yacía mi madre hacía apenas unos minutos. La habían sacado.

Igual que la basura.

Aunque no sentí tristeza por la muerte de mi madre. Se merecía lo que le pasó.

Pero fue el hecho de que mi esposo fuera quien la degolló lo que me molestó. La revelación de que fue quien mató a mi padre. Luca me mintió. El último clavo en el ataúd de nuestro matrimonio fue que Marchetti iba tras mi hija.

Miré a mi niña, que seguía alimentándose con los ojos entrecerrados, mientras mi cerebro trabajaba enérgicamente. No podía quedarme aquí. Quería irme de aquí, en ese momento. No quería ver a Luca, ni a su hermano. A nadie.

Sin embargo, no podía levantarme e irme. Todavía no.

Un fuerte suspiro salió de mis pulmones.

—Vamos a tener que huir, Penelope —susurré, la goma elástica alrededor de mi corazón amenazando con romperse—. Como en los viejos tiempos.

Mierda, ¿por qué dolía tanto la idea de vivir sin Luca?

Penelope arrulló su respuesta, y me imaginé que probablemente estaba protestando. Le encantaba que su *papà* la tomara en brazos. Luca se despertaba por la noche y la alimentaba con la leche que me extraía, susurrándole palabras en italiano mientras la mecía para que se durmiera.

Apreté a mi bebé más contra mi pecho mientras sentía que se me partía el corazón.

El sabor metálico de la sangre me llenó la boca. Un temblor comenzó en mis manos. Las sombras danzaban por la habitación. Pasado. Presente. Futuro.

Mis pulmones se tensaron y cada respiración me dolía, como trozos de hielo contra mi piel. Las lágrimas me nublaron la vista y una sola rodó por mi mejilla hasta la frente de Penelope.

Con dedos temblorosos, la limpié.

Se me escapó un jadeo estrangulado y tragué saliva antes de encontrar mi voz.

—No dejaré que olvides a tu *papà* —prometí suavemente—. Pero no podemos quedarnos, mi bebé.

Era casi medianoche cuando llegamos a casa.

Luca me rodeaba con la mano, mientras con la otra llevaba a nuestra bebé en su portabebés. Parecía relajado, pero no se me escapaba la tensión de sus hombros. Durante todo el trayecto de vuelta a casa estuvo agarrado al volante, con la mirada fija en la carretera y en el espejo retrovisor.

Cuando entramos en su *penthouse* se le fue la tensión.

Penelope dormía profundamente en su cargador de bebés mientras nos dirigíamos a su habitación. Luca la sacó suavemente de la sillita, le cambió el pañal y cambió la ropa por la pijama mientras yo los observaba, memorizando aquel momento. No sabía cuántos más tendríamos.

Penelope se despertó, arrullando y sonriéndole a su *papà*.

Se acomodó en la mecedora, con nuestra bebé segura entre sus grandes y fuertes brazos.

—*Mamma* debería irse a dormir, ¿verdad, Poppy? —musitó Luca en voz baja. Por la forma en que miraba a nuestra hija, con tanto amor, era difícil creer que fuera un asesino. Un manipulador.

Sus ojos se levantaron y nuestras miradas se cruzaron, ardientes. El tiempo transcurría en cámara lenta, tocando mi piel como un sol abrasador, dejándome caliente.

—Ve a descansar, esposa —instó, mostrándome su sonrisa—. Has estado callada toda la noche. Debes estar cansada.

Sin decir palabra, asentí y me dirigí a nuestro dormitorio. Me di una ducha rápida y me metí en la cama. Me acosté boca arriba, mirando al techo, y escuché las suaves palabras que Luca le susurraba a nuestra hija.

La puerta se abrió y Luca entró en nuestra recámara. Se desabrochó el reloj y lo dejó sobre la cómoda. Después se quitó los gemelos. Le siguieron la chaqueta y el chaleco. Se aflojó la corbata y se la retiró del cuello. Luego empezó con los botones de su camisa. El cinturón. Los zapatos. Luca desnudándose era lo más *sexy* que había visto nunca. Sin embargo, ahora, en ese instante, nada de eso importaba. Quería la verdad sobre lo que había hecho, con mi padre y con nuestra hija.

Observé cómo desaparecía en el baño y escuché el ruido constante de la ducha. Tantos pensamientos bullían por mi mente que me costaba organizarlos todos en una idea que tuviera sentido.

Se abrió la puerta del baño y salió sin ropa más que un bóxer negro.

Por fin rompí el silencio.

—¿Pasa algo?

Última oportunidad para confesar. *«Por favor, confiesa»*.

—Cosas de negocios —contestó mientras se tiraba en la cama a mi lado. Se tumbó boca arriba y miró al techo con ojos vacíos. La oscuridad se apoderó de la habitación y me llegó al alma.

Mi corazón palpitó con dificultad y la decepción se apoderó de mí. No esperaba que me lo contara todo.

Aun así, tenía esperanzas.

Hace un año, lo detestaba. Ahora, lo amaba tanto que me dolía. No había nada como pasar de un extremo a otro. Pero quedarme aquí, con él, no era una opción. Excepto que la idea de dejarlo me dolía tanto.

Sin embargo, perder a mi bebé sería mil veces peor. Tendría que desaparecer, mi hija y yo. Las dos dejaríamos todo esto atrás.

Me acercó más a él, envolviéndome en su aroma y, a pesar de los acontecimientos ocurridos

esta noche, mi cuerpo respondió a su tacto. Debería empujarlo, empezar a gritar, no obstante, eso lo alertaría.

Además, si lo dejaba, necesitaría esto. Para mí. Para las noches solitarias que se avecinaban.

Apoyé la palma de la mano en su pecho y lo acaricié suavemente. Algo me pasaba, porque incluso con lo que acababa de descubrir, tocarlo me producía un escalofrío.

Luca me dio la vuelta y me tiró encima de él. De un tirón, me quitó el camisón y me arrancó las bragas, dejándome desnuda.

—Si sigues rompiéndome las bragas, me voy a quedar sin ropa interior —suspiré mientras mi corazón se partía centímetro a centímetro.

Su risita oscura llenó el espacio. Su mano acarició ligeramente mi espalda, besándome. Nuestras lenguas se enredaron. Hizo un ruido salvaje con la garganta y cerró los ojos. Su lengua se movió más rápido, más fuerte, bailando con la mía.

Me rendí ante el beso y a su toque, pero aquellos fantasmas me acechaban.

Me tocó los pechos con sus manos y me acarició los pezones con los pulgares. Un suave gemido se escapó de mis labios. Clavé las uñas en su hombro, aferrándome a él. Solo un poco más.

Su boca sustituyó a uno de sus pulgares en mi pezón y exhalé un suspiro. Sus dientes rasparon mi pico. Con fuerza. Mi espalda se arqueó ante la sensación. El pulso entre mis piernas palpitaba.

Como si percibiera cada una de las sensaciones que nadaban por mis venas, su mano recorrió mi vientre, cada vez más abajo, hasta separarme las piernas. La evidencia de mi excitación se deslizó por el interior de mis muslos. Su dedo rozó mi clítoris y un gemido llenó la habitación.

Nos dio la vuelta y su cuerpo se cernió sobre el mío. Pasó un dedo de mi clítoris a mi entrada, luego se lo llevó a sus labios y lo lamió.

—Tu sabor es exquisito —gruñó—. Mi adicción.

Su boca recorrió mi cuerpo hasta llegar a mis piernas abiertas. Empujó las palmas de las manos bajo mis nalgas y levantó mis caderas, luego presionó su boca sobre mi centro palpitante. Me miraba con ojos posesivos y hambrientos mientras me lamía. Desde el clítoris hasta la entrada.

Hundió su lengua en mi entrada y mis manos llegaron a su pelo, agarrándolo y aferrándose a él. Necesitaba más. Mucho más. Su lengua entraba y salía de mí, cogiéndome.

Mis muslos se cerraron sobre él y mi torso se movió contra su boca mientras gemía, comiéndome. Su gemido me hizo vibrar hasta lo más profundo de mi ser y mis entrañas se estremecieron anticipando el placer que estaba por llegar.

—Quiero comerte todos los días —murmuró, separando aún más mis piernas—. Hasta que muera, esposa.

Sus dedos abrieron suavemente mis labios, lamiéndome desde la entrada hasta el clítoris y viceversa. Su gruñido de satisfacción me hizo vibrar y mi cuerpo se estremeció listo para la liberación. Entonces su lengua penetró más profundamente en mi entrada. Las intensas sensaciones hicieron que se me doblaran los dedos de los pies y mi espalda se arqueara sobre la cama.

—¡Dios mío! —gemí.

Me pasó una mano áspera por la pierna y luego la levantó por encima de su hombro. Le pasé los dedos por el cabello y me moví contra su lengua. Mis caderas se movían por voluntad propia, hambrientas de más. Necesitaba más de él. Me folló con su lengua. *Adentro y afuera. Adentro y afuera.*

Cada vez que su lengua embestía más en mi interior, salían palabras de mis labios. Ininteligibles. Gaélico. Inglés. Español.

Se me pusieron los ojos en blanco. Me zumbaron los oídos. Mi sangre se encendió, electrificando mi cuerpo. Ardían chispas.

La presión explotó y me corrí tan fuerte que me zumbaron los oídos. Luché por recuperar mi aliento, con ese dulce dolor palpitando entre mis muslos y una lánguida sensación llenando mi cuerpo.

—Mírame. —Sus palabras llegaron a través del silbido de mis oídos y mis ojos se abrieron de golpe. Fue entonces cuando me di cuenta de que su mano me tapaba la boca y la mordí. Me sacó la mano de la boca y, por las marcas de los dientes, había mordido con fuerza cuando me corrí.

Su respiración coincidía con la mía y su mirada estaba llena de algo suave y oscuro.

Me mordió el labio.

—Voy a follarte ahora —gruñó.

Me estremecí.

—Por favor. —Este hombre me traicionó de la peor manera y, aun así, su toque lo era todo para mí.

Profundizó el beso con un cálido desliz de su lengua. El calor brotó entre mis piernas y lo necesité dentro de mí con un dolor desesperado. En un rincón de mi mente, me preguntaba cómo podría sobrevivir sin su toque el resto de mi vida.

Sin *él*.

Sentí su piel contra la mía como un manto de consuelo. Bajé la boca por su mandíbula y luego por su garganta, y un escalofrío lo recorrió mientras le succionaba el pulso.

Empujó dentro de mí sin previo aviso y jadeé, clavándole las uñas en sus hombros y arqueando la espalda para acogerlo más profundamente.

Un rugido salió de su garganta, su boca mordisqueando mi cuello.

—Fuiste hecha para mí. —Ronroneó mientras se deslizaba fuera de mí, dejando la punta de su longitud en mi entrada y volviendo a penetrarme. Tocó un punto tan profundo, tan intenso, que me quemó por dentro como un fósforo—. Cada centímetro de ti.

Su pelvis chocaba contra mi clítoris, los dos respirábamos agitados. Era implacable cuando cogía. El placer puro y sin filtros empezó a crecer.

—¡Nunca te vayas! —rugió—. ¡Nunca, joder!

Mi corazón se revolvía ante la idea de dejarlo, pero mi decisión ya estaba tomada.

—*Córrete dentro de mí* —supliqué en su lugar, incapaz de responder a su orden. Apretó la cara contra mi cuello, follándome sin piedad. Tocó un punto tan profundo dentro de mí que no tardó en llegar al límite.

—Quiero más bebés —gruñó, con sus caderas empujando a través de mi orgasmo y mis entrañas apretándose a su alrededor—. Lo quiero todo. Contigo.

Era una estupidez. Acababa de tener una bebé. Era arriesgado. Así fue como empezó todo. Cómo terminé aquí con él. Y, sin embargo, lo necesitaba.

Solo una vez más. Una última vez.

CUARENTA Y TRES

LUCA

—Avísame cuando vuelvas, Luca —dijo Marchetti con voz fría—. Quiero presentarle a mis hijos a tu hija.

Un gruñido vibró en mi pecho. Pensaba que había sido prudente pactar la boda entre nuestros hijos, pero ahora no estaba tan seguro. La idea de cualquier chico cerca de mi hija no presagiaba nada bueno.

—Es una bebé. —Mi voz era fría y me ardía la garganta.

—No importa. Será bueno que se conozcan.

Unas palabras más y terminé la llamada, encontrándome con los ojos de *Nonno* y Cassio puestos en mí.

El plan era volver a Sicilia en cualquier momento, pero no sabía si era lo correcto. Especialmente después de lo que me había enterado por Maeve el día anterior.

—¿Qué te dice tu instinto? —preguntó *Nonno*. Les conté a él y a Cassio toda la historia y las palabras que se habían cruzado entre la madre de mi esposa y yo—. ¿Es seguro para Margaret y Penelope estar allí?

Ese era el maldito problema. Acababa de hablar por teléfono con Marchetti, y todavía no podía decir si estaba feliz de hablar conmigo o no.

—No creo que sepa que fue Benito quien inició la guerra entre las dos familias —comenté—. Con mi ayuda.

—Un niño de doce años —protestó *Nonno*—. No fue culpa tuya. En todo caso, fue culpa mía. Debería haberte protegido mejor. Debería haber protegido mejor a mi Penelope.

—Todos hicimos lo que pudimos —aseguró Cassio.

—Cassio tiene razón. —Estaba de acuerdo—. Todos le hemos fallado a alguien. Lo que cuenta es lo que hagamos ahora. Si algo le pasa a Margaret y...

—No pasará nada —pronunció *Nonno* con una voz más fuerte de lo que había oído en mucho tiempo—. Si tenemos que ir a guerra con Marchetti, lo haremos. Primero, capturemos al traidor que sigue robando nuestros cargamentos. Mi instinto me dice que no es Marchetti.

—Estoy de acuerdo. —La cuestión era quién se atrevería a robarnos. No había muchos de nuestra afiliación que se atrevieran. Eso me dejaba sin sospechosos—. He construido un dispositivo no rastreable con la ayuda de Morrelli. Están siendo depositados en nuestros cargamentos mientras hablamos. Con el próximo que desaparezca, deberíamos poder rastrearlo.

—*Bene*. —Los ojos de *Nonno* se movían alrededor—. ¿Cuándo vuelve Guido?

Me encogí de hombros.

—¿No trabaja para ti, *Nonno*? —reflexioné.

Diez minutos más tarde, *Nonno* y yo volvimos a mi *penthouse* mientras Cassio se apresuraba a volver con su mujer.



En cuanto crucé la puerta del *penthouse*, supe que algo estaba mal.

Estaba demasiado tranquilo. No había cosas de bebé esparcidas por ahí. Ni risas. Ningún saludo de "hola, papi" mientras Margaret sostenía a nuestra bebé. *Nada.*

Se me apretó el pecho y el corazón me latía con fuerza.

¿Se las había llevado Marchetti? La idea me heló la sangre.

Me dirigí a la cocina. Estaba vacía. En la isla había una taza de café frío y un biberón con leche cuajada. Me sobresalté. Margaret odiaba dejar biberones con leche por ahí. Era una paranoica sobre los gérmenes.

—¡Margaret! —llamé en voz baja, pero sabía en la boca de mi estómago que no estaba aquí. Saqué mi pistola de la funda y, maldición, me temblaban las manos.

Guardando silencio, me dirigí a los dormitorios. Primero, el de mi hija. Luego el nuestro.

El bastón del abuelo repiqueteó contra el mármol, luego contra el suelo de madera, y tuvo el mismo efecto que la música de las películas de terror. Me corría el sudor por la nuca. Los cajones estaban medio abiertos, la ropa tirada por el suelo. Una sola nota sobre la mesita de noche, la única superficie plana organizada.

Matar a mi Da no fue lo peor que hiciste. Tampoco lo fue matar a mi madre. Arreglar un matrimonio para nuestra hija fue malo. Poner su vida en peligro fue peor. Pero mentirme selló el trato.

Sentí como un golpe en el estómago. Me robó el maldito aliento. Primero, me invadió una quietud sepulcral y luego una rabia abrasadora me hizo arder la sangre. El rojo se coló en mi visión y todo pensamiento coherente abandonó mi cerebro.

Me volví loco.

Destruí cada cosa en mi *penthouse*. Nuestra cama. La cuna. Los muebles. Las fotos. Cuando todos los objetos quedaron esparcidos por el suelo, pasé a las paredes.

Horas después me senté en el borde del alféizar, con los codos apoyados en mis rodillas y la furia ardiendo en mi pecho. También había preocupación. Mi esposa y mi hija estaban allí solas. Vulnerables.

La puerta se cerró de golpe en alguna parte. No miré detrás de mí. Ese olor que representaba a la familia, talco de bebé, no llegó a mí. No tuve que mirar atrás para saber que no era ella. No era mi bebé.

—*Nonno* me llamó —dijo Cassio con frustración coloreando su voz. En mi rabia, me olvidé de mi abuelo—. No me digas que estás renovando. —Su voz estaba justo detrás de mí.

No respondí, con la mirada perdida.

—¿Dónde están Margaret y la bebé?

Sin palabras, le entregué la nota.

Me había dejado.

CUARENTA Y CUATRO

LUCA

Casi tres años después

La casa de Luciano Vitale bullía de vida.

Risas. Niños gritando. Todo eso hizo que este dolor en mi pecho creciera.

La hija de Luciano, Francesca Aria Vitale, brillaba y parloteaba, sonriendo y mirando a su padre como si fuera un dios. Demonios, si no me daba envidia.

Había dividido mi tiempo entre New York y Sicilia. Aunque prefería alejarme de New York. Demasiadas caras felices y familias entre mis amigos eran un recordatorio de mi propio fracaso.

Era una tortura. Un dolor. Uno desgarrador. Pero la ira y la rabia empezaron a sobreponerse a esas otras emociones.

No había pasado un solo día desde que Margaret y nuestra hija desaparecieron sin que pensara en ellas. A diferencia de la primera vez, se escondió mejor. Tomando los pasaportes que había preparado para emergencias, huyó del país con nuestra hija, aterrizó en Londres y desde allí se acabó todo rastro.

Desde entonces no había rastro de ella ni de mi hija. Ni siquiera Nico, con todos sus recursos, pudo localizarlas.

Dos malditos años. Pronto mi niña cumpliría tres años de edad. Otro cumpleaños que me perdería.

El dolor constante en mi pecho creció y creció hasta que una oscuridad permanente residió en mi pecho. La ira aumentaba día a día.

Me quitó a mi hija. Me abandonó, joder. Quemó todo lo que teníamos sin mirar atrás. Debería haber confiado en mí para protegerla y a nuestra hija. Debería haber hablado conmigo sobre ello.

«Deberías haberle confiado también tus secretos y los acuerdos que hiciste», se burló mi mente. Jódete.

Maravilloso. Ahora me estaba mandando a mí mismo a la mierda.

—¿Algo sobre Guido? —inquirió Luciano, haciendo rebotar a su hija en la rodilla. Matteo, su hijo, estaba justo fuera de la oficina, perseguido por las gemelas de Nico. Mis sobrinitas. Hannah, una de las gemelas, estaba muy decidida a casarse con él. Probablemente estaba tratando de convencerlo de hacerlo hoy.

—No —respondió Cassio cuando quedó claro que yo no iba a hacerlo—. No puedo creer que ese desgraciado siguiera el juego con el cuerpo de Maeve. Nos ayudó a limpiar esa puta escena,

y todo el tiempo se había estado acostando con ella.

Guido, el primo de *Nonno*, trabajaba con la madre de Margaret. Los dos se unieron y trabajaron contra mí.

—Ese es un bastardo frío —murmuró Luciano—. A tu abuelo debió decepcionarle que su propia familia hiciera esto.

No tenía ni idea. *Nonno* había conocido a Guido toda su vida. Nunca pensó en investigarlo cuando toda la mierda empezó a suceder. A decir verdad, yo tampoco. Excepto que la sugerencia que Margaret nos dio sobre un dispositivo ilocalizable nos llevó directamente a él.

Ahora ese idiota estaba en algún lugar de este planeta olvidado de la mano de Dios, escondiéndose, como el cobarde que era.

—Todavía no me puedo creer que Callahan se creyera que su cuñada se fue sin despedirse y luego tuvo un accidente de coche mortal —añadió Nico.

Estuvo allí esa noche. No vio lo que pasó, pero lo necesitábamos para *hackear* toda la vigilancia de Callahan y borrarla.

—Maeve nunca apareció —refunfuñó Cassio—. La única razón por la que apareció aquel día fue para ver a su hija. Al parecer quería ver con sus propios ojos que su hija se casaba con el chico que le disparó a su padre.

El maldito secreto que me costó todo. Debería habérselo dicho. Me aterrorizaba perderla, así que no lo hice. Resultó que la perdí de todos modos. A ella y a mi hija.

—¿Estás seguro de que no volvió a Sicilia? —Luciano inquirió—. Escondiéndose a plena vista. Eso es lo que hizo Grace —comentó, su expresión se ensombreció ligeramente al pensar en aquellos días. Grace también lo abandonó. En circunstancias ligeramente diferentes, pero acabó buscándola durante tres largos años.

—Los hombres de *Nonno* buscaron por todo el país —dije sombríamente—. Todo el maldito continente.

—¿África? —indagó Nico, luego sacudió la cabeza antes de que pudiera responder—. No es probable.

Mi mandíbula se apretó.

—Un recién nacido habría necesitado demasiadas vacunas para ir a África —repliqué—. Pero ahora...

Maldición, habían pasado casi tres años. Podría estar en cualquier parte.

—¿Cómo demonios se enteró de tu trato con Marchetti? —Cassio reflexionó por millonésima vez.

—Su madre tuvo que habérselo dicho —contesté entre dientes. Si pudiera matar a esa zorra, lo volvería a hacer. Pero antes. ¿Qué clase de maldita madre estaría dispuesta a vender a su hija y a su nieta a Marchetti?

Los *soldati* de la mafia lo llamaban *il diavolo.* Había una maldita razón para ello, porque ese diablo no daba segundas oportunidades.

Matteo irrumpió por las puertas francesas, con las gemelas pisándole los talones.

—Papi, Arianna dijo que me mantendrá como rehén para que Hannah pueda casarse conmigo.

Todos compartieron una mirada divertida. No me quedaba nada de diversión. Solo amargura. Rabia que sabía a ácido, incluso después de todos estos años.

—¡Ven aquí! —chilló Hannah—. No has dicho *acepto* y necesito mi diamante.

Nico murmuró algo en voz baja sobre ser demasiado viejo para esta mierda, luego agarró su bebida y se la bebió de un trago. Cassio refunfuñó que estábamos criando mujeres que daban

miedo.

—Quizás esté demasiado asustado para casarse contigo —reflexionó Arianna—. Mami dijo que no todos los chicos podrán con nosotras.

Jesucristo. ¿Qué les enseñaba Bianca a estas chicas?

—Tu madre tenía razón en eso —acordó Cassio, sacudiendo la cabeza.

Luciano se limitó a sonreír.

—Amigo, vamos a tener que poner a estas mujeres a raya. Eres demasiado guapo para asentarte tan joven.

Bianca y Grace entraron detrás de los niños con una sonrisa de suficiencia.

—Siempre pueden obligar a Matteo a casarse con ella —reflexionó Bianca—. Después de todo, ¿no es ese el tema constante con ustedes?

Nico esbozó una media sonrisa.

—Pero *Cara Mia*, mira lo bien que nos ha ido.

Mi hermana negó con la cabeza, aunque su expresión se suavizó mientras se sentaba en el regazo de su marido.

—Sí, pero podrías haberme cortejado y ponerte de rodillas. —Exhaló un suspiro melancólico —. Eso habría sido muy romántico. ¿Verdad, chicas?

Las caras de Hannah y Arianna se iluminaron.

—¡*Oh*, sí! —exclamaron las dos al mismo tiempo y sus ojos se volvieron hacia Matteo—. Haremos que Matteo se ponga de rodillas.

El claro terror en la cara de Matteo lo decía todo. No estaba preparado. Salió corriendo antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando, dejándonos a todos en la estacada. Mis sobrinas estaban claramente descontentas por ello y no estaban dispuestas a dejarle su espacio.

—Tus chicas son unas salvajes —murmuró Luciano.

Grace se rio, tomando su propio lugar en su regazo.

—Y tu hijo sigue burlándose de ellas, haciéndose el duro.

Demonios, si esta escena no me daba envidia. Todo el mundo tenía su propia familia, efusivos sobre sus hijos, mientras que la mía desapareció.

—Luca fue el único que realmente cortejó a su dama para que se casara con él —afirmó Bianca, su expresión se suavizó mientras me lanzaba una mirada.

No obstante, eso no me hizo sentir mejor. A diferencia de mis amigos, había hecho algo peor. Usé a nuestra hija como moneda de cambio. De acuerdo, fue para salvar su vida, pero eso no lo hizo mejor.

—Bueno, algo ha tenido que hacer para que Margaret desaparezca —soltó Áine, fulminándome con la mirada mientras se pavoneaba con *Nonno* del brazo.

Nonno negó con la cabeza.

—Calculamos mal, eso es todo. Mas recuperaremos a Margaret y a Penelope.

Me puse en pie, acabando con la conversación.

Mi abuelo tenía razón en una cosa.

Las traería de vuelta.

Si tuviera que quemar el mundo, vaciar los océanos o mover los planetas de este sistema solar, las traería de vuelta y luego ya nunca las dejaría ir.

CUARENTA Y CINCO

LUCA

El olor metálico llenó el calabozo de *Nonno*.

El suelo estaba pegajoso bajo mis botas de combate. Había torturado al hermano de Guido durante una semana seguida. La familia era sagrada en nuestro mundo. Sin embargo, en ese momento, mientras mi ropa se empapaba de sangre y sus gritos llenaban el aire, me importaba una mierda.

La única familia que me importaba eran mi esposa y mi hija.

Habían pasado dos años, siete meses, tres semanas y cinco días desde la última vez que las vi. Me perdí dos cumpleaños. Dos *Halloween*. Dos Navidades. Pronto serían tres y luego quién sabía... cuatro, cinco, seis, todos.

Mi corazón latía con fuerza mientras lo golpeaba. Me zumbaban los oídos. Y me deleitaba con sus gritos más de lo normal. La rabia que me llenaba crecía con cada día sin mi mujer.

«Me dejó. Se llevó a mi hija. Me abandonó».

Dos hombres yacían desplomados en el suelo de piedra a mis pies. *Nonno* estaba sentado en su silla junto a la puerta. Insistió en estar aquí. Pobre hombre. Pensó que tendría paz después de que me casara. Lo único que consiguió fue guerra.

Guerra con su familia. Descontento con Marchetti.

Al menos no fue guerra. Lo había mantenido a raya sobre mi hija. Jugué el juego de las palabras. Durante dos años, me insistió en ver a Penelope. Durante dos años, le aseguré que el matrimonio concertado seguiría adelante como estaba previsto, cuando nuestros dos hijos fueran adultos y mi hija cumpliera veintiún años.

Estábamos a un paso de la guerra con Marchetti. Sabía que tanto *Nonno* como yo dormiríamos mejor cuando Guido estuviera muerto.

Fue el desgraciado quien nos robó los cargamentos. Fue el hombre que se metió en la cama, literalmente, con Maeve y deslizó la noticia del matrimonio concertado. Resultó que contaba con suceder a *Nonno*.

Nunca contó con Margaret y conmigo.

Mi esposa, que me dejó sin pensárselo dos veces. Si tan solo hubiera confiado en mí.

«También debiste haber confiado en ella», susurró una vocecita, pero la ignoré.

A la mierda esa voz. A la mierda todo. Ahora mismo, encontraría a Guido y mataría al hijo de puta. Por traicionar a *Nonno*. Por traicionarme. Por costarme mi familia.

Capturamos al hermano de Guido en Roma camino a Marchetti. Estaba tan cerca que mi corazón latía con adrenalina. O tal vez era esta paliza personal que estaba dando.

Sonreí cruelmente a mi primo. Me burlé del nombre en mi cabeza.

—Quiero saber dónde está tu *fratello* —repetí—. Puedo hacer esto durante meses. Traeré un médico para curarte lo suficiente, solo para continuar de nuevo. Días, semanas, meses de agonía.

Se sacudió contra sus ataduras.

—¿Me dejarás vivir?

El terror en sus ojos me decía que sabía que no saldría vivo de esta. Pero suponía que la esperanza era difícil de extinguir. Demonios, yo mismo lo sabía. Cada puto día, me levantaba esperando que hoy fuera el día en que encontraría a mi hija y a mi esposa.

Le sostenía la mirada, sin embargo, no contesté. Una gota de sudor rodó por su sien. No me compadecí de él. No sentía nada, pero a menudo me preguntaba si algún día me encontraría en el extremo receptor de la tortura. Tal vez pronto. Una vez que Marchetti descubriera que no tenía forma de cumplir mi acuerdo. Una vez que descubriera que fui yo y el desgraciado de mi padre quienes le costaron la vida a su hermano.

—Por última vez. ¿Dónde está tu hermano?

Cuando no contestó, empecé a pelarle la piel.

Tardó otros veinte minutos en revelar la ubicación de su hermano.

Su recompensa fue una bala entre sus ojos.

CUARENTA Y SEIS

MARGARET

Las suaves olas rompían en la playa de piedras con un sonido rítmico y relajante. El aroma de la flora local perfumaba el aire. Las voces de turistas que hablaban distintas lenguas viajaban en la brisa.

Nos habíamos escondido en la pequeña ciudad de esta isla durante dos años. Después de robar el pasaporte, cien mil en efectivo y llevarnos la ropa y los artículos de primera necesidad, nos habíamos puesto en marcha. Una vez que aterricé en Londres, me deshice de los pasaportes, compré un coche en el mercado negro junto con una identificación falsa para Penelope y para mí, y luego conduje.

Durante los tres primeros meses, estuvimos en constante movimiento.

Había aprendido a vivir con mucho menos. Me ayudó que amamantaba a la bebé, así que el gasto principal eran pañales y comida para mí. No fue hasta que nos instalamos en Croacia que encontré por fin un trabajo. Era guía de turistas de habla inglesa durante la primavera, el verano y principios del otoño.

Nuestro nuevo hogar, la isla de Silba, era una isla sin autos como nunca había visto o experimentado. Los primeros meses que estuvimos aquí, me costó acostumbrarme a no oír el zumbido de un motor. Ahora, tras dos años escondida en el paraíso, no podía imaginarme volver a vivir en una ciudad metropolitana.

Me mecía de un lado a otro sentada en el porche con Penelope profundamente dormida en mis brazos. Había sido un día ajetreado en la playa y apenas se había quedado despierta durante la cena. Estirando la espalda y con cuidado de no despertar a mi bebé, me empapé de la vista del mar Adriático que se extendía kilómetros y kilómetros frente a mí.

Me dejaba sin aliento cada vez que lo veía.

Por fin la vida era buena. Llevó algún tiempo. Todavía había días en los que la soledad me oprimía el corazón, pero mi niña estaba a salvo. Eso era lo único que importaba. Teníamos nuestra rutina y mi trabajito. No había socializado con los lugareños. La barrera del idioma era enorme, pero un contratiempo mayor era la preocupación por si nos encontrarían. No quería que nadie más se metiera en problemas por nuestra culpa.

Unos cuantos lugareños pasaron por delante de nuestro pequeño muro que separaba nuestra casa del camino que rodeaba la playa. Se habían acostumbrado a nosotras y nos reconocían. Aunque, por lo general, se mantenía al margen.

Me saludaron con una sonrisa en la cara e hice lo mismo. Esa era toda mi interacción con adultos. Eso y mis viajes al supermercado. Probablemente pensaban que era rara, pero no quería que nadie se metiera en problemas en caso de que Marchetti nos encontrara.

O Luca.

Un dolor agudo me atravesó el corazón. Como cada vez que pensaba en él. Esta bebé y yo éramos un medio para un fin para él. Puso a nuestra hija en peligro. Eso era algo que nunca podría perdonar.

Inclinando el rostro hacia el cielo, que se oscurecía por momentos, mis pensamientos viajaron a través del océano, hacia el hombre que me robó el corazón. Me engañó y conspiró, me embarazó y luego se presentó como si fuera mi salvador.

Me enamoré de un villano. Un villano persistente.

Sin embargo, no podía encontrar la fuerza para odiarlo. Amaba a nuestra hija. Sabía que lo hacía. Lo vi durante esos primeros meses de su vida.

Sin embargo, esta vida sin él, aunque contenta, no era una feliz.

Volvió el recuerdo fragmentado de la noche del asesinato de mi padre. Recordé cada momento hasta el instante en que me desmayé junto a su cuerpo. Recordé por qué *Da* no disparó primero. Vio a un chico con una pistola.

Ahora recordaba aquel día con mucha más claridad, y dejé que el momento pasara al primer plano de mi mente.

—¿Qué dem...? —Aún podía verlo sujetar la pistola mientras estiraba el brazo. Pero no estaba disparando. Mis ojos se desviaron y lo vi. Un niño asustado con un arma de adulto.

Me dolió el corazón. De miedo por mi Da, y de ver ese miedo desgarrador en la cara del niño.

Bang. Bang. Bang.

El cuerpo de mi padre cayó por las escaleras y los gritos brotaron de mis labios. Pum. Pum. Pum. Seguía y seguía, el cuerpo grande y fuerte de padre rodaba por los escalones eternamente cuando en realidad debían de ser solo unos segundos.

Cayó de espaldas, con dos balas en el pecho y una en la garganta.

Me quedé helada mirando la mancha de sangre que florecía en el pecho de Da. La sangre se agolpó rápidamente a su alrededor como un mar rojo.

Jadeó, sus ojos en mí. Horror. Terror. Miedo. Vi cómo el fuerte cuerpo de mi Da luchaba por moverse, cuando unos pasos resonaron contra el suelo de mármol. Tum tun. Tu tum. Tu tum.

Todos los sonidos se apagaban bajo el zumbido de mis oídos.

—Corre. —Gorgoteó. Luchó por vivir. Luchó por levantarse, pero su cuerpo estaba demasiado débil. Entonces cayó hacia atrás y vi cómo la vida se desvanecía de sus ojos.

Me rugió la sangre. El líquido me goteaba por los dedos y al bajar los ojos descubrí que me había clavado las uñas en las palmas con tanta fuerza que sangraba.

Un par de botas negras patearon el cadáver de mi padre.

—Que te vaya bien —se mofó el viejo.

Fue entonces cuando por fin desperté de mi estupor. Me di la vuelta para correr, aunque ya era demasiado tarde. Una mano me rodeó el cuello.

—¿Hacia dónde corres, pequeña? —Ronroneó, levantándome en el aire. Mis dedos arañaron su muñeca. Jadeé mientras me cargaba, con los pies colgando del suelo. El cuerpo de mi padre estaba justo debajo de mí. Quería abrazarlo. Quería salvarlo. Pero ya se había ido.

Goteo. Goteo. Goteo.

Una hoja fría me presionó la garganta.

Pataleé y arañé. Fue entonces cuando vi a mi madre. Tenía la cara manchada de sangre,

lágrimas y maquillaje. Estaba en camisón. Era pleno día. ¿Por qué estaba en camisón?

—Mamma. —Me atraganté, con cada sílaba doliéndome en la garganta. No se movió.

Sin embargo, el niño sí. Fue tras el hombre. ¿Por qué me estaba ayudando? Le disparó a mi padre y ahora quería ayudarme. ¿Por qué?

La plata centelleó en el aire.

Mi visión se oscureció. Perdí el conocimiento. Un fuerte rugido atravesó la bruma de mi cerebro. Un rugido doloroso. No era mío.

Mi cuerpo cayó sobre el frío mármol, mi cráneo golpeó la piedra y la negrura me hundió.

Benito no me mató porque un niño de doce años vino detrás y apuñaló a su padre por la espalda. Luca fue la razón por la que sobreviví ese día.

Salvó a aquella niña de cinco años hace tanto tiempo, pero destruyó a la mujer en la que me había convertido. No porque matara a mi *Da*, sino porque me mintió y me lo ocultó.

Ironía en su más puro estado.

En el gran esquema de las cosas, ni siquiera podía culparlo por el asesinato de mi padre. Era solo un niño, utilizado por un padre cruel. Pero no podía olvidar que usó a nuestra hija para pagar por sus pecados. Eso no podía perdonarlo.

Mi cuerpo, en cambio, era un problema completamente distinto. Se negaba a escuchar la advertencia. Zumbaba pensando en mi marido. Ansiaba sus manos sobre mí. El placer que siempre me proporcionaba.

Penelope se movió entre mis brazos y aparté a mi esposo de mi mente. Ojalá fuera tan fácil apartarlo de mi corazón.

Mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa al ver la cara de mi hija. Estaba tan tranquila. Se reía dormida y mi corazón palpitaba de calidez. Tenía sueños felices. Era una bebé feliz. Podía parecerse a mí, pero tenía su sonrisa.

A pesar de lo que había hecho Luca, me aseguré de que recordara a su *papà*. Había una foto enmarcada en la mesita de noche junto a su cama, cuidándola. La besaba todas las noches y todas las mañanas.

Sabía quién era su padre. Pero no *lo que* era.

CUARENTA Y SIETE

LUCA



Tardé tres días en localizar a Guido.

Tres días sin dormir.

El Mar Tirreno se extendía a kilómetros a mi alrededor, sus aguas azules y cristalinas atraían a turistas y lugareños por igual. Su belleza se me quedó corta. Podría estar en el paraíso, y no me daría cuenta. Nada me importaba. Ya nada me conmovía.

Me vestí de negro una vez más. El negro ocultaba mejor la sangre. Y ese día, habría sangre. La *sangre* de Guido.

Estaba junto a la puerta corrediza de mi despacho en el yate anclado frente a la costa de Salerno. Me picaban los dedos por empezar a luchar. Era por lo único que había llegado a vivir. Cazar a los hombres que me costaron mi vida feliz. Me habían robado mi segunda oportunidad.

Una niebla roja me nubló la vista.

Siempre ocurría lo mismo cuando pensaba en mi hija y en mi esposa. La ira rápida me ahogaba la garganta. Me asfixiaba. Desgarraba las costuras de mi cordura. Me estaba desmoronando.

Lo sabía. *Nonno* lo sabía. Cassio lo sabía.

«Por favor. Dios, por favor, devuélvemelas. No soy bueno sin ellas».

No recordaba la última vez que recé. Desde que me dejó, he rezado. Sin embargo, todas mis oraciones seguían sin respuesta.

Cassio, Luciano y Sasha, el último desgraciado de nuestro grupo en enamorarse de una mujer, se amontonaron en mi despacho. Demonios, odiaba verlos a todos. Era un recordatorio constante de lo que tuve y luego perdí.

Acabaría por quebrarme. Sabía que lo haría.

—¿Estás bien? —Cassio me miró con desconfianza.

—Estoy bien.

Mi voz era fría. Se me había dado bien ocultarlo todo. Incluso excelente. Me alisé las mangas.

—Te ves como la mierda —refunfuñó Sasha—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

No contesté. La última noche que dormí bien fue la noche antes de que mi mujer me dejara. Desde entonces, apenas lo suficiente para salir adelante.

—Según mis cálculos, han pasado tres días —respondió Cassio por mí, ignorando mi mirada asesina.

—Amigo, no puedes hacer eso —comentó Luciano, sacudiendo la cabeza—. No se puede ser agudo con falta de sueño. Cuando Grace desapareció durante esos tres años, al menos tuve que

meterme somníferos en el cuerpo y descansar un poco.

—¿Vamos a rememorar o vamos a ponernos a trabajar? —siseé molesto. No me importaban los consejos de nadie. Eso no me devolvería a mi esposa.

—Solo tenemos que encontrarla, Luca —razonó Cassio—. Por el amor de Dios, Luciano puso una pistola en la cabeza de su mujer y ella lo perdonó… Al final.

—Gracias por eso, desgraciado —protestó Luciano.

—¿Tenemos confirmación? —exigí saber, haciendo caso omiso de su parloteo.

—Sí. —Los sicilianos y otros miembros de la *Cosa Nostra* de los territorios cercanos venían. Guido se construyó una nueva organización criminal. Aparentemente, también quería tener a la mafia DiMauro bajo su nuevo dominio. Era la única razón por la que había traído refuerzos extra. De lo contrario, preferiría trabajar solo.

—La única variable es si Marchetti está apoyando a Guido —razonó Cassio—. Si lo está, toda la ayuda que estamos recibiendo se volverá contra nosotros, y tendremos más enemigos contra los que luchar para salir de este país.

—Y dicen que Italia es un país *romántico* —renegó Sasha, poniendo los ojos en blanco.



Marchetti no apoyaba a Guido. Rompimos las defensas del desgraciado sin esfuerzo. Fue casi demasiado fácil. En el momento en que lo capturamos, todos los miembros de la *Cosa Nostra* se dispersaron rápido. Demasiado rápido.

Me pareció raro, pero no le di demasiada importancia. Estaba ansioso por ponerme a trabajar con este maldito miembro de la familia.

Sasha y Luciano estaban apoyados contra la piedra del calabozo de Guido. Irónico que muriera en su propia mazmorra. En realidad, era poesía.

—Gracias a Dios —gruñó Sasha—. Este desgraciado no cerraba la maldita boca.

Luciano sonrió.

—Pensó que tenía suficiente para sobornarnos.

Eso demostraba lo estúpido e inadecuado que era Guido. Era el primo más joven de *Nonno*, pero parecía que también el más tonto. Si hubiera investigado, sabría que Luciano tenía más dinero del que gastaría en diez vidas. Y eso si vivía como un rey.

—Lástima que solo le faltaran unos pocos miles de millones —se mofó Sasha.

Guido estaba sentado en medio de la celda, atado a una silla. Se parecía a *Nonno*. Era de la familia. Hasta que dejó de serlo. La familia no te apuñalaba por la espalda.

—¡Marchetti no dejará que te salgas con la tuya! —bramó.

Tenía la edad de Marchetti, pero no era tan rico ni carismático. Era probablemente la razón por la que se había vuelto tan codicioso y tan conspirador. Tenía carencias, así que recurrió a traicionar a su familia para probarse a sí mismo.

Una sonrisa cruel y fría torció mis labios.

—No lo veo aquí.

Se burló.

—Dirige la organización. Tú solo diriges una fracción de ella.

—No obstante, mi fracción hace que Marchetti gane más dinero que todas las otras organizaciones en Italia. Le costaría perderlo por alguien como tú.

Sonriendo como el diablo, acerqué una silla y me senté frente a él. No dejaría que me venciera. Lo haría sufrir, durante mucho tiempo. Lo único que quería oír de su boca eran sus

gritos.

—¿Cómo está tu esposa? —se burló—. Apuesto a que Marchetti no se alegrará de saber que has perdido a tu hija. ¿Cómo vas a cumplir el acuerdo si no tienes una hija?

Perdí el control. Me abalancé, mi puño conectó con su cara. Una vez. Dos veces. La silla se sacudió por la fuerza del impacto y cayó hacia atrás.

Lo levanté y seguí golpeándolo. La sangre no tardó en mancharle la cara, y los labios abiertos le mancharon la barbilla de sangre. Pero disfruté haciéndolo sufrir, vertiendo toda mi rabia en su cara. Por haberme costado a *ellas*. Las dos humanas más importantes de mi vida.

Una mano se posó en mi hombro. Era la de mi hermano. Ni siquiera lo escuché entrar en la celda.

Solo entonces me di cuenta. Mi respiración agitada. El zumbido en mis oídos. El rojo estropeando mi visión. La cara de Guido estaba hinchada hasta quedar irreconocible. Su cráneo aplastado contra el suelo de piedra de la celda.

Estaba muerto. Brutalizado. Irreconocible.

—¿No es esto un espectáculo? —Una voz penetró la niebla de mi cráneo. Una voz familiar. Entonces me di cuenta.

Marchetti. *El Padrino.*

Joder, no era un buen momento para una visita.

Un ejército de hombres de Marchetti se agolpaba en la sala, dejando espacio para el *Capo dei Capi.* Dos de los hombres de Marchetti, su *consigliere* y su ejecutor, estaban a su lado con sus armas apuntándonos. Dante Leone y Giovanni Agosti.

—Ha pasado demasiado tiempo, Luca DiMauro —saludó.

Sus ojos parpadearon hacia el cuerpo inmóvil a mis pies y apenas levantó una ceja.

Sasha y Luciano estaban a mi lado, Cassio ya hacía de diplomático.

—Marchetti, no te esperábamos —aludió mi hermano.

—¿Por qué no? Estás en mi territorio.

Dios, si pudiera salirme con la mía golpeándole el cráneo, estaría encantado de hacerlo. Mirarlo era un recordatorio de mis errores.

—Has estado ocupado, DiMauro. —Era lo único que me hacía seguir—. Demasiado ocupado para venir a visitarme con tu esposa y tu hija.

Me ardían los nudillos y nuestras miradas se cruzaron. Sabía exactamente lo que estaba pasando todo el tiempo.

Sabía que no las tenía.

CUARENTA Y OCHO

MARGARET

La playa era preciosa, el agua azul cristalina y tentadora. Era el momento favorito de Penelope, chapoteando en el agua y construyendo castillos de arena. La brisa soplaba, la risa lejana viajaba hacia nosotras.

Penelope y yo nos sentábamos en la toalla, las dos con trajes de baño a juego.

—Soy tan hermosa —parloteó. Su cabello largo y rizado, oscuro como la noche, rebotaba con cada movimiento. Me miraba con ojos tan azules como el mar que teníamos al lado, brillando de felicidad mientras observaba el mundo. Era una niña feliz y muy sociable, a pesar de nuestra vida recluida.

No pude evitar una sonrisa de orgullo.

—Eres muy hermosa —coincidí—. La princesa más bella del mundo.

Sus ojos recorrieron la playa vacía. Había algunos lugareños dispersos, aprovechando el cálido sol de septiembre.

—No amigos. —Cruzó las manos sobre el pecho, ligeramente decepcionada.

—Seré tu amiga —afirmé—. La mayoría de los niños volvieron a la escuela. Solo quedamos tú y yo, princesa. ¿Qué te parece? ¿Quieres construir un castillo?

Asintió con la cabeza, saqué protector solar del bolso y se lo apliqué. Soltó una risita cuando le hice cosquillas mientras se lo frotaba. Luego hizo lo mismo en mi espalda. Aunque cuando terminó, tenía más crema solar que piel.

Entonces, ignorando el mundo y todos los problemas, nos centramos en construir un castillo de cuento de hadas. Trabajamos duro en él mientras el sonido de las olas bañaba la costa con un ritmo suave y relajante. Lo único que lo interrumpía eran las gaviotas, e incluso ellas cantaban al son del mar.

El sol calentaba nuestra piel. El aroma de la sal nos llenaba los pulmones. La satisfacción nos calentó el corazón.

Dos breves toquidos interrumpieron nuestra concentración. Ambas levantamos la cabeza y descubrimos un yate que pasaba junto a un pequeño pesquero a su derecha. Fruncí el ceño. No era habitual ver un barco tan grande cerca de la costa.

Colocándome la mano sobre los ojos para usarla como visera improvisada, observé el gigantesco yate de treinta metros que se deslizaba lentamente sobre el agua, con una figura solitaria en la cubierta superior. Era una cubierta dividida y, por lo que parecía, con todas las comodidades.

Un mal presentimiento rodó por mi espalda. El hombre nos observaba a través de unos binoculares, pero estaba demasiado lejos para distinguir sus rasgos. Pero era inconfundible, nos

estaba observando.

La brisa soplaba con augurio y miedo.

El sentimiento crecía a cada segundo, la angustia llenaba mi corazón. Mis ojos se desviaron hacia el nombre del barco. *Vendetta.*

No necesité el traductor de Google para entender lo que significaba. *Venganza.*

—Es una coincidencia —murmuré en voz baja, mientras el corazón me latía tan fuerte que estaba segura de que me partiría las costillas—. Nada más. Una estúpida coincidencia. Es un nombre común para un barco, e Italia está justo al otro lado del mar.

—*Mamma.* —La voz de Penelope volvió a centrar mi atención en nuestra tarea. Me observaba con las cejas fruncidas.

—Sigamos construyendo —dije con una sonrisa forzada. Y, mientras tanto, el miedo se agolpaba en la boca de mi estómago.

Una sombra oscura se cernió sobre nuestra obra de arte. Tanto mi hija como yo levantamos la cara y mi corazón se paralizó.

—*¡Nonno!* —Me puse en pie de un salto, con los latidos de mi corazón reanudándose en un tamborileo salvaje. Mis ojos parpadearon hacia dos hombres detrás de él, guardias que no había reconocido—. ¿Qué haces aquí?

Parecía cansado, aunque saludable. Llevaba un sombrero de ala ancha y un traje antiguo con tirantes. Tenía el mismo aspecto, aunque más pálido de lo que recordaba. Más enfermizo. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de aviador, por lo que me resultaba difícil leer su expresión.

Quería abrazarlo, decirle cuánto lo extrañé. Disculparme. No lo sabía. En lugar de eso, me quedé quieta, esperando.

—Esperaba más entusiasmo. —Sonrió.

«Yo también», quería contestar, no obstante, me quedé callada. Me temblaba el pulso mientras esperaba que dijera algo más. Que se enfadara. Que me odiara. Cualquier cosa. En lugar de eso, permaneció en silencio, observándome tras aquellas gafas que lo ocultaban de mí.

—¿Viniste en ese megayate italiano? —pregunté en su lugar.

Se quitó las gafas y nuestras miradas se cruzaron.

—Lo hice, *Bella.* —Me dolió el corazón al oír la palabra que mi marido siempre usaba conmigo—. Luca está en problemas y eres la única que puede salvarle la vida.

CUARENTA Y NUEVE

MARGARET

Luca llevaba dos días cautivo por Marchetti.

No solo tenía como rehén a Luca, sino también a Cassio, Luciano y Sasha. Si los hermanos Nikolaev se enteraban de esto, *Nonno* temía que se convirtiera en una guerra sangrienta. Si me negaba a ceder a las demandas de Marchetti, no terminaría bien para nadie. Incluyendo a mi hija.

Al parecer, Marchetti esperaba que encontrara dónde había escondido a Luca y que fuera a verlo, junto con mi hija.

Era una trampa. Tenía que serlo. Sin embargo, como un cordero dispuesto al matadero fui en busca de mi esposo.

Cuando le pregunté a *Nonno* cómo me había encontrado, me dijo que Marchetti sabía desde el principio dónde estaba. No me había perdido ni un segundo. Fue el yate de Marchetti el que lo trajo hasta nosotras en la isla croata. Marchetti escondió todo rastro mío y de Penelope mientras nos vigilaba, esperando el momento oportuno para atacar.

Bueno, no atacó exactamente. Todo el tiempo, Marchetti estaba esperando su momento. Enredándonos hasta que finalmente se encontró cara a cara con Luca. Ciertamente sabía cómo jugar este juego.

Después de que *Nonno* me encontrara y me contara lo sucedido, me puso en contacto con el hombre que sabía adónde llevaba Marchetti a los hombres para torturarlos. Ni siquiera *Nonno* tenía esa información.

Así que ahora, rescatar a Cassio, Luciano, Sasha y, lo más importante, a mi esposo, recaía sobre mis hombros. Se sentía como una maldita trampa.

—¿Esta es la casa de seguridad? —inquirí incrédula mientras ponía comillas en el aire alrededor de la palabra *casa de seguridad*.

El contacto de *Nonno* asintió. El edificio de ladrillo gris parecía haber resistido la Primera y la Segunda Guerra Mundial. ¡Y el nombre! Que nombre para una casa de tortura. Debería plantearse cambiarle el nombre por el del cuarto de las mazmorras.

—¿Vas a estar bien? —indagó. Acababa de conocerlo, pero parecía preocupado por mi plan.

—Sí, mis hermanos me ayudarán —aseguré, mientras el miedo me aplastaba la tráquea. En cuanto supe que estaba en un aprieto, llamé a mis hermanos, que lo dejaron todo para venir al rescate.

—Bien.

Le lancé una última mirada. Lo llamaban el *Príncipe Amargado*. El hijo ilegítimo del Don Italiano. En mi opinión, era el mejor hijo. Estaba más cuerdo que su hermano, que estaba en

línea para heredar el negocio familiar.

El *Príncipe Amargado* nos ayudaría y la familia DiMauro le ayudaría cuando llegara el momento preciso.

Dios, era hermoso. Podía ver por qué las mujeres se enamoraban de él. Un metro ochenta de músculos vestidos con *jeans* oscuros y una camisa blanca de botones que contrastaba con su piel. Esos pómulos altos. Cabello grueso y castaño. Ojos oscuros como la noche.

No parecía italiano, pero tenía tanta sangre italiana como mi hija. Su aspecto era una combinación de la ascendencia italiana de su padre y la herencia asiática de su madre. Su exótico aspecto físico procedía de su madre. Algunos pensaban que no tenía suficiente italiano en él para hacerlo digno mientras que otros pensaban que su aspecto físico era una desventaja, idiotas, pero no estaba de acuerdo. Era guapísimo y tenía un carisma fuera de serie. En mi opinión, sería mucho mejor heredero de la mafia de su padre que cualquier otro.

Me miró de reojo, atrayendo mis ojos a los suyos.

—Asegúrate de mantener tu palabra.

Asentí con la cabeza.

—Si salimos vivos de esta, todos los cargamentos de mi marido a la Costa Oeste pasarán por tus puertos —prometí. Esperaba que le ayudara a conseguir lo que quería—. Además, *Nonno* me pidió que te diera un mensaje. —Esperó a que continuara—: Cuando estés listo para tomar el mando y necesites ayuda, la familia DiMauro te apoyará.

Asintió y luego su mirada se desvió hacia la ventanilla del vehículo, donde Penelope dormía en su asiento, ajena a lo que estaba a punto de ocurrir. Confiaba en *Nonno*, pero no podía soportar dejarla con él. Además, Marchetti me indicó que quería vernos a Penelope y a mí. Si mi misión de rescate salía mal, la necesitaba cerca.

—Buena suerte, Margaret DiMauro.

Desapareció en la noche sin mirar atrás.

El zumbido del motor del coche calmó mis nervios. Saqué mi teléfono y envié la dirección a Aiden. Necesitaría la ayuda de mi hermano para sobrevivir a esto.

—Solo aguanta, Luca —musité—. Por tu hija.

Porque sabía que no aguantaría por mí.

CINCUENTA

LUCA



Marchetti contenía sus golpes.

No es que importara. Estaría muerto al final de todos modos.

Las maldiciones rusas de Sasha y las italianas de Cassio y Luciano resonaban en el oscuro sótano. Llevábamos aquí dos... no, tres días. Me sorprendió que los hermanos Nikolaev no hubieran atacado y bombardeado todo el país. Ni los amigos de Grace y su marido, ni los socios de Cassio estarían muy lejos siguiéndolos.

Como no había pasado nada, excepto que Marchetti jugaba juegos mentales conmigo, probablemente significaba que aún no sabían que Sasha había sido capturado.

—¿De verdad pensaste que era prudente mentirme? —preguntó Marchetti con voz fría—. Primero sobre el engaño y luego haciéndome creer que por fin habría una unión de la línea DiMauro y Marchetti.

Me encogí de hombros.

—Sinceramente, te concentras en las cosas equivocadas. —Cuando ladeó la ceja, continué—: Tienes que preocuparte por tu hospitalidad. —El desgraciado llevaba ropa blanca para esta paliza —. Y tu bonito traje está arruinado. Lavar la sangre es una perra.

—Tal vez quiero que tus amigos de la celda de al lado vean el daño que he hecho al pasar junto a ellos.

—*Awww*, ¿no somos un poco mayores para presumir?

Se negó a ser provocado. Por supuesto, ¿por qué demonios iba a importarle? No tenía nada que demostrar. Mis ojos parpadearon detrás de él, hacia sus hombres. Dante Leone y Giovanni Agosti, sus dos constantes.

Marchetti, Leone, Agosti, Romero y DiMauro: los cinco apellidos más importantes del bajo mundo, del imperio caído. Los jefes de esas familias eran conocidos como reyes.

—¿Vas a darles su turno? —incité, haciendo un gesto detrás de él hacia donde los dos hombres estaban apoyados contra la pared—. Ya sabes, para variar.

Marchetti se rio entre dientes.

—Siempre fuiste un hijo de puta testarudo.

—Gracias. Lo tomaré como un cumplido.

La sangre me corría por la ceja y me nublaba la vista. Jesucristo, el tipo apenas empezó a trabajar en mí. No podía desmayarme. Todavía no. Debería haber dormido más antes de ir tras Guido. En vez de eso, insistí en permanecer despierto durante días.

¡Maldición! La retrospectiva era una mierda.

Debería haberlo planeado mejor. O al menos haberme echado una siesta.

—Sabes, Marchetti. No soy presumido, pero tendría que decir que mis calabozos son mucho mejores. Más oscuros y aterradores. Más medievales. Este solo está bien.

Podía oír las maldiciones rusas de Sasha desde la celda de al lado.

—Luca, cierra la maldita boca.

Me reí entre dientes.

—Eso viniendo de un tipo que se burló de su cuñado en la iglesia mientras secuestraba a la novia.

—Marchetti, ¿por qué no empiezas con nosotros? —Luciano intentó llamar su atención—. Me siento poco querido.

—Mis problemas no son contigo —replicó Marchetti, sin morder el anzuelo—. Esto es entre Luca y yo.

—Y si lo matas, esto quedará entre todos mis amigos, tú y yo —siseó Cassio, siempre el hermano mayor protector.

Mis captores lo ignoraron. Tenían la ventaja y lo sabían.

—Es una pena que no discutieras con tu esposa el futuro de nuestros hijos —señaló Marchetti como si no se oyeran gruñidos molestos procedentes de la celda de al lado—. Sin embargo, puedes estar seguro de que el matrimonio se producirá antes de mi último aliento. Con los padres de la pequeña Penelope vivos o muertos.

Me sacudí contra las ataduras, la furia bombeando lentamente por mis venas y quemando cada célula de mi cuerpo.

—Si tocas a Margaret...

La frase inconclusa y la amenaza quedaron suspendidas en el aire cuando su puño conectó con mi mandíbula. Mi vista se llenó de estrellas y detrás de los párpados estallaron fuegos artificiales.

—Si quisiera hacerles daño, estarían muertas —advirtió Marchetti—. He sabido dónde estaban todo el tiempo, Luca DiMauro. ¿Por qué crees que tú y tus amigos no pudieron encontrarlas?

Rugí, dejando salir todos los meses y años de ira, frustración, amargura y miedo. Casi tres años de tortura. Casi tres años de ira, sustituida por el miedo a que tal vez, solo tal vez, mi mujer y mi hija hubieran sido asesinadas. Nadie desaparecía con tanta eficacia, y menos una mujer que no tenía experiencia en desaparecer.

—¡Voy a acabar contigo! —amenacé con voz ronca—. Aunque sea lo último que haga, voy a hacerte pedazos. ¡Mi hija nunca se casará con tu hijo!

Su pistola en la nuca me sumergió en la oscuridad.

CINCUENTA Y UNO

MARGARET

Había empacado una bolsa y algunas cosas que a Penelope siempre le gustaba llevar consigo. También llevaba conmigo un arma y algunos otros objetos necesarios por si las cosas se ponían mal.

«Están destinadas a salir mal», susurró mi razón.

Pero sabía que mis opciones eran limitadas. De hecho, inexistentes. Marchetti sabía dónde estaba, tanto si no hacía nada como si elegía salvar a mi esposo. Así que salvar a mi marido estaba definitivamente en mi agenda.

Me salvó. Ahora, yo lo salvaría.

Llevaba una pistola enfundada en el pecho, bajo el impermeable. Parecía que en algún momento de los últimos tres años se había curado mi aversión a los cuchillos. Todo lo que tenía que hacer era enfrentarme a mis recuerdos y a lo que ocurrió aquel día en que murió mi padre. El resto era historia.

Un cuchillo en la parte trasera del pantalón y otro en la funda que llevaba alrededor de la pantorrilla, metido dentro de las botas. Llevaba *jeans* y eso ocultaba bien mis armas. También llevaba dos jeringas, una con adrenalina y otra con un sedante, en los bolsillos. Realmente esperaba no tener que usarlas.

Hacía casi tres años que no veía a Luca. Casi tres años desde que había visto a su hija.

La culpa me atravesó, pero la alejé.

Había imaginado un millón de escenarios de reencuentro con mi esposo. Este nunca fue uno de ellos. Rescatarlo de Marchetti. El hombre al que le prometió nuestra hija.

Volví a la SUV que había alquilado para asegurarme de que había espacio suficiente para todos, y di la vuelta a la manzana. En Roma, eso me llevó más tiempo de lo normal. Quince minutos más tarde, por fin llegué a la casa de seguridad. Corrección, *casa de tortura*. No había nada seguro en aquel lugar.

Puse la calefacción para asegurarme de que el coche estuviera caliente para mi bebé antes de salir. Aiden me esperaba entre las sombras. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, me invadieron las emociones.

—Hermano. —Me atraganté, apenas pudiendo pronunciar la palabra.

Me estrechó en un abrazo y aquella colonia familiar abrumó todos mis sentidos.

—Mi hermanita. —Su voz tenía una nota áspera, la desesperación evidente en ella—. Casi tres años. Me he preocupado por ti cada día, hermana.

—Lo sé —asentí en tono ronco. Y todo fue en vano porque de los únicos que me escondí fue

de mi familia—. Gracias por ayudarme.

—Siempre —contestó con voz áspera—. Siempre estaremos aquí para ti.

Lo apreté con fuerza, mi cara en su pecho, incapaz de encontrar palabras. Se me hizo un nudo en la garganta. Tres años de soledad me alcanzaron. Tenía a mi bebé conmigo, pero mis hermanos también eran familia.

—Nos sentimos menospreciados. —Una voz familiar vino de detrás de mí y me aparté—. Hola, hermanita.

Encontré a Tyran y Kyran mirándome con idénticos ceños fruncidos y preocupados.

Suspiré.

—¿Casi tres años y ningún beso?

Tyran me rodeó los hombros con un brazo y Kyran hizo lo mismo. Gemí suavemente.

—Me están asfixiando —me quejé.

—No podemos evitarlo. Eres nuestra hermanita.

Las emociones espesas me tragaban, haciendo más difícil respirar y pensar. No obstante, ahora necesitaba tener la cabeza despejada. *Nonno* me advirtió que Marchetti podría necesitar que le confirmara el acuerdo al que había llegado Luca con él para salvarme la vida cuando me adentré tan despistadamente en el país que estaba en contra de los Callahan.

En retrospectiva.

La mirada que me dirigió *Nonno* cuando lo dejé fue como si me clavara un cuchillo en el corazón. No me preguntó qué haría. No me preguntó si reforzaría el acuerdo de matrimonio de mi hija con el hijo de Marchetti.

Creo que temía la respuesta.

No teníamos tiempo para el pasado, ni para reflexionar sobre lo que pudo haber sido. Salvaría a Luca, y luego pensaría qué hacer a partir de ahí.

—¿Y quién se quedará a cuidar a su sobrina favorita? —inquirí, volviendo la vista hacia mi hija, quien seguía durmiendo profundamente con una pequeña sonrisa en los labios. Sus rizos oscuros caían en cascada por su cara, tapándole un lado.

Mis hermanos siguieron mi mirada y al instante sus expresiones se suavizaron.

—*Ugh*, luchar contra los italianos o vigilar a nuestra sobrina. Es una decisión difícil —declaró Kyran, sonriendo. No hacía falta ser un genio para saber qué elegiría.

Tyran le dio un puñetazo en el hombro.

—No es algo que se tenga que pensar. —Los gemelos compartieron una mirada y sonrieron —. Nos encargaremos de la sobrina. —Luego, como si no pudiera resistirse, lanzó una mirada a Aiden—. A nuestro hermano mayor le dan miedo los pañales.

Aiden le entrecerró los ojos.

—Ya no usa pañales, tú...

No se le ocurrió la palabra adecuada para Tyran, así que se limitó a gruñir y a sacudir la cabeza, como si intentara convencerse de que no merecía la pena enfadarse por culpa de los dos.

Así que Aiden se puso en modo líder.

—Bien, ustedes dos mantengan a salvo a nuestra sobrina. A toda costa. —Se volvió hacia mí —. Tú y yo sacaremos a tu marido. —Asentí. Sus ojos se entrecerraron en mí—. Y luego, nos iremos a casa. No más escondites, hermana.

Afirmé con un movimiento de la cabeza.

Tyran se deslizó en el asiento trasero, sentándose junto a la pequeña Penelope mientras Kyran se sentaba al volante, dispuesto a sacarnos de aquí. No me preocupaba que mi hija se despertara con sus caras. Había compartido sus fotos con ella. Se las sabía de memoria.

Aunque la realidad era muy distinta a las fotos. No podía llevarla conmigo, así que esto era lo mejor.

Aiden me condujo al interior, pero antes de entrar, le jalé la manga.

—¿No nos atacarán en cuanto entremos?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Despejé todo el primer y segundo piso.

—¿Cómo conseguiste acceso? —susurré.

Sonrió.

—Soy bueno con las mujeres —alegó, lo que por supuesto no era ninguna respuesta.

—No quiero saberlo —murmuré—. Te lo juro, Aiden, algunas cosas nunca cambian.

Dejó escapar una suave risita.

—Es bueno tenerte de vuelta, hermana.

—A ti también. —Mis ojos buscaron en el área principal—. Ahora, vamos a recuperar a mi esposo.

Avanzamos lenta y cautelosamente por el primer piso. El suelo de roble oscuro crujía a cada paso, haciendo que el corazón me retumbara desbocado en el pecho. Dejarse atrapar no era una opción. Pasamos por delante de una sala de estar con alfombra verde lima y sillas feas. Cadáveres amontonados en un rincón y sacudí la cabeza.

—¿Tu culpa? —interrogué.

Aiden parecía sin remordimientos. No es que pensara que estaba equivocado, pero al menos intenté mantener mi cuenta de asesinatos en los dígitos bajos.

Sacudí la cabeza. A continuación, pasamos por una sala de seguridad. Vacía, un guardia desplomado con una bala en la sien. Mis ojos se fijaron en la pantalla. Mostraba a Luca. Atado a la silla, con la cabeza agachada. La sangre se acumulaba a su alrededor, en el suelo. No tenía buen aspecto.

—¿Sigue vivo? —pregunté con voz ronca, con el corazón retorciéndose en mi pecho. Había tres hombres allí, probablemente hombres que trabajaban para Marchetti. Por supuesto, ninguno de ellos era él. Nunca creí que Marchetti torturara por su cuenta, pero algo me decía que tenía estómago para ello. Apostaría mi vida en ello.

Aiden siguió mi mirada.

—Sí. Es un desgraciado duro.

Levanté los ojos para encontrarme con la mirada de mi hermano. Fue en ese momento cuando vi que se extendían sombras oscuras bajo sus ojos. Conocía bien a mi hermano. En cuanto me puse en contacto con él, probablemente exploró toda la ciudad y conoció la agenda de Marchetti al segundo.

—Aiden. —Empecé, manteniendo la voz baja.

—*¿Eh?*

—Gracias —solté—. A los tres.

Los labios de Aiden se curvaron y su expresión se suavizó.

—Eres de la familia. Siempre serás de la familia, hermanita. Tanto tú como mi sobrina. Independientemente del apellido que lleven.

Tragué saliva, agradecida por mis hermanos. Tenía más suerte que muchas otras chicas de nuestro estilo de vida. La mayoría de los hombres del bajo mundo veían a las mujeres como un medio para utilizarlas como aliadas o distracción. Mis hermanos siempre me habían protegido y cuidado.

Entramos en el sótano. El olor a sangre y moho permanecía en el aire. Las luces tenues

apenas iluminaban el camino, aunque la mayoría de la gente que deambulaba por aquel lugar probablemente sabía orientarse hasta con los ojos vendados.

Me asomé por una puerta y se me escapó un pequeño grito ahogado. Cassio, Luciano y Sasha estaban tumbados en una pequeña cama de metal completamente vestidos, con los pies cruzados y los brazos detrás de la cabeza.

—*Psst.* —El suave sonido era apenas un susurro.

Los tres pares de ojos se posaron al instante en la puerta. El alivio inundó la expresión de Cassio. Exasperación en la de Sasha. Y agotamiento en la de Luciano.

Los tres se pusieron en pie de un salto.

—Demonios, esperaba que no aparecieras —susurró Sasha—. Bombardear este lugar con mis hermanos sería muy divertido.

—No le hagas caso —comentó en voz baja Cassio—. Está loco.

—Mujer, sácanos de aquí —refunfuñó Luciano por lo bajo—. Mi esposa probablemente me echa de menos. Sé que la estoy extrañando.

—Ya te gustaría que tu mujer te echara de menos —se burló Aiden, y luego se arrodilló, con la cara paralela a la cerradura—. Probablemente se sienta aliviada de ser viuda. —Luciano gruñó, pero antes de que pudiera decir nada más, Aiden lo detuvo—. Ahora cállense todos para que pueda concentrarme en forzar esta antigua cerradura.

Tardó menos de un minuto. En cuanto se abrió la puerta, Cassio me abrazó.

—Gracias, Margaret. Sé que soy la última persona a la que quieres salvar. Nosotros...

Lo detuve.

—Ahórratelo. Nada de eso importa. Agarremos a Luca y larguémonos de aquí.

Me hizo un gesto seco con la cabeza. Al menos ahora éramos más.

Todos nos trasladamos a la última celda del pasillo. Nos quedamos junto a la última puerta, con gruñidos y palabras agudas en el aire.

—Entraré primero —susurró Aiden débilmente. Cassio parecía querer protestar, pero Aiden lo detuvo, con la palma de la mano hacia él—. Han estado encerrados durante días. Soy nuestra mejor opción.

—Quisieras —protestó Sasha débilmente.

—Ignóralo —sugerí—. Tenemos que agarrar a Luca y largarnos de aquí antes de que aparezca Marchetti. Podrán hacer una competencia de testosterona en otro momento.

Aiden le dio su pistola de repuesto a Cassio, le di la mía a Sasha y luego le entregué mi cuchillo a Luciano.

—No soy buena con los cuchillos —comenté.

—No me digas —replicó con ironía—. Ustedes mujeres van persiguiendo su libertad y vuelven expertas en robar y matar.

Lo miré sin comprender.

—Está hablando de otra persona —murmuró Cassio—. Ahora, todos, manténganse concentrados.

Todos, armados de alguna manera, compartimos una mirada. Con un movimiento brusco de cabeza de Aiden, su bota salió volando y abrió la puerta de una patada. Eficientemente, como si lo hubieran practicado millones de veces, los hombres se movieron en sincronía, matando a los guardias de la sala a los que tomaron desprevenidos. Lo mejor que podía hacer era quedarme atrás y dejar que hicieran lo suyo. Áine y yo estábamos acostumbradas a luchar juntas, sin embargo, con estos hombres, solo sería un estorbo.

Mis ojos se posaron en Luca, mientras mi hermano eliminaba a los hombres de Marchetti con

una pistola, su silenciador hacía que todo pareciera una pantomima. Gruñidos provocados por Luciano apuñalando a otro, luego rompiéndole el cuello para mantenerlo en silencio. Un hombre cayó al suelo. El otro cayó de espaldas. El tercer hombre se arrodilló, con la cara aplastada contra el muro de concreto. Tan apropiado que moriría con la cara bañada en la sangre de Luca.

Una vez eliminados todos, entré en la habitación.

Mis ojos recorrieron el cuerpo desnudo de mi marido. Llevaba puesto un bóxer negro y tenía los brazos y las piernas atadas. Magulladuras y cortes cubrían casi cada centímetro de su cuerpo. Se me estrujó el corazón al verlo así.

Había una mesa en la esquina derecha, llena de herramientas de uso industrial. Algunas aún tenían manchas de sangre. Luca abrió los ojos. Aquellos ojos con los que había soñado durante los últimos tres años se encontraron con los míos. Me robaron el aliento.

«Supongo que algunas cosas nunca cambian», pensé.

Una oscura sonrisa torció la boca de Luca. Una emoción que nunca había visto en su mirada me retorció el estómago. Era desprecio. Decepción.

—Hola, esposa. —Sus palabras salieron a través de una tos áspera. Luca me miró en silencio mientras sus ojos se deslizaban por mi cuerpo hasta mi mano que aún sostenía una pistola—. ¿Has venido a matarme?

Algo en su acusación me atravesó el corazón. Pero ¿qué esperaba? Lo abandoné. Hacía casi tres largos años.

Caí de rodillas frente a él, sobre el suelo pegajoso, con los *jeans* empapados en su sangre. Sus ojos volvieron a mirarme a la cara, observándome con esa forma inquisitiva que había llegado a identificar desde el momento en que nos conocimos. La misma curiosidad que veía en los ojos de mi hija todos los días.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó.

—Está a salvo —respondí.

—Me la robaste. —La acusación en su voz, incluso en su maltrecho estado, era abrumadora —. Me robaste a mi hija, Margaret. Tres malditos años.

—¡La vendiste, demonios! —reproché, manteniendo la voz baja.

—Tres años. —Dios, la mirada que me echó casi me rompió el corazón—. Sin saber si mi hija estaba viva o muerta. ¿Sabes lo que se siente?

Me incliné sobre él y empecé a trabajar en la cuerda. No había palabras que pudieran mejorar la situación. Temía por nuestra hija por una promesa que le hizo a un extraño. Todo nos condujo hasta aquí.

—Tendrán que resolverlo más tarde —siseó Cassio—. Ahora no es el momento.

—Debería haber sabido que sus hermanos lo sabían desde el principio —acusó Luca, fulminando con la mirada a Aiden. Mi esposo no debía de estar herido de muerte si aún tenía fuerzas para echar culpas y fulminar con la mirada a mi hermano.

—No sabíamos dónde estaban —espetó mi hermano mientras Luca se ponía rígido—. Joder, no perderé un solo minuto discutiendo sobre ello. Han vuelto. Ustedes solucionen su mierda. Si no es por ustedes, será por mi sobrina. Si me pierdo otro día de su vida, los mataré a los dos yo mismo.

Dirigí la mirada hacia mi hermano.

—Vaya, gracias —refunfuñé secamente.

—El matrimonio, es un asunto *glorioso* —siseó Luciano—. Me gustaría volver al mío. Llevo días sin mi familia.

—Sáquenme de este maldito lugar —gruñó Luca, ignorándolos a todos—. Quiero ver a mi

hija.

—¿Qué tan mal herido estás? —inquirí, mirándolo mientras le cortaba las cuerdas—. ¿Puedes caminar fuera de aquí?

—No estoy tan mal. —Tenía la voz ronca y la mano temblorosa. Se me hizo un nudo en la garganta y me temblaron los dedos al meter la mano en mi bolsillo. Saqué la jeringa.

—Es adrenalina —informé suavemente mientras lo apuntaba a su muslo—. Te impulsará hasta que lleguemos a casa de *Nonno*.

Ignoré los ojos de Aiden, clavados en mi nuca. Supuso que volvería a New York. Esa no era una opción. Traería guerra y pondría a todos a nuestro alrededor en la mira.

Luca asintió, y cuando dudé, se limitó a decir con voz áspera.

—Hazlo.

Lo inyecté y al instante se estremeció. Cuando su mirada se encontró con la mía, sus pupilas estaban dilatadas y el color avellana de sus ojos había desaparecido casi por completo.

—Larguémonos de aquí —expresó Sasha.

A continuación, trabajé en liberar sus tobillos con la ayuda de Cassio. Tomó mi cuchillo, metió la hoja bajo la cuerda y la cortó cuando oí el crujido de la puerta. Me puse en pie de un salto, bloqueando a Luca con mi cuerpo.

La adrenalina tuvo que ser la decisión correcta, porque se levantó, alto y fuerte, como un dios de la venganza cubierto de sangre. Pero sabía que era una percepción. Estaba cansado. Necesitábamos salir de aquí rápido.

—*Ah*, señora DiMauro. Bienvenida. —Marchetti entró en la espantosa habitación como si acabara de salir de la pasarela con su costoso traje, las manos metidas en los bolsillos mientras dos hombres lo seguían con pistolas apuntándonos—. Me preguntaba cuándo haría su aparición.

Se detuvo a medio metro de mí.

—¡Aléjate de ella, joder! —reviró Luca al mismo tiempo que Aiden maldecía en gaélico, Sasha en ruso y el resto en italiano. Era un asunto internacional.

—Toca a mi hermana y será lo último que hagas, maldito italiano.

Maravilloso, ya estábamos insultándonos. Por supuesto, era debatible decirle a Aiden que acababa de salvar a Luca, que resultaba ser también italiano.

Todos los hombres intentaron empujarnos a Luca y a mí detrás de ellos formando un muro.

—¡Basta, ustedes cuatro! —exclamé—. No pueden arreglar esto por nosotros.

—Déjame matarlo. —Sasha parecía cargado de adrenalina, y ni siquiera le habían puesto la inyección a él. Tal vez estaba inflado con el gen psicótico Nikolaev. Después de todo, sus formas desquiciadas eran mundialmente famosas.

Marchetti no parecía preocupado, sus ojos fijos en Luca y en mí.

Mis dedos se enroscaron alrededor del arma, apenas en el gatillo.

—Yo en tu lugar, no lo haría —advirtió Marchetti, con su acento italiano como única advertencia de que no estaba tan tranquilo e impasible—. No me gustaría decirle a tu hija que he tenido que matar a sus padres cuando se case con mi hijo. Tus hermanos y ella están rodeados afuera.

Nuestros ojos se clavaron. Quité el seguro de la pistola.

—No puedes tenerla —anuncié—. Está mal obligar a nuestros hijos a casarse. O a pagar por los pecados de sus padres. Ellos... —Me tragué un nudo en la garganta—. Se merecen más que eso.

Marchetti me miró con curiosidad.

—¿Así que te escapaste porque tu marido y yo llegamos a un acuerdo sobre nuestros hijos?

Antes de que pudiera responder, Luca lo hizo.

—Nuestros problemas matrimoniales no son de tu incumbencia, Marchetti. —Luca escupió al suelo y se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano—. Por cierto, tus habilidades como consejero matrimonial son de la mierda.

Marchetti levantó la comisura de sus labios. Me alegraba saber que lo divertíamos.

—Escucha, voy a llevar a mi hermana y a su esposo a casa —intervino Aiden, con su arma apuntando a Marchetti—. Este matrimonio concertado entre sus hijos puede discutirse durante los próximos veinte años. Penelope tiene dos años, por el amor de Dios. No es que esté preparada para casarse con nadie a corto plazo.

—A no ser que estos viejos de mierda prefieran enviar a sus hijos a la iglesia a casarse en vez de a un parque infantil a jugar —se mofó Sasha.

—No lo pondría más allá de ellos —gruñó Aiden—. Tan viejo y jodido como es este lugar.

Los ojos de Marchetti permanecieron afianzados en mí, sin siquiera molestarse en reconocer a mi hermano ni a los otros hombres. Sus ojos persistían concentrados en mí. Había algo que quería. Mi instinto me decía que la única manera de salir de aquí era dárselo. O causaría la muerte de mi esposo, de sus amigos, de mi hermano, posiblemente de otros, y la mía...

—Última oportunidad, señora DiMauro. Dígame la verdad sobre ¿por qué desapareció y por qué su esposo, su familia y sus amigos fingieron que nunca se fue?

El pavor llenó mis pulmones. El miedo me recorría las venas. El futuro parecía más oscuro que nunca.

—Quieres a Penelope muerta por lo que ha hecho la familia de Luca —dije con voz ronca. La acusación era inequívoca—. Por el engaño. Te importa una mierda el arreglo de la boda.

El rostro de Marchetti seguía siendo una máscara inmóvil, pero sus ojos parpadearon con algo oscuro. Algo peligroso. Y el corazón se me aceleró tanto que temí que me diera un infarto si no me calmaba.

—Elabora.

Una palabra. Una demanda. Un error.

Sabía sin lugar a dudas que Marchetti no sabía que Benito le había tendido una trampa hasta que acabé de pronunciar aquellas palabras. Mi mirada se desvió lentamente hacia mi esposo y luego hacia mi hermano. Aiden estaba igual de confuso. Luca no lo estaba.

Mi marido se tambaleó hasta colocarse frente a mí, impidiendo que me viera. Aunque no sería difícil llegar hasta mí. Aun así, su intento de protección me conmovió. Quizás aún le importaba.

—Marchetti, tu ira es conmigo —interrumpió Luca, con la voz ronca—. No con mi mujer. No con mi hija.

—A menos que quieras que mueran tu mujer, tu hermano, tus amigos y tus cuñados, dejarás hablar a tu esposa. —La voz de Marchetti parecía un látigo frío. Luca no lo soportaría.

—Y tendrás cuidado con lo que dices —advirtió Luca—. Nadie amenaza a mi familia y amigos.

Mi hermano fue el que finalmente intervino.

—Solo tardaste tres años en llamarme familia —señaló Aiden, entrecerrando los ojos hacia mi marido—. Teniendo en cuenta que desapareció durante tres años, sin decir una palabra a nadie, a mí también me gustaría saber qué demonios está pasando.

Tragué saliva y miré a los dos hombres. De repente, no estaba segura de quién mataría a quién. ¿Sería Marchetti? ¿Sería mi hermano? No se suponía que fuera así. Era un rescate. Entrar y largarse.

Marchetti sacó su propia pistola y me apuntó al cráneo. De alguna manera, sabía que este hombre no fallaba. Si me quisiera muerta, ya lo estaría. Si quería a mi hija muerta, ya lo estaría. Dios mío, Tyran y Kyran, Penelope. Tal vez ya estaban heridos, esperándonos.

Armándome de valor, esquivé a Luca y me encontré con la oscura mirada de Marchetti.

—Aiden, dame tu palabra de que no harás nada imprudente —pedí, sin apartarme del peligro inmediato—. Especialmente hacia mi esposo.

Siguió un silencio tenso. Esto era malo. De repente, supe que sería malo.

—Aiden —le supliqué.

—Lo prometo.

Inspiré hondo y solté el aire lentamente. No quería decírselo a mi hermano. No quería separar a nuestra familia más de lo que ya estaba.

—Cuando tenía cinco años, mi padre y yo volvimos temprano a casa de una excursión. —Empecé, con voz temblorosa—. Demasiado temprano. Para encontrar a mi madre con su... —Se me cortó la voz y tuve que tragarme un nudo en la garganta—. Con su amante, Benito King. *Da* me ordenó que saliera, pero me quedé. —Podía sentir los ojos de Aiden sobre mí, preguntándose cuál era mi punto de vista—. Benito tenía a su hijo como vigía —susurré—. Un niño con una pistola. Ese chico le disparó a mi papá, y su padre se lo achacó a tu familia.

La mirada de traición en el rostro de Aiden me partió por la mitad. Los fantasmas y los secretos ya no llamaban a nuestra puerta. Estaban presentes, llenando cada rincón de esta habitación oscura y lúgubre.

—Todo este maldito tiempo —siseó Aiden, rompiendo el silencio—. Nunca dijiste una maldita cosa. —La mano de mi hermano rodeó la garganta de Luca, no obstante, mi esposo se negó a caer sin luchar—. Y te casaste con él.

Olvidando la forma inmóvil de Marchetti, empujé mi cuerpo entre mi hermano y mi marido.

—Para, Aiden. ¡Para!

—¿Cómo has podido? —El dolor en el tono de Aiden se sentía como cuchillos tallando en mi pecho.

—Recordé a *Da* recibiendo disparos en *flashbacks* inconclusos cuando conocí a Luca. Al principio, pensé que fue Benito quien le disparó —confesé—. Pero no fue hasta que escuché a *Ma* y a Luca en la biblioteca que lo recordé todo. Mamá quería a mi hija muerta. Me quería muerta.

La sorpresa en la cara de Aiden era palpable.

Lentamente, devolví mi atención a Marchetti, cuyos ojos oscuros seguían clavados en nosotros. Como si se estuviera debatiendo entre creerme o no.

—Estaba enojada porque Luca hizo un trato contigo y te prometió a nuestra hija sin hablar conmigo. Sin embargo, fueron las palabras de mi madre las que me hicieron hacer las maletas y dejarlo todo atrás. El miedo a que hicieras pagar a Penelope con su vida por lo que hizo el padre de Luca. —Los ojos de Luca me fulminaron—. El montaje de Benito le costó la vida a tu hermano.

Esperé. No sabía muy bien a qué.

Luca me empujó detrás de él, protegiéndome con su maltratado cuerpo.

—Nos vamos, Enrico. —Era la primera vez que oía a Luca llamarle por su nombre y no por el apellido—. Nadie tiene que salir herido. Si quieres acabar conmigo, hazlo. Pero ellos no tienen nada que ver.

—Curioso, porque desde mi punto de vista, tienen todo que ver.

La mirada de Marchetti pasó de Luca a mí, luego de nuevo a él. Luego a mi hermano. Por

extraño que pareciera, era el rostro de mi hermano el que reflejaba más rabia que el de Marchetti. Temía que, aunque saliéramos de esta, había perdido a mi hermano.

Me tragué la emoción creciente.

—Por favor, déjanos ir. —Me dirigí a Enrico. Me ocuparía de la ira de Aiden luego por separado.

—Crees que después de una noticia así, puedes irte, *¿eh?* —expuso—. Así de fácil.

—Sí, así de fácil. —Dejé escapar un suspiro tembloroso—. Por el futuro de nuestros hijos.

La sonrisa de Marchetti no le llegaba a los ojos.

—Pero me dijiste hace unos minutos que no quieres que tu hija se case con mi hijo.

El cuerpo de Luca se desplomó apenas un centímetro, aunque lo noté. Esa dosis de adrenalina no duraría mucho. Dios, esto no estaba yendo nada bien. Cerré los ojos y luego los abrí lentamente.

—¿Acaso quieres que tu hijo se case con nuestra hija? De cualquier manera, nuestras familias fueron responsables de la muerte de tu hermano.

—Que sea tu ofrenda de paz. —Los fríos ojos de Enrico se encontraron con los míos—. La manera de traer la paz a cinco familias.

Una batalla se desató en mi interior. Si aceptaba, podríamos tener una oportunidad de salir de aquí. Si no lo hacía, probablemente no la tendríamos. Sin embargo, no podía aceptar entregar a mi hija. ¿Y si su hijo era un chico cruel y trastornado? ¿Debería exigir su próximo hijo? ¿Cómo podría aceptar que mi niña se casara con alguien así?

—Quiero que mi hija se case por amor —expliqué con tono áspero, con la voz temblorosa por las emociones—. ¿Cuándo acaba todo esto si no dejamos que nuestros hijos sean felices? —pregunté en voz baja.

Marchetti miró a Luca, luego a mi hermano y de nuevo a mí.

—Por favor, no me hagas hacerte esa promesa —le supliqué.

Enrico inclinó la cabeza.

—Este acuerdo matrimonial se mantiene. Si nuestros hijos deciden que no se quieren o no se agradan, lo reevaluaremos. —Sentí alivio al escuchar esas palabras. Era una posible salida—. Pero quiero tu palabra, Margaret DiMauro. Quiero que te comprometas.

Nuestros hijos no se casarían hasta dentro de dieciocho años por lo menos. Tendría años para asegurar que el hijo de Marchetti y nuestra hija no cruzaran camino.

—Tienes mi palabra —pronuncié—. Pero no habrá visitas de tu familia. No tiene sentido fingir que somos amigos.

Enrico negó con la cabeza.

—Tienes razón. Probablemente sea lo mejor. —Oculté mi alivio—. Consideraré la muerte de mi hermano una deuda saldada una vez que nuestras familias estén unidas.

—Bueno, ahora no podemos casar a los niños —intervino Cassio.

—Nos largamos de aquí —añadió Sasha, moviendo su arma entre Marchetti, Leone y Agosti.

Luca me dio un ligero codazo y nos dirigimos hacia la puerta, rodeados por Aiden, Cassio y nuestros amigos, manteniendo la vista y las armas apuntando a Enrico y sus hombres. Ellos nos devolvieron el favor. Caminamos hacia atrás para no perderlos de vista.

Una vez en el exterior, vimos que los hombres de Enrico tenían rodeado el vehículo mientras mis hermanos permanecían de pie frente a las ventanillas con las armas apuntándoles, impidiéndoles ver a Penelope. Se me heló el corazón. Nuestros pasos se detuvieron. ¿Nos había engañado Marchetti? ¿Habíamos salido de esta casa de tortura para caer en otra trampa?

Uno de ellos tenía una mano apretada en su auricular.

—El jefe dice que son libres de irse.

Conduje a Luca hasta el coche estacionado. Se hundió en el asiento del copiloto y se desmayó de inmediato. Cassio, Luciano, Sasha y mis hermanos mantuvieron sus armas apuntando a los demás, observando cómo se retiraban los hombres de Marchetti.

Una vez afuera, Aiden volvió a centrar su atención en mí, con los gemelos a su lado. Miré a mis hermanos vacilante, sin saber por dónde empezar.

—¿Me odias? —Curioseé en tono triste mientras me temblaba el pulso. Mis ojos recorrieron el rostro de mi hermano mientras los de los gemelos nos miraban. La expresión sombría de Aiden no auguraba nada bueno ni para mí ni para Luca.

Aiden me acarició las mejillas.

—No estoy enfadado contigo. Eras solo una niña, pero deberías habérmelo dicho cuando recordaste.

Tragué saliva. Tenía razón. Excepto que no quería causarles dolor. La traición de mamá los habría lastimado a todos.

—Luca también era un niño —susurré suavemente—. Por favor, no lo mates.

—Nadie va a matar a mi hermano —amenazó Cassio con un gruñido. Había tantos gruñidos y testosterona que me estaba ahogando en ello.

—¿Qué demonios está pasando? —refunfuñó Kyran.

Aiden negó con la cabeza.

—Te pondré al día de camino a casa. —Los ojos de mi hermano mayor se centraron en mí—. No lo mataré. Por ti y por mi sobrina. Pero, hermana, no puedes seguir escapándote. Resuelve esta mierda con tu marido. De una forma u otra. Quédate con él o vuelve a casa. —No era una petición irrazonable—. Trabajen. En. Su. Mierda.

Suspiré.

—Tienes razón —admití en un susurro—. Pero hay algo más que debes saber.

—¿Sí?

Mis ojos se desviaron hacia los gemelos. Me preocupaba su reacción, pero no podía guardar más secretos. Siempre fueron los favoritos de nuestra madre. Ni a Aiden ni a mí nos importaba. Nunca fuimos muy unidos a mamá.

—Luca mató a mamá.

—Él ¿qué? —Tyran y Kyran gruñeron al mismo tiempo.

—Cuando amenazó mi vida y la de Penelope, Luca se volvió loco. —Me di cuenta de que lo estaba justificando. La verdad era que le perdonaría cualquier cosa a ese hombre. Excepto poner a nuestra hija en peligro.

No obstante, resultó que nos mantuvo protegidas incluso mientras huíamos. Me defendió incluso en su estado.

—¿Estás bromeando? —Kyran siseó—. ¡Estás defendiendo a un hombre que mató a nuestra madre!

Se me apretó el corazón. Sabía que se lo tomarían mal. Siempre eran más unidos a mamá que yo.

—Por favor, trata de entender —pedí con voz áspera—. No era tan perfecta como crees. Estaba engañando a *Da* con Benito King.

Las mandíbulas de mis hermanos se tensaron y sus expresiones se ensombrecieron. El silencio era ominoso.

—Jesucristo —murmuró Aiden, rompiendo el silencio—. Dile a tu esposo que su asesinato de miembros de nuestra familia termina con nuestra madre. Si descubro que te ha puesto un dedo

encima, iré por él. Acuerdo o no sobre los Callahan en Italia.

Sí, esa era mi familia. Leales. Pasara lo que pasara. Debería haber sabido que nos mantendrían a salvo.

Rodeé con mis brazos a mis tres hermanos.

—Los he extrañado mucho. Tengo que llevarme a Luca de vuelta a Sicilia, pero prometo que me mantendré en contacto. —Di un paso atrás y me limpié la nariz con el dorso de la mano. No fue nada elegante—. Los conoce a todos. Penelope y yo hablábamos de la familia y de sus tíos todos los días.

Los tres me besaron en la frente.

—Ve a cuidar de tu marido. —Instó Aiden—. Tenemos el resto de nuestras vidas para ponernos al día.

Observé sus espaldas mientras desaparecían en la noche, y luego me volví hacia los tres hombres que seguían aquí. Sasha, Luciano y Cassio se quedaron conmigo.

—Ustedes tendrán que apretujarse en el asiento trasero. —Con un gruñido, abrieron la puerta trasera y se dispusieron a meter sus grandes cuerpos, cuando me acordé—. Cassio, siéntate al lado de Penelope. Conocerá tu cara si se despierta. No conocerá las de ellos.

Hizo una pausa y luego asintió.

Mientras se aplastaban en la parte de atrás, me apresuré a rodear el coche, cerrar la puerta y ponerme al volante. Penelope seguía profundamente dormida en su asiento. Busqué detrás del asiento la manta que había metido allí y tapé a Luca. Solo llevaba bóxers y la temperatura ya no era tan cálida.

Pisé el acelerador y el vehículo salió volando por la carretera. Me conecté rápidamente al *Bluetooth* y llamé a *Nonno*. Lo último que necesitábamos era que asumiera que habíamos fracasado y atacara a Marchetti, causando más problemas. Más deudas que pagar.

Se me aceleró el pulso cuando descolgó al segundo timbrazo.

—¿Dónde estás? —*Nonno* inquirió de inmediato.

Miré a Luca, que se había desplomado contra la puerta del copiloto y respiraba entrecortadamente, y luego miré por el retrovisor a Cassio, que me observaba.

—Volviendo a casa —informé—. Estamos en camino.

—¿Marchetti lo dejó ir? —*Nonno* indagó incrédulo. Suponía que el tipo no era conocido por su misericordia.

—Sí.

—¿Qué le prometiste?

Tragué saliva.

—Le dije que mantendría el acuerdo entre nuestros hijos.

El silencio se prolongó. Me pregunté por qué Cassio no decía nada. Tenía los ojos fijos en Penelope, estudiándola con expresión suave. Los otros dos tenían los párpados cerrados. Tal vez aquellos días en el sótano los habían agotado a todos. Al observar por el espejo retrovisor, Cassio me miró, pero permaneció en silencio.

—¿Dónde estás? Enviaré un helicóptero.

—Estamos saliendo de Roma.

—Margaret. —La voz de *Nonno* era suave—. Te lo debo. Te lo debemos. Te hicimos daño, mas podemos arreglarlo.

De alguna manera, todo eso parecía irrelevante en ese momento. Años a solas con Penelope me dieron una perspectiva diferente sobre lo que importaba y lo que no. Luca hizo un arreglo para salvarme. No podía culparlo por ello. Cassio me tendió una trampa, sin embargo, él nunca

fue el indicado para mí. Este hombre a mi lado lo era. Mi vida le pertenecía desde el momento en que salvó a esa niña de cinco años.

—Nada de eso importa —aseguré—. Quiero que Luca supere esto. Luego seguiremos de ahí.

Con suerte mi matrimonio era salvable.

—Nunca dejó de buscarte —confesó *Nonno* en voz baja—. Si hubiera sabido que Marchetti te tenía escondida todo el tiempo, le habría pedido clemencia antes.

Las lágrimas me escocían en los ojos. *Nonno* era un hombre orgulloso y le habría pedido un favor a Marchetti solo para traernos a casa.

—*Prima la famiglia* —dijo suavemente en italiano a través de la línea—. La familia es primero.

Dejé escapar un suspiro tembloroso. *Nonno* era de la familia. Había sido de la familia desde el momento en que lo conocí.

Me dolía el pecho de emociones mientras miraba al hombre que estaba a mi lado. Mi esposo. Tenía el cabello oscuro pegado a la frente ensangrentada. Su cuerpo también estaba cubierto de sangre.

—Dime dónde te vemos —pedí. No podía hablar del pasado ahora. Solo quería sacarnos de aquí. Necesitaba poner a salvo a mi hija y a mi marido.

Me dio una dirección fuera de la ciudad. Me detuve, la introduje en el GPS y seguí conduciendo.

Aproximadamente una hora después, dirigí el coche hacia un estacionamiento desierto donde ya esperaba un helicóptero. También estaba *Nonno* con sus guardias. Me detuve. Cassio y sus amigos saltaron inmediatamente del vehículo. Corrió al asiento delantero para comprobar los signos vitales de Luca y luego lo agarró por debajo de los brazos.

Luca gimió y despertó a Penelope que soltó un gemido al ver un entorno desconocido y las caras de Luciano y Sasha a los que no conocía.

—Te la llevaste contigo para ir por él —espetó *Nonno*, mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

—Mis hermanos se reunieron conmigo allí —le expliqué, no es que le debiera una explicación—. Además, dijiste que nos quería a las dos. Así que estábamos las dos allí.

Cassio abrió la boca, pero Luciano puso la palma en el hombro de Cassio.

—Ella sola la mantuvo a salvo durante tres años —razonó con su mejor amigo, poniéndose de mi parte—. Están aquí. Ella salvó a Luca. Llevémoslos de vuelta a Sicilia.

—Tienes razón —afirmó Cassio—. Ayúdame a trasladarlo. —Sus ojos oscuros se dirigieron a mí y a Penelope—. ¿Necesitas ayuda con mi sobrina?

Sacudí la cabeza.

—La tengo. —Con el corazón retumbándome en el pecho, me dirigí a la puerta trasera y la abrí para desabrocharle el cinturón a mi hija—. *Shhh.* —La tranquilicé—. Todo está bien.

La levanté rápidamente, luego me enderecé y todos juntos caminamos hacia el helicóptero. Penelope se apretó contra mí, pero extendió la mano hacia la de su padre y la tomó entre las suyas. Sus ojos se clavaron en Luca, negándose a perderlo de vista.

—Mío —dijo mientras el helicóptero se elevaba en el aire.

Sin duda, heredó ese rasgo posesivo de su padre.

CINCUENTA Y DOS

LUCA



Me dolía bastante el cuerpo.

No se comparaba con el dolor detrás de mis párpados, y sospechaba que no tenía nada que ver con la luz que entraba por las ventanas y todo por haber pasado los últimos tres días bajo la tortura de Marchetti.

Los secretos habían salido a la luz. Mi esposa y mi hija ya no estaban ocultas. Maldición, mi esposa había venido por mí. Me salvó la vida. ¿Por qué? Sabía que fui quien le disparó a su amado padre y aun así vino por mí.

El aroma a cítricos, aceitunas y tierra flotaba en la brisa. No necesitaba abrir los párpados para saberlo. Podía olerlo en el aire. Estaba de vuelta en Sicilia.

Al abrir los ojos, vi a Cassio sentado en la silla junto a la cama, observándome fijamente.

—Por fin. Pensé que te pasarías el día durmiendo la siesta —protestó.

—No tienes tanta suerte —repliqué entre dientes. Me moví y me senté, con las punzadas en el cuerpo que se negaban a cesar—. Parece que necesitas un baño y una siesta, hermano mayor. —Me miró de reojo—. ¿Dónde están mi esposa y mi hija?

Tal vez habían desaparecido de nuevo. No creí que pudiera sobrevivir otros tres años sin ellas. Diablos, no creía que pudiera durar otro día sin ellas. Las necesitaba de vuelta.

—Están con *Nonno* —informó lentamente—. Penelope nos habla como si nos conociera de siempre. —Se me hizo un nudo en la garganta—. Por supuesto, le agrada más *Nonno*, aunque ha estado preguntando sobre ti.

—¿Sobre mí? —repetí, tratando de entender por qué preguntaba por mí. Ni siquiera me conocía. La amargura se deslizó por mis venas como veneno. Mi hija no me conocía. Me perdí tantas cosas.

—Sí, sobre ti. —Cassio me tocó el hombro, sosteniéndome la mirada—. ¿Quieres que vaya por ellas?

Asentí con la cabeza.

Estaban aquí. En nuestra casa. Tan cerca y, sin embargo, se sentían demasiado lejos. Esperaba volver a verla, pero en el fondo temía que nunca sucediera. Y ahora, estaba tan cerca que necesitaba verla.

—Mi hija —murmuré, saboreando la palabra en mis labios—. Penelope. —Me encontré con la mirada de mi hermano—. Nunca pensé que volvería a verlas. Tenía esperanzas, pero... mierda —suspiré.

—Tiene tus ojos —comentó Cassio—. Se parece a su madre, pero cuando sonríe, es toda tu sonrisa. La picardía. Será una pequeña rebelde.

Mi corazón se dilató en mi pecho y mi expresión se suavizó. Mi hija había vuelto conmigo.

—Tengo que comprar de todo para una niña de tres años. Ni siquiera sé lo que le gusta. ¿Quizás Barbies?

Cassio sonrió.

—Pregúntaselo. No tendrá ningún reparo en decírtelo.

Mi hermano se levantó y salió de la habitación para ir a buscar a mi familia mientras mi pecho tronaba de emoción y otro sentimiento.

Una sensación inquietante.

CINCUENTA Y TRES

MARGARET



Déjà vu.

Cerramos el círculo. Vi a Penelope moverse entre las plantas mientras *Nonno* la dirigía con una suave sonrisa en la cara. Estaba enamorado con su bisnieta, la cual charlaba con él como si lo conociera de toda la vida.

Hace tres años, Luca y mi historia, nuestra segunda oportunidad, comenzó aquí. Nuestra vida *empezó* aquí. No en Temptation ni en Las Vegas. No el día que mató a mi padre. Sino aquí mismo. Esta isla fue la primera vez que vislumbré su verdadero yo y vi al hombre que podía hacerme feliz.

Una vez que supe que Marchetti había sabido dónde estábamos todo el tiempo, me di cuenta de que había cometido un error de cálculo. Un grave error.

Se perdieron tres años y todo fue en vano.

Pensé que estaba protegiendo a nuestra hija. En lugar de eso, nos conduje a un peligro mayor. Estábamos a merced de Marchetti todo el tiempo, y no me daba cuenta.

Luca tampoco era inocente en todo esto. Pero eso no ayudaba en nada.

Cassio entró en la terraza y se sentó junto a *Nonno*.

—*Ciao, zio* Cassio —lo saludó Penelope con una sonrisa, sin perder el ritmo.

Nonno sonrió.

—*Ah*, mi pequeña Penelope, *vieni.* —Penelope no entendió así que lo repitió en inglés—: Ven.

Se levantó y se dirigió a *Nonno*.

—*Vieni* —repitió, probando la palabra en sus labios.

—Así es. Aprenderás italiano rápido, *piccola* Penelope.

Ensimismada con todo *Nonno*, me prestó poca atención. Levanté la vista y me encontré con los ojos de Cassio clavados en mí.

—Luca está despierto.

Sin pensarlo, me puse en pie y la atención de Penelope se desvió hacia mí. Por un momento debatí si Luca y yo deberíamos mantener una conversación a solas después de tantos años separados, pero me pareció cruel mantener a Penelope alejada de él un segundo más.

—Penelope, ¿quieres ir a hablar con papi? —le pregunté. No la forzaría. Habían surgido muchos cambios en las últimas veinticuatro horas. Nuevo país. Nuevo hogar. Nuevas caras.

No obstante, mi niña ya asentía con la cabeza entusiasmada.

Estaba en su antigua habitación. La habitación que habría sido nuestra si alguna vez hubiéramos vuelto juntos a Sicilia. Entramos en el dormitorio, agarradas de la mano, y

encontramos a Luca sentado contra el cabecero.

Tenía mejor aspecto. Su piel tenía color, pero su cara seguía magullada. Llevaba camisa, pero debajo de ella también había moretones.

Los ojos de Luca se encontraron con los míos y el mundo dejó de girar. Todo se detuvo, incluidos los latidos de mi corazón. Todo se desvaneció, dejándome en su oscuridad.

—¿*Papà* tiene un *boo-boo*? —La voz de Penelope rasgó el aire y ambas volvimos nuestra atención hacia él.

—Sí, pero se pondrá mejor —murmuré en voz baja, y volví a mirar a Luca. Me dio un vuelco el corazón al ver sus ojos. La observaba, atónito y con tantas emociones, amor, reverencia, felicidad, que sentí que se me apretaba la garganta con una mezcla de felicidad y nostalgia.

Nos acercamos más a la cama, y todo el tiempo observaba a nuestra hija como si tuviera miedo de que desapareciera.

Me senté en la cama junto a él y levanté a nuestra hija para que hiciera lo mismo, colocándola frente a mí.

—Hola, *papà*.

La expresión de Luca contenía asombro y mucha ternura, y de repente supe que, aunque no encontráramos el camino de vuelta el uno al otro, esta era la decisión correcta.

Extendió la mano y acarició suavemente la mejilla de Penelope.

—Hola, princesa. —Lo vi tragar saliva, luchando contra sus emociones. Podía tener reparos conmigo, pero cero con nuestra hija—. Hablas muy bien. La última vez... —Se le entrecortó la voz y se aclaró la garganta antes de continuar—: Eras un bebé la última vez que te vi. Cabías en la palma de mi mano.

Penelope lo miraba alerta, con unos ojos tan parecidos a los de su padre, que se me hacía difícil mantener a raya las lágrimas. Contemplar a los dos así fue la visión más hermosa que había visto en años y mi corazón se retorció con tantas emociones, que era difícil encontrar palabras.

—Mamá y yo te echamos de menos, *papà* —dijo finalmente—. No soy una bebé.

Luca levantó los ojos y los clavó en los míos.

—También te he extrañado —replicó ásperamente—. Y siempre serás mi bebé.

Una lágrima solitaria rodó por mi mejilla y supe que estábamos exactamente donde teníamos que estar.

Nuestra hija nos pertenecía a los dos. Ambos daríamos la vida por ella.



Llevábamos dos semanas en Sicilia.

Luca se recuperó bien, pero de algún modo aún no nos habíamos encontrado a solas. Había mantenido la distancia. Una vez que Penelope se reencontró con su *papà*, nada pudo impedir que lo visitara. *Nonno* y *papà* eran sus dos hombres favoritos. Ella misma me lo había dicho.

Luciano y Sasha se fueron el primer día que volvimos. Cassio había vuelto a su hogar el día siguiente, dejando a nuestra pequeña familia para asumir todo lo que habíamos hecho y lo que no.

Me senté en la cama, mientras llamaba por FaceTime en mi teléfono.

—Margaret.

La cara de mi hermano apareció en la pantalla. La cara que había conocido toda mi vida.

—¿Es un buen momento para hablar? —Asintió—. ¿Me odian los gemelos?

Sus ojos parpadearon a un lado.

—Puedes preguntarles tú misma.

Los rostros de los gemelos llenaron la pantalla, sus expresiones se suavizaron con amor y ternura. Y me derrumbé. Lloré porque habían perdido a una madre a la que querían. Lloré porque vivimos todos esos años separados. Lloré porque anhelaba su perdón.

—Lo siento. —Las palabras temblaron y mis labios también. Quería abrazarlos.

—No te disculpes —aseguró Tyran—. Haríamos cualquier cosa por ti. El pecado de tu marido se ve aliviado por el hecho de que te salvó de su padre. Si te hubiéramos perdido ese mismo día, nuestra familia no habría sido la misma. En cuanto a mamá...

No terminó, dejando la frase en el aire.

—*Ma* nos traicionó a todos —musitó Kyran. Sabía que era duro para ellos. Querían a mamá y ella los quería.

—Aun así, la amaban —murmuré—. Eso no lo hace más fácil.

Un ambiente sombrío llenó la pantalla. Tardarían algún tiempo en asimilarlo.

—¿Cómo se está adaptando mi sobrina? —Aiden cambió de tema.

Sonreí.

—Le encanta estar aquí. Ahora que vemos las caras de los que hablábamos, exige ver a su tío Aiden, a Tyran y a Kyran.

—Chica lista —comentó Tyran.

—¿Nos visitarán? —Un suspiro llenó la pantalla. No estaba segura de quién era.

—Creo que necesitamos algo de tiempo —admitió Aiden. Tragué saliva. Estaban enfadados, no es que pudiera culparlos. Les oculté tantas cosas.

—Perdónenme.

—Maggie, te perdonaríamos cualquier cosa —explicó Kyran en voz baja. La puerta de mi dormitorio se abrió y miré por encima del hombro. Luca estaba allí, apoyado en ella y a la vista de la pantalla—. Pero a él... —Volví la mirada a la pantalla y los ojos de Kyran observaron a Luca—... No puedo perdonarlo. Me quitó demasiado. A nosotros.

El nudo en la garganta creció. Aiden y Tyran no lo contradijeron, con expresiones sombrías en sus rostros.

—No quiero perderlos —repliqué con un nudo en la garganta..

—No lo harás —prometió Aiden, con la voz ronca—. Siempre serás nuestra familia. Penelope siempre será nuestra familia. Pero, por ahora, es mejor que no visitemos tu casa y que tu marido no visite la nuestra.

Mi familia. El amor. Me sentía tan fracturada en ese momento, aunque sabía que estaba donde debía estar. Luca y Penelope eran mi familia. Mi mundo.

—Gracias por... —No pude encontrar las palabras. O el sentimiento—. Gracias por ser los mejores hermanos que una chica podría pedir.

Un gesto seco con la cabeza y la llamada terminó.

Solté un suspiro agudo, con los pulmones contraídos. Cuando terminó la llamada, me quedé mirando el teléfono hasta que Luca se acercó por detrás.

No me abrazó. No me tocó. Sin embargo, su presencia me reconfortó.

—Puedes visitarlos cuando quieras.

Me encontré con los ojos de Luca. Era la primera vez que estábamos solos desde que nos reunimos.

—¿Y Penelope? —pregunté—. ¿Puede visitarlos conmigo cuando quiera?

Un músculo de su mandíbula se tensó.

—No. Nunca más se perderá de mi vista.

Sabía que luchaba contra el impulso de regañarme. Acababa de recuperarla y le preocupaba volver a perderla. No esperaba una reacción diferente, pero aun así me destrozó el corazón.

Le parecía bien deshacerse de mí. La revelación de que le parecía bien vivir sin mí me produjo un dolor agudo en el pecho.

Qué apropiado.

El desamor que mantuve a raya durante casi tres años se vino abajo como un tsunami que se estrellaba contra las costas.

Era destructivo y despiadado, no dejaba nada a su paso.

No obstante, me negué a conformarme. No viviría el resto de nuestras vidas como dos extraños, siendo civilizados el uno con el otro por el bien de nuestra hija.

—No puedes culparme de todo —musité. Su expresión se ensombreció—. Sí, la jodí, Luca. Pero tú también. Las mentiras, la traición. ¿Crees que fue fácil irme? —Me atraganté, luchando para que las lágrimas no me rodaran por la cara.

—Parece que te fuiste sin problemas. —Su voz era sentenciosa. Acusadora. Amarga.

Tragué saliva.

—Eso no es justo.

Dios, ¿habíamos terminado antes de empezar de verdad? Nuestra segunda oportunidad era nula. Esperaba que la tercera oportunidad de amor fuera nuestra felicidad para siempre. Pero la esperanza era para los tontos.

—Tienes razón, la culpa no es solo tuya. —Mis ojos se clavaron en él, sorprendidos. Esperé, asustada de haberlo oído mal. O quizá lo había malinterpretado—. Volví a ese día tantas veces y deseé habértelo dicho.

La esperanza floreció en mi pecho. ¿Lo decía en serio?

Me pasé la lengua por el labio inferior.

—Desde que supe que Marchetti sabía desde el principio dónde estábamos, deseé haberlo pensado también. Haberte confrontado.

Los demonios bailaban a nuestro alrededor, colgando los fantasmas de nuestros pasados.

—Siento que te perdieras sus tres primeros años —susurré arrepentida—. No hubo un día en el que no te mencionara. Lo que sé de ti, Penelope también lo sabe. Sabe que la abrazaste por la noche cuando nació. Sabe que le cantabas canciones cuando se ponía nerviosa. Y te ama muchísimo.

—Lo sé. —Nuestras miradas se sostuvieron, la intensidad de sus ojos me sacudió hasta lo más profundo—. Dijo que me amas.

La admisión de mi hija me dejó en carne viva, pero me negué a acobardarme. No podía seguir escondiéndome.

—Lo hago —admití suavemente—. Tardé en reconocerlo, pero ¿cómo podría no amarte?

Era difícil leer su expresión. Se mantenía cerrado. Protegiéndose.

—¿Aunque haya matado a tu *da*? —inquirió. Asentí con la cabeza. Tal vez eso me convertía en una traidora en nuestro mundo, pero Luca era un niño. No podía cargar esos pecados sobre sus hombros. Mi padre tampoco lo habría hecho. En el fondo, sabía que esa era la razón por la que no había apretado el gatillo—. ¿A pesar del hecho de que maté a tu madre?

Volví a asentir.

—Protegiste a nuestra hija de ella —respondí con tono ronco—. Habría hecho lo mismo.

Observé cómo se movía su nuez de Adán y recé. Recé para que oyera la verdad en mi voz.

—Sobre Marchetti... Sé que también intentaste protegernos —continué—: Si pudiera volver

atrás, lo habría manejado de otra manera —admití.

Dios, casi tres años desperdiciados. ¿Podría una persona perdonar eso? ¿Podría un padre perdonar eso? Le robé tres años de la vida de nuestra hija.

—¡No dejaré que Marchetti la tenga! —espetó Luca. Conflicto y confusión se desataron en mí ante su declaración. No quería una guerra—. Encontraré la forma de romper ese acuerdo.

—Marchetti acordó que, si los chicos no se aman, tendremos una salida —aseguré—. Es poco probable que se enamoren.

—Cada mujer que se casa con un Marchetti, muere —explicó entre dientes—. Encontraré la manera de romper ese acuerdo.

La determinación de su rostro me dijo que lo decía en serio.

—Entonces lo haremos juntos.

Lo decía en serio, aunque me dolía el pecho.

Mi esposo no me amaba.

CINCUENTA Y CUATRO

LUCA

Hacía dos semanas que me había rescatado.

Habíamos caído en una rutina incómoda. Penelope era la única que no se daba cuenta.

Mientras Marchetti me torturaba, no pensaba en otra cosa que en mi familia. En mi hija. En mi esposa. En verlas solo una vez más antes de morir.

Y ahora, estaban aquí. Conmigo. Vi a mi preciosa niña sonriendo y feliz. *Me conocía*. *Conocía a Nonno*.

A pesar de la rabia de perderme años de la vida de mi hija, sería difícil ignorar el hecho de que Margaret crio bien a nuestra bebé. Era bondadosa, feliz y tan hermosa. Durante horas, las palabras de Margaret vibraron en mi pecho.

«Lo haremos juntos».

Era lo que deberíamos haber hecho desde el principio. Nos habríamos ahorrado tanto dolor y problemas. Pero no podíamos volver atrás. Estábamos aquí y lo único que nos esperaba era el futuro.

Me ama. Sus palabras eran difíciles de creer, pero mi corazón absorbió esas dos pequeñas palabras. *Me ama.*

También la amaba. Tanto que me dolía respirar. Cada día sin ella había sido una tortura. Había días en los que me costaba creer que estuvieran aquí, e iba a ver cómo estaban.

Solo para asegurarme de que no estaba soñando.

Entré en la habitación de mi hija y la encontré durmiendo, con el cabello negro y rizado esparcido por las almohadas y las mantas tiradas por el suelo. Incluso dormida, sonreía.

Recogí la manta del suelo y cubrí su pequeño cuerpo. Sus ojos se abrieron.

—*Papà* —murmuró somnolienta.

—*Shhh* —dije suavemente—. Vuelve a dormir, princesa.

Suspiró y se giró hacia un lado.

—Buenas noches, *papà*.

—Buenas noches, mi princesita.

Con pasos suaves, salí de su habitación y me dirigí al dormitorio de mi esposa.

Déjà vu.

Me recordó a aquellos días en que la veía dormir bajo el techo de su madre. Demasiado para el crecimiento personal.

Tomé asiento en el sofá, a la derecha de su cama. Dormía como la recordaba. Dormía como nuestra hija. De lado, con una suave sonrisa en los labios. La luz de la luna brillaba a través de la

ventana, reflejándose en su cabello oscuro. La luna la proyectaba en un suave resplandor, haciéndola parecer la *Madonna* de uno de los antiguos cuadros renacentistas.

La amaba. Con cada respiración. Con cada latido. Con cada pensamiento.

En el momento en que los ojos de aquella niña de cinco años conectaron con los míos, quise protegerla. Aquellas profundidades azul océano me fascinaban. Algo en sus ojos me hablaba. Aquella noche en Temptation, supe que era mía. Siempre había sido ella.

Quería volver con su familia. No podía permitirlo.

Mi corazón se retorció de dolor.

Acababa de recuperarla y ya quería dejarme. ¡Con mi hija!

Perdido en mis pensamientos, observé a mi esposa dormir, el subir y bajar uniforme de su pecho mientras dormía. Al menos tenía la paz suficiente para dormir. Después de años de inquietud mientras la buscaba, el sueño era difícil de encontrar.

—¿Qué haces aquí? —Su suave voz atrajo de nuevo mi atención hacia ella.

Mis labios se torcieron. Me había sentado en su habitación todas las noches una vez que estaba mejor. Era la única paz que encontraba por la noche.

—Estás preciosa, *mia bella* —halagué, observándola. No se movió, su cuerpo se aquietó mientras mantenía los ojos clavados en mí.

—¿Por qué estás aquí? —demandó en voz baja, ignorando mi cumplido. Su expresión era suave, pero cautelosa. Como si le preocupara que mis siguientes palabras pudieran herirla.

Un soplo sardónico me abandonó. Preferiría cortarme la polla antes que hacerle daño. Lo era todo para mí. *Mia vita.* Mi vida.

—Porque no puedo dejarte ir. —Algo cansado persistía tras mis ojos y mis palabras. Los últimos tres años me habían envejecido. Estaba tan agotado—. Porque te amo. Porque te necesito tanto que me deja sin aliento.

El significado de las palabras recorrió el dormitorio. Suyo. Debería ser nuestro, pero hasta ese momento habíamos mantenido dormitorios separados.

Sus ojos me apresaron y sostuvieron.

—¿Qué hay de diferente ahora? —expresó en voz baja—. Antes no reaccionaste a mi declaración de amor.

Mi mandíbula se tensó. En lo que a mí respectaba, era tan sencillo. Los dos éramos el uno para el otro. Estábamos destinados a permanecer juntos. La amaba tanto que no soportaba estar lejos de ella ni un solo día. Sin embargo, se mantuvo alejada de mí durante casi tres malditos años.

Me hizo sentir débil. No deseado. Insuficiente.

Un pesado suspiro llenó la noche.

—Necesitas ir a tu habitación y dormir, Luca. —Sonaba resignada. Casi triste—. Necesitas estar seguro, y no creo que lo estés. Quieres a Penelope, no estoy segura de que me quieras a mí.

Mi mirada se posó sobre su cabeza, con la mandíbula pensativa.

—Estoy seguro de mi amor por ti, Margaret —aseguré—. He sabido que eras la elegida desde hace mucho tiempo. —Esperó, con sus profundos pozos azules estudiándome—. No puedo dormir sin ti. No puedo dormir sin oírte respirar. Tres años sin ti en mi cama fueron tortuosos —confesé. Jadeó suavemente—. No puedo vivir sin ti. Te amo. —Dejé que las palabras flotaran en el aire y se dirigieran hacia mi esposa. Necesitaba que me creyera—. Te amé cuando me disparaste. Te amé cuando me miraste mal. Te he amado durante tanto tiempo, Margaret DiMauro, que no sé cómo no amarte.

Las palabras llenaron la oscuridad y bailaron en el aire, mientras sus ojos me observaban y

contuve la respiración.

CINCUENTA Y CINCO

MARGARET

Era mucho más que una mirada de color avellana oscura. Eran noches enteras susurrando palabras tranquilizadoras a nuestra hija, manos ásperas y promesas sucias, corazones pesados y recuerdos.

—Tú y Penelope son todo para mí —afirmó con voz ronca.

Mi corazón tronó con fuerza bajo mi pecho. Todos los sentimientos inundaron mis sentidos, dejando atrás años de frustración, física, sexual y mental, con una sola frase que importaba.

Me puse en pie y caminé descalza hacia él. Sentí calor correr en mis venas. El dolor vacío entre mis piernas palpitaba. Pero lo más estremecedor era esa sensación en mi pecho. Mi corazón revoloteaba salvajemente, como una mariposa capturada en un frasco.

Me había capturado y no tenía ningún deseo de huir.

Le pasé una mano por el cuello y se la metí en el espeso cabello de la nuca. Mis dedos se entrelazaron entre las suaves hebras, agarrándolas con fuerza. Nuestra hija podría tener mi color de cabello, no obstante, tenía los rizos de su papá.

—También te amo —murmuré suavemente.

Antes de que terminara de pronunciar la frase, Luca ya estaba de pie. Sus manos me agarraron por el trasero y me levantaron. Mis piernas rodearon su cintura. Su boca chocó con fuerza contra la mía.

Mi espalda colisionó contra la pared, arrancándome todo el aliento de los pulmones. La fuerza del impacto me sacudió los huesos, su necesidad de poseerme me consumía. Me ahogaba.

—Te voy a llevar a nuestra habitación —añadió entre dientes contra mi boca.

—¡Sí! —No me importaba adónde me llevara mientras siguiera besándome. Me cargó por el pasillo hasta su cuarto y la puerta se cerró tras nosotros. El cuerpo de Luca se apretó contra el mío, quitándome el camisón y luego las bragas.

—Voy a atarte las muñecas con tu tanga —gruñó mientras me ataba las muñecas, luego me levantó los brazos por encima de la cabeza hasta que me puse de puntillas y mi cuerpo se arqueó hacia el suyo.

—¿Qué? —Parpadeé confusa.

—Este es tu castigo por dejarme —pronunció las palabras entre dientes—. Siempre te quejabas de que te destrozaba las bragas. Esta vez no las he destruido, pero las usaré para evitar que me toques como parte de tu castigo.

El calor palpitaba entre mis piernas, yendo directo a mi centro.

—Se sentirá bien para ti. Juro que lo será —prometió.

Me separó las piernas y, para mi vergüenza, la evidencia de mi excitación se deslizó por el

interior de mis muslos. Sus ojos parpadearon con algo oscuro mientras observaba el brillo de mi excitación. Luego inhaló profundamente y cerró los ojos.

—Hueles tal y como recordaba —expresó tan débilmente que no estaba segura de haberlo escuchado bien.

Entonces, como si se hubiera dado cuenta de que había dicho algo que no debió, empujó bruscamente su muslo entre mis piernas. Mis caderas chocaron contra él y un zumbido de aprobación vibró en su pecho. Presionó con más fuerza contra mi coño, con mi necesidad palpitando contra sus duros músculos. Cabalgué sobre su muslo como si mi vida dependiera de ello. El placer se me enroscaba bajo la piel y me quemaba en la boca del estómago. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, mientras mis caderas se agitaban y movían. Estaba tan cerca.

Me tiró del cabello, sus dedos me agarraron las hebras con tanta fuerza que me quemó el cuero cabelludo.

—Mírame mientras te desmoronas —gruñó, pegando su boca a la mía en un beso apasionado. Terminó antes de que empezara—. A mí. Para que sepas a quién pertenece tu placer.

Su voz era oscura. Rasposa. Posesiva. Coincidía con su mirada.

Se me retorcieron las entrañas. Había algo tan caliente y erótico en todo esto. Cada palabra áspera y cada beso fuerte. La forma en que se adueñaba de mi cuerpo, incluso después de tanto tiempo.

Su aliento rozó mis labios. El calor floreció en mi interior, lamiendo cada centímetro de mi piel y amenazando con estallar como un volcán. El deseo corrió por mis venas hasta hacerme arder.

Necesitaba que me besara de nuevo, que sus labios sobre los míos me devoraran. Bruscamente. Suavemente. No me importaba, siempre y cuando pudiera tenerlo. Aquí mismo. Ahora mismo. ¡Al diablo con todo lo demás! Al menos por este momento fugaz.

Con una mano me sujetaba las muñecas atadas y con la otra me recorría los brazos. Tortuosamente lento.

Su boca se estrelló contra la mía y mis labios se separaron. Fue una intrusión bienvenida. Fueron tres años de soledad. Tres años de dolor. Todo se derramó en este beso. Me metió la lengua en la boca y se me escapó un gemido.

Tan estimulante.

Mis muslos se apretaron. Mi vagina palpitaba.

—¿Se acuerda tu coño de mi polla? —gruñó contra mis labios. Al ver que no contestaba, me agarró los muslos con más fuerza, apretándome contra el suyo y provocando una fricción deliciosa—. ¿La recuerda?

—Sí.

Era tan tortuosamente bueno. Estaba montando rápidamente la oleada, alcanzando la cima mientras el calor corría por mis venas.

—*Mmmm.* —Retumbó, nuestras lenguas se enredaron. Su lengua se deslizó por la mía y la chupé con avidez. Un sonido áspero salió de lo más profundo de su pecho en señal de aprobación.

Me acarició con los dientes la parte inferior del labio, mientras sus manos subían por mi espalda y volvían a bajar por mi cuello y mis pechos. Como si tuviera que tocarme por todas partes.

El corazón me latía con fuerza en los oídos. Sus labios se amoldaron a los míos. Su lengua lamió cada centímetro de mi boca, acariciando la mía. Le mordí el labio y mi cuerpo se movió contra el suyo. Necesitaba más de esto. Más de él.

Sus dedos en mi cabello tiraron y tiraron antes de que lamiera un rastro sobre mi mandíbula hasta que me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¡Te he extrañado tanto, maldición! —rugió ásperamente en mi oído—. ¡Te he estado esperando! —Jadeó—. No ha habido otras mujeres para mí.

—También te he estado esperando —suspiré—. Cumplí mi promesa.

Sus ojos ardían y la bruma del aire se espesaba, cada inhalación avivaba la llama.

Luca me dio un mordisco en la oreja al retirarse, y la aguda pizca de dolor me hizo maullar. Dio un pequeño paso atrás y se desabrochó el cinturón con una mano. Después, se abrió el botón de los pantalones y la cremallera resonó seductoramente por toda la habitación. Le siguió el bóxer, dejando a la vista su glorioso cuerpo desnudo. Mi lengua salió, mojándome los labios. Su sola visión me estremecía. Entonces enganché mi muslo a su cadera.

Dios, había olvidado lo grande que era. Duro. Suave. Ese *piercing* que me había perseguido desde aquella primera vez que dormimos juntos en Las Vegas estaba ahora en mi punto de mira.

El pánico debía abrumar mis sentidos. Estaba a su merced. Pero la forma en que me miraba prometía tanto placer que el miedo no aparecía por ninguna parte.

—No hay vida separados para nosotros. Nunca más —declaró, acariciándose el miembro—. Voy a follarte hasta dejarte inconsciente. Te mantendré atada a nuestra cama, lista para mí. Te voy a arruinar, para que nunca pienses en otra cosa. Solo mi polla dentro de tu apretado y codicioso coño.

Y yo... seguía asintiendo, mis ojos en su longitud. Esa tentación que traía tanto placer. No había ningún otro lugar en el que pudiera estar.

—Hazlo otra vez —supliqué, gimoteando.

Algo se encendió en sus ojos y sus dedos se apretaron alrededor de su pene. Volvió a acariciarlo con los ojos entrecerrados. Una, dos veces, y cuando volvió a hacerlo, recorrió con la cabeza brillante la parte baja de mi vientre, dejando un rastro húmedo y caliente.

—Tu coño lo desea —gruñó—. Tu coño quiere ser destruido por mí. Me recuerda.

Un escalofrío me recorrió y otro gemido se deslizó por mis labios. Quería suplicarle que me cogiera ya, pero sabía que, si lo presionaba, lo prolongaría. Me haría sufrir. Jadeando, vi cómo se dirigía a mi entrada, la punta de su miembro abrasando mi sexo.

Dios, lo necesitaba. Mis caderas se arquearon un poco y su miembro entró en mí apenas un centímetro, pero fue suficiente para que mi centro empezara a convulsionarse. La abstinencia era una mierda. Debilitaba demasiado mi cuerpo. Demasiado ansioso.

Sin embargo, a Luca no pareció importarle. De un potente empujón, me penetró hasta el fondo, a través de mi apretado canal, y su fuerte gruñido se mezcló con mis gemidos. Sus manos se acercaron a mis caderas y sus dedos se clavaron en mi suave piel. Su boca se apretó contra la mía. Con fuerza. Golpeando mis labios.

—No puedo contenerme. —Fue la primera y última advertencia.

Justo cuando abrí la boca para rogarle que no se contuviera, empezó a moverse. Arremetiendo. El aire zumbó, estallaron fuegos artificiales y el mundo desapareció mientras me penetraba más profundamente.

Me lamió y mordió los labios. Salió con cuidado, solo para volver a meterse. Bruscamente. Violentamente. Gemidos y gruñidos llenaron el espacio.

Apenas me había inundado el primer orgasmo, cuando otro empezó a crecer con cada fuerte embestida suya.

—¡Más! —gemí, lanzando mis muñecas atadas sobre su cabeza, y luego tirando de él más cerca.

—¿Quién te está follando? —Gruñía con cada empujón.

—¡Tú!

Nunca lo había sentido tan dentro. Sus manos se deslizaron detrás de mí y me agarraron el trasero, metiendo su miembro más adentro. Con una fuerza brutal, me cogió como un loco.

—¿De quién es este coño?

—¡Tuyo!

Sacó su longitud casi por completa solo para volver a clavármela. Fue despiadado. Como si intentara borrar años de frustración sexual.

—¡Mío! —renegó—. Este coño —expresó con otra profunda embestida—. ¡Mío! Estos labios... —Mi respiración se agitó cuando me mordió el labio. Aumentó el ritmo de sus embestidas—. Míos. ¡Eres toda mía, esposa!

El mundo se desvanecía. La realidad se desdibujaba con cada movimiento de su cuerpo.

Lo único que podía sentir era el calor en lo más profundo de mi ser. Su placer. Su dolor. Mi placer. Nuestro dolor.

—Mía —gimió mientras mi sexo se apretaba a su alrededor.

—¡Más! —supliqué, y me cogió más rápido, más fuerte, más profundo. El roce de nuestros cuerpos resonaba en la habitación, carne contra carne golpeándose. Una y otra vez.

—Dámelo —ordenó con una profunda embestida.

Tan profundo que ahogó mi grito mientras me deshacía.

El orgasmo fue inmediato y tan violento que me produjo un escalofrío y se me nubló la vista. El calor palpitaba en mi estómago, ramificándose hasta alcanzar todos los rincones de mi cuerpo.

Todo se desvaneció excepto el calor del placer. Era demasiado e insuficiente. Siguió cogiéndome, cada vez más rápido, con sus incoherentes maldiciones guturales. Me tiró del cabello y me obligó a inclinar la cara hacia la suya. Su boca se estrelló contra la mía justo cuando se engrosaba antes de eyacular dentro de mí. Su semen me llenó mientras se corría, con sus propios escalofríos recorriéndole el cuerpo.

Nuestros ojos conectaron.

—Te amo.

Ambos dijimos las palabras al mismo tiempo, y supe que estaríamos bien.

Pasara lo que pasara, lo superaríamos juntos.

CINCUENTA Y SEIS

LUCA

La cara de mi esposa se apretó contra mi pecho.

La rodeé con un brazo, nuestros dedos entrelazados. Igual que nuestros corazones. Levanté nuestras manos y fue entonces cuando me di cuenta. Ambos llevábamos todavía nuestros anillos de boda.

Paz, que no había sentido en los últimos tres años, llenó mi pecho.

—¿En qué piensas? —murmuró, con voz suave y sus labios rozando mi pecho.

—Que tengo miedo —admití. A la mierda, tal vez me hacía débil, pero era la verdad. Ella y nuestra hija eran mi fuerza y mi debilidad.

Levantó la cabeza, con las cejas fruncidas.

—¿Por qué?

Le acaricié la mejilla.

—Quiero esta vida contigo y con nuestra hija —confesé—. Tenía tantos secretos. Cometí tantos errores.

—*Cometimos* errores, Luca —añadió con tono ronco—. Ambos lo hicimos.

—Maté a tus padres. Durante los últimos tres años, viví con la convicción de que me odiabas. De que harías que nuestra hija me odiara. —No me interrumpió—. Pensé que te había perdido, y entonces viniste a salvarme. Ahora has perdido a tus hermanos. Perdiste a tu familia.

—Te tengo a ti. *Nuestra* familia. Tú, Penelope, *Nonno* y yo. —Se apoyó en mi palma, sus ojos fijos en mí—. Mis hermanos siguen siendo mis hermanos. Siguen queriéndome y a su sobrina. En cuanto a ti, lo entenderán. Sé que lo harán. Me salvaste y te salvé. Eso es lo que haremos. Protegeremos a nuestra familia.

La atraje para darle un beso.

—Maldición, debería haber sido sincero contigo. No habríamos perdido todos esos años.

—Y debí haber confiado en ti —comentó con voz entrecortada—. Los dos la jodimos. No vivamos más en el pasado. Sigamos adelante. Por nosotros. Por nuestra hija. De ahora en adelante, permaneceremos juntos. Llueva o truene. Ricos o pobres. Mentiras o verdades. Somos más fuertes juntos que separados. —*Juntos.* Sonaba perfecto—. Y siento haberte disparado —continuó—: Por ser tan terca.

Mis labios se movieron.

—No lo estés. Esa noche decidí que me casaría contigo.

Rio suavemente, sacudiendo la cabeza y sus rizos rebotando.

—Solo tú te lo tomarías como un reto.

—No puedo evitarlo. Te he amado durante demasiado tiempo. —Todavía no podía creerlo.

No podía creer que me amara. Que nos quería juntos. *Para siempre*—. Encontraré la manera de romper el acuerdo con Marchetti —dije con dureza—. Prefiero morir a verla con el apellido Marchetti unido a ella.

Me besó con ferocidad.

—Nosotros, Luca. Encontraremos una manera de protegerla.

La jodí. La jodimos. No me importaba de quién era la culpa mientras mi mujer y nuestra hija fueran mías. Era suyo. Me aseguraría de no volver a traicionar su amor y su confianza.

Y si alguien se atrevía a arrebatarme a mi familia, le demostraría hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Le mostraría a Marchetti hasta dónde llegaría para mantener a mi hija fuera de sus garras.



Las semanas pasaron volando y llegó *Halloween*.

Margaret estaba ocupada con Áine, Grace y mi hermana haciendo pasteles de cumpleaños. Sí, pasteles. Se le metió en la cabeza celebrar tres cumpleaños en un día. Fue idea de mi esposa para recuperar el tiempo perdido.

Hoy era el cumpleaños de Penelope. Con Bianca en la cocina, estaba seguro de que tendríamos al menos un pastel que pudiéramos comer. Aunque mi esposa llegó a ser una excelente cocinera, le costaba hornear.

—Te ves bien —comentó Cassio cuando tomé asiento en la terraza.

—Estoy bien.

—¿Qué se siente dirigir la mafia siciliana? —Luciano preguntó—. Te hace sonar tan rudo.

—*Soy* rudo —señalé.

—Sr. Rudo, el que insistía en tener solo sexo de una noche, acabó enamorándose más fuerte —se burló Nico. Mantuve la mirada fija en mi hija—. Sabía que Sasha y tú serían los más dominados. Los más locos.

Me encogí de hombros, mientras Sasha le mostraba el dedo medio. A decir verdad, a ninguno de los dos nos importaba, siempre y cuando tuviéramos a nuestra familia con nosotros.

Nonno, el padre de Luciano, Luciano, Nico, Alessio, los hermanos Nikolaev, Raphael... todos vinieron a compartir el día con nosotros. Familia, amigos y los dos seres humanos por los que quemaría este mundo, todos bajo el mismo techo. La vida era buena.

Observé a mi hija jugar con la pequeña de Luciano, compartiendo sus juguetes de jardinería. Las dos seguían las indicaciones de *Nonno*, sonriendo ampliamente, ignorando las manchas de tierra en la ropa. Los gemelos de Nico también ayudaban.

Mi hija elevó la mirada y nuestros ojos se encontraron. Se levantó de un salto, corrió hacia mí y me abrazó.

—Hola, princesa —la saludé—. ¿Lista para la gran fiesta?

Se le iluminaron los ojos y asintió.

—Te quedarás, ¿verdad?

A veces le preocupaba que desapareciera. Tenía el mismo miedo, pero cada día que pasaba, este disminuía y mi felicidad aumentaba.

—Nunca te dejaré, princesa —juré.

—Te amo, *papà*.

Le di un beso en la sien.

—Te amo más que a la vida misma. Recuérdalo siempre —declaré en voz baja. Había

pronunciado esas palabras a menudo desde que la había recuperado. Quería que siempre lo recordara.

—Y nunca te dejaré, *papà* —repitió.

—Me alegra oírlo —repliqué sonriendo. Su amor era mi mayor recompensa en esta vida. Siempre me miraba con tanta confianza en los ojos que mi corazón se hinchaba.

Volvió a su grupo de amigos para jugar.

—Sabes que eso no es cierto —señaló Cassio, siempre práctico—. Todos nuestros hijos acabarán dejándonos.

Una ronda de refunfuños recorrió el lugar. A ninguno de nosotros nos gustaba pensar en el día en que nuestros hijos nos dejarían para ir a dejar su propia huella en este mundo. Queríamos aferrarnos a nuestra familia y mantenerlos en nuestra burbuja, protegidos y seguros.

El trato de Marchetti aún persistía como una nube oscura, aunque afortunadamente mantuvo la distancia. Y yo también. Obtuvo sus ganancias y, fiel a la palabra de Margaret al *Príncipe Amargado*, ya había dirigido algunos de mis cargamentos a su puerto. Un DiMauro siempre pagaba sus deudas, y esta vez no sería diferente.

—Esto es casi la perfección —murmuré para mis adentros, no obstante, mis amigos también lo oyeron.

—Todos los que importan están con nosotros —asintió Cassio, indicando a las personas que se unían a nuestra extensa familia y amigos. Sin importar si estaban aquí o no.

—Y los protegeríamos a todos con nuestras vidas —afirmó Nico.

Penelope y Francesca compartieron una mirada y soltaron una risita, sus expresiones brillantes. Matteo y las gemelas de Bianca irrumpieron en el área y nos rodearon.

La sonrisa de mi hija me atrapaba siempre. Ella y mi esposa, nuestra familia, eran lo que más me importaba en este mundo.

Tenían mi corazón. Siempre lo tendrían.

EPÍLOGO

LUCA

Siete años después

Los ojos de Margaret recorrieron el ajetreado patio de la gran inauguración de la escuela St. Jean d'Arc School. Era un gran acontecimiento y el interés era grande. Me alegré de que Wynter DiLustro y sus alocadas amigas acabaran permitiéndome invertir.

Me aseguraría de que mis hijos entraran. Especialmente mi hija mayor, que era la más amable y sensible de todos.

Estábamos esperando bebé de nuevo. Sería nuestro cuarto hijo, y mi esposa juraba que era el último. Sin embargo, no estaba seguro de estar preparado para dejarlo. Me encantaba ver a mi mujer radiante de felicidad y su barriga creciendo con nuestro hijo.

—No sé si enviar a nuestra hija a un colegio tan lejos, Luca.

—Penelope no estará lista hasta dentro de cinco o siete años, *mia bella* —consolé a Margaret —. Esta escuela le enseñará defensa personal y cómo protegerse.

Una sombra recorría la expresión de mi mujer y me destripaba cada vez.

Hasta ahora no habíamos conseguido encontrar la manera de romper el acuerdo con Marchetti. Menos mal que el idiota se mantuvo alejado.

Pero era como una sombra oscura, siempre presente.

Acerqué a mi mujer embarazada y le besé la frente.

—Solo tiene diez años. Tenemos tiempo.

Se frotó la barriga y estudió con la mirada a todos los presentes.

—¿Por qué no puedes enseñarle a luchar? —Margaret protestó—. O yo podría, una vez que terminemos de tener hijos.

—*Mia bella*, nunca podría enseñarle sin preocuparme de hacerle daño —razoné—. Iría con cuidado con ella porque mi instinto es protegerla.

—Estás enseñando a los chicos a pelear —señaló. En eso tenía razón, pero con los chicos era diferente. Además, cuando eran demonios como los míos, lo utilizaba para darles una lección. Siempre había un demonio más grande que ellos ahí fuera—. Solo me preocupa la distancia. Quizá podamos quedarnos aquí más tiempo cuando empiece la escuela —reflexionó Margaret, pero no le gustaba quedarse en Estados Unidos.

Habíamos estado viajando de un lado a otro de los dos continentes, no obstante, una vez que Penelope empezó la escuela en Sicilia, Margaret vino cada vez menos. Lo prefería así. Ahora nuestros hijos empezarían pronto la escuela, y visitaríamos aún menos este continente.

Mientras Penelope era tranquila, nuestros hijos eran una pesadilla. Los amaba con locura, sin

embargo, siempre estaban metidos en líos. Tenían los ojos de su madre y maldita sea si los diablillos no los usaban contra mí. Estaba deseando volver a tener una niña.

—*¿Puedo ir a jugar?* —preguntó mi hijo mayor, Damiano, en italiano, con los ojos brillándole con picardía. Su hermano menor, por un año, Armani, y él probablemente no sabían en qué problema meterse primero.

—Hablen en inglés —ordené—. Y cualquier infierno que estén a punto de empezar, que no los atrapen.

Margaret me golpeó suavemente en el antebrazo al mismo tiempo que nuestros hijos salían disparados.

—Qué mal consejo —murmuró—. Los expulsarán incluso antes de que tengan edad para empezar la escuela aquí.

Me encogí de hombros.

—Son chicos.

Miré a mi hija mayor. Penelope estaba pegada a mí, su mano no quería soltar la mía y sus ojos iban de un lado a otro. Sin embargo, era cautelosa y no estaba tan emocionada como sus hermanos. Incluso a los diez años era reservada y tímida.

No tenía el temperamento de mi esposa, aunque definitivamente tenía el de *Nonno*.

Se me apretó el corazón. Acabábamos de perderlo hacía un año y la pérdida aún estaba demasiado fresca. Especialmente para Penelope, quien se había vuelto cercana a él.

Mi hija era definitivamente más DiMauro que otra cosa, y no podría estar más orgulloso de ella.

—¿Qué te parece, princesa? —indagué.

Los grandes ojos de Penelope vinieron hacia mí, sus dedos apretando mi mano. Ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba haciendo. Joder, odiaba verla preocupada o disgustada. Era difícil enviarla a la escuela en Sicilia sin preocuparse por su protección, y en aquella isla nadie se atrevía a tocarle un pelo.

—Está tan lejos de casa, *papà* —musitó suavemente—. De todos ustedes.

—Lo está —afirmé—. Pero estaremos a una llamada de distancia, y si nos necesitas, estaremos aquí en menos de un día. Y no lo olvides. Todos tus tíos viven cerca. Si necesitas ayuda, estarán aquí en cuestión de horas y probablemente quemarán la escuela por ti.

Sonrió suavemente.

—De acuerdo. —Aceptó—. Si crees que es la escuela adecuada, entonces haré lo que creas mejor.

—Lo creo. Te enseñará más que los libros. —Asintió con la cabeza, accediendo. A veces deseaba que me contestara y me dijera *que no*, pero no tenía esa personalidad. Era traviesa cuando se trataba de jugar y ganar juegos. No obstante, fuera de la familia, levantaba muros firmes y se escondía tras ellos. Me preocupaba que fuera nuestra vida en el bajo mundo lo que la aterrorizaba. La habíamos protegido, pero aún le llegaban rumores sobre los mafiosos y lo que implicaba—. Además, como le dije a tu mamá, te faltan años para venir aquí.

Penelope vio a la hija de Luciano y una sonrisa se dibujó en su rostro cuando Francesca le hizo señas para que se acercara.

—¿Puedo ir, *Papà*? —suplicó. Como si pudiera negárselo. Tras mi asentimiento, corrió hacia su amiga y, por un momento, las vimos hablar en tonos apresurados como si no se hubieran visto en años. Acababan de hablar por FaceTime ayer, y se vieron el mes pasado.

Devolví mi atención a mi esposa, que vigilaba a nuestros hijos como la mamá oso que era.

—Deberíamos bautizar este lugar —comenté despreocupadamente, mientras mi corazón

tronaba desbocado. Siempre me hacía sentir como un niño pequeño. Cuando me miró confundida, expliqué—: Ya sabes, tener sexo en uno de los dormitorios.

—¡Luca!

—¿Qué? —desafié—. Sabes que aquí va a pasar algo salvaje. Será mejor que nos adelantemos y lo hagamos antes que nadie.

Puso los ojos en blanco.

—Estás loco. Y con tantos pequeños, lo único que vas a bautizar es a ti mismo cuando tus hijos se metan en problemas.

Sonreí.

—No los atraparán.

Entrecerró los ojos.

—Pero no se trata de eso —refunfuñó, frotándose la barriga.

Apoyé la palma de la mano en su estómago y al instante suspiró.

—Dios, Luca. Si pudiera tener tu mano ahí hasta el día del parto, lo haría. Te juro que solo deja de moverse cuando me tocas.

Agaché la cabeza y le mordisqueé el labio inferior.

—Puedo más que tocarte y luego nuestra pequeña *piccola bambina* puede dormir la próxima hora mientras te pones al día con todos.

Soltó una carcajada. Hablaba muy en serio. Mi esposa era hermosa, pero cuando estaba embarazada, era deslumbrante. Me daban ganas de follármela demasiado.

Debió de ver algo en mi cara porque su risa murió en sus labios y sus ojos se abrieron de par en par.

—No puedes hablar en serio. —Respiró, pero sus mejillas la traicionaron. También se estaba excitando.

Ladeó la cabeza, abrió la boca y se sonrojó. Noté que se apretaba los muslos y sonreí con complicidad.

—Hablo muy en serio —pronuncié—. Quiero tu coño en mi polla.

Gimió suavemente y luego asintió con la cabeza.

Corrimos por la escuela, buscando un piso vacío. Lo encontramos e inmediatamente cerré la puerta tras nosotros.

—Al menos no puedes dejarme embarazada —añadió jadeando empujándome a la cama del dormitorio.

Suspiró en mi boca cuando la tiré de la nuca y la besé.

—Te amo, *mia bella* —murmuré contra sus labios.

—También te amo —suspiró—. Me haces tan feliz.

Eso era lo único que importaba ahora. Mi esposa. Nuestros hijos. Nuestra familia.

Este era nuestro felices para siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mis amigos y a mi familia por su continuo apoyo.

A mis lectores alfa y beta: son increíbles. Aguantan mis plazos locos y mi organización aún más loca.

MUCHAS GRACIAS a Susan y Rachel. Este libro no habría sido posible sin ustedes.

Gracias a **Amanda W.**, **Beth H.** y **Jill H.**, que cumplieron mi alocado plazo. ¡No sé cómo habría hecho algunas de estas cosas sin ustedes!

A **Christine S., Denise R.** y **Suny**: ¡son lo máximo! Y a todos los demás: ¡GRACIAS!

Mis libros no serían lo que son sin cada una de ustedes.

A mi editora, Rachel de **MW Editing** y **Susan**.

A mi increíble diseñadora de portadas **Eve Graphics Designs, LLC**.

A los *bloggers* y *reviewers* que ayudaron a correr la voz sobre este libro. Se los agradezco mucho y saber que les gusta mi trabajo lo hace mucho más agradable.

Y, por último, pero no por ello menos importante, **¡a todos mis lectores**! Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus increíbles y solidarios mensajes. **GRACIAS** por amar a estos locos personajes tanto como yo.

Puedo hacer esto gracias a ustedes.

XOXO

Eva Winners